

• ANDREA LÓPEZ •

Tú, hielo...
Yo, fuego



ANDREA LÓPEZ

Tú, hielo...
Ya, fuego

Título: *Tú, hielo... yo, fuego*

© 2018, [Andrea López](#)

De la maquetación: 2018, Romeo Ediciones

Del diseño de la cubierta: 2018, Alexia Jorques

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Otros libros de la autora](#)

A todo aquel que se deja transportar
por la magia de las historias,
y leyendo,
vive así
mil vidas diferentes.
A ti,
que empiezas esta historia...

Prólogo

Siento cómo las gotas de sudor perlan mi frente. Inspiro hondo, sujetando fuertemente mi guitarra, como si de una tabla de salvación se tratase.

Levanto la cabeza y enfoco la vista hacia la muchedumbre que se agolpa delante del escenario, coreando mi nombre. Esta noche es especial. Es el primer concierto de mi primera gira en solitario, después de abandonar los Black Dragons, y sé que la expectación es máxima.

Las miles de personas que abarrotan el recinto, se aprietan contra las vallas que mi equipo de seguridad ha instalado, y las golpean, haciéndolas tambalearse.

Giro la cabeza, nervioso, intentando localizar a mi manager. . No consigo verlo. La última vez que lo avisté, se escabullía a la zona posterior del escenario, con una chica que debía de tener poco más de veinte años. Pongo los ojos en blanco al recordar esa imagen. No sé qué le habrá prometido a esa pobre incauta ni me importa, seguramente será algo que no piensa cumplir.

Nunca me ha importado actuar delante de miles de personas; es más, me encanta. La adrenalina recorre mis venas cuando escucho sus voces corear mi nombre, y el subidón es máximo cuando cantan mis canciones.

Con los Black Dragons, llenábamos estadios con miles y miles de personas, y la sensación era brutal.

Hoy, sin embargo, la tensión que siento atenazándome el pecho no se parece a esa adrenalina que tanto me gusta. Hoy es diferente. Algo no va bien.

Me preparo para tocar una de las últimas canciones de la noche, mientras intento vislumbrar cuanto los potentes focos del escenario me permiten.

Suenan los primeros acordes de la canción y empiezo a cantar. De repente, el sonido atronador de gritos de pánico lo inunda todo y me deja clavado donde estoy.

Inmóvil, sin conseguir despegar los pies del suelo, veo cómo el público se abalanza sobre las primeras filas, derribando el perímetro de seguridad.

La música cesa de golpe, y los gritos de terror y dolor llegan claramente a mis oídos, mientras veo cómo cientos de personas son derribadas y pisoteadas por una marea humana, que en unos segundos alcanza el escenario.

No entiendo nada. Me siento como si esto fuese una pesadilla y yo un simple espectador. Una mano me agarra del brazo y tira fuertemente de mí, hacia las escaleras que comunican el escenario y los camerinos.

Mi manager, Rubén —que por fin se digna a aparecer—, todavía con la camisa desabrochada y el pelo revuelto, me arrastra corriendo como un loco. Giro la cabeza intentando ver ese horror que estamos dejando atrás, pero estoy en shock. Rubén me dirige a la salida posterior del recinto, donde nos espera un coche. Subimos rápidamente, para alejarnos de aquí.

Capítulo 1

LEO

Me coloco bien el gorro y las gafas de sol, y miro, incómodo, hacia el suelo, rezando para que nadie me reconozca.

Llevo quince días en todos los medios de comunicación y los *paparazis* no han dejado de asediar la puerta de mi casa de Madrid, ni de día ni de noche. ¡No puedo más! Estoy acostumbrado a estar en el punto de mira de la prensa; ya lo estaba cuando cantaba para los Black Dragons. ¡Pero esto roza lo insoportable! Necesito unos días de descanso, y puesto que mi madre lleva tiempo insistiéndome en que vaya unos días a casa, al final he cogido un coche de alquiler nada ostentoso, para no llamar la atención, y me he lanzado a la carretera.

Podría haber cogido un avión, pero siempre me ha gustado conducir; me relaja, me permite marcar el ritmo, y para ser del todo sincero, tampoco me apetece lidiar con los periodistas que estoy seguro de que me esperarán en el aeropuerto. Por eso, aquí estoy, en la cola de la gasolinera esperando estoicamente (y eso tiene mucho mérito porque últimamente ando bastante escaso de paciencia), a que llegue mi turno para pagar el combustible y poder seguir mi camino.

Una niña de unos diez años, que está un poco más adelante en la fila, gira la cabeza y se queda mirándome fijamente. La pequeña pone cara de duda, y de repente su boca se abre formando una «o» perfecta.

Levanto un poco la vista para mirarla a través de mis gafas de sol, y esbozo una sonrisa mientras me llevo un dedo a la boca, pidiéndole que no diga nada.

La pequeña abre los ojos como platos y parpadea varias veces seguidas, asintiendo con la cabeza mientras me muestra la típica sonrisa de quien se sabe en poder de un gran secreto.

Yo me exaspero todavía más, cuando la veo voltearse repetidas veces hacia atrás, para asegurarse de que sigo ahí y no ha sido una jugarreta de su imaginación.

Por fin la cola avanza y llega mi turno. Extiendo el billete al chico que está detrás de la caja, y mientras espero a recibir el cambio, desvío la vista hacia las revistas que me saludan desde el mostrador. Ahí está de nuevo. ¡Mi cara en cada una de esas portadas!

Los titulares son a cada cual mejor:

«FIASCO EN LA PRIMERA GIRA EN SOLITARIO DEL CANTANTE DE LOS BLACK DRAGONS»

«LEO LAGO SE VE OBLIGADO A SUSPENDER SU PRIMERA GIRA EN SOLITARIO, POR LA PÉSIMA SEGURIDAD DE SU PRIMER CONCIERTO»

«CIENTO VEINTE HERIDOS, DIEZ DE ELLOS EN ESTADO GRAVE, POR LA FALTA DE SEGURIDAD EN EL CONCIERTO DE LEO LAGO»

«LEO LAGO VENDE VEINTE MIL ENTRADAS PARA UN RECINTO CON CAPACIDAD DE QUINCE MIL PERSONAS. ¿NO TIENE BASTANTE CON LA FORTUNA QUE TIENE? ¿NECESITA PISOTEAR LITERALMENTE A LOS DEMÁS?»

—Quédese con el cambio. —le digo al dependiente, antes de salir volando por la puerta.

Me meto dentro del coche y apoyo la cabeza en el volante. Inspiro un par de veces para intentar mantener la calma, pero estoy tan enfadado e indignado que, como no lo consigo, doy un golpe en el volante, provocando sin querer que la bocina pite.

—¡Mierda! —grito dejando salir toda la frustración que siento. Varias personas se acercan a mi coche, una de ellas con un móvil enfocándome. No me lo puedo creer, ¡me están grabando!

Arranco el coche y acelero, saliendo lo más rápido posible. Pongo la música a todo volumen, y me concentro en la carretera, intentando sacar de mi mente todo lo demás. Faltan algo más de dos horas para llegar a casa; dos horas para poder descansar y desconectar.

Grito como un poseso mientras aferro el volante casi con violencia, dejando atrás los kilómetros, y según me voy acercando a Vigo, una calma que hace tiempo que no sentía, se va instalando en mi pecho.

Me crie en Aldán, un pueblecito marinero, a media hora de Vigo. Allí viví hasta que con veintiún años, se me ocurrió empezar a subir videos tocando la guitarra y cantando, a *Youtube*. Un pez gordo de una productora musical me vio y me ofreció irme a vivir a Madrid, para formar parte de un grupo que estaban creando. Así nació el que hasta hace poco ha sido mi grupo y también mi segunda familia: los Black Dragons. La productora nos moldeó a su manera, y

tengo que admitir, que no nos fue nada mal.

Con nuestro primer disco, alcanzamos el número uno de todas las listas, y poco tiempo después, éramos considerados el grupo de música pop más importante, no solo del país, sino también de buena parte de Europa.

Yo, David y Hugo (que así se llaman los otros dos componentes de la banda) estuvimos en la cima del mundo durante diez años. Diez largos años en los que nos dejamos manipular por la productora; y durante los cuales, los días de descanso comenzaron a brillar por su ausencia. Enlazábamos gira con gira, disco con disco, sin pararnos siquiera a disfrutar lo que estábamos consiguiendo. Pero eso no era suficiente para la productora. Cada vez nos apretaba más y más. Lo conseguimos todo, pero nos dejamos la piel por el camino para lograrlo. Cuanto más famosos nos hacíamos, más intentaban imponernos canciones comerciales que en nada se parecían a lo que nosotros queríamos tocar. No podíamos ni opinar, ni pensar, ni decidir. Tenía la sensación de ir perdiéndome a mí mismo por el camino, y al final exploté.

No lo soporté y decidí dejar el grupo. David lo aceptó; Hugo no tanto. Se siente traicionado porque sin mí (la voz principal de los Black Dragons), el grupo carece de sentido. Sé que es así, y mentiría si dijese que no siento remordimientos. En algunos momentos, la culpa me hace dudar sobre si dejar a mis compañeros ha sido lo más justo para todos, pero ni mi mente ni mi cuerpo aguantaban más.

Dejé el grupo y pasé meses componiendo las canciones de mi disco en solitario: canciones de mi estilo, escritas y elegidas por mí, con las que por fin me siento a gusto y satisfecho.

Firmé con una nueva discográfica, me presentaron a mi nuevo manager, y poco después, estaba otra vez delante de miles de personas acariciando las cuerdas de mi guitarra.

Entonces sucedió el desastre de la avalancha. ¿Cómo pasó? Eso es algo que todavía no logro comprender. Así que aquí estoy: aparcado delante de la casa que me vio crecer, después de tres años sin pisar este lugar.

Observo la preciosa casita de piedra de dos plantas, situada muy cerca del paseo del puerto, en la que pasé los años más felices de mi vida.

La última vez que vine, fue para enterrar a mi padre. Cierro los ojos y su recuerdo me invade. Lo siento como si estuviese aquí; sigue oliendo a sal, a mar, exactamente igual que cuando, siendo tan solo un niño, me levantaba en sus

brazos, y yo aspiraba en su cuello. Siempre le decía que sus abrazos eran como un trocito de playa. Mi padre amaba el mar, decía que el mar le daba la vida; desgraciadamente también el mar se la arrancó. No puedo evitar que el dolor que traen consigo los recuerdos, me estrujen el pecho.

Inspiro un par de veces con fuerza, para hacer frente a lo que estoy seguro de que me espera en cuanto atraviese la puerta de la entrada.



CAMILA

En cuanto pongo un pie dentro del pequeño bar del puerto donde nos reunimos todos los días al terminar la jornada, Lena levanta la cabeza y me atraviesa con sus penetrantes ojos marrones. Por el brillo burlón que distingo en ellos y la sonrisa que intenta disimular mientras me acerco hacia nuestra mesa, tengo claro que las novedades deben de ser jugosas.

Conozco a Lena desde la guardería. Un niño le quitó una pintura roja, y yo, que desde mi más tierna infancia ya era una guerrera, decidí metérsela por la nariz. Ese día conseguí dos cosas: una buena regañina de mis padres, y una amiga para toda la vida. Desde ese momento, hemos sido inseparables. No es solo mi mejor amiga, es mi hermana.

Llego hasta la mesa y aparto una silla para sentarme.

—¿Qué? —pregunto sin saludarla siquiera, y mirándola con desconfianza.

—¿Qué de qué? —responde ella, regalándome su sonrisa más inocente.

¡Ay, Dios mío! ¡Lo está disfrutando! ¡Esto no puede ser nada bueno! Se muere por contármelo, pero tengo claro que, la muy bicha, no va a soltar prenda. ¡Se lo está pasando en grande!

Seguimos retándonos con la mirada hasta que al final se apiada de mí. Toma un trago de su cerveza y echa hacia atrás su melena negra, mientras mirándome por el rabillo del ojo, dice como quien habla del tiempo:

—¿Te has enterado de quién ha vuelto a casa?

No sé por qué, pero todos los músculos de mi cuerpo se tensan, y un escalofrío me recorre la espalda. No deseo saberlo. Me juro a mí misma que no quiero, pero mi boca parece tener vida propia, y no puedo evitar preguntar.

—¿Quién?

—Imaginé que estarías enterada; al fin y al cabo, él y tu hermano son muy amigos.

Sus palabras acaban de confirmar mis sospechas: Leo ha vuelto a casa.

Me quedo helada. En tan solo una milésima de segundo, Lena se da cuenta de ello, y su gesto se torna de burlón a preocupado.

—¿Estás bien? —Me mira intentando buscar la respuesta en mi cara—.

Perdona, después de tantos años no pensé que te siguiese afectando tanto; de lo contrario no hubiese bromeado con ello –se disculpa ella, disgustada.

—Estoy perfectamente, no me afecta en absoluto. El tema Leo está cerrado desde hace años. No tienes de qué preocuparte.

Tengo claro que estoy mintiendo como una bellaca, y más todavía, que Lena sabe que lo estoy haciendo; pero me conoce lo suficiente como para saber, que en este momento tiene que dejarlo estar.

Se queda callada unos minutos, jugueteando con su cerveza.

—Hace un montón de tiempo que no nos tomamos unas vacaciones, podríamos irnos unos días y relajarnos un poco. ¿Qué te parece? —sugiere esperanzada.

—No vamos a tomarnos un respiro, ni a irnos a ningún sitio. Estamos hasta arriba de trabajo, y no voy a salir huyendo solo porque a Leo se le haya ocurrido volver por vacaciones. No es mi estilo escaparme de las situaciones y lo sabes. —Parezco una mentirosa compulsiva; menos mal que no soy un muñeco de madera como Pinocho, de lo contrario, a estas alturas mi nariz sería tan larga, que podríamos utilizarla para colgar perchas en ella—. Lena, estoy algo cansada. —afirmo, y sin darle tiempo a responderme, añado—: Si no te parece mal, voy a irme a casa. Nos vemos luego.

—Te acompaño. —dice, mientras se levanta de su silla.

—No es necesario, termínate esa cerveza tranquilamente y nos vemos en casa. —respondo, negando con la cabeza. Le dedico una sonrisa fugaz y me dirijo hacia la salida, antes de darle tiempo a reaccionar.

Avanzo con rapidez, sintiendo sus ojos clavados en mi espalda hasta que llego a la puerta.

Salgo al exterior, y permito que la brisa del mar y el olor a sal me golpeen en la cara. Cierro los ojos mientras tomo aire profundamente. Siento el latido de mi corazón martilleándome con fuerza dentro del pecho.

No me puedo creer que Leo haya vuelto.

Leo Lago es el mejor amigo de mi hermano mayor, Yago, desde que tengo uso de razón. Los recuerdo en mi casa desde siempre. El verano que cumplí doce años y ellos tenían dieciséis, me fui con Lena, todo el mes de agosto, a casa de sus abuelos, en A Coruña. Cuando regresé, entré al garaje y encontré a mi hermano con Leo, tocando el bajo y la guitarra respectivamente, como solían

hacer siempre. Sin embargo, desde que ese día mis ojos se posaron en Leo, algo cambió dentro de mí. Esa fue la primera vez que mi corazón se aceleró y, desde ese momento, cada vez que lo veía me sucedía lo mismo: manos sudorosas, boca seca, palpitaciones... Recuerdo muy bien los síntomas.

Aguanté con estoicismo cada vez que mis padres no estaban, y él y mi hermano llevaban chicas a casa. Soporté cada grieta que se me formaba en el corazón, cuando lo veía pavonearse con una joven diferente cada semana. Porque sí, para qué engañarnos: tanto él como mi hermano, en ese momento ya las tenían a todas loquitas, y siendo unos piezas y unos adolescentes gobernados por las hormonas, cambiaban de chica como de chaqueta.

Cada vez que pasaba por mi lado y cariñosamente me llamaba «enana», como había hecho siempre, o revolvió mi melena pelirroja; me daban ganas de tirarle algo a la cabeza, pero lo toleré. Todo lo permití, hasta el día que Lena y yo bautizamos como: «El día del no retorno».

Tenía diecisiete años. Siempre he sido una chica guapa. Tengo unos grandes ojos azules, la piel blanca, y el pelo de un intenso tono pelirrojo. El conjunto, tengo que admitir que no está nada mal. Sin embargo, a esa edad también era extremadamente delgada, desgarbada y muy introvertida. Era tímida e insegura, y me costaba bastante relacionarme con los demás. Eso me hacía un objetivo muy fácil para las arpías sin corazón. Ese curso en concreto, mi peor pesadilla tenía nombre propio: Cora. Tenía un año más que yo. Era una repetidora con muy mala leche, cuyo único propósito era amargarme la vida a mí. Se metía conmigo, me humillaba día sí y día también... Me insultaba, e incluso, en numerosas ocasiones, llegó a pegarme. Las únicas personas que sabían lo que estaba pasando eran Lena y Yago, pero yo no los dejaba interceder por miedo a que la cosa empeorase. Un sábado por la noche en que mis padres habían salido a Vigo con unos amigos, Lena y yo llegamos a mi casa, y al entrar en el salón y encender la luz, creí morir.

¡En mi sillón! En el sillón de mi casa, ese donde yo me tumbaba tranquilamente a descansar, donde me acurrucaba con mi mantita para jornadas maratonianas de películas con Lena... ¡Ahí estaban Leo y Cora dándolo todo! No pude evitar el grito que escapó de mi garganta cuando los vi juntos. Con los ojos abiertos como platos, y anegados en lágrimas, los observé temblando. El corazón se me paró en el momento en el que Cora me miró maliciosamente, y se echó a reír delante de mis narices, sin ningún tipo de vergüenza por haber sido descubierta.

Corrí hacia mi cuarto seguida por Lena y, tras tropezar por el camino con mi hermano, entré en la habitación y me tiré en la cama, desconsolada. Unos segundos después, Yago, con su novia de turno, golpeaba suavemente la puerta, para intentar hablar conmigo.

Lena intentaba consolarme sin remedio. Fingí que me encontraba mal cuando llegaron mis padres y me pasé tres días en la cama. No sabía qué me dolía más: la vergüenza de haberlos pillado; la rabia de que hubiese sido con Cora y en mi salón; que mi reacción hubiese sido tan obvia; o el hecho de que en el fondo, muy en el fondo, me mataba saber que se había fijado en esa víbora sin cerebro, cuando a mí nunca había sido capaz de verme más que como a una «enana». En ese momento, decidí odiarlo. ¡Y vamos que si lo odié! Me había roto el corazón, pero eso ni él ni nadie lo sabría nunca.

Durante las siguientes semanas lo evité. Salía de casa temprano, antes de que Leo pasase a recoger a Yago, y no regresaba hasta la noche. Pasaba horas y horas en casa de Lena. Ella fue en ese momento, y en todos los que vinieron después, mi refugio; la única que conocía de verdad el dolor que me arrasaba por dentro. Mi puerto seguro.

Por aquel entonces, Leo había comenzado a colgar sus videos en *Youtuve*, y yo veía todos y cada uno de ellos. Intentaba convencerme a mí misma de que lo hacía para darme cuenta de lo egocéntrico, chulo y prepotente que era. Además, bien visto, el chico tampoco era para tanto (lo de mentir como Pinocho me viene desde la adolescencia). Necesitaba irme, alejarme de él. Las calles empezaban a antojármeme cada vez más estrechas, me faltaba el aire, y me sentía nerviosa y en tensión, no solo cada vez que salía a la calle, sino también en mi propia casa, cada vez que abandonada la seguridad de las paredes de mi cuarto, para bajar al salón o a la cocina. ¡Tenía que encontrar algo urgente!

Empecé a buscar, y me enteré de unas becas que la Xunta de Galicia daba por aquel entonces, a expedientes brillantes, para estudiar en el extranjero. Convencí a Lena para solicitarla juntas, y aunque la pobre no estaba nada convencida, tampoco deseaba dejarme sola, así que la dos la solicitamos, y nos la concedieron. Ese verano nos fuimos a Estados Unidos. La idea era estar un año, pero al final estuvimos siete. Mientras estudiábamos, para dejar salir la frustración que no me abandonaba, me apunté a clases de lucha y defensa personal. Lena, como siempre, estuvo a mi lado en cada paso. Las noticias de Leo llegaban a cuentagotas. Yago, debía de imaginar lo que me pasaba, porque apenas hablaba de él. Aun así, sabíamos que se había marchado a Madrid y que era la voz de los Black Dragons.

Nosotras, encontramos algo que nos encantaba y decidimos dedicarnos a ello.

Cursamos el año que nos faltaba para terminar nuestros estudios, y después, preparamos el acceso a la universidad, aunque al final decidimos no ingresar en ella. En lugar de eso, nos preparamos durante cuatro años en los mejores centros de formación en seguridad privada, hicimos módulos profesionales complementarios, específicamente de formación de vigilantes de explosivos y sustancias peligrosas, y continuamos con la preparación física, mientras tomábamos clases diarias de defensa personal y lucha. Después de una dura preparación, conseguimos entrar a trabajar como guardaespaldas y trabajamos duramente en una de las mejores agencias de Washington. Dos años después, con un currículum impresionante y la seguridad de que gracias a este, en España no nos faltaría trabajo, decidimos regresar a casa para montar nuestra propia academia de formación en seguridad privada.

Llevamos aquí tres años y nuestra empresa ha conseguido consolidarse en el sector. No solo tenemos plantilla propia para cubrir la seguridad en eventos de empresas privadas por toda España; también hemos conseguido ser unos de los centros de formación de seguridad privada autorizados por la Secretaría de Estado, y la gente que quiere optar a puestos de escolta público, viene de todas partes para prepararse con nosotras.

Hemos conseguido muchas cosas. Nuestra formación, junto con el tándem perfecto que formamos Lena y yo, se nota. Ya no soy la niña tímida y asustada que escapaba para no afrontar sus miedos, ahora he convertido todas esas inseguridades en fuerza y confianza, y eso no va a cambiar, ni por Leo Lago ni por nadie. Aunque puede que mi corazón no esté totalmente de acuerdo conmigo.



Capítulo 2

LEO

Abro la puerta despacio, y el olor de la tarta de manzana de mi madre (mi preferida desde que tengo uso de razón) invade mis fosas nasales. Avanzo unos pasos hasta el umbral de la puerta de la cocina y ahí está, de espaldas, canturreando una canción y moviendo los pies con un gracioso ritmo que intenta semejarse a la bachata o algo por el estilo, mientras pica una cebolla con maestría.

—Sigue así y dentro de poco te cogeré de bailarina para uno de mis conciertos.

Mi voz la sobresalta, pega un gritito agudo, y tras dejar el cuchillo encima de la tabla de cortar, se da la vuelta más rápida que un rayo.

—¡Leo, cariño! Creí que no llegabas hasta dentro de un par de días. —dice, sin poder ocultar su emoción, mientras corre a abrazarme.

—Al final decidí venir en coche. Por eso he llegado antes. —respondo, observándola atentamente. Su rostro tiene más arrugas que la última vez que la vi, ha cogido unos quilos que le sientan estupendamente, y su pelo, castaño claro como el mío, empieza a estar salpicado de canas, pero sus ojos siguen manteniéndose tan vivos y despiertos como siempre. Sé que no he estado tan pendiente de ella como debería en los últimos años. La repentina muerte de mi padre, ahogado mientras pescaba en su barco, supuso un duro golpe para todos. Pero, especialmente lo fue para mí. De alguna manera, no podía evitar sentirme culpable por no haber sido capaz de convencerlo para que dejase de faenar, una vez los Black Dragons alcanzaron la fama y sabía que el dinero no faltaría en casa. Mi forma de superarlo fue volcarme en la música y en el grupo, y me mantuve lo más alejado que pude de cualquier cosa que me recordase a mi padre y al dolor que su muerte me provocaba. Eso, por desgracia, incluyó a mi madre en el lote. Me costó años entender que él había decidido vivir así su vida, y que ni yo ni todo el dinero del mundo habría podido cambiar eso.

Pero no tengo excusa por haber tenido a mi madre tan descuidada. Pensarlo hace que sienta una presión dolorosa en la boca del estómago. Sin duda, nadie me va a dar el premio al hijo del año.

Me dejo mimar mientras ella me acaricia el pelo y me abraza.

—No sabes lo contenta que estoy de que estés aquí. Ha sido una pena lo que

ha pasado en la gira, pero si eso sirve para que podamos tenerte unos días en casa, habrá valido la pena sin ninguna duda.

¡Y ahí está, señoras y señores! Mi madre, tan directa y sincera como siempre. «Carmen, la pescadora», como la conocen en el pueblo. Esa mujer sin pelos en la lengua, que desde que tengo uso de razón se levanta a las seis de la mañana para ir al mercado a vender el pescado que, antes mi padre y ahora los que eran sus compañeros, traen del mar cada día.

Mi familia siempre ha sido humilde, pero mis padres se han esforzado desde que tengo uso de razón, para que nunca me faltase nada. Por eso, cuando comencé a ganar dinero con los Black Dragons, lo primero que quise hacer fue comprarles una casa y abrirles una cuenta en el banco, para que se olvidasen de trabajar y de madrugar.

¿Qué creéis que hizo mi madre? Se negó.

—El trabajo dignifica, Leo, y ayuda a mantenerse ágil y joven. Apoltronarse en el sillón es una forma como otra cualquiera, de que el cuerpo se vaya muriendo poco a poco, y a mí todavía me queda mucha guerra por dar, hijo mío. —Eso me dijo la buena mujer, y claro, ante eso, ¿qué podía hacer yo? ¡Pues quedarme con cara de tonto, por supuesto!

—Leo, despierta, hijo, que te estoy hablando. —La voz de mi madre me devuelve al presente—. ¿Seguro que te encuentras bien? Te noto un poco raro. —pregunta, mirándome con aire preocupado.

—Estoy bien, pero algo cansado. Han sido días unos complicados. —Intento sonreír, pero mi madre me conoce y su cara me deja claro que no cuela. Aun así, lo deja estar por el momento.

—Vamos a ver a la *tata*. Está en el salón.

Nos dirigimos al salón y ahí, tan enfrascada y concentrada en el partido del Celta-Valencia, como si la victoria dependiese de ella, está la *tata*.

—¡Mira a quién tenemos aquí!

Mi abuela materna, esa extraordinaria mujer que me crio desde que tengo uso de razón; la que me hacía a escondidas los bocatas de *Nocilla*, se terminaba la cena de mi plato sin que la viese nadie para que no me riñesen, y quien, en más de una ocasión, dio la cara por mí en el colegio, sin que mis padres se enterasen, para evitarme castigos y regañinas. La mujer más dulce y firme que he conocido jamás. La que me regaló mi primera guitarra y la que estuvo en

primera fila, en el primer concierto de los Black Dragons, pese a tener en ese momento, la friolera de ochenta y cinco años. Ahora, sentada en una silla de ruedas para facilitarle la movilidad, me mira con un amor y comprensión tan grande, con sus despiertos y vivos ojos azules, que no hacen falta las palabras. Entre nosotros siempre ha sido así.

Me acerco a ella y, tras sentarme en el suelo, coloco la cabeza sobre sus piernas, como hacía cuando era tan solo un chiquillo.

—Todo pasará, Leo. Todo se olvida... Todo, menos la gente y lo que te hace sentir. Y tú haces sentir mucho a la gente, cariño. Nunca lo olvides.

Cierro los ojos mientras siento el tacto de su mano temblorosa, áspera y callosa, acariciándome el pelo y la cara.

Permanecemos quietos, disfrutando del momento, hasta que mi madre nos llama para cenar, y conduzco la silla de ruedas de la *tata* hasta la cocina, donde me siento por primera vez en mucho tiempo.



Me subo el cuello de la cazadora todo lo que da de sí y me encojo para intentar resguardarme del frío. Había olvidado la humedad de las noches de invierno al lado del mar.

Camino por el paseo de madera, aligerando el paso mientras veo las olas embravecidas por el viento, romper en la orilla y golpear el espigón del puerto, a pocos metros de distancia.

Alcanzo la puerta del pequeño bar, y en cuanto pongo un pie dentro, la música de fondo, mezclada con las risas y las voces de la gente, me transportan al pasado. Hace muchos años, antes de ser Leo Lago, cuando solo era Leo.

Busco entre las mesas y enseguida lo encuentro. Yago no ha cambiado nada; los años parecen no haber pasado por él. Levanta la vista y en cuanto me ve, una gran sonrisa ilumina su rostro. Él es mi mejor amigo desde que puedo recordar, una de las pocas personas a las que realmente nunca le ha importado si me convertía en «Leo Lago, el famoso», o si seguía siendo el chico de pueblo que

jugaba en la playa a pescar cangrejos con él, hasta que el frío nos hacía tiritar.

Una sensación cálida que hace tiempo que no sentía, me recorre todo el cuerpo. Tengo muchos amigos, pero ninguno como Yago. Él es esa persona que, pase el tiempo que pase, sabes que siempre estará ahí: para las buenas y para las no tan buenas; incluso para las malísimas.

Recorro los pocos metros que nos separan y, sonriendo, le doy un abrazo.

—Estás horrible. —afirma mi amigo, con una sonrisa socarrona en su rostro—. ¿Qué haces disfrazado?

—Gracias, yo también te quiero. —respondo, dándole una palmada en el hombro mientras me ajusto bien el gorro de lana y la bufanda con la que me he tapado prácticamente hasta la nariz—. Es el precio de la fama. —añado, con resignación, frunciendo el ceño imperceptiblemente.

Yago me mira con cara de sorpresa y suelta una carcajada, mirándome incrédulo.

—¿Qué te hace tanta gracia? No recuerdo haber contado ningún chiste. —replico, algo molesto al no entender qué bicho le habrá picado ahora a este.

—Pero hombre, ¿tú sabes dónde estás? Toda la gente de este pueblo te reconocería aunque vinieses disfrazado de mujer. Te recuerdo que te han visto en pañales y corriendo con el culo al aire por ese paseo de ahí delante, casi desde que te salió el primer diente. —asegura, intentando contener la risa, mientras señala con la cabeza el paseo de madera que acabo de recorrer.

Miro hacia la barra y las mesas de alrededor, y me doy cuenta de que tiene razón. Por cómo nos miran y murmuran, casi todo el bar me ha reconocido ya. Suspiro con resignación.

—Hazme el favor de quitarte todo eso, que te va a dar un tabardillo con el calor que hace aquí dentro. —Lo miro y, suspirando, me quito la bufanda y el gorro. Me paso las manos por el pelo, que se me ha quedado aplastado, mientras sigo escuchando a Yago—. Les sorprende verte por aquí; no todos los días tenemos a una celebridad en el pueblo. Hace demasiado tiempo que no vienes. Si te dejases caer más a menudo, no te mirarían como si estuviesen viendo un extraterrestre. —Me reprocha, antes de darle un trago a su cerveza.

—Lo sé, tío, lo sé. Pero es que últimamente mi vida ha sido una locura.

—Eso no es excusa, Leo. ¿Cuándo no ha sido tu vida una locura?

Me revuelto incómodo en la silla; no me gusta escucharlo, pero sé que tiene razón. Aun así, me justifico de nuevo.

Yago, que me conoce como si me hubiese parido, se da cuenta de que estoy molesto y me mira preocupado.

—¿Cómo de mal se ha puesto el tema desde el último concierto?

—Mal es una palabra muy suave. —respondo con amargura—. Es un infierno. ¡Me tratan como si hubiese matado a Bambi! La prensa se está cebando conmigo. Me tachan de culpable por haber vendido más entradas de las permitidas para sacar más dinero, cuando yo no tuve nada que ver en eso. Hay titulares nuevos todos los días, carnaza a diario; periodistas apostados en la puerta de mi casa, en el estudio de grabación... ¡Por Dios, si hasta han ido a preguntarle a la cajera del supermercado de al lado de mi casa! —Sin darme cuenta, he alzado la voz y, de repente, el bar se ha quedado en, mientras todo el mundo nos mira.

—Baja la voz, Leo. Si lo que quieres es pasar desapercibido, lo estás haciendo de pena. —sisea Yago, mirando de reojo a nuestro alrededor.

—Lo peor es que la discográfica no está dispuesta a reanudar la gira, mientras no encuentren otra empresa de seguridad que los convenza. —continúo hablando, sin hacerle ni caso—. ¿Sabes lo complicado que es encontrar una empresa como dios manda para cubrir una gira de esta magnitud? —pregunto frustrado, revolviéndome el pelo con ambas manos mientras cierro los ojos—. ¡A este ritmo, mi primera gira en solitario se va a resumir a un concierto, y encima inacabado!

Los dos nos quedamos callados durante un instante, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

—A veces creo que haberme separado de los chicos fue un error. —admito, mirando a Yago fijamente.

—¡Leo, hacia atrás no se mira ni para tomar impulso! —exclama Yago, negando con la cabeza—. Quizás, la solución a tus problemas está más cerca de lo que piensas. —añade, mirándome con un brillo burlón en sus ojos—. Aunque... —Sé que aquí viene el problema, porque por el brillo malicioso de sus ojos, tengo claro que lo hay, y además, uno muy grande—. Igual tienes que arrastrarte un poquito. —admite finalmente, dándome la estocada final.

Capítulo 3

CAMILA

Son las nueve de la mañana y estoy de un humor de perros. He dormido fatal, y pese a que ayer Lena me dejó una nota en la nevera avisándome de que se nos había terminado el café, se me olvidó comprarlo. Teniendo en cuenta que no soy persona mientras no bebo por lo menos un par de sorbos de mi primer café del día, imaginaros mi humor. Para colmo de males, de camino al trabajo, una nube puñetera, con ganas de tocarme las narices, decidió soltar un chaparrón que me caló hasta los huesos.

Estoy en el gimnasio que hemos habilitado en una de las naves de nuestra empresa, para poder desarrollar una de mis ocupaciones favoritas: la clase de defensa personal que imparto, una vez a la semana, a las mujeres mayores del pueblo. La damos gratuitamente para ayudarlas a mantenerse en forma, y también para que aprendan a defenderse porque ¡qué narices!, que hay mucho degenerado suelto por ahí. El caso es que con sus ocurrencias, siempre consiguen hacerme reír.

Sin embargo, hoy ni siquiera los chistes de la señora Elvira o las anécdotas de la cena de Doña Engracia con su nuera, están consiguiendo ponerme de buen humor.

—Bueno, señoras, menos mover la lengua y más las piernas. —Las insto, intentando transmitir una energía que estoy muy lejos de sentir—. Voy a enseñaros una llave muy sencilla para defenderos en caso de que alguien os ataque. —explico, flexionando un poco las piernas para indicarles la posición que deben tomar.

Voy a continuar hablando, cuando me doy cuenta de que la columna que hay a pocos metros de mí, me está haciendo más caso que cualquiera de mis alumnas. Todas murmuran entre sí, sonriendo y dándose codazos.

—¿¡Se puede saber qué miráis, que no me hacéis ni caso!?! —pregunto, extrañada y frunciendo el ceño, mientras me doy la vuelta para comprobar por mí misma, qué es lo que las tiene tan obnubiladas.

Y ahí está. Con los brazos cruzados sobre su pecho y más guapo de lo que recuerdo haberlo visto nunca, Leo me mira fijamente y sonrío con incredulidad.

¿Se puede saber por qué narices está poniendo esa cara de asombro? Me encantaría saberlo, pero desde luego, no pienso preguntárselo. En cuestión de

milésimas de segundo, el color abandona mi rostro, me siento palidecer, empiezan a sudarme las manos, y la taquicardia, esa que tan bien conozco, regresa a mí como si en lugar de haber pasado diez años, hubiesen transcurrido tan solo diez días.

Veo cómo los ojos de Leo recorren mi cuerpo de arriba a abajo, y eso basta para que una señal de alarma se active dentro de mi cabeza. Tan rápido como lo perdí al verlo, recupero todo mi aplomo y la seguridad en mí misma. ¡Ya no soy la de antes, y si Leo piensa que voy a ir dejando un charco de babas tras él, igual que el resto del pueblo, no sabe lo equivocado que está!.

—Estás interrumpiendo una clase. ¿Se puede saber quién te ha dejado entrar y qué leches haces aquí? —pregunto, arisca.

Él, arquea las cejas, sorprendido por mi reacción, pero enseguida vuelve a sonreír.

—Buenos días, señoras, siento interrumpir su clase —Saluda con la mano, ignorándome y dirigiéndose a mis alumnas que, encantadas, lo miran aguantando la risa ante la escena que están presenciando—, pero necesito hablar un momento con Camila.

Me gusta cómo suena mi nombre en su voz, siempre me ha gustado; hace mucho que no lo escuchaba y un escalofrío me recorre involuntariamente la columna. ¡Maldito cuerpo traicionero! Eso, por supuesto, me cabrea todavía más.

—¡Sé que el señorito está muy ocupado, pero los demás también tenemos obligaciones, y la mía, ahora mismo, es acabar de impartir esta clase que tú estás interrumpiendo! —bramo enfadada, señalándolo con el dedo—. Así que te agradecería mucho que te largases por la misma puerta por la que has entrado sin ser invitado, dicho sea de paso. —Me cruzo de brazos, intentando que mi actitud sea lo más fría posible; él, ni se inmuta.

Me mira imperturbable, intentando aparentar que mis palabras le resbalan, pero yo también lo conozco bien, y me doy cuenta de que está apretando la mandíbula. Está controlándose. «¡Bien, punto para mí!», me aplaudo mentalmente.

—Solo necesito hablar un par de minutos contigo, quiero proponerte algo. Luego me iré y podrás seguir con tu clase. —Me reta con la mirada, intentando sonar impasible.

Si cree que va a salirse con la suya va listo, no pienso interrumpir mi clase

para hablar con él. ¡De hecho, no pienso hablar con él, ni ahora ni después!

—¡Ja! —vocifero—. Nada que salga de tu boca va a interesarme lo más mínimo. ¡Deja de molestar de una puñetera vez, y sal de aquí o tendré que echarte!

Doña Elvira, a la que por cierto, solo le faltan las palomitas para disfrutar más del espectáculo, carraspea para llamar mi atención, y desvío un momento mis ojos para mirarla.

—Niña, el chico no molesta. Déjanos disfrutar un poco más de las vistas, que a nuestra edad ya no se tienen muchas ocasiones como esta.

Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco. Cuando vuelvo a mirar a Leo y veo su sonrisa de suficiencia, me pongo mala; empieza a hervirme la sangre. Él, le guiña un ojo a Doña Elvira para darle las gracias. Eso me da una idea. ¡Este pobre incauto no sabe dónde se ha metido!

—Está bien —acepto con voz suave, mirándolo con malicia mientras me muerdo el labio para intentar no reírme—. Te propongo un trato.

Leo me mira, desconfiado por mi cambio de actitud, y pregunta:

—¿Qué tipo de trato?

—Esto es una clase de defensa personal. Necesito explicarles unos movimientos a las chicas para defenderse de un posible agresor. Si haces de atacante y consigues mantener el tipo sin que te derriben, te daré cinco minutos de mi tiempo al acabar la clase.

—¿Cinco minutos? ¡Caray, cómo te cotizas! —indica, no muy convencido.

—Es el tiempo que tengo antes de mi siguiente reunión. ¿Lo tomas o lo dejas? —replico, encogiéndome de hombros.

—Lo tomo. —acepta Leo finalmente, suspirando.

Me giro de nuevo hacia las señoras, que nos miran expectantes a ambos. ¡Juraría que alguna está incluso aguantando la respiración!

—Bien, señoras, hoy estamos de suerte. ¡Aquí, nuestro amigo Leo, se ha ofrecido para hacer de atacante! ¿Quién quiere probar la llave nueva con él?

Veo cómo todas lo miran, y por un instante me da un poco de pena el pobre. Me recuerdan a una jauría de perros hambrientos, a punto de lanzarse a por un solomillo. Observo de reojo a Leo, que traga saliva con cara de pavor. La pena me dura poco. ¡Qué demonios! Le está bien empleado. Eso le pasa por listo.

—Elvira, ¿quiere ser usted la afortunada?

—Con mucho gusto, hija. —responde la buena mujer, adelantándose a la colchoneta que tengo ante mis pies, con una agilidad más propia de Bruce lee, que de una anciana ya entrada en los setenta largos.

—Vamos, Leo, no seas tímido. No hagas esperar al resto de las chicas. —Lo animo guiñándole un ojo, mientras le señalo la colchoneta para que se coloque delante de Doña Elvira que, coqueta como pocas, le pone ojitos.

—Está bien, veamos —continúo cuando ambos están de pie, frente a frente.

—Imaginaos que vais caminando por la calle y alguien viene a atacaros. ¿Qué haríais? —pregunto, mirándolas a todas.

—Depende, si es como este de aquí delante, yo le diría: «Hijo mío, ya soy mayor y no voy a oponer resistencia, haz con mi cuerpo lo que quieras» —admite Engracia, abriendo ambos brazos mientras las demás estallan en carcajadas.

Leo gira la cabeza hacia atrás y me dice, mirándome con estupor:

—Creo que mejor voy a esperar a que termines tu clase, ya hablaremos después.

—No, hombre, no. Ahora que ya estás aquí sería una pena. —comento, poniendo mi sonrisa más inocente—. De hecho, yo que tú no haría ningún amago para intentar escapar, te sorprendería lo que pueden llegar a correr estas mujeres cuando están motivadas, y tú las motivas mucho. ¿Verdad, chicas? —pregunto con maldad.

Escucho un «sí» generalizado tan entusiasmado, que parece que estén deseando que Leo intente escapar, para saltarle encima.

Él, traga saliva y se queda quieto en su sitio, aguantando el tipo.

—Elvira —digo, dirigiéndome a la mujer para no darle tiempo a cambiar de opinión—, ¿qué harías tú para defenderte de un asaltante?

—Eso es fácil. —responde ella, mirándome seria—. Lo inmovilizaría.

—Muy bien. —asiento en señal de aprobación—. ¿Y cómo lo harías?

Elvira mira a Leo con ojos brillantes, y responde:

—Pues primero, lo agarraría de manera que no pudiese moverse. —explica mientras, a una velocidad de vértigo, agarra con sus dos manos, el culo de un

sorprendido Leo, quien da un respingo, y lo aprieta con ganas. Él intenta dar un paso atrás, pero Elvira no lo suelta, haciéndole perder el equilibrio y caer de culo al suelo.

Pálido y boqueando, sin saber qué decir, el pobre incauto mira a Elvira como si tuviese delante un monstruo de tres cabezas. Esta, por su parte, está encantada de la vida.

—¿Te ayudo a levantarte, hijo? —le pregunta, con la voz más inocente del mundo.

Veo cómo Leo retrocede como puede por el suelo, mientras me mira entre avergonzado y aterrorizado, y decido apiadarme de él.

—Está bien, Elvira, yo lo ayudo. La clase ha terminado por hoy.

Todas van saliendo por mi lado, despidiéndose, y dándome las gracias. Pero si la cara de nuestro invitado ya era un cuadro, esta se convierte en todo un poema cuando ve salir de detrás del grupo de mujeres, ni más ni menos que a su propia madre, que muerta de la risa, se va, tras haber presenciado el numerito al completo.

—¿¡Mamá!?! ¿¡Se puede saber qué haces aquí!?! ¡No me dijiste nada de que tomases clases de defensa personal!

—Tú no me preguntaste. —responde ella, sonriendo—.Trátamelo bien, es el único que tengo. —Añade con una sonrisa, mirándome mientras sale detrás de las demás.

—Adiós, guapo, cuando quieras repetimos. —propone Elvira, a un cada vez más incrédulo Leo, quien todavía no se ha movido del suelo—. Mucha guitarrita, mucha guitarrita, pero te veo en baja forma. —suelta ella, con una risilla, mientras sale contoneando las caderas, como si estuviese más cerca de los veinte que de los ochenta.

Leo me mira negando con la cabeza y los ojos abiertos como platos.



LEO

¡El culo! ¡Una anciana me ha tocado el culo! Y encima, se ha recochineado en mi cara. Miro a Camila, quien ni siquiera se molesta en disimular la gracia que le hace todo esto. ¡No entiendo qué le pasa a esta mujer! ¡No entiendo qué problema tiene conmigo!

—Tus cinco minutos acaban de empezar. —dice, cruzándose de brazos delante de mí.

—Podrías ayudarme al menos. —imploro, con el ceño fruncido. Mi mala leche va en aumento cada segundo que pasa. La miro a los ojos intentando encontrar en ellos algo de la chiquilla que yo recordaba, pero no queda nada de ella. Sus ojos, tan azules como siempre, parecen ahora un mar embravecido en el que da miedo aventurarse. Sigue teniendo el mismo aspecto frágil y delicado de la adolescente que yo recuerdo, pero su cuerpo ha adquirido curvas más que apetecibles donde antes no las había.

La miro de arriba a abajo sin poder evitarlo por segunda vez, y trago saliva al notar cómo se me seca la boca. Por desgracia, de nuevo ella se da cuenta y me da la impresión de que no le hace demasiada gracia.

—Vale, veo que no tienes nada interesante que decir, así que como yo sí tengo más cosas que hacer que andar por ahí provocando a ancianitas, me voy. —afirma Camila, con voz enfadada, dándose la vuelta para salir del gimnasio.

—¡Provocando ancianitas dice! ¡Pero si esas mujeres son un peligro! —exclamo, pero ella sigue dándome la espalda sin dignarse siquiera a darse la vuelta—. ¡Espera! —grito, levantándome de un salto y agarrándola del brazo para evitar que se vaya.

Mal hecho. En cuanto rozo su piel, una corriente eléctrica me paraliza. Camila me mira y juraría, por la cara de sorpresa que pone, que ella también la ha sentido, pero enseguida se recompone y, dando un tirón, se suelta de mi agarre.

—No vuelvas a tocarme nunca en tu vida. —sisea, apretando los dientes.

Su reacción me hace retroceder un paso, no entiendo qué leches le pasa conmigo y a punto estoy de mandarla a pasear, pero la necesito. Necesito que acceda a lo que voy a proponerle, si no quiero que «la gira de Leo Lago», se reduzca al «concierto de Leo Lago». Después de estar hablando con Yago, he

estado informándome en internet, y tengo que reconocer que la empresa de Camila se ha forjado una reputación impecable, por lo que hablé con la discográfica y esta accedió a reanudar la gira, a condición de poder contar con sus servicios.

Por este motivo, decido morderme la lengua y contar mentalmente hasta diez, para volver a intentarlo. Venga, mejor hasta veinte, que creo que me va a hacer falta..

—Espera, yo he cumplido mi parte del trato, y dado que eso ha incluido a una anciana sobándome el culo, no te quedan más narices que escucharme! —exijo, hablando un poco más alto de lo necesario.

—¡Ja! —suelta ella, enfadada—. No te confundas conmigo, Leo. Yo no soy una de tus fans. ¡A mí no vas a decirme lo que tengo o no tengo que hacer, ni ahora ni nunca! Te escucharé solo si me da la gana y cuando me dé la gana. —espeta frunciendo el ceño. Se queda callada durante un instante, mirándome de arriba a abajo con desprecio y frialdad, antes de añadir—: En cuanto a la buena de doña Elvira, no seas tan remilgado, que igual incluso lo has disfrutado. Por lo que yo recuerdo, tú no le haces ascos a nada, te da igual ocho que ochenta; así que no vengas ahora de digno, que no te pega nada.

La miro alucinado, sin poder creerme lo que estoy escuchando. De la chica dulce y tímida que yo conocía no queda nada. Ahora todo en ella es frío. Parece hielo puro.

Miro sus labios y pienso en lo que me gustaría hacer con ellos para que cerrase la boca de una puñetera vez. Pensarlo me excita todavía más y, por segunda vez en unos minutos, me obligo a contar hasta veinte, solo que esta vez por un motivo muy diferente.

—Quiero proponerte un trabajo. ¿Puedes dejar de comportarte como una desquiciada durante unos minutos y escucharme de una vez para acabar con esto, por favor? —pregunto, intentando sonar calmado.

—Te quedan tres minutos. —concede ella finalmente, mirando el reloj que cuelga de la pared.

—Como sabrás, mi gira se ha cancelado por un problema de seguridad. —explico.

—Eso lo sé yo y todo el mundo. —Me interrumpe.

—Vaaaale. —admito pacientemente, mientras sigo contando mentalmente

para evitar saltar a la primera de cambio—. Mi discográfica se ha negado a continuar la gira mientras no encuentren una empresa de seguridad que les dé confianza. Yo te quiero a ti.

Ella levanta las cejas sorprendida y, palideciendo un poco, da un paso atrás.

—Me refiero a que quiero contratarte a ti. —rectifico rápidamente, acercándome a ella.

—¿Quieres contratarnos para la gira? —pregunta, intentando disimular su sorpresa.

—Sí. Tendréis que llevar vuestro equipo y encargáros de toda la seguridad durante los casi tres meses que dure la gira. Por supuesto, tendrás que viajar con nosotros para supervisarlo todo. No puedo permitirme ni un solo fallo más.

—No creo que sea necesario que yo viaje con vosotros, tenemos un equipo perfectamente cualificado para hacer su trabajo. Hemos tenido misiones de este tipo otras veces y nunca hemos viajado, ni Lena ni yo, con el equipo.

—No me importa lo que hayáis hecho para otras empresas, me importa lo que vais a hacer con mi gira, y yo quiero que tú viajes con nosotros para que todo este perfecto.

—¿Por qué tengo que ser yo? No pienso viajar. Lena es la que se encarga de los desplazamientos normalmente. —me replica ella, incómoda. Por su tono de voz y su forma de mirarme, sé que me está mintiendo. No sé por qué, pero el hecho de saber que no quiere viajar conmigo, me cabrea y me disgusta a partes iguales. ¡Quiero que sea ella quien venga con nosotros, y como que me llamo Leo, que lo voy a conseguir!

—No tengo por qué darte explicaciones. Te estoy diciendo que quiero que viajes tú y punto. No dudo que Lena sea una gran profesional, pero te conozco, sé lo perfeccionista y maniática que puedes llegar a ser, y eso es exactamente lo que quiero. —declaro con voz autoritaria, a propósito para molestarla.

—Que tú quieras que algo suceda no lo convierte en un hecho, Leo. —me refuta Camila, apretando los puños. Continúa mirándome con frialdad, y me entran unas ganas locas de arrinconarla contra la pared y besarla hasta hacerle cambiar ese semblante agrio y duro que ha adoptado desde que me ha visto.

—En este caso sí, bonita. Yo pago, yo mando. —replico con una sonrisa triunfante en la cara.

Ella me mira más furiosa todavía. No recuerdo haberla visto nunca así. La

miro fijamente a los ojos y me pierdo en ellos. Siento que me falta el aire, y por un momento soy consciente de que estoy conteniendo la respiración.

—Tengo que pensármelo. Ya te contestaré. —concluye ella, sin inmutarse. Sin más, se va y me deja de pie, como un pasmarote, sin saber cómo reaccionar.

—Tienes veinticuatro horas, ni una más. Si rechazas una oportunidad como esta, te arrepentirás siempre y lo sabes —grito a sus espaldas, cuando por fin reacciono.

Se gira un momento y el odio tan intenso que veo en su mirada, me golpea como un puñetazo en el estómago. Me remuevo incómodo. Camila frunce el ceño mientras aprieta los dientes. Sabe que tengo razón. Una oportunidad como esta es un caramelo para cualquier empresa. Solo un loco la rechazaría y Camila puede ser muchas cosas, pero desde luego no es ninguna loca.

—Ya hablaremos. —reitera, en un tono tan gélido que sería capaz de congelar el desierto.

La veo alejarse y dejo escapar, despacio, el aire que estaba conteniendo en mis pulmones. Necesito que acepte. Ni yo mismo entiendo la razón, pero volver a ver a Camila ha removido algo dentro de mí; algo que no quiero ni puedo dejar pasar.



CAMILA

Han pasado varias horas desde que Leo se ha marchado y no, no es que huyese de él escondiéndome en la oficina hasta comprobar que se hubiese ido; es, simplemente, que no me veía capaz de aguantar que me mirase otra vez de arriba a abajo, sin sacudirle un buen guantazo. ¿Así que para correr el riesgo? ¡No aguanto su chulería y su prepotencia!

El hecho de que cada vez que me mira con esos preciosos ojos color miel, cientos de mariposas aparezcan de repente revoloteando en mi estómago, no tiene nada que ver. El hecho de que, al volver a verlo, parezca que el tiempo haya retrocedido los últimos malditos diez años, tampoco. Y, por supuesto, el hecho de que mi desconsiderado y desagradecido corazón, al cual dicho sea de paso, estoy empezando a pensar que le gusta pasarlo mal y que le va la marcha, porque desde luego otra explicación no le encuentro; acelere su ritmo hasta ponerme al borde de una taquicardia severa cada vez que pronuncia mi nombre, muchísimo menos. Golpeo con fuerza el saco de boxeo que tengo delante, porque no puedo dejar de pensar en lo que ha sucedido.

Escucho unos pasos detrás de mí y, sin girarme, pego un grito.

—¿¡Se puede saber qué demonios quieres ahora!?! ¡Te he dicho que ya lo pensaré! —grito enfadada, golpeando el saco que se balancea en el aire, como si me fuese la vida en ello.

—Si lo preguntas con esa amabilidad, como para decírtelo. —La voz de mi hermano resuena divertida en el gimnasio.

Jadeando por el esfuerzo, paro el saco con ambas manos, y tras coger la toalla que hay en el suelo, me seco la cara con ella mientras me doy la vuelta para mirarlo.

—Perdona Yago, pensé que eras otra persona. —reconozco, intentando que mi respiración recupere su ritmo normal.

—Ya, eso lo tengo claro. Me parece que hasta podría adivinar quién. —Me mira con cachondeo y me enciende todavía más—. ¿Qué es eso que tienes que pensar? —pregunta haciéndose el tonto.

—No te hagas el inocente que no te pega nada, sé de sobra que has sido tú quién le ha dicho que venga a hablar conmigo. —le recrimino mientras lo señalo con el dedo acusándolo.

—Pues teniendo en cuenta que te he recomendado para lo que probablemente sea el mejor trabajo de tu vida, un «gracias hermanito» no estaría mal. —replica, mientras se cruza de brazos, en tono serio.

Suspiro, cerrando los ojos con fuerza un momento, y los vuelvo a abrir para encontrarme con la mirada comprensiva de Yago.

—Ven aquí, vamos a sentarnos. —me pide, tomando asiento en un banco de madera, y golpeando a su lado para animarme a imitarlo—. A ver, peque, sé que lo que te voy a decir no te va a gustar... Pero creo que es hora de que alguien te lo diga.

Lo miro con auténtico pavor a escuchar lo que pueda salir de sus labios.

Adoro a mi hermano, es la persona más leal y comprensiva que conozco. Sé que me quiere, que se preocupa por mí, y que quiere que sea feliz. Pero también sé, que aunque sospechase lo que yo sentía por Leo cuando tan solo era una cría, no tiene ni idea de lo que supone para mí estar cerca de su mejor amigo.

—Sé que para ti no fue fácil de digerirlo que pasó hace diez años. —comienza a hablar con suavidad, mirándome fijamente—. Entiendo que en aquel momento decidieses escapar, dejarlo todo atrás y empezar de cero. Pero ahora, después de tanto tiempo, dime sinceramente si ha funcionado. ¿Has conseguido olvidarlo, o simplemente lo has tenido ahí dormido, en una esquinita de tu corazón todo este tiempo?

Abro los ojos como platos al entender sus palabras. Escucharlo hablar así, con tanta seguridad y tan claramente, es como si de repente, una mano se metiese dentro de mi cuerpo y me estrujase el corazón. Me descubro reteniendo el aire dentro de mis pulmones. El labio comienza a temblarme y aprieto los puños. Me clavo las uñas con tanta fuerza, que si no dejo de hacerlo, al final me va a salir sangre.

—No entiendo qué quieres decir. —Intento disimular como puedo, pero no soy capaz de sostenerle la mirada.

—¡Venga ya, Camila! —desdeña Yago, con una mezcla de pena y enfado—. ¿De verdad crees que no sabíamos lo que te pasaba? Era tan obvio como que el sol sale por la mañana y se pone por la noche. —admite, suspirando—. Al principio, pensé que era un enamoramiento adolescente y no le di importancia, eras una chiquilla y Leo mi mejor amigo; es un tópico y no lo tomé en serio. Pero cada vez te notaba más ansiosa cuando él estaba cerca, estabas nerviosa. ¡Y esa adoración con la que lo mirabas! ¡Dios, era tan obvio! —exclama,

levantando las manos—. Después, cuando lo encontraste en el sofá de nuestra casa aquel día con...

—¡Para! —lo interrumpo—. Sé de sobra con quién lo encontré, no es necesario que lo digas.

—¿Ves? —Me mira dejándome claro que acaba de confirmar sus sospechas—. No lo has olvidado y superado; simplemente lo has esquivado. —susurra, más para sí mismo que para mí, y veo claramente la resignación en sus ojos—. Después de aquel día todo cambió. Comenzaste a evitarlo, dejaste de estar en casa para no encontrártelo, casi no dormías y estabas triste todo el santo día. ¡Verte era como ver un alma en pena! ¿Por qué crees que papá y mamá te permitieron irte? Se dieron cuenta de que lo necesitabas de verdad. No era un antojo, nunca fuiste una niña caprichosa. ¡No soportábamos verte así!

—¿Papá y mamá también lo sabían? —pregunto poniéndome de pie, muerta de la vergüenza. Comienzo a pasear delante de mi hermano de un lado a otro, incapaz de estarme quieta.

—Claro que lo sabían. Te fuiste y comenzaste de cero, y creímos que lo habías superado. ¡Yo creí que lo habías superado! Pero has estado con Leo, ¿cuánto? ¿Media hora? ¡Y mira en qué estado estás! Creo que es hora de que enfrentes lo que sea que te pasa con él y lo cierres para siempre; es la única forma de que puedas seguir adelante.

—Tiene razón. —Escucho la voz de Lena a escasos metros. Al parecer, lleva un rato apoyada en la puerta, escuchando la conversación entre mi hermano y yo. Se acerca y me agarra por los hombros, obligándome a quedarme quieta. Me levanta la barbilla para que la mire a los ojos—. Yago tiene razón. Nunca lo superaste, solo lo dejaste en el olvido para poder calmar el dolor que sentías y seguir caminando. Y yo te lo permití. No sé si como amiga hice bien cuando te acompañé en tu huida, pero tengo claro que ahora no puedes hacer lo mismo. —Desvió la mirada pero Lena me insiste—. Camila, mírame. —Lo hago y ella continúa hablando—. Ya no eres esa chiquilla asustadiza, tímida e insegura de antaño. Te has convertido en una mujer fuerte, confiada y segura de sí misma, y ha llegado la hora de que te enfrentes de una vez a lo que sientes por Leo, para así poder seguir adelante. Si la forma de hacerlo es en esta gira, pues adelante. Pasa tiempo con él, y convéncete de que no es para ti, de que no es lo que quieres, y de que todos estos años lo has tenido idealizado. ¡Olvídalo, pero esta vez de verdad! Solo así vas a poder vivir tu vida como te mereces y como yo quiero que la vivas.

—No tienes ni idea —susurro intentando contener toda la frustración que siento en este momento. ¡Tanto tiempo intentando odiarlo, tanto tiempo sin pensar en él, y ahora estos dos quieren arrojarme a los leones, así, sin anestesia ni nada!

—¿¡Que yo no tengo ni idea!?! —pregunta Lena levantando la voz—. ¿¡Me lo dices en serio!?! ¿Es necesario que te recuerde quién estuvo a tu lado entonces, limpiándote las lágrimas, consolándote y calmándote? ¿Tienes idea de lo que supuso para mí verte abandonarlo todo para escapar? Yo no dejaba mucho atrás, yo no tenía mucho que perder, pero tú lo dejaste todo, Camila. Las dos sabemos cómo estabas al principio en Estados Unidos, estuve a tu lado entonces y lo estaré ahora. —afirma, con determinación.

La miro fijamente y la abrazo mientras las lágrimas resbalan por mi rostro.

—Tienes que enfrentarte a lo que sientes y superarlo, porque yo estoy convencida de que Leo no es para ti, pero necesito que seas tú quién lo esté. Necesito que te des cuenta de que Leo Lago es real, que tiene sus defectos como todo el mundo, que simplemente es un amor platónico idealizado, y que no es la persona indicada para ocupar tu corazón. Porque si no lo haces, te estarás quitando a ti misma la oportunidad de conocer a alguien y ser feliz.

—Yo no me estoy quitando ninguna oportunidad —replico con terquedad.

—Vale, entonces dime cuántas relaciones has tenido desde hace diez años. —Voy a abrir la boca para contestar, pero Lena se me adelanta—. Y no me valen rollos de una noche, me refiero a relaciones de verdad.

Lo pienso fríamente, y es cierto. No soy una monja, por supuesto que he tenido algunos rollos pasajeros, pero nada serio quitando a...

—Estuve un año entero con Dani cuando regresamos. —afirmo.

—Sí, muy cierto. Estuviste con Dani un año entero, y en cuanto él quiso ir un poco más en serio, ¿qué hiciste? ¡Lo mandaste a freír espárragos! El pobre chico estaba enamorado perdido y tú ni querías ni podías dejarte llevar o sentir algo más por él. Lo dejaste destrozado, ¿y quieres que te diga por qué?

—No, gracias, no es necesario. —respondo, pidiendo con los ojos un poco de clemencia. Pero no. Lena, mi Lena, normalmente comprensiva y dulce, hoy, precisamente hoy, no piensa callarse nada de nada. Desvió la mirada hacia Yago,

quien nos mira a ambas como el que ve un partido de tenis, sin perder detalle.

—Nunca pudiste sentir nada más por él ni has podido jamás amar a nadie, porque en el fondo, la sombra de Leo, lo que sentías por él, siempre estuvo ahí. Llámalo amor, odio o como te dé la gana. Es hora de que dejes de sentir lo que sea que sientes por él.

—¿Leo sabe algo? —le pregunto a Yago, mirándolo fijamente mientras me seco las lágrimas.

—Lo dudo. Siempre te ha visto como a una hermana. No creo que se haya dado cuenta de nada. Él también lo pasó mal con tu cambio de actitud. Pasaste de ser una chiquilla dulce y cariñosa que venía con nosotros a todos los lados y nos seguía a todas horas, a no dirigirle la palabra y esquivarlo por completo.

Yago se levanta y se une a nosotras.

—Camila, Leo es una buena persona, es mi mejor amigo y sabes que le quiero, pero estoy de acuerdo con Lena en que no es para ti. Debes conocerlo y descubrir por ti misma que Leo no es lo que quieres para tu vida, y creo que la única forma de darte cuenta de que no estás enamorada, es precisamente pasando tiempo con él. Solo te pido una cosa. —Me mira y se calla un instante; mira a Lena, y esta desvía la mirada, incómoda, hacia el suelo—. Puedes mentirnos a nosotros, pero por favor, no te mientas a ti misma.



Capítulo 4

LEO

Han pasado cuatro días desde mi encuentro con Camila, y no he podido dejar de pensar en ella. ¡No entiendo qué me pasa! Cuando recuerdo sus fríos ojos azules atravesándome con odio, algo se remueve en mi interior, y siento ganas de atrapar esos apetecibles labios que me atormentan en sueños, y besarla hasta derretir todo el hielo de su mirada.

Recuerdo su imagen de hace unos días en el gimnasio, su piel de alabastro contrastando con ese pelo rojizo que parece arder, ¡y esa figura! El cuerpo de adolescente que yo recordaba, ha dado paso a uno esbelto y tonificado. Mi cuerpo reacciona en cuanto pienso en ella. Me coloco, disimuladamente, el pantalón, mientras maldigo en voz baja.

¡Necesito una ducha fría pero ya! No sé qué es lo que me pasa con Camila, pero lo que sí sé, es que necesito averiguarlo. Me sorprende a mí mismo aguantando la respiración cada vez que suena mi móvil. No lo entiendo. Puedo tener a la mujer que quiera y lo sé. «Patético, eres patético», pienso.

Suena mi teléfono y lo saco del bolsillo con rapidez, mientras continúo caminando hacia casa.

Veo el nombre de la pantalla y la decepción se apodera nuevamente de mí.

—Dime, Yago.

—¿Decepcionado?

—¿Por qué lo dices? —pregunto a la defensiva, frunciendo el ceño. A veces me molesta que me conozca tan bien.

—Deja, da igual. —responde mi amigo—. He acabado hace un rato mi turno. ¿Nos tomamos unas cervezas?

—Estoy llegando a casa, dame un par de horas y nos vemos en el bar de siempre.

—Hecho.

Cuelgo y sigo caminando unos minutos más, sumido en mis pensamientos, hasta que entro en casa. La *tata* se acerca en su silla de ruedas eléctrica, en cuanto me escucha entrar. Parece increíble que la maneje con tanta pericia, todavía me asombro cuando la veo.

—Leo, ha venido tu amigo y me ha preguntado por ti.

—¿Qué amigo, *tata*? —pregunto, sorprendido.

—Ese que anda siempre contigo. Me preguntó a dónde habías ido y si ibas a tardar mucho.

—¡Ah! No te preocupes, seguramente Yago haya pasado por aquí al salir del parque de bomberos; acaba de terminar una guardia. Supongo que al no encontrarme me llamó. Ya hemos quedado. Voy a darme una ducha. —explico, dándole un beso rápido en la frente al pasar por su lado.

Subo las escaleras, cojo ropa limpia y me meto en la ducha. El calentón ha bajado bastante, pero cuando el agua caliente comienza a resbalar por mi cuerpo, vuelvo a pensar en Camila. La imagino en la ducha conmigo y me excito al instante. Suelto un gemido frustrado, y me dispongo a terminar yo mismo la tarea. Me imagino enjabonando su cuerpo; la imagino gimiendo entre mis brazos y, poco después, me dejo ir pronunciando su nombre.



Entro en el bar en el que hemos quedado y busco a Yago con la mirada. Todavía no ha llegado. Me siento lo más cerca posible de la puerta. Desde que he vuelto al pueblo, las cosas se han calmado un poco en mi vida, pero aun así, no puedo evitar algunas costumbres, como sentarme cerca de la puerta para poder salir corriendo, si de repente una marea de periodistas me encuentra y se abalanza sobre mí. Sé que son gajes del oficio, pero ¡maldita sea!, ahora que estoy saboreando un poco de tranquilidad, me doy cuenta, con tristeza, de lo que tengo que sacrificar cada día para poder dedicarme a lo que amo.

La camarera, una chica con la que me lie un par de veces antes de hacerme famoso y que por lo que sé, ahora está casada y tiene tres niños, se acerca a mí poniéndome ojitos.

—¿Qué quieres hoy? —pregunta guiñándome un ojo.

Por un momento, dudo de si está ofreciéndome solo una bebida o algo más. Cuando se inclina tanto hacia mí, que casi puedo meter mi cara en su escote, me

queda claro que no solo me está ofreciendo una copa. Intento recordar su nombre pero me resulta imposible. No tengo ni idea de cómo se llama.

Le echo una mirada rápida. El tiempo no la ha estropeado. Sigue siendo guapa. Quizás con unos cuantos kilos más que antes, pero que no le quedan mal.

—Una cerveza fría, por favor.

—¿Algo más? —pregunta, y juro por mi madre que la he escuchado ronronear como si de una gata en celo se tratase. ¡Solo le falta restregarse por mi pierna!

—Puede que en otro momento. —respondo, dedicándole una de esas sonrisas que sé que nunca fallan.

Ella se aleja feliz, y yo la sigo con la mirada apreciando su culo, el cual, todo hay que decirlo, es de infarto.

Un golpe me devuelve a la realidad, y vuelvo la vista al frente para encontrarme a una indignada Camila, que con las dos manos apoyadas sobre la mesa, más que mirarme, me está fulminando. ¡Si las miradas matasen, a estas alturas yo estaría muerto y enterrado!

—Tú no tienes vergüenza, ¿verdad? ¡No has cambiado nada! ¿Cuánto llevas aquí?, ¿cuatro días? ¡Esa mujer, por si no lo sabes, está casada y tiene tres niños pequeños! ¡Y tú vas y te pones a tontear con ella, delante de todo el mundo, como si tal cosa! —su reproche me coge por sorpresa. No esperaba encontrármela aquí, y menos que se pusiese a reclamarme lo que hago o dejo de hacer. ¡Nunca he dado explicaciones a nadie y no pienso hacerlo ahora! ¡Faltaba más!

—¿Perdona? Mira bonita, me parece que te estás equivocando conmigo —la reprendo, más cabreado que un mono al que le acaban de quitar un plátano.

—¡No me digas! —refuta ella, levantando una ceja.

—¡Pues resulta que si te digo! —bramo mientras me pongo de pie para, acto seguido, apoyar ambos puños sobre la mesa, de manera que mi cara queda a tan solo unos centímetros de la suya—. Punto número uno: yo no estaba tonteando con ella, era ella la que lo hacía conmigo, y dado que es ella quien tiene un compromiso con otra persona y no yo, si a ella no le importa su marido, menos me va a importar a mí.

—¡Ja! —resopla Camila, inclinándose un poco más hacia mí.

—Punto número dos: yo no doy explicaciones de lo que hago a nadie, y menos a ti. ¿Quién eres tú para reclamarme nada? Yo no te he hecho nada y sin embargo, llevas tratándome mal desde que nos vimos el otro día. Creo que lo que necesitas es un buen meneo, que seguro que hace tiempo que no te dan. ¡A ver si así, con un poco de suerte, consigues sacarte de encima esa cara de amargada que llevas siempre, y la escoba que parece tener metida por el culo, guapa!

Me he pasado, me he pasado mil pueblos y lo sé. Me arrepiento en cuanto lo digo, pero tengo un prongo del demonio, y ser consciente de que no dejo de pensar en ella a pesar de cómo me trata cada vez que me ve, y de que no me importaría nada ser yo quien le diese ese meneo del que le he hablado, consigue sacar lo peor de mí. ¿Quién se cree que es? ¿La reina de Saba?

Ella traga saliva inconscientemente, y observo cómo, por un fugaz instante, la furia de sus ojos se transforma en algo que no logro identificar. Pero unos segundos después, vuelven a ser nuevamente dos témpanos de hielo. Estamos tan cerca que casi puedo sentir su respiración en mi cara, e inconscientemente, mis ojos se desvían hacia sus labios.

Camila da un salto atrás, turbada y sorprendida. Un tenue rubor cubre sus mejillas. Sin darme tiempo a decir nada más, la escucho susurrar.

—Me ha dicho mi hermano que habéis quedado aquí. Yo solo vengo a decirte que acepto el trabajo con dos condiciones: la primera, es que quiero que quede claro en el contrato que yo no trabajo para ti, sino para la discográfica; la segunda, no quiero que te acerques a mí más de lo estrictamente necesario.

De nuevo, la turbación y la sorpresa duran solo unos instantes. Enseguida vuelve a ser la mujer de hielo, fría y envarada de antes, pero no me importa. Estoy tan contento de que haya aceptado el trabajo, que todo mi enfado se ha esfumado por arte de magia.

Durante la gira, ya tendré tiempo de quitarle toda esa chulería que tiene. ¡Cómo me gusta jugar con fuego, no lo puedo evitar! Por eso, decido tensar un poco más la cuerda, para conseguir alguna reacción como la de antes, que me demuestre que lo que tengo delante es una mujer, y no la estatua de hielo que pretende aparentar que es.

—Tranquila pequeñaja, hoy mismo pediré a la discográfica que me envíen el contrato, y mañana a las once te lo acerco al trabajo para que lo firmes. Por la segunda condición no te preocupes, dentro de poco serás tú la que me rogará que no me despegue de ti. —Le guiño un ojo y vuelvo a sentarme en la silla,

esperando su reacción.

Camila aprieta los puños y se da la vuelta tan deprisa, que no ve a Yago acercándose a nosotros. Choca con él y se tambalea; está a punto de caer, pero su hermano la sostiene por los brazos, evitando que termine en el suelo.

—¿A dónde vas con esa prisa? ¿Qué pasa?

—¿¡Qué pasa!?, ¿¡qué pasa!?, ¿¡que tu amigo es gilipollas, eso es lo que pasa! —grita Camila, perdiendo los papeles—. ¡Suéltame! —pide entre dientes, a un más que sorprendido Yago, que la suelta inmediatamente para ver cómo sale del bar hecha una exhalación.

—¿Se puede saber qué le has hecho? —pregunta, mirándome fijamente mientras se sienta.

—Nada, no le he hecho nada. Ni siquiera me ha dado tiempo. —me defiendo—. Me ha visto tonteando con la camarera y se ha puesto como una loca, como si el que estuviese casado fuese yo y no ella. —añado, poniendo los ojos en blanco.

Yago se remueve incómodo en la silla.

—¿Qué pasa? —pregunto. Lo conozco, y sé que está preocupado.

—No tengo claro que haya sido buena idea recomendarte a mi hermana para este trabajo. Eso pasa —me responde, dejándome a cuadros.

—Pero vamos a ver, tío, centrémonos. ¡Que yo a tu hermana no le he hecho nada! —bramo, ofuscado. Está empezando a molestarme de verdad, que parezca que el malo de esta película soy yo, cuando la que se comporta como una desquiciada es ella—. Fue ella la que un día de golpe y porrazo comenzó a ignorarme cuando éramos unos críos, y es ella la que desde que nos hemos encontrado de nuevo me trata como el puto culo. Yo no he hecho nada. ¿Entiendes? *NAAAA DAAAAA*. No entiendo qué leches le pasa conmigo. —añado, negando con la cabeza mientras me llevo la caña a la boca.

Yago me mira entre asombrado y molesto.

—¿De verdad quieres hacerme creer que no sabes por qué empezó a ignorarte o por qué te trata así?

Hay tanta incredulidad en su cara, que siento que me estoy perdiendo algo.

—No tengo ni las más remota idea. Imagino que en algún momento debí de haberle hecho algo que la molestase, pero no sé el que.

—Leo, mi hermana estaba loca por ti. —suelta con brusquedad, mirándome fijamente.

Ante esta revelación, abro los ojos como platos sin saber qué decir.

—Pero yo nunca noté nada hasta el día que...

—Hasta el día que te encontré tirándote, en el sillón de nuestra casa, a la chica que le hacía la vida imposible en el instituto.

—A ver, a ver... espera —pido, moviendo la cabeza y cerrando los ojos un momento para procesar la información—. ¿Cómo que la chica que le hacía la vida imposible? Explícate.

—Cora, la chica que te tiraste, la tenía amargada. La insultaba, la humillaba, y más cosas que no me corresponde a mí contar. Camila estaba loca por ti, obviamente cada vez que te veía con una mujer diferente lo pasaba mal, pero imagino que encontrarte precisamente con Cora y en nuestra casa, fue un punto de inflexión para ella. Decidió convertir el dolor que sentía en odio para protegerse, y se marchó con la intención de no verte más.

Tengo la boca tan abierta que creo que se me va a desencajar la mandíbula. ¡Eso lo explica todo! Y yo sin enterarme de nada. Una sonrisa asoma por mis labios, pero enseguida se borra cuando Yago sigue hablando.

—No te juzgo, no puedo hacerlo porque yo era igual que tú. La diferencia es que en este caso, la que sufría era mi hermana. Pese a lo que puede parecer, ella sigue siendo la misma chica dulce y cariñosa de siempre, y no quiero que lo pase mal. Te la recomendé porque quiero que se enfrente a sus fantasmas, para que se dé cuenta de lo que todos los demás sabemos.

No me gusta el rumbo que están tomando sus palabras y pregunto, pasándome la mano por el pelo:

—¿Y qué es eso que todos sabéis? Ilumíname, por favor. —demando, molesto.

—Que tú no eres la persona ideal para ella; que de lo que sentía por ti no quedan más que recuerdos, y que vosotros no pegáis ni con pegamento.

—Vamos, básicamente quieres que pase tiempo conmigo para que se dé cuenta de que soy un monstruo, que no merece la pena. ¿He entendido bien? —pregunto, enojado, cruzando los brazos sobre mi pecho.

Yago suspira.

—Leo, eres mi amigo y sabes que te quiero; pero Camila es mi hermana y se merece algo más de lo que tú puedes o podrías darle. Ella tiene que ser consciente de eso, y verlo por sí misma. Por eso quiero, o mejor dicho, necesito, que no intentes nada con ella. Tienes que dejarla seguir adelante.

Recuerdo esos ojos azules y sé, desde ya, que lo que Yago me pide es algo imposible de cumplir.



Capítulo 5

Camila

Es la una y media de la tarde y Leo sigue sin dignarse a aparecer. Más que acariciar las teclas del ordenador mientras preparo el *planning* del mes que viene, las aporreo.

—¿Se puede saber qué te ha hecho el pobre teclado? —pregunta Lena, burlona.

—No es el teclado el que me ha hecho algo. —murmuro.

—No me lo digas... ¿Qué ha hecho Leo esta vez?

Me levanto y, mirándola, me pongo a pasear, indignada, de un lado a otro de nuestra pequeña oficina.

—¿Te puedes creer que cuando llegué ayer al bar para decirle que aceptaba el trabajo, lo encontré poco menos que comiéndole el escote a la camarera? ¡Una mujer casada y con tres niños! ¡Y no, no te lo pierdas porque eso no es lo mejor! —exclamo, exasperada, mientras sigo desgastando el suelo y haciendo aspavientos con las manos.

—¿Ah, no? Venga, sorpréndeme. ¿Qué es lo mejor? —pregunta Lena, divertida, apoyándose en una de las mesas.

Yo continúo mi monólogo, sin ser consciente de si me está escuchando o no.

—Lo mejor es que cuando se lo recriminé, no solo tuvo las narices de decirme que es ella la que tiene un compromiso y no él, sino que además, va el muy imbécil y me suelta que soy una amargada, que me falta un meneo y que tengo una escoba metida por el culo. ¿Te lo puedes creer? —Mi indignación no tiene límites.

La sonora carcajada que sale de la boca de Lena, me hace parar de golpe y girar la cabeza para mirarla.

—¿Te hace gracia? —pregunto, cada vez más enfadada.

—La verdad es que sí, me hace gracia. Y también tengo que decirte, pese a que sé que no te va a gustar, que tiene razón en todo lo que ha dicho.

—¿¡Pero tú te has vuelto loca!?! —vocifero, sin creer lo que están escuchando mis oídos.

Lena se encoje de hombros.

—Simplemente digo, que es cierto que él no le debe explicaciones al marido de nadie. ¿Leo está casado?

—No, pero...

—¡No, pero nada, Cami! —me corta Lena—. Él está libre, por lo tanto puede hacer lo que le da la gana. En cuanto a lo otro, obviamente no es cierto que seas una amargada, pero sí, que en cuanto lo ves o escuchas su nombre, sacas las garras. ¡Es normal que piense así! ¡Por Dios, si incluso le echaste encima a la señora Elvira en una clase! ¡Eso es como soltar un chuletón a un perro que lleva una semana sin comer!

Recuerdo ese momento y las dos nos reímos a carcajadas.

—Lo del meneo... —sigue hablando Lena—. ¿Cuánto hace que no le das una alegría a ese cuerpo tuyo?

—¿Cuánto hace que no se la das tú? —replico rápidamente.

—No estamos hablando de mí. Solo digo que el chico está muuuy bien, y oye, si se ofrece a darte ese meneo que según él te hace falta...

—Pero, vamos a ver —la interrumpo, alucinada—. ¿Tú no decías que Leo no es para mí? ¡A ver si te aclaras, guapa!

—Sigo diciéndolo. Pero una cosa es que no sea el hombre de tu vida y otra muy diferente, que no puedas darte una alegría con él. Que lo llevas deseando diez años, aunque tú lo niegues. ¡Igual así se te quita esa espinita que tienes clavada y acabamos con este tema de una santa vez!

La miro negando con la cabeza.

—¡Tú estás fatal! Pero fatal como para encerrarte. —Nos miramos y las dos nos echamos a reír de nuevo.

Seguimos hablando un rato, y tan ensimismadas estamos, que cuando Yago entra en el despacho, no nos percatamos de su cara de preocupación.

—Hola, chicas. ¿Tenéis un momento?

—Uno no, todos los que tú quieras gracias a tu amigo. ¡Quedó en pasar a traernos el contrato a las once, y mira, han pasado más de dos horas y sigue sin aparecer. Pero claro, como el señorito está acostumbrado a que todo el mundo esté a su disposición... ¡Es un egocéntrico, que no se para a pensar que los demás también tenemos una vida que atender! ¡Pero conmigo lo lleva claro! — Me interrumpo de repente, al darme cuenta de la cara con la que me mira mi

hermano. Está pálido y su mirada destila preocupación.

—Yago, ¿estás bien? —pregunta Lena, que al igual que yo, se ha percatado de que algo no marcha bien.

Él la mira e intenta un amago de sonrisa pero no le sale.

—Yo sí. Leo ha tenido un accidente con el coche esta mañana cuando venía hacia aquí. Por eso no ha llegado a tiempo. —explica con voz acusadora mientras me mira.

Siento un frío intenso recorrer mi cuerpo. Me sorprendo rezando para que no le haya pasado nada malo. Lena formula la pregunta que yo no me atrevo a realizar:

—¿Está bien?

Contengo la respiración mientras aguardo la respuesta.

—No lo sé, están haciéndole pruebas. No sabemos nada más. Su madre acaba de llamarme porque sabía que Leo había quedado con vosotras para firmar el contrato. Yo me voy ahora al hospital, a ver si dicen algo.

—Déjame ir contigo —pido con voz temblorosa, dando la vuelta a la mesa para coger mi cazadora.

—Yo también voy. —se ofrece Lena, que ya está poniéndose la suya.

Mi hermano asiente con la cabeza y me pregunta con mirada dura:

—¿Estás segura de que vas a comportarte? Porque sinceramente, si vas a seguir insultándolo y tratándolo como si fuese un desalmado, creo que es mejor que no vengas. Ni él ni su familia necesitan eso ahora mismo.

—Voy a comportarme, lo prometo. —aseguro, con un hilo de voz.

Yago asiente y los tres nos ponemos en marcha.

Hay una media hora de distancia entre nuestro pueblo y el hospital de Vigo, pero a mí me da la sensación de que llevo encerrada en el coche una vida entera. No consigo que dejen de pasar por mi mente imágenes de Leo gravemente herido, ensangrentado, quizás, incluso algo peor... Trago saliva intentando contener el temblor de mis manos.

Por fin llegamos al hospital. Yago llama por teléfono a la madre de Leo para preguntarle dónde está, y en cuanto entramos, nos dirigimos, como una exhalación, al ascensor. Cuando la puerta se abre, empezamos a recorrer un

pasillo laberíntico; yo cada vez voy sintiéndome más pequeña e insegura.

—Allí está. —Señala Lena, que es con diferencia, la que más calmada está de los tres.

Carmen nos saluda, con ojos llorosos, y se abraza a mi hermano.

—Gracias por venir. —Logra pronunciar la buena mujer.

—¿Se sabe algo? —pregunto, con voz temblorosa, temiendo la respuesta.

—Llegó inconsciente en la ambulancia, lo metieron para hacerle pruebas y no nos han dicho nada más. ¡En este maldito hospital nadie nos dice nada! — responde ella, mirándonos alternativamente a los tres, con la angustia reflejada en sus ojos mientras se aferra a Yago, como si le fuese la vida en ello. Mi hermano es como un segundo hijo para ella y se nota cuánto lo quiere.

Lena, la sienta en una silla, se coloca a su lado, y apoya una mano en su brazo.

—Leo va a estar bien. Estoy segura. —afirma, con aplomo. Carmen la mira y asiente.

—¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado? —pregunta mi hermano.

—De momento no sé gran cosa. Por lo que ha comentado el policía que ha estado aquí, el coche se salió en una curva y fue dando bandazos a ambos lados, hasta que se empotró contra una farola.

Me llevo una mano a la boca, ahogando un gemido, y me dejo caer en una silla. Las piernas me tiemblan tanto, que no creo que me sostengan durante mucho más tiempo.

Vemos cómo va pasando el tiempo en el reloj de la sala de espera. El movimiento de las agujas que marcan los segundos me parece casi hipnótico. Me concentro en eso para no pensar, pero no lo consigo. Recuerdo nuestra última conversación, y digo conversación por llamarlo de alguna manera, y rezo; rezo de nuevo para que no sea la última. Sé que no he sido justa con él. No quiero que se muera habiendo terminado así conmigo. Un temblor incontenible se apodera de mis manos cuando ese pensamiento se cuela en mi mente.

Una mano en mi pierna me saca de mi ensoñación. Parpadeo varias veces y miro la silla de al lado, que ahora está ocupada por Carmen.

—Leo es fuerte. Se va a poner bien. —asegura, intentando transmitirme una convicción, que se nota que está muy lejos de sentir.

—Tú no lo entiendes, Carmen. Él estaba inconsciente y mientras, yo lo estaba poniendo verde por no llegar a tiempo. —confieso, con voz temblorosa.

—No sabías que había tenido un accidente. —intenta consolarme ella.

¡Esta mujer es sorprendente! Es su hijo el que está ahí dentro y del que no sabemos nada, y aun así, saca fuerzas para intentar que los demás estemos bien. Me deja sin palabras.

La miro, sintiéndome todavía más culpable que antes.

—Da igual, estos días he sido bastante bruja con él. —reconozco finalmente.

—¡Ay, pequeña! Juntaros a Leo y a ti, es como juntar fuego y gasolina. Una combustión segura. Tenéis cosas pendientes, pero déjame decirte, que pese a que tú quieras pensar lo contrario, Leo es un buen hombre. Y te aprecia mucho, siempre lo ha hecho. Creo que es hora de que los dos empecéis de cero, ¿no te parece?

La miro sorprendida. Voy a contestarle, cuando una voz llama nuestra atención.

—¿Familia de Leo Lago?

Miro al frente y ahí está el médico, de unos cuarenta y tantos, con el pelo canoso y entrado en quilos, mirándonos con una sonrisa en el rostro.

Al verlo, me siento más ligera. De repente, la losa que desde hace unas horas llevo sobre la espalda, me abandona. Nos levantamos y nos acercamos al doctor.

—Leo está bien, pese a las circunstancias. —nos explica—. Ha tenido mucha suerte. Hemos tenido que coserle siete puntos en el abdomen, y como consecuencia del golpe, ha sufrido un traumatismo intracraneal, por lo que vamos a dejarlo cuarenta y ocho horas en observación. Así aprovecharemos para meterle calmantes por vía intravenosa, ya que está bastante contusionado.

—¿Podemos verlo? —pregunta Carmen.

—Sí, pero solamente unos minutos y de dos en dos. Necesita descansar.



LEO

Intento incorporarme un poco, pero un latigazo de dolor me atraviesa la cabeza. Cierro los ojos y cejo en mi empeño.

—¡Maldita sea, esto era lo que me faltaba! —gruño en voz baja. «En cuanto la prensa se entere, tendré veinte reporteros apostados en la puerta del hospital. Ahora que la cosa comenzaba a calmarse un poco...», pienso, y dejo escapar un suspiro de resignación.

El médico que me acaba de ver, me ha dicho que he tenido mucha suerte, que el resultado podía haber sido mucho peor. Pero claro, eso lo dice él, que no se siente como si una hormigonera le hubiese estado bailando claqué encima. Hago el amago de incorporarme de nuevo, pero un grito desde la puerta me lo impide.

—¡Ni se te ocurra, Leo! Como no te portes como Dios manda, soy capaz de pedirle a la enfermera que te ate a la cama. —amenaza mi madre mientras se acerca rápidamente a la cama, y me mira con los ojos llorosos. Está pálida, y ni siquiera ahora, viéndome, consigue quitarse la cara de susto que trae la pobre—. No vuelvas a darnos un susto así en tu vida, Leo. ¿Me oyes? ¡En tu vida! — exige con voz ahogada, mientras su mirada ansiosa recorre mi cara, cerciorándose de que realmente estoy bien.

—Lo intentaré, pero no puedo prometerte nada, sabes que me gustan las emociones fuertes. —bromeo e intento sonreír para que se relaje. Pero ese simple gesto me duele horrores y mi intento de sonrisa, queda en una mueca digna de película de terror.

Ella frunce el ceño y, sin ninguna compasión, me golpea el brazo.

—¡Au, mamá! —protesto, frotándome donde me ha dado.

—No estoy para bromas, Leo, ¡menudo susto nos has dado a todos!

Miro detrás de mi madre y veo a Yago, que se ha mantenido atrás para permitirle a ella acercarse primero, mirándome preocupado.

—Estás horrible, tío. No sé cómo habrá quedado la farola, pero dudo que tenga peor pinta que tú. —bromea él, también para relajar el ambiente.

—¡Gracias, hombre! Así da gusto. —bufo, haciéndome el enfadado—. Necesito que me hagas un favor. Había quedado con la dama de hielo para darle el contrato, ¿puedes avisarla de que, obviamente, no voy a poder ir?

Yago abre los ojos y suelta una sonora carcajada.

—¿La dama de hielo? ¿Así es como llamas a mi hermana? —Se ríe con ganas y mi madre, que me mira con desaprobación, me da otro golpe en el brazo.

—¡*Auch*, mamá! —me quejo por segunda vez en pocos minutos—. Ella no sabe que la llamo así. —me defiendo.

—¡Pero yo sí! —me recrimina mi madre—. Y te recomiendo que no vuelva a oírte decir eso, si no quieres que el golpe con la farola se quede en una mera anécdota. —Me señala amenazadora con el dedo—. Y tú no te rías. —reprende también a Yago, mientras a una velocidad digna del mejor tirador del oeste, le propina a mi amigo una colleja que le hace encoger los hombros.

Resoplo y pongo los ojos en blanco mirando a Yago. Este, frotándose la dolorida nuca, me dice:

—Puedes decírselo tú mismo, está fuera.

Ahora soy yo quien abre la boca de tal forma, que parece que se me va a descoyuntar la mandíbula.

—Eso sí —añade Yago, mordaz—, te recomiendo que no le digas que le llamas «la dama de hielo», o ella misma se va a encargar de terminar lo que la farola no fue capaz de hacer.

Mi madre, que pese a lo mucho que la quiero, no piensa darme tregua, me mira con malicia.

—No te preocupes, yo misma le daré el recado. No creo que tú quieras ver a «la dama de hielo», ¿verdad? —pregunta con retintín—. La pobre chica está ahí fuera preocupadísima por ti, y tú aquí riéndote a su costa. ¡Debería darte vergüenza!

¡La madre que me parió! Lo está disfrutando, la *jodía*. Yago la mira, ya sin disimular la risa. Eso sí, el muy desgraciado, como puede andar, ha tomado cierta distancia con mi madre, no vaya a ser que le dé por sacar la mano a pasear de nuevo.

—Gracias por ofrecerte, mamá, pero ya que ha venido, puedo decírselo yo solito. —respondo, con voz angelical.

Salen de la habitación, y a los pocos segundos, Camila asoma la cabeza por la puerta.

—¿Se puede? —duda. Sus ojos me recorren de arriba a abajo con ansiedad, y

una sensación cálida me invade el pecho, cuando compruebo cómo el alivio los invade, y su rostro va pasando de la angustia a la calma, poco a poco.

Asiento con la cabeza, y ella entra y se acerca a la cama.

—No tienes tan mala pinta como pensaba. —me dice. Su voz todavía suena tensa, pero intenta disimularlo. La miro fijamente. ¿Será verdad que sentía algo por mí hace años? O lo que es más importante: ¿Habrá algo más que odio, todavía ahí dentro, aunque ella se empeñe en negarlo?

—Eso viniendo de ti, es casi un halago. ¿No estarías, por casualidad, preocupada por mí, verdad? —pregunto, intentando poner esa sonrisa que nunca falla, y que justo hoy, va a ser que no va a funcionar. No sé si es la pregunta o la sonrisa, pero las facciones de su rostro se contraen, y percibo el instante justo en que su cuerpo se tensa. Vuelve a ser la dama de hielo.

—Estaba preocupada; que la gira se cancelase significaría perder el trabajo antes de empezar.

—Te sobran trabajos y lo sabes. No creo que solo te preocupase eso —replico, con frustración. ¡Me jode! ¡Me jode y mucho, que no sea capaz de admitir que estaba preocupada por mí, cuando acabo de estamparme contra una farola! —Escucha. —Hago un último intento—. Dadas las circunstancias, ¿sería posible que me dieras una tregua?, ¿aunque sea una pequeña? —Ejecuto el gesto con los dedos, mientras emito un puchero.

Camila se muerde el labio inferior para no sonreír, y me mira fijamente. Otra vez, sus ojos me recuerdan a un océano azul, intenso e insondable. ¿Cuántos misterios encerrarán? Me descubro a mí mismo deseando conocerlos todos y cada uno de ellos.

—Está bien. —cede ella al fin—. Pero solo una pequeña, no te acostumbres. —concede, imitando el gesto que yo acabo de hacer con la mano—. Ahora sí que me voy. Descansa.

—Hazme un favor, mira por la ventana y dime si hay mucha prensa en la puerta.

Ella se acerca a la ventana y echa un vistazo por las rendijas de la persiana. Me mira con cara de circunstancias.

—Define «mucha».

Cierro los ojos.

—Da igual, creo que prefiero no saberlo. —Abro los ojos y no puedo contener la pregunta—. Está abarrotado, ¿verdad?

Ella asiente.

—¡Mierda, tenía la esperanza de que no molestasen a mi madre, por lo menos hoy! Iba a pedirle que se acercase al taller, a buscar el contrato en el coche para dártelo, pero con toda esa prensa por ahí rondando, prefiero no hacerlo. —Niego con la cabeza, mientras me aprieto el puente de la nariz, cansado.

—No te preocupes, yo me acercaré al taller. Total, somos Lena y yo quienes tenemos que firmarlo. —Intenta tranquilizarme Camila. Veo en sus ojos comprensión y quizás, solo quizás, una pizca de algo como... ¿cariño?—. La sacaré de aquí sin que la vean ni la molesten.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —pregunto, intentando no sonar incrédulo.

—Soy tu jefa de seguridad, ¿recuerdas? Y da la casualidad de que soy la mejor. Tranquilo, me las apañaré. —responde, guiñándome un ojo.

Se gira para alejarse de la cama, pero la agarro por la muñeca para retenerla unos segundos más. En cuanto mis dedos rozan su piel, una corriente eléctrica me recorre de arriba a abajo. Estoy seguro de que ella también lo ha sentido, pues durante unos segundos, ha contenido la respiración.

—Gracias —la apremio, acariciando suavemente con mi pulgar la sensible piel de su muñeca.

Ella solo asiente y se suelta de mi agarre como si le quemase. Sale de mi habitación, y yo me quedo mirando fijamente la puerta, buscando una explicación a lo que acaba de pasar.



Capítulo 6

CAMILA

El estridente pitido del despertador me atraviesa el tímpano, y de mala gana, abro un ojo para ver qué hora es. ¡No puede ser que ya sea hora de levantarme! ¡Pero si parece que haga cinco minutos que me acosté! Resoplo con mala leche, al comprobar que efectivamente, no solo ya es la hora, sino que es más tarde de lo que pensaba.

Me desperezo y salgo de la cama arrastrando los pies. Abro el grifo de la ducha, y mientras espero a que el agua salga caliente, voy a la cocina a por mi primera dosis de cafeína del día; esa que, con un poco de suerte, va a darme la energía suficiente para abrir el otro ojo.

Estoy sirviéndome la taza tan sumida en mis pensamientos, que no oigo a Lena entrar en la cocina del pequeño apartamento que compartimos.

—Parece que nos hemos despertado de buen humor hoy —me saluda con sarcasmo.

La miro de mala gana y pongo cara de fastidio.

—Estaba pensando en lo que me espera con el trabajo de Leo.

—¿Estabas pensando en lo que te espera con el trabajo de Leo, o en lo que te espera con Leo? —pregunta, mirándome fijamente.

—Leo y yo hemos firmado algo así como una tregua. —le cuento, encogiéndome de hombros para quitarle importancia—. Pero, ¿te fijaste ayer en la cantidad de periodistas y fotógrafos que había en la puerta principal del hospital? ¡Y no solo ahí! Incluso saliendo por la puerta de personal, nos costó un riñón y parte del otro que no nos vieses sacar a Carmen de allí. ¡La pobre mujer no estaba como para atenderlos!

—Eso es verdad. —asiente ella, frunciendo el ceño—. ¿Crees que podrás arreglártelas sola con el equipo? —pregunta, con expresión preocupada—. Sé que Yago y yo te hemos forzado a aceptar este trabajo, pero si no lo ves buena idea, todavía estamos a tiempo de...

Con crispación la señalo y no la dejo terminar la frase.

—¡Ni lo digas!

—Pero...—intenta razonar ella.

—¡Ni pero ni leches! Vosotros dos me liasteis para aceptar este trabajo. He dicho que sí y no pienso echarme atrás. —declaro, enfadada—. En cuanto me dé una ducha, voy a ir al taller a buscar el contrato. Lo firmamos y lo mandamos a la discográfica. ¡No hay más que decir!

Lena me mira negando con la cabeza, resignada. Me doy la vuelta y me dispongo a salir de la cocina, cuando la escucho murmurar:

—Lo que tú quieras, pero tú sigues más pillada por Leo que una pelota en el patio de un colegio.

—Te equivocas, solo intento ser civilizada porque vamos a trabajar juntos.

—¡Lo que tú digas! —grita ella a mis espaldas, sin creerse ni media palabra.

Me ducho a toda prisa, con las palabras de Lena resonando en mi cabeza. Recuerdo el momento exacto en que sus dedos acariciaron mi muñeca ayer, y una corriente eléctrica vuelve a recorrerme entera, igual que me pasó entonces. ¡Maldita sea! Es imposible que este hombre siga teniendo ese poder sobre mí. Lena tiene toda la razón. No sigo pillada, sigo pilladísima, pero ni pienso admitirlo, ni mucho menos dejar que él se dé cuenta. Estoy segura de que tanto Lena como Yago, tienen razón. Los años han hecho que, a pesar de todo, tenga idealizado el recuerdo de lo que sentía por él. Por eso me siento tan rara. En cuanto pase un poco de tiempo trabajando a su lado, todo se normalizará. Quizás, con un poco de suerte, volvamos a ser amigos, pero eso es todo.

Cierro el grifo y me seco a toda prisa con la toalla. Vuelvo a mi habitación tiritando de frío, y me enfundo rápidamente unos vaqueros negros, un jersey verde de punto, y me calzo mis zapatillas preferidas. Me peino, me arreglo un poco y, tras ponerme la cazadora, salgo de casa lo más rápido que puedo, sin ganas de tener otra conversación con Lena. La quiero, pero odio cuando tiene razón. Sobre todo, si esa razón tiene nombre propio y se llama Leo.

En quince minutos, estoy en el taller de Daniel. Es lo bueno de vivir en un pueblo; todo queda a mano. Dani me recibe con una sonrisa, mientras se limpia las manos con un trapo y me abraza. Por suerte, aunque cuando lo dejamos se quedó dolido, hemos conseguido llegar a una especie de amistad.

—¡Cami!, ¿qué te trae por aquí? ¿Algún problema con el coche? —M—me pregunta extrañado, cuando al mirar por encima de mi hombro, no ve ningún vehículo.

—Qué va. Vengo a buscar unos papeles en el coche de Leo. Están en la guantera y me hacen falta. Me dijo que trajeron su coche aquí ayer, después del

accidente. —explico sonriéndole.

Dani estudió en el colegio con mi hermano y con Leo. Siempre me ha caído bien. Al contrario que ellos dos, no era el centro de atención, ni las tenía a todas babeando por las esquinas, pero siempre fue amable conmigo, y cuando Lena y yo volvimos a casa, el chico flacucho que yo había dejado al irme a vivir a Washington, se había convertido en un atractivo mecánico. Una cosa llevó a la otra y cuando me quise dar cuenta, llevábamos un año saliendo. Él quería más pero yo, simplemente no podía dárselo. No me sentía cómoda imaginando una vida a su lado, más allá de salir a cenar o al cine, y de tener sexo del bueno, eso sí, de vez en cuando.

—Sí. Lo trajeron aquí y maldita la hora en que lo hicieron. —espeta.

Lo miro extrañada sin entender qué quiere decir.

—No llevaba el coche aquí ni una hora, cuando empezaron a venir fotógrafos intentando conseguir fotos del estado del coche. ¿Tienes idea de a cuántos he tenido que echar casi a patadas, y de cuántos he pillado intentando colarse? —me pregunta, enfadado—. La verdad es que no entiendo cómo Leo es capaz de vivir así. ¡Pero si incluso me ofrecieron dinero a cambio de una foto del coche! —exclama, indignado.

—Ya. —asiento, encogiéndome de hombros con tristeza—. Ten en cuenta que Leo es cantante y famoso. Vamos, que tiene un ego más grande que la catedral de Santiago. —Intento que mi voz suene indiferente, pero me cuesta. La verdad, es que yo tampoco entiendo cómo alguien como Leo puede o quiere vivir así. ¡Yo no aguantaría ni dos días!

—Sígueme. —imperera Dani, empezando a andar hacia el coche que tiene al fondo del taller, cubierto con una lona enorme.

Yo lo sigo. En el mismo momento en que lo destapa y el coche queda al descubierto, mi mandíbula casi cae hasta el suelo y no puedo evitar llevarme la mano a la boca. Ahora entiendo por qué el médico dijo que Leo había tenido mucha suerte. ¡Más que suerte es un milagro que siga vivo! Trago saliva con dificultad, mientras mis ojos recorren el destrozo que tienen delante, con incredulidad. La parte delantera está destrozada, y el morro está totalmente metido hacia dentro, en la zona del conductor, justo en el sitio donde Leo iba sentado. ¡Parece más un acordeón que un vehículo!

Mis labios susurran lo que mi mente está pensando:

—Es un milagro que esté vivo.

Daniel me mira con cara de circunstancias.

—¿Por qué has venido tú a por esos papeles?

—Voy a trabajar en la seguridad de su gira. Como tengo que firmarlos yo, y él está en el hospital, he preferido ocuparme personalmente de cogerlos. — respondo, sin apartar la vista del coche, mientras paso una mano por la abollada carrocería.

—¿Tú te vas a ocupar de la seguridad de su gira? —pregunta Daniel, con un tono de voz que no me gusta ni un pelo.

—Sí. Lena y yo. Pero seré yo la que viaje con el equipo. —le aclaro distraídamente, mientras rodeo el coche y abro con cuidado la puerta del copiloto, para coger los papeles de la guantera.

—Nunca he tenido ninguna posibilidad, ¿verdad? —pregunta con voz amarga Daniel—. Siempre ha sido él —afirma.

La amargura que percibo en su voz y el dolor que veo en su mirada cuando levanto la vista para enfrentarme a sus ojos, me deja paralizada por un instante. Trago saliva. Me duele saber que le hice daño a una buena persona como Daniel. Pero no pude evitarlo. Nunca sentí lo mismo que él. Cuando el corazón no late a toda velocidad al pensar en alguien, cuando no se para por unas milésimas de segundo, en el momento en que esa persona aparece ante ti... Entonces simplemente tu corazón no puede pertenecerle.

—No entiendo qué quieres decir. —reacciono al fin, y cierro la puerta del coche con cuidado, evitando mirarlo directamente.

—Venga ya, Camila, nunca has sabido disimularlo. Cada vez que tu hermano nombraba a Leo se te iluminaba la mirada, algo que nunca te pasó conmigo. ¡Ni siquiera lo intentaste!

Aprieto los papeles con fuerza y levanto la vista, para encontrarme con su mirada enfadada y despectiva.

—¡No es justo que me digas eso ahora! Sabías que no estaba enamorada de ti desde el principio. Nunca te prometí nada. Siempre dijimos que no era algo serio. —intento justificarme.

—¡Por Dios, Camila, estuvimos juntos un año! ¡Un puñetero año entero! Pensé que en todo ese tiempo te enamorarías de mí. Te lo di todo. Pero tú nunca dejaste de quererlo. ¡Ni siquiera te lo propusiste! ¿¡También pensabas en él cuando follabas conmigo!? —Daniel grita mirándome con rabia, al borde del

odio.

—¡No me hables así! ¡No eres nadie para hacerlo! ¡No te debo nada, nunca lo he hecho! Siempre te dejé claro que lo nuestro no era nada serio. ¡Así que no te confundas! —vocifero yo también.

Sus ojos echan chispas y, tras lanzar el trapo contra el coche, sale del taller.

Lo veo salir y me apoyo en el aboyado capó del coche para intentar calmarme. Cierro los ojos e inspiro un par de veces, intentando que la rabia que siento se evapore.

—Vaya, vaya, pero si tenemos por aquí a la chica más guapa del pueblo. — La voz de Manu, el socio de Daniel, me hace abrir los ojos. Lo encuentro parado delante de mí sonriendo—. He salido a tomar un café y casi me pierdo tu visita. Acabo de cruzarme con Dani, bajaba la cuesta como si le estuviesen persiguiendo. ¿Sabes qué le pasa?

Me encojo de hombros sin saber qué contestar.

—Bah, no te preocupes, ya se le pasará —me anima, guiñándome un ojo. Pasea su mirada por el vehículo en el que me apoyo, mientras lanza un silbido y levanta las cejas, señalando con la cabeza el coche—. ¿Has visto cómo ha quedado? ¿A qué debemos el placer de tu visita?

—Lena y yo nos vamos a encargarnos de la seguridad de la gira de Leo, y sí, he visto cómo ha quedado. —respondo, mirando el coche yo también—. Es una suerte que haya sobrevivido a un accidente así —afirmo.

—No sé si yo lo llamaría accidente —susurra, situándose a mi lado.

Levanto la mirada y frunzo el ceño, mirándolo asombrada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, convencida de haber entendido mal.

—El coche se quedó sin líquido de frenos, por eso no pudo detenerlo y chocó contra la farola.

—¿Qué quiere decir eso? —insisto sin entender a dónde quiere llegar—. Manu, entiendo lo mismo de mecánica que de astronomía, así que como no te expliques un poco mejor, mal vamos. —demando, impaciente.

—A ver, para que me entiendas... Estos coches tienen un sistema de circuito de frenos cruzado. Voy a intentar aclarártelo de forma sencilla: los tubos por los que va el líquido de frenos están dispuestos en forma de cruz, de manera que si falla uno, no falle el otro, y así poder frenar. Estos tubos tienen un tornillo que va

pegado a la pieza que frena. Si un tornillo se afloja, el líquido de frenos se pierde.

—Valeeee —acepto la explicación, sin comprender muy bien qué quiere decirme.

—Lo que quiero decir, es que aunque uno se afloje y pierda líquido, tienes otros tres. Por eso, es muy raro que se haya quedado sin frenos.

—¿Entonces cómo puede ser que...? —Pienso en voz alta, intentando comprender, pero Manu no me deja terminar la pregunta.

—Cami, el coche de Leo tenía los cuatro tornillos aflojados. Por eso se quedó sin frenos.

Palidezco y siento cómo el calor escapa de mi cuerpo. Un escalofrío me recorre de los pies a la cabeza.

—¿Estás intentando decirme que alguien aflojó los tornillos para que el coche no frenase?

Manu me mira y asiente.

—Supongo, aunque es solo una teoría; es muy difícil demostrar que hayan sido manipulados a propósito. Pero Camila, estoy seguro de que es prácticamente imposible que los cuatro tornillos se hayan aflojado solos a la vez. Sobre todo, tanto como para perder todo el líquido.

Me echo la mano a la boca para ahogar un grito.

—¡Dios mío! Alguien ha intentado matarlo. —bisbiseo, con la mirada perdida.

—Lo que me sorprende es que Daniel no te lo haya comentado antes, ya que fue él quien se dio cuenta ayer, cuando revisamos el coche después de traerlo la policía.

Lo miro sin saber qué decir. Por mi trabajo, estoy acostumbrada a ver de todo. Pero no puedo creerme que alguien haya intentado matar a Leo. Simplemente, no me entra en la cabeza. De repente, me siento mareada, me falta el aire y necesito salir de aquí. Me despido a toda prisa.

—Gracias por todo, Manu. No comentes nada de esto con nadie, por favor.

—Tranquila, nadie me creería igualmente —admite, encogiéndose de hombros.

—Tengo que irme. —Me despido, con la mirada ya fija en el exterior.

—¡Camila! —Lo escucho gritar mientras camino hacia la salida—. ¡Ten cuidado! Te he contado esto porque Leo me comentó que vas a trabajar con él — Escucho su voz amortiguada a lo lejos, pero no me giro. Continúo andando, respiro profundamente, y acelero el paso hasta alcanzar la calle.

La lluvia ha comenzado a caer mientras estaba dentro; gotea con fuerza, por lo que escondo el contrato dentro de mi cazadora para protegerlo. Acelero el paso sin molestarme en ponerme la capucha, dejando que el agua resbale por mi cabeza. Quizás con un poco de suerte, me despeje y me aclare las ideas.

¡Han intentado matar a Leo! ¿Pero por qué? Y lo más importante: ¿quién? Esa pregunta se repite una y otra vez en mi cabeza y no me deja pensar con claridad. La lluvia se va haciendo más intensa. El cielo se está oscureciendo y a lo lejos, las luces inclementes de los rayos descargan su fuerza contra el mar.

Echo a correr para llegar a casa lo antes posible, y rezo mentalmente para que Lena esté todavía allí. Hoy es sábado y la agencia está cerrada, por lo que no creo que haya salido.

Alcanzo el portal empapada, subo las escaleras de dos en dos, y con la mano temblorosa a causa del frío, pero también, por la impresión que todavía me sobrecoge el cuerpo, meto la llave en la cerradura y abro la puerta.

Lena está acurrucada en el sofá del salón, tapada con una manta, mientras ve en la tele una película antigua, su género preferido.

—¡Ehhhh! —protesta en cuanto me ve entrar empapada, mojando el suelo—. ¿Quieres hacer el favor de secarte? ¡Vas a ponerlo todo perdido! —me recrimina con mala cara.

Sin hacerle ni pizca de caso y empapada como estoy, me siento a su lado en el sillón. Saco los papeles de dentro de mi cazadora y rebusco en los cajones de la mesa, hasta que encuentro un bolígrafo que pinta. Se lo tiendo.

—Firma. —le demando, señalando los papeles.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —pregunta, empezando a enfadarse—. Nunca firmamos un contrato sin revisarlo primero.

—¡Tú solo firma! —Más que pedírselo, casi se lo exijo, pero necesito que firme el puñetero contrato. Si Lena se entera de lo que yo sé antes de firmar, con mi historial con Leo es probable que se niegue a que trabajemos para él. Dirá que estoy demasiado implicada, y razón no le falta. Pero no pienso permitir que

lo maten. Una cosa es que sea un chulo engreído y que no lo soporte, y otra muy diferente, que esté dispuesta a quedarme de brazos cruzados mientras alguien intenta hacerle daño. La simple idea hace que un escalofrío me recorra enterita.

Lena se da cuenta.

—Estás empapada y temblando. Ve a ducharte mientras yo reviso el contrato como hacemos siempre, y si todo está correcto, cuando salgas de la ducha las dos lo firmaremos. No antes. —concluye, retándome.

La conozco lo suficiente como para saber que no voy a conseguir hacerla cambiar de idea. Así que, aunque no me guste, decido que lo más rápido va a ser hacerle caso e ir a la ducha. Pongo mala cara y suelto un bufido más propio de un toro cabreado, que de una persona. Más que correr, vuelo al baño, y juro que si dieran un premio a la ducha más rápida del año, sin lugar a dudas el primer puesto sería para mí.

Al salir, me seco a toda prisa y me pongo un chándal cómodo, de los que uso para estar por casa. Vuelvo al salón y me encuentro a Lena terminando de revisar el contrato.

—Todo parece en orden. —admite con cierta duda, sin levantar los ojos del papel—. Pero sé que me ocultas algo. —añade, dejando el contrato encima de la mesa y cruzándose de brazos con aire molesto.

Yo pongo los ojos en blanco, me acerco a la mesa y, tras coger el bolígrafo, firmo el contrato. Después, se lo lanzo a ella, que lo coge al vuelo.

—Dijiste que después de revisarlo firmaríamos. Ya lo has hecho y yo ya me he duchado, así que firma.

Ella suspira con aire cansado.

—Está bien. —accede finalmente, extendiendo su firma sobre el papel—. Pero que conste, que estoy tan segura de que estás ocultándome algo, como de que no me va a gustar cuando me lo cuentes.

Una vez el papel está listo, sin perder tiempo lo escaneo y se lo envío a la discográfica. Como ya estaban avisados de que se lo iba a mandar, me lo devuelven firmado por ellos en pocos minutos.

Una vez los cabos sueltos están atados, me siento mucho más tranquila. Me coloco al lado de Lena en el sillón, y me tapo con la manta igual que ella.

—Ahora que ya está firmado, ¿vas a contarme por qué mi mejor amiga

parece una desquiciada? —pregunta Lena enfadada, pegándole un tirón a la manta para quitármela.

La miro fijamente mientras trago saliva, y suelto la bomba.

—Alguien ha intentado matar a Leo. Han manipulado los frenos de su coche.

Lena abre los ojos, impresionada, y me mira incrédula, pero enseguida se recupera.

—¿Vamos a avisar a la policía o a investigarlo?

Niego con la cabeza.

—La persona que ha hecho esto, se ha esforzado mucho para que parezca un accidente. Creo que, por el momento, lo más seguro es que crea que nos lo hemos tragado. Si cree que nos ha engañado, es posible que se relaje y cometa algún error.

—Vamos a tener que reforzar nuestro equipo para este trabajo.

—Eso parece. —Suspiro—. Va a ser una gira muuuy larga.



Capítulo 7

LEO

¡Estaba feliz! Ayer se cumplieron dos semanas de mi accidente, y por fin el médico decidió que ya podía volar y hacer una vida completamente normal. Lo primero que hice, fue llamar a la discográfica para que organizaran mi vuelo. La gira se va a reanudar en apenas una semana, y yo ya no podía más. ¡Necesitaba esto tanto como respirar! Los preparativos, los ensayos, las luces, la emoción del directo...

Madrid es la ciudad donde está previsto realizar el primer concierto, y todo tiene que salir perfecto. Por este motivo, mi equipo se encuentra ya allí, ultimando los detalles para que todo esté a punto.

Yo era el único que faltaba por llegar, y como acabo de decir, estaba feliz...

...Hasta que al poner un pie fuera del avión, la realidad me golpea con fuerza. Una marea humana de periodistas y fotógrafos, me espera en el aeropuerto, mezclándose con las fans que han conseguido enterarse de mi llegada. Sé que en el momento en que he bajado del avión, he dejado de ser «Leo» para volver a ser «Leo Lago». He dejado de ser la persona, para volver a ser el personaje. Pero ese es el precio que he de pagar por vivir de lo que me gusta, la música; por vivir como deseo y quiero.

Inspiro un par de veces, recordando con nostalgia la tranquilidad de mi pueblo, el sonido del mar, el lujo de poder pasear por la calle sin ser asediado a cada paso... Tomo una última bocanada antes de sacar a relucir mi mejor sonrisa, esa que hace que cada mujer que se cruza en mi camino quiera meterse en mi cama; la que le demuestra al mundo que soy único.

Uno, dos, tres y... empiezan las preguntas:

«¿Leo, es cierto que conducías borracho y que por ese motivo destrozaste una farola?»

¿Es verdad que ibas con tres chicas en el coche en el momento del accidente?»

¿El test de drogas que te hicieron en el hospital dio positivo solamente a cocaína, o también a alguna sustancia más?»

¿Es verdad que en el momento del accidente te habías escapado de una clínica de desintoxicación en la que la discográfica te obligó a entrar?»

Varias mujeres han salido estos días por televisión contando sus experiencias sexuales contigo. ¿Qué hay de verdad en eso de que te gusta montar orgías en los hoteles, después de los conciertos?»

Intento abrirme paso como puedo entre los focos y los micrófonos. Me muerdo la lengua, literalmente, para no contestar a nada, y continúo mostrando mi perenne sonrisa como si esta hubiese sido cincelada a mano en mi cara, por el mismísimo Miguel Ángel.

Estoy a puntito, pero a puntito de perder la poca paciencia que me queda, cuando dos hombres vestidos con vaqueros y americanas se acercan a mí, y me ayudan a abrirme paso entre los periodistas. Me dejo llevar porque en ese momento solo pienso en salir de allí, y me conducen hasta un coche negro. Uno de ellos abre la puerta trasera, y la cierra inmediatamente en cuanto yo salto al interior. Los periodistas se agolpan en la ventana y continúan con sus preguntas. Yo los ignoro y continúo sonriendo. Solo cuando el coche arranca y se aleja, me permito borrar la sonrisa de mis labios.

—¿Vosotros quiénes sois? ¿Os manda la discográfica? —pregunto, ahora fijándome más en los dos hombres que me han ayudado a salir del aeropuerto.

Los dos son altos y con buena condición física. Uno tiene el pelo negro y largo recogido en una pequeña coleta; el otro es rubio, aunque tiene el pelo casi rapado, sus rasgos son más relajados que los de su compañero y menos serios, parece algo más joven; no debe de llegar a los treinta. El de pelo largo me mira por el espejo retrovisor y responde:

—No, nosotros no trabajamos para la discográfica. La jefa nos ha mandado a recogerte. Pero el tráfico de esta maldita ciudad es insufrible y el avión se ha adelantado unos minutos, por eso hemos llegado tarde. —Su malhumor me resulta evidente mientras observo cómo sus ojos se achican con fastidio.

—¿Jefa? —pregunto algo sorprendido.

—Sí. Jefas, realmente: Camila y Lena. Pero en este caso, es Cami la que está al mando. —explica el rubio, sonriendo abiertamente.

Asiento con la cabeza sin comentar nada más. Me hubiese gustado que Camila viniese al aeropuerto a recogerme. O por lo menos que me hubiese llamado en estas dos semanas. Desde el día que tuve el accidente y vino a verme al hospital, no he vuelto a tener noticias suyas. ¡Ni siquiera se dignó en escribirme para decirme que ya les había enviado el contrato firmado a los de la discográfica! Fue mi manager el que me llamó para contármelo.

Llevo días pensando en ella, más de lo que me gustaría. Me muero de ganas de volver a tocarla, para comprobar si la electricidad que sentí en el hospital al rozarla se repite, o si fue algo casual. Y lo que es peor, me muero de ganas de comprobar si a ella le pasa lo mismo. Ni siquiera la imagen de Yago cortándome los huevos en finas rebanadas, ha podido disuadir mis ansias de volver a verla.

El coche para delante del hotel que la discográfica ha reservado para el quipo: un cinco estrellas en el centro de la capital. Abro la puerta, y antes de poner un solo pie en el suelo, mi nuevo amigo «El coletas», ya está a mi lado.

—Creo que ya que vamos a pasar bastante tiempo juntos, podrías decirme tu nombre. —Comento sarcásticamente, mientras él me ayuda a dar esquinazo a los periodistas, que al igual que en el aeropuerto, están esperándome en la puerta del hotel.

Me mira de reojo y, por la cara que pone, tengo claro que le caigo tan mal como él a mí.

—No lo veo necesario. —opina, airadamente.

Entramos en el hotel esquivando a la prensa, y nos dirigimos al mostrador de recepción.

La chica que está detrás del mostrador, me mira abriendo mucho los ojos, y yo le sonrío.

—Buenos días, imagino que habrá una habitación reservada a mi nombre. Soy Leo Lago. —indico, pese a ser consciente de que no hace falta. Mi amigo «El coletas» me mira con fastidio cuando la chica se ruboriza y me responde:

—No es necesario que diga su nombre, señor Lago. Sé perfectamente quién es usted.

Nerea, que así se llama la recepcionista, teclea nerviosa en el ordenador, hasta que levanta la vista y me mira casi con adoración.

—Tiene una suite reservada a su nombre en el último piso.

—Gracias. —Le guiño un ojo mientras cojo la tarjeta que me tiende.

—Señor Lago, para mí sería un placer ayudarlo en cualquier cosa que necesite. No dude en avisarme aquí o mediante el teléfono de recepción, si desea algo.

—Muchas gracias, Nerea. Lo haré —Sonrío cortésmente.

Me giro justo a tiempo para ver a Camila salir del ascensor. Está increíble.

Lleva unos vaqueros ajustados que le quedan como un guante, y una americana desabrochada, que deja ver una camiseta verde de asas. Su pelo, recogido en una coleta alta, se balancea a cada paso que da. A su lado viene un chico muy moreno, que se la va comiendo con los ojos mientras le dice algo que no llego a escuchar. Ella asiente y suelta una carcajada.

Verla así, relajada mientras su compañero la devora con la mirada, hace que mi mala leche aumente a cotas importantes. Pero el colofón final, lo que hace que mi cabeza esté a punto de saltar por los aires como si fuese una olla a presión, es darme cuenta de cómo la expresión de mi amigo «El coletas» se suaviza, en el mismo instante en que ella lo mira. Él, avanza unos pasos para acercarse a ella y le comenta algo al oído, mientras coloca su mano en la parte baja de su espalda. Camila asiente y me mira, pero no aparta su mano.

¡Juro por Dios que como este tío baje unos milímetros más esa mano, se la corto!



CAMILA

Salgo del ascensor con César, mi mano derecha en los desplazamientos cuando no está Lena, y me encuentro a Diego, que ya ha vuelto de recoger a Leo en el aeropuerto. Diego se acerca a mí en cuanto me ve, para comentarme que llegaron unos minutos tarde, pero que todo ha transcurrido sin sobresaltos. Asiento y levanto la vista. Leo está apoyado en el mostrador. Estoy casi segura de que en algunos países estar tan guapo debe de ser delito; es más, si nos ponemos quisquillosos, igual está penado con cárcel, y no una cárcel cualquiera, noooo, ¡una de máxima seguridad!

Lleva una camisa negra remangada hasta los codos, vaquero negro y zapatillas deportivas. Su pelo revuelto hace que tenga que contenerme para no ir y hundir mis dedos en él. Nuestras miradas se cruzan, la suya me atraviesa; me mira con tanta intensidad que, inconscientemente, retengo el aire en mis pulmones unos segundos. Lo veo fruncir el ceño. No parece contento.

Me despido de César porque tiene que ir a revisar unas modificaciones que estamos preparando en los accesos al Wizink Center, el lugar elegido por la discográfica para reanudar la gira, y avanzo hacia Leo, seguida de Diego.

—Veo que ya has llegado. ¿Qué tal el viaje? —me intereso, intentando sonar lo más profesional posible. Pero lo cierto es que tenerlo delante me afecta, me afecta más de lo que quiero admitir. Sobre todo, después de nuestro último encuentro en el hospital.

Leo mira por detrás de mí, antes de contestar:

—Bien, pero esperaba que te hubieses dignado a venir a buscarme tú al aeropuerto, en lugar de mandarme a tu séquito. Al fin y al cabo, somos amigos —responde con voz contenida. Lo conozco, sé que está muy enfadado. Lo que no entiendo es por qué.

Lo miro sorprendida y algo molesta.

—No te equivoques, Leo. Yo no soy tu niñera, y mucho menos, tu amiga. Soy la jefa de tu equipo de seguridad. Y estas personas a las que tú llamas séquito, son personal altamente cualificado para desempeñar este trabajo.

—Ya, lo que tú digas. Pero este personal tuyo altamente cualificado, ha llegado tarde al aeropuerto, y por su culpa he tenido que comerme a la marea de periodistas que estaba allí. —me recrimina señalando a Diego, que se adelanta

un paso para situarse a mi lado. Lo miro y veo que él tampoco está nada contento con la situación. Tendré que hablar con él más tarde, para dejarle las cosas claras.

Diego lleva muy poco tiempo con nosotros. Lena y yo lo contratamos para reforzar nuestra plantilla para esta gira, porque sus referencias son formidables. Pero en las dos semanas que lleva trabajando mano a mano con el equipo, ya ha tenido varios enfrentamientos con otros compañeros, en los que he podido comprobar el mal carácter que tiene. He de dejarle claro cuál es su lugar, antes de que haya problemas.

—Siento mucho lo que ha pasado. No va a volver a suceder, te lo garantizo. —me disculpo con voz fría y distante—. ¿Tienes la llave de tu habitación?

—Acaban de dármela. —Su rostro se ha suavizado un poco, pero su tono de voz sigue siendo tenso.

—¿Lo acompaño a su habitación? —me pregunta Diego.

—Tú no me acompañas a ningún sitio. Camila me acompañará.

—Tú no eres quién para decirme lo que voy o no voy a hacer. Te recuerdo que no eres mi jefe, y por supuesto, que a mí no me impresionas; así que relájate, o puedes llevarte más de una sorpresa desagradable. —espeta Diego, rabioso, mientras avanza hasta situarse a pocos centímetros de su cara, casi escupiéndole las palabras.

Leo lo mira fijamente, esboza una sonrisa confiada mientras achica los ojos.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú a mí? —pregunta entre dientes, empujándolo ligeramente con el dedo índice en el pecho.

—¡Ya está bien! No pienso tolerar esto, y menos en la recepción de un hotel. Leo, ¿qué es lo que quieres?, ¿salir mañana en la portada de todas las revistas por pelearte con tu equipo de seguridad? —Leo suelta un bufido y baja el dedo—. En cuanto a ti —continúo hablando, mirando ahora a Diego—. Yo lo acompañaré a su habitación. —aclaro, quitándole a Leo la tarjeta de la mano—. Ve con César, que seguramente necesite ayuda, y cuando vuelvas, avísame. Quiero hablar contigo. —indico señalando con la cabeza la entrada del hotel.

Mi voz no admite réplicas. En cuanto al trabajo se refiere, soy serio e implacable, y mi equipo lo sabe. No admito discusiones absurdas, ni que nadie cuestione mis órdenes. Con los años, he aprendido que es la única manera de hacerte respetar en un mundo mayoritariamente de hombres, y aunque es cierto

que a alguno de mis trabajadores y colaboradores ya los considero amigos, en el trabajo no consiento que se me suban a la chepa; ni siquiera les doy opción a intentarlo.

Leo sonrío triunfante y empieza a andar hacia el ascensor, empujando a Diego con el hombro, al pasar por su lado. Este lo mira apretando la mandíbula, pero no dice nada. Se limita a dar media vuelta y a dirigirse a la entrada para ir en busca de César, como le he indicado.

Entramos en el ascensor. Leo se sitúa a mi lado, demasiado cerca para mi gusto. Estamos a escasos milímetros. ¡Qué necesidad hay, por Dios, si estamos solos en un ascensor enorme! Me alejo un poco, disimuladamente, mientras muevo, inquieta, la tarjeta que sostengo en la mano derecha. Él me mira de reojo intentando contener una sonrisa. Su olor me embota los sentidos. Sigue utilizando la misma colonia que usaba hace años. Un olor que no he conseguido olvidar. ¡Por favor, qué calor hace en este ascensor! Por instinto, estoy a punto de abanicarme con la mano pero, en el último segundo, gracias a un momento de lucidez, consigo contenerme y no lo hago. ¡El cachondeo puede ser tremendo si Leo me ve hacer eso!

Por fin, la campanilla del ascensor nos indica que hemos llegado a la última planta, y salgo casi corriendo, sin esperar siquiera a que las puertas se abran del todo. Llego a la habitación número siete y paso la tarjeta para abrir la puerta. ¡Pero la puñetera no está dispuesta a cooperar!

Vuelvo a intentarlo, pero nada, continúa sin abrirse. No necesito mirar detrás de mí, para saber que Leo ha llegado a mi lado. Lo siento cerca, demasiado para mi gusto. Su aliento en mi cuello me hace dar un respingo, y la tarjeta se me cae al suelo. Tengo los nervios en tal estado de crispación, que si ahora mismo me conectasen a un cable, daría luz suficiente para iluminar un estadio de fútbol.

—¿Te ayudo? —me susurra con voz ronca al oído. Nunca lo había escuchado hablar así, por lo menos a mí. Soy consciente de que abro y cierro la boca varias veces sin conseguir articular palabra. Por suerte, Leo está a mi espalda y no me ve la cara.

Se agacha, coge la puñetera tarjeta e, inclinándose un poco sobre mí, la pasa por la puerta, la cual por supuesto se abre a la primera. Maldigo para mis adentros cuando lo veo entrar en la habitación, muy pagado de sí mismo, dedicándome la que yo bautizo como mirada *quemabragas*. Lo sigo dentro y cierro la puerta.



LEO

Escucho el sonido de la puerta al cerrarse y me giro para enfrentar a Camila. La miro fijamente, y ella sostiene mi mirada durante unos segundos. Después, la desvía y empieza a revisar la habitación para comprobar que todo está en orden. Me cruzo de brazos en mitad de la alcoba y la observo. Sé que está más nerviosa de lo que quiere aparentar, al igual que sé que mi presencia le afecta más de lo que desearía. Si después de nuestro encuentro en el hospital, todavía me quedaba alguna duda, esta se ha desvanecido al ver su actuación en el ascensor, hace tan solo unos minutos. La duda que me acompaña desde hace semanas vuelve a resonar alta y clara en mi cabeza: ¿Será posible que todavía haya algo de lo que Yago me contó que Camila sentía por mí?

La observo quitarse la americana y colocarla en el respaldo de la silla. No le quito el ojo de encima mientras abre la puerta del cuarto de baño y entra para revisarlo también.

El verde de su camiseta de asas contrasta con su piel, blanca como el alabastro. No es excesivamente ajustada, pero se ciñe a su cuerpo insinuando a la perfección su esbelta figura.

Los dedos me queman por la necesidad de tocarla y averiguar si su piel es tan suave como parece. No tengo duda alguna de que lo que voy a hacer es un error, pero el deseo es tan intenso que no puedo evitarlo. Me acerco despacio a ella, mirándola fijamente. Camila abre mucho los ojos haciendo lo mismo. Sus pupilas se dilatan y distingo en ellas una mezcla de miedo y deseo. Retrocede un paso y su cuerpo choca contra la pared. Me detengo a escasos milímetros de su cuerpo, siento su respiración tan agitada como la mía, y con toda la delicadeza de la que soy capaz, apoyo mi dedo índice en su mandíbula. En el preciso instante en que rozo su piel, la misma corriente eléctrica que sentí en el hospital, me atraviesa de nuevo. Camila contiene la respiración, y sin apartar sus ojos de los míos, suelta el aire muy lentamente. Deslizo mi dedo por su cuello, sintiendo cómo su piel se eriza al paso de mi caricia. Continúo mi camino y al llegar al asa de su camiseta, me detengo y acaricio durante unos instantes la fina tela; después, la engancha y la dejo caer dejando al desnudo la delicada piel de su hombro.

Desvío durante unos segundos mi mirada de sus ojos, que se han oscurecido como si fuesen un océano en plena noche intentando engullirme, y la poso en su

pecho, que se mueve al compás de su respiración agitada.

No lleva sujetador, la propia camiseta hace esa función. Mis ojos miran con tal intensidad ese pedazo de tela, que estoy seguro de ser capaz de desintegrarla. Sus pezones reaccionan al sentirse observados y se exponen, tensos y demandantes, chocando contra la tela en cada inspiración.

Lo que hasta hace tan solo unos segundos era excitación, se ha convertido en una dolorosa erección que amenaza con reventarme los pantalones. ¡Nunca me había excitado tanto por el simple hecho de rozar o mirar a una mujer!

Levanto la mirada y la poso en sus labios. Camila, inconscientemente, se pasa la lengua por ellos y se muerde el labio inferior. Un jadeo escapa de mi garganta. Estoy a punto de recorrer esos milímetros que nos separan, de besarla hasta dejarla sin aliento, cuando su teléfono comienza a sonar.

El estridente timbre rompe la magia del momento, y ella se aparta tan rápido de la pared, que por poco no le doy un morreo en toda regla a la puerta del baño.

Camila corre, nerviosa, hacia el bolso que ha colgado minutos antes junto a su chaqueta, y busca el móvil con manos temblorosas.

—Es Yago. —me informa cuando ve el nombre reflejado en la pantalla.

Yo asiento sin ser capaz de articular palabra. Ahora mismo estoy frustrado y más caliente que el pico de una plancha.

Carraspea para aclararse la garganta, pero en su intento de aparentar que no pasa nada, su voz suena demasiado aguda y alegre como para que cuele.

—¿Sí?

La escucho contestar y veo cómo mueve nerviosa la mano que tiene libre.

—Todo bien —afirma ella, mientras la voz de Yago continúa hablando al otro lado de la línea. No alcanzo a escuchar lo que dice, pero sé que no para de hablar—. Estoy con él ahora, ha llegado hace un rato.

Yago continúa hablando, y Camila asiente mientras me mira de reojo.

—Que sí... Aja... Lo tengo claro, no te preocupes. —La escucho—. Claro, ahora te lo paso, pero no tardes mucho tengo que hablar con él todavía sobre un par de cosas de trabajo y estoy cansada.

Me tiende el teléfono y sin pensarlo, retrocedo un paso. Es imposible que mi amigo sepa nada de lo que ha ocurrido en esta habitación hace tan solo unos instantes, pero el hecho de hablar con él justo ahora... no me resulta demasiado

apetecible.

—Yago quiere hablar contigo. —me informa Camila, y me parece ver un destello burlón relampaguear divertido en sus ojos. Sabe que no estoy cómodo y está encantada con la situación.

De mala gana, agarro el teléfono que me tiende y me lo acerco a la oreja.

—¿Leo? —Escucho la voz de Yago y no suena muy amistosa.

—La última vez que lo comprobé ese era mi nombre, sí. —intento bromear. Pero al otro lado de la línea, se hace el silencio durante unos segundos.

—¿Por qué mi hermana sonaba por teléfono como si acabase de tragarse una flauta? Y lo más importante: ¿Por qué suena así, precisamente estando en tu habitación?

—El vuelo bien, gracias por preguntar. ¿Qué tal estás tú? —respondo con sarcasmo.

—Leeeooo.... —La voz de Yago suena impaciente.

—Mira, Yago, si crees que porque tu hermana trabaje conmigo, voy a darte un parte diario de lo que hago o dejo de hacer, lo llevas claro. Si no querías que estuviera a mi lado o no te fiabas de mí, deberías haberle recomendado que rechazase el trabajo. Si no recuerdo mal, no lo hiciste. Es más, tú la recomendaste. ¡Por lo tanto, ahora no vengas a tocarme los huevos! ¡Te va a tocar confiar en mí!

Lo escucho suspirar al otro lado de la línea, y miro a Camila, que rápidamente ha cogido la chaqueta que se había quitado y ha vuelto a ponérsela, aprovechando que yo hablaba con Yago. Está de espaldas, pero no se está perdiendo ni una de mis palabras.

—Está bien. —cede Yago al fin—. Solo te pido que no te aproveches de la situación, Leo. Sabes que te quiero, pero si veo a mi hermana pasarlo mal por tu culpa, aunque solo sea durante una milésima de segundo, te juro que el dolor que sentiste en el accidente te va a parecer cosquillas comparado con lo que te voy a hacer sentir yo. Lo pasó mal una vez por tu culpa y yo lo permití. ¡No pienso hacer lo mismo una segunda vez!

—Entendido. —respondo escuetamente.

Sus palabras me han tocado la moral. Ahora mismo, solo tengo ganas de coger la silla que tengo delante y estamparla contra la pared. ¡Yo no tengo la

culpa de que Camila lo pasase mal en el pasado! ¡Pero si ni siquiera lo sabía!
¡No es justo que me culpe de eso ahora! Yago es mi mejor amigo, casi como mi hermano, pero la atracción que siento por Cami es tan fuerte, que no quiero dejarla pasar. Es más, quiero que ella se sienta lo mismo que yo; quiero que ella piense en mí a todas horas, igual que yo pienso en ella. Quiero que sueñe conmigo, igual que yo me veo en sueños tocando su cuerpo todas las noches. Si el precio para conseguir eso, es permitir que Yago me rompa un par de huesos... pues bien rotos estarán. Pero no pienso renunciar a ella. No, sin intentar descubrir si lo que hay entre nosotros es tan especial como creo que puede llegar a ser. Si en el hospital ya lo tenía claro, los celos desmesurados que me han invadido el cuerpo cuando la he visto con el pijo ese de la coleta, no han hecho más que acabar de confirmármelo. No recuerdo la última vez que he tenido tantas ganas de borrarle a un tío la sonrisa de la cara de un puñetazo.

Camila tiene que ser mía, y solo mía.



Capítulo 8

CAMILA

En cuanto le paso el teléfono a Leo, aprovecho para, disimuladamente, coger la chaqueta que he dejado en el respaldo de la silla, y ponérmela. Abrocho hasta el último botón. ¡Y no me pongo encima una manta porque no la tengo a mano, pero ganas no me faltan!

Con solo tocarme, Leo me ha puesto a mil; me he excitado más con un roce suyo de lo que recuerdo haberlo hecho con nadie. Si el teléfono no llega a sonar en ese momento, creo que le hubiese saltado encima y le habría arrancado la ropa. Por suerte, eso no ha sucedido; no podría mirarme al espejo después de haber perdido la dignidad de esa manera. Y lo que es peor, ¡no podría mirarlo a él a la cara tampoco! Saber que, finalmente, solo soy una más engrosando la interminable lista de Leo Lago, habría sido un golpe de gracia que no estoy dispuesta a recibir. ¡Si este se cree que por un par de miradas voy a caer rendida a sus pies como todas las demás, va listo! Lo escucho hablar con Yago y reconozco que me sorprende que le plante cara. Conozco a mi hermano y sé que eso no es fácil. Leo cuelga el teléfono y siento sus ojos clavados en mi espalda. Se queda callado.

Me doy la vuelta, su expresión ha cambiado. Me mira enfadado y... ¿desafiante? ¿Puede ser? Bueno, no lo sé, y lo cierto es que no me importa. Solo quiero hablar con él sobre lo que sé de su accidente, e irme a mi habitación a descansar. Por la tarde tenemos que desplazarnos hasta el lugar del concierto con Leo, y necesito estar alerta.

—Toma. —Me devuelve el teléfono.

—Leo, tengo que hablar contigo. —Lo miro seria, sin saber por dónde empezar... Pero es importante, tiene que saber que lo del coche fue provocado.

—Ahora no. —me corta.

Vale, definitivamente no sé qué le ha dicho Yago, pero lo ha puesto de un humor de perros.

—Es urgente. —insisto—. Tenemos que hablar.

—Lo siento, estoy cansado y me duele la cabeza. Sea lo que sea, si no era tan urgente como para que vinieses a buscarme al aeropuerto a contármelo, ahora también puede esperar.

Aprieto la mandíbula para no mandarlo directamente a la mierda y lo fulmino con la mirada.

—No, no puede esperar. Tenemos que hablar y tiene que ser ahora.

—Ven a cenar hoy conmigo y dímelo en la cena. —me dice, mirándome fijamente.

—¿Perdona? —pregunto entre alucinada y cabreada. Lo miro como si acabase de proponerme un viaje a Júpiter, por lo menos. ¡Será bipolar! ¡No entiendo nada! Lo mismo es un borde, que me dice que cene con él. ¡A este, tanto decibelio le ha terminado afectando al cerebro!—. ¡No pienso cenar contigo! ¡Lo que tenemos que hablar no nos va a llevar más de cinco minutos!

—No, Camila, no pienso hablar ahora. Tu hermanito ha conseguido provocarme dolor de cabeza. Quiero descansar. Ven a cenar conmigo y cuéntame eso que es tan importante. Al fin y al cabo, ¿cuántas veces hemos cenado tú y yo juntos? ¡Ni que fuese la primera vez! —protesta, haciéndose el ofendido. Pero lo conozco y no cuela. Sé de sobra que está actuando.

—De eso hace muchos años ya —replico, mosqueada. No estoy dispuesta a dar mi brazo a torcer.

—Pues por eso mismo, porque hace muchos años que no nos sentamos a hablar tranquilamente. ¿O es que hay algún motivo por el que no te atrevas a cenar conmigo, Camila? —pregunta con voz grave, acortando un paso la distancia que nos separa.

Me obligo a no retroceder y a mantenerle la mirada con toda la seguridad que soy capaz de reunir. ¡Ni loca voy a permitir que vea de nuevo el efecto que tiene en mí!

—Ninguno.

—Perfecto, pues está todo arreglado. Esta noche cenaremos aquí mismo a eso de las diez. ¿Te parece bien? —Sonríe, consciente de que se ha salido con la suya.

—Me parece perfecto —Le dedico una sonrisa más falsa que un billete de quince euros. Me doy la vuelta y salgo de la habitación dando un portazo.

¡Mierda, mierda, y mierda! ¡Al final ha conseguido liarme! Bueno, en realidad me he liado yo sola porque soy incapaz de pensar con claridad cuando me mira así, y no puedo decirle que no. Camino a zancadas hasta mi habitación, que está a tan solo unos metros de distancia de la suya, y una vez dentro, cierro

dando otro portazo.

Miro la hora en el reloj del móvil. Tengo dos horas para descansar, comerme una barrita de cereales o algo así (no pienso bajar a comer al bufet del hotel por si me lo encuentro y volvemos a tener la misma discusión), y darme una ducha antes de encontrarme con Leo y con Diego en la entrada, para su primera toma de contacto con el equipo. En el resto de las ciudades estaremos un máximo de dos días: uno para montar y ensayar, y otro para la actuación. Pero en Madrid, al ser donde se retoma la gira, el equipo va a necesitar una semana para dejarlo todo a punto antes del primer concierto.



Por segunda vez en lo que va de día, entro en mi habitación dando un portazo. Me quito las zapatillas, sin molestarme en desabrochar los cordones, y me dejo caer en la cama de espaldas. Cuando mi cuerpo entra en contacto con el mullido colchón, cierro los ojos, y dejando escapar un suspiro, me masajeo suavemente la sien para intentar calmar un poco el intenso dolor de cabeza que se me ha cogido esta tarde.

Desde que nos vimos en la entrada del hotel, todo ha ido de mal en peor. Diego y Leo se miraban como si quisiesen arrancarse la cabeza el uno al otro, lo cual es un problema, teniendo en cuenta que uno es el encargado de velar por la seguridad del otro. Llegamos al Wizink Center y la cosa empeoró todavía más. Leo no estaba de acuerdo con nada. Ni con la distribución del escenario, ni con las medidas de seguridad que proponíamos tomar... ¡Con nada! Todo le parecía mal. Al final, incluso su manager, que esta semana está con nosotros, y defectos tiene miles, pero paciencia tiene más que un santo; acabó perdiendo los nervios con él, y le echó en cara que más que hacerle ilusión retomar la gira, parecía empeñado en cargársela.

La vuelta en el coche fue más de lo mismo. Resultado final: mi cabeza a punto de estallar. ¡Ahora, que si este prepotente con aires de grandeza se piensa que voy a cenar con él, no sabe lo equivocado que está! Él estará acostumbrado a que todo el mundo baile al son que toca, ¡pero yo por mis narices que no bailo ni la Macarena! ¡Así que lo lleva claro!



LEO

Definitivamente hoy no es mi día. A la mala leche que me entró en el cuerpo tras la conversación telefónica con Yago, se le sumó todavía una dosis más, cuando al bajar a la entrada del hotel me encontré con que «El coletas», también conocido como Diego, estaba tonteando con Camila descaradamente. ¡Pero si solo le faltaba relamerse! Parecía un tigre a punto de zamparse un cervatillo. Y ella, una de dos: o no se enteraba, o se hacía la tonta. No sé cuál de las dos opciones me jode más. Para colmo, llegamos al Wizink Center y todo estaba al revés. La colocación de los músicos en el escenario, las luces demasiado tenues, el sonido no tan nítido como tendría que ser, y para rematar, las medidas de seguridad que Camila pretende tomar, no solo el día del concierto sino también los anteriores al mismo, son totalmente desmesuradas. ¡Es un concierto, no el desfile de la reina de Inglaterra!

Por la cara de Camila me quedó más que claro cristalino, que no estaba de acuerdo para nada con mis apreciaciones. Por su cara, y porque cuando entró en su habitación dio tal portazo, que me extraña que la puerta siga en su sitio. ¡Menudo carácter! ¡Quién la ha visto y quién la ve!

Me miro al espejo mientras termino de secarme el pelo con la toalla. El servicio de habitaciones ha traído ya todo lo que les he pedido. He colocado en la mesa redonda de mi habitación los platos y una fuente cubierta, de manera que no se vea su contenido. Al lado de la mesa, tengo enfriando el vino en una cubitera, y un carrito con el resto de los platos que completarán nuestra cena.

Acabo de colocar por toda la habitación, las velas que pedí que me trajeran junto con la cena (deben de haber unas treinta por lo menos), y las voy encendiendo una a una. Cuando acabo, apago la luz y compruebo el resultado de mi obra. No está nada mal. Las velas le confieren a la habitación la luz exacta para crear un ambiente íntimo y agradable. Hace años que no sentía nervios y expectación antes de una cena con una mujer, y lo cierto es que la sensación no me desagrade para nada. ¡Parezco un adolescente! Yo, que normalmente tengo a todas las mujeres que quiero, estoy poco menos que mordiéndome las uñas por una cena a la que, por cierto, Camila ha dejado muy claro que no tiene ningunas ganas de venir. Pero es que Camila no es como todas las mujeres. Camila es... Camila.

No sabría decir exactamente por qué es diferente, pero lo es. No tengo

ninguna duda de ello.

Llaman a la puerta, me miro por última vez al espejo y abro.

Está preciosa, y eso que se nota que se ha esmerado para no estarlo. Pero en ella, eso es inevitable. Se ha puesto una malla negra de deporte, una camiseta floja y unas zapatillas. El pelo lo lleva recogido en una coleta alta y su rostro va lavado sin una pizca de maquillaje. Se ha esmerado en estar lo menos apetecible posible, y sin embargo, a mí se me hace la boca agua solo con mirarla.

Tengo que esforzarme para no repasarla de arriba a abajo, o se irá antes de haber puesto un pie dentro de la habitación. Tiene cara de enfado, es evidente que todavía no se le ha pasado el disgusto de esta tarde. ¡Esto promete!

—Pasa. —le indico, haciendo un gesto con la cabeza hacia el interior de la habitación, mientras me hago a un lado.

Duda por un momento, pero finalmente entra.

La observo para ver su reacción. Sus ojos recorren la habitación y se abren desmesuradamente al contemplar las velas y la mesa.

Me mira fijamente frunciendo el ceño. Su gesto se ha suavizado y sus ojos ya no parecen estalactitas a punto de clavarse en mi pecho.

—Siéntate, por favor.

—No hace falta.

—No tengo por costumbre cenar de pie. ¡Venga, no seas cabezota y ven a sentarte! —demando, impaciente.

Sus ojos recorren otra vez la habitación, y finalmente se acerca a la mesa y se sienta. Yo cojo la silla que está situada en frente de la suya, y en lugar de sentarme ahí, la coloco a su lado.

¡Qué bien huele! En eso no ha cambiado. Sigue usando el mismo perfume que recuerdo. Es un aroma fresco, como a limón. Inspiro, y su olor lo inunda todo. Podría reconocerlo en cualquier lugar.

La miro fijamente. El juego de luces y sombras que la luz de las velas proyectan en su rostro, la hacen parecer todavía más irreal. Es como estar viendo un sueño. Un sueño muy enfadado, eso sí.

Destapo la fuente que hay en el centro de la mesa y dejo al descubierto una tarta de chocolate que está pidiendo a gritos que se la coman.

Ella me mira sorprendida. Por un momento se le escapa una pequeña sonrisa.

—¿Tarta de chocolate?

—Siempre te ha gustado empezar las comidas por el postre. —Le guiño un ojo—. Y entre tú y yo —añado, acercándome a su oído para susurrarle, con la voz solemne de quien le está confiriendo el más increíble de los secretos—. Sé que no puedes resistirte al chocolate.

Ella baja la vista ruborizándose, e intenta poner entre nosotros toda la distancia que su silla le permite. La veo morderse el labio inferior para evitar sonreír. Clavo mi vista en su boca, y me muero de ganas de probar a qué saben esos labios carnosos que me tienen hipnotizado.

Ella se da cuenta de hacia dónde se dirige mi mirada y, de repente, se transforma de nuevo en la dama de hielo.

—He venido a hablar contigo y eso voy a hacer. Necesito que te tomes en serio y que apruebes todas las medidas de seguridad que te hemos explicado esta tarde.

Me recuesto en el respaldo de la silla y cruzo los brazos encima del pecho.

—Esas normas de seguridad que quieres aplicar son totalmente desproporcionadas. —opino, decepcionado y algo molesto. Me ha tocado las narices que haya roto el ambiente así, en un segundo.

—Esas normas de seguridad son necesarias.

—¡Me niego a llevar al coletas ese, todo el día pegado al culo! ¡Mi respuesta es no! Y nada me va a hacer que cambie de opinión, así que ni lo intentes.

Camila suspira y me mira fijamente a los ojos. Los suyos ahora se ven de un azul intenso y llenos de miedo; de miedo real y preocupación. Algo no va bien, algo me dice que lo que va a venir a continuación, no me va a gustar.

—Leo. —comienza a hablar ella despacio y mortalmente seria—. El accidente de coche que tuviste en Aldán, no fue tal cosa.

—¿Qué quieres decir? —pregunto notando cómo mi cuerpo se va poniendo rígido.

Camila se queda callada, mirándome con cara angustiada.

—Fue provocado. Alguien manipuló los frenos de tu coche. ¡Alguien intentó matarte! Es un asunto muy serio. No es ninguna broma. Por eso Lena y yo decidimos reforzar las medidas de seguridad —explica con voz temblorosa.

Esto le afecta más de lo que quiere admitir. Me lo dice su rostro, me lo dice su forma de hablarme, y me lo dice su mirada. Por un momento, incluso juraría haber visto lágrimas contenidas en esos océanos azules con los que me mira. Sin embargo, cuando intento cogerle la mano, ella la retira, y una vez recuperada su compostura habitual, continúa hablando:

—Me ha quedado claro que Diego y tú no os soportáis, por ese motivo estoy dispuesta a cambiar a Diego por César para que se encargue de tu seguridad. Pero no pienso hacer ninguna concesión más. Mi trabajo es procurar no solo tu seguridad, sino también la de toda la gente que trabaja contigo y acude a verte a los conciertos. Por lo tanto, tienes dos opciones: o me dejas desempeñar mi trabajo sin poner trabas, y dejas de quejarte por todo; o mañana mismo presento mi dimisión, y entonces que sigas vivo o no, ya no será problema mío. —Finaliza su discurso con voz gélida e indiferente, encogiéndose de hombros.

Yo la miro sin saber qué decir. Intento digerir lo que acaba de decirme, pero no es fácil.

—¿Cómo y cuándo supiste lo del accidente? —consigo pronunciar.

—El día que fui a buscar el contrato al taller para firmarlo. El compañero de Daniel me lo dijo. De hecho, me dijo que le extrañaba que no me lo hubiese comentado él ya que fue quien lo descubrió. Pero lo hicieron muy bien... Estaba hecho de tal forma, que demostrar que no fue algo accidental sería cuanto menos muy, muy difícil. —admite ella, mirándome fijamente.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo Lena y yo. Decidimos no decir nada por el momento. Por lo menos, no antes de hablar contigo.

Lo pienso durante unos instantes y después asiento.

—Me parece lo mejor, que nadie sepa nada.

Ella asiente aliviada.

—Ahora que hemos aclarado esto, me voy. —suelta de golpe, levantándose de la silla. Yo la miro con la misma cara de idiota que se me hubiese quedado si coge un caldero de agua fría y me lo tira por encima.

—¿Perdona? —pregunto, incrédulo, sin saber si la he entendido bien.

Camila me fulmina con la mirada, cruzándose de brazos. ¡Oh, no, la dama de hielo ha vuelto!

—¿Qué creías, que por poner unas velitas y una tarta de chocolate iba a caer rendida a tus pies? —Ríe amargamente negando con la cabeza—. ¡Eso te funcionará con las demás, pero yo no soy otra de tus fans locas! Yo no voy a caer a tus pies ni por esto ni por ninguno de tus trucos baratos —Levanta la voz mientras señala con la mano la habitación.

No sé qué me molesta más, que continúe actuando como si le hubiesen metido un palo por el culo cuando yo sé que no es así, o que me diga que la considero una más.

El fuego va subiéndome por el cuerpo hasta que me quema la boca y, sin pensarlo, empiezo a escupir palabras:

—Mira bonita, si te considerase una fan loca como tú dices, no te invitaría a cenar, simplemente te señalaría la cama, y gustosa y feliz te abrirías de piernas. Te invité porque me apetecía cenar contigo, ni más ni menos. Si no actuases como si llevases un palo metido por el culo todo el día, quizás podríamos haber disfrutado juntos de una velada agradable. ¡Además, te recuerdo que el que acaba de enterarse de que intentaron matarlo soy yo! ¡Un poquito de empatía no vendría mal! Pero noooo, tú no puedes dejar de pensar en ti misma ni un minuto, ¿verdad? —La rabia es la que me hace hablar.

—¡Yo no he venido aquí a ser empática, ni a cenar, ni a pasar una velada de ningún tipo contigo! ¡Para eso tienes candidatas de sobra! —me grita con rabia—. Simplemente he venido a explicarte cómo son las cosas, y ahora que ya lo he hecho, me voy. —Da media vuelta y, efectivamente, se va, no sin antes dar el cuarto portazo del día. Este, hace que retumben hasta los cimientos del hotel.

Sé que acabo de cagarla, pero de cagarla a lo grande.



Capítulo 9

CAMILA

En cuanto entro en mi habitación, voy corriendo a la mesilla de noche para coger el móvil, y marco el número de Lena. Según van sonando los tonos y no me lo coge, me voy desesperando. ¡Necesito hablar con mi amiga! Necesito una voz razonable y coherente, que me ayude a poner las cosas en su sitio. Al séptimo tono, cuando ya estoy a punto de colgar, me contesta y, totalmente exaltada, empiezo a soltar toda mi verborrea, mientras camino adelante y atrás, como una loca, por toda la habitación.

—¡No sabes lo que me ha pasado! ¡Es que no tienes ni idea! —grito, frustrada—. Resulta que Leo me ha obligado a ir a cenar con él a su habitación, y claro, como tenía que hablar con él sí o sí, no me ha quedado otro remedio que ir. ¡Cuando he llegado allí, la habitación estaba llena de velas y había una tarta de chocolate encima de la mesa! ¿Te lo puedes creer? —continúo, sin parar ni para coger aire—. Tenías que verlo, Lena, tan presuntuoso, tan perfecto, con su mirada *quemabragas* ahí puesta en su cara. Hasta que ha visto que no era un farol y que me iba de verdad. Tenías que ver la cara que se le ha quedado cuando me ha visto salir de la habitación. ¡Ja! Eso sí que no se lo esperaba. ¡Punto para mí! —exclamo triunfante.

Solo entonces, cuando por fin me quedo callada durante unos instantes y escucho a Lena sorber al otro lado de la línea, caigo en que su voz sonaba extraña cuando me ha contestado.

—Lena, ¿estás bien? —pregunto preocupada, olvidándome por un momento de Leo. Lena es tímida, dulce y una de las personas más cariñosas que conozco. Puede parecer vulnerable, pero es una de las personas más fuertes que conozco. Si ha estado llorando, es porque algo serio le pasa—. ¿Qué te ocurre? —insisto, dejando de pasear y sentándome en la cama, ansiosa por escuchar su respuesta.

—Nada. —responde, intentando que su voz suene normal.

—No te creo.

—Nada de lo que me apetezca hablar ahora mismo, simplemente un mal día. ¿*Quemabragas*? —pregunta intentando sonar divertida.

Está intentando desviar mi atención, por lo que decido dejarlo estar, por lo menos de momento.

—Sí, *quemabragas* es esa típica mirada capaz de derretir las bragas de

cualquier mujer en cuanto aparece.

—Ya. ¿Y cómo es eso de que Leo te ha obligado a cenar con él? ¿Te apuntaba con una pistola o una navaja? No, espera, dudo mucho que incluso haciendo eso consiguiese obligarte a ti, precisamente a ti, a hacer algo que no quisieras. —se muestra escéptica Lena.

—¡Claro que no me apuntaba con una pistola, pero me dijo que era la única manera de hablar con él! —me defiendo.

—Vale.

—¿Vale? ¡No me digas vale, no me des la razón como a los locos, Lena! —Estoy empezando a mosquearme. ¿Pero qué le pasa hoy a todo el mundo?

—¿De verdad no quieres que te dé la razón como a los locos? ¿En serio quieres saber mi opinión, Camila? Porque yo creo que eso es exactamente lo que buscabas cuando me has llamado: encontrar a alguien que te diera la razón como a los locos. Dudo mucho que te interese de verdad lo que yo piense respecto a este tema. —opina, enfadada.

Me quedo callada y lo pienso durante un instante. Algo de razón tiene, tengo que admitirlo.

—Puede que tengas razón en parte. —admito de mala gana.

—¿Solo en parte? ¡Ja! ¡Eso no te lo crees ni tú! —Está convencida, y me duele que piense que su opinión no me importa.

—Sí, solo en parte, Lena. Siento que creas que tu opinión no me interesa, porque no es cierto. Sí quiero saber lo que piensas... Lo que piensas de verdad. —susurro, con un hilo de voz.

—Camila —Su voz se ha dulcificado—, las dos sabemos que si has ido a cenar con Leo ha sido porque tú has querido. De lo contrario, hubieses encontrado cualquier otra manera de hablar con él, ¡por medio de una paloma mensajera si fuese necesario! A la Camila que yo conozco nadie la obliga a hacer nada, ni cede porque la presionen, ni mucho menos, porque la inciten; solo cede si ella quiere hacerlo. Creo que necesitas averiguar de una vez, qué quieres que sea Leo en tu vida. Si de verdad piensas lo que dices y no lo quieres ni ver delante, pasa página. ¡Pero pasa página de verdad! Olvídate de él. Yo misma te sustituiré para que no tengas que verlo más. Si por el contrario, quieres darle una oportunidad a lo que las dos sabemos que sientes por él, hazlo, pero que sea con todas las consecuencias, olvidando el pasado. Sin revanchas y sin querer anotarte

puntos para demostrarle que eres mejor que él. Empieza desde cero.

Me quedo en silencio. Los ojos se me inundan de lágrimas y lucho por retenerlas, pero se escapan y ruedan por mis mejillas.

—¿Y si él no quiere nada conmigo, como en el pasado? O peor aún, ¿y si paso a ser una más de su lista? —pregunto con voz temblorosa.

—Ese es un riesgo que vas a tener que correr si quieres darle una oportunidad a lo que sientes por él.

—Tengo miedo, Lena.

—Lo sé, pero no dejes que el miedo decida por ti. Nunca te lo perdonarías. Piénsalo y decide lo que deseas hacer. Si decides ir a por todas, hazlo sin juegos ni reservas.

Ahora soy yo quien sorbe por la nariz.

—Te quiero mucho, Lena. Gracias por todo, y con todo no solo me refiero a esto, tú ya me entiendes.

—Yo también te quiero y lo sabes. Igual que sabes que si hay que patearle los huevos a Leo, voy a ser la primera en hacer cola para golpear con todas mis fuerzas, encantada de la vida.

—No te gusta, ¿verdad? —pregunto, conociendo la respuesta.

—No, no me gusta para ti. No me gusta porque yo quiero para ti a alguien que te haga feliz, y Leo hasta ahora ha hecho de todo menos eso. Aun así, si finalmente decides ir a por todas, estoy dispuesta a darle una oportunidad. Pero esa decisión tienes que tomarla tú, porque mientras no decidas de una vez lo que quieres, nadie más va a poder hacerte feliz. Lo malo es que las dos sabemos que hace mucho tiempo que tu corazón ha decidido por ti. Solo queda saber si acatas esa decisión y lo intentas, o lo superas y sigues adelante. Sea cual sea la decisión que tomes, yo voy a dar cada paso del camino a tu lado.

—Lo sé. —afirmo, dejándome caer hacia atrás en el colchón—. Saber que te tengo ahí, hace que todo me dé menos miedo.

—Camila, solo una cosa más.

—¿Qué?

—Pase lo que pase con Leo, ten por seguro que tú nunca podrías ser una más. No eres una más.

Me quedo callada mientras las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Cami.

Cuelgo y me quedo tumbada en la cama, pensando en las palabras de Lena. Tiene más razón que un santo. Tengo que decidir qué voy a hacer con Leo. Lo recuerdo cuando me abrió la puerta de su habitación hace un rato, enfundado en unos vaqueros negros y una camisa del mismo color, que se ajustaba a un cuerpo creado para el pecado. Su mirada intensa. El fuego que desprendía su cuerpo cuando se sentó a mi lado, me acaloró de tal forma, que creo que si en ese momento me hubiese puesto un termómetro, hubiese explotado directamente. No podía apartar los ojos de él. Tuve que hacer un esfuerzo casi sobrehumano y usar una fuerza de voluntad titánica, para no besarlo hasta perder la noción del tiempo.

Reconozco que no fui profesional cuando le conté lo del accidente, el pobre tenía que estar en shock y yo no fui amable precisamente; pero necesitaba poner espacio para intentar contener el deseo que despierta en mí cada vez que me mira. Mostrarme fría es la única forma de mantenerlo a raya.

Unos golpes en la puerta me hacen regresar de mis pensamientos.

Me levanto para abrir. Rezo, pero no sé si para que detrás de la puerta esté el hombre que me quita el sueño, o para que no esté.

La abro y no veo a nadie. Miro a ambos lados del pasillo, pero nada, no hay nadie. Entonces, miro al suelo y lo que veo me hace sonreír: un plato con un trozo de tarta de chocolate, un tenedor y una nota. Lo recojo y entro en la habitación cerrando la puerta.

Pongo el plato con la tarta encima de la mesilla, y desdoble el papel para leer lo que pone.

«Si fuésemos indios te ofrecería la pipa de la paz; como no lo somos y ninguno de los dos fuma, creo que tengo más posibilidades de firmar una tregua con la tarta de chocolate. ¿Me perdonas?»

Me echo a reír y niego con la cabeza. Este hombre es imposible.

Cojo el móvil y, junto con la apetitosa ofrenda de paz, me siento encima de la cama con las piernas cruzadas. Busco el número de Leo y le mando un Whatsapp.

Yo: Utilizar chocolate es jugar sucio.

Después de dudar unos segundos, le doy a la tecla de enviar y me quedo como una pánfila, esperando respuesta mientras saboreo el delicioso manjar. ¡Esta tarta está buenísima! Podría sobrevivir una semana a base de ella.

La pantalla del móvil se ilumina.

Leo: Dicen que la música amansa a las fieras... Yo personalmente, a pesar de ser músico, tratándose de ti, tengo más fe en el chocolate.

Vuelvo a reírme con ganas.

Yo: ¿Estás dispuesto a aceptar que tomemos las medidas de seguridad que consideremos necesarias?

Leo: Sí. Pero como te dije antes, me niego a tener al coletas todo el día pegado al culo. ¿Y si me salen almorranas o algo peor?

Me pone una carita de susto y por poco me atraganto con un trozo de tarta. ¡Este hombre es terrible!

Yo: Eres como un niño pequeño, lo sabes, ¿verdad?

Leo: Estoy dispuesto a ser como haga falta con tal de alejar a ese snob de mi vista.

Yo: Está bien, cambiaré a Diego por César. Pero al mínimo problema que me des, soy muy capaz de meterlo a dormir contigo si hace falta.

Leo: ¿¡No serás capaz!?! (carita llorando) Eso me produciría pesadillas de por vida. Ahora bien, si crees que para preservar mi descanso, necesito seguridad, no me importaría nada que fueses tú la que viniese a dormir conmigo (carita de ángel)

Releo una y otra vez el mensaje pensando detenidamente qué contestar. Hace tiempo, me habría puesto colorada y no hubiese contestado, simplemente lo hubiese dejado correr. Es más, estoy segura de que eso es lo que Leo cree que va a pasar. Pero se equivoca, no sabe cuánto se equivoca. Si lo que quería era descolocarme, va a probar su propia medicina. ¡¡Pero no una cucharadita, noooo, este va a tomarse el frasco entero!! Sonrío maliciosamente mientras mis dedos teclean rápidamente mi respuesta.

Yo: Si lo que queremos es garantizar «tu descanso», dudo mucho que meterme en tu cama sea una buena idea... (carita sonrosada)

Leo: (carita de estoy flipando) ¿Estás insinuándome algo, Cami? ¿O es

que me está sentando mal la tarta de chocolate?

Yo: No entiendo qué quieres decir... Buenas noches, que duermas bien y que sueñes con los angelitos (muñeco de angelito)

Leo: Yo prefiero que sueñes conmigo... (foto adjunta)

Le doy a descargar y el tenedor se me cae de la mano con trozo de tarta incluido. Soy incapaz de apartar la mirada de la imagen que muestra mi teléfono. Leo aparece recostado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Tiene la cuchara, con la que deduzco que él también se está poniendo fino de tarta, en la boca. No lleva camiseta, y como único atuendo viste unos vaqueros, a los cuales, por cierto, no se ha molestado en abrochar el botón superior. ¡Oh, Dios mío! Es la imagen más sensual que he visto en mi vida. Todo (y cuando digo todo, es todo) en él es morbo puro. No podría ser más sexy ni queriendo. Repaso la imagen una, y otra, y otra vez. ¡Mierda! ¡Ya ha conseguido que no sea capaz de pegar ojo!

Borro la imagen que acaba de enviarme y, bufando, me levanto de la cama para enfundarme mi ropa de correr. Tengo un calentón de mil demonios, necesito soltar toda esta adrenalina, o de lo contrario, me será imposible conciliar el sueño. Cojo los cascos que utilizo para escuchar música mientras corro, y me dirijo al gimnasio del hotel.

Entro y compruebo con alivio que está vacío. ¡Mejor! Ahora mismo no me apetece aguantar a nadie. Conecto la música de los cascos y, tras subirme a la cinta, comienzo a correr. La imagen de Leo semidesnudo mirándome desafiante desde la pantalla del móvil, me viene a la cabeza una y otra vez. Y cuanto más la recuerdo, más acelero el ritmo. ¡A este paso me va a dar algo! Intento controlar la respiración para mantener a raya mis pulsaciones, que no sabría decir por qué están más aceleradas: si por el esfuerzo físico que estoy realizando, o por el incómodo calor húmedo que he comenzado a sentir entre las piernas desde el momento en que mis ojos se han posado en la dichosa foto.

En estas estoy, cuando alguien me toca el hombro. Miro hacia atrás y mi pie derecho choca con la parte delantera de la cinta, pierdo el equilibrio y me tambaleo, cayendo hacia atrás.

Unos brazos fuertes me sujetan justo a tiempo para evitar que mi trasero acabe en el suelo. Diego me sostiene por la cintura mientras yo recupero el equilibrio. Su mirada se posa en mi pecho, que se mueve frenéticamente mientras recupero el aliento. Carraspeo incómoda para llamar su atención. Diego levanta la mirada y la reconduce hasta mis ojos, pero lejos de sentirse

avergonzado por haber sido pillado mirándome las tetas descaradamente, el tío sonrío ampliamente, encantado de haberse conocido. ¡Es el colmo!

Me deshago de su agarre y lo miro con disgusto.

—Qué grata sorpresa encontrarte aquí. —aplaude, avanzando un paso hacia mí.

Intento recordar mentalmente qué datos tenemos de Diego. Es la primera vez que trabaja con nosotras; Lena y yo recibimos un correo suyo solicitándonos un puesto en la agencia un par de días después de que regresara Leo al pueblo. En un principio no le hicimos mucho caso porque pese a tener un currículum impresionante, teníamos todas las plazas que necesitábamos cubiertas. Pero después de descubrir que el accidente de Leo no había sido tal cosa, decidimos contratarlo como refuerzo para esta gira. Ahora, mientras observo con una mezcla de sorpresa y cabreo, cómo se acerca a mí mirándome de arriba a abajo sin cortarse un pelo, empiezo a plantearme si contratarlo ha sido buena idea.

¡Uy, pobre! Este no sabe con quién se la está jugando. Va a salir más escaldado que unos langostinos en Navidad. ¡Si hay algo que me repatea, son los tíos chulos y prepotentes que se creen que solo por el hecho de existir, están haciendo un regalo maravilloso al género femenino en general, y a mí en particular! Y lo que es peor, me sienta como una patada en el estómago, tener que reconocer que Leo tuvo buen ojo al cruzar desde el primer momento a este gilipollas.

Me acerco a él sonriendo y mirándolo con cara de no haber roto un plato en mi vida.

Él sonrío más abiertamente al verme hacerlo.

—Yo también me alegro de verte aquí. De hecho, tenía pensado ir a buscarte más tarde para hablar contigo. —expongo en tono meloso, posando un dedo en su pecho.

—Uf, muñeca, llevo pensando en ti desde el primer momento en que paseaste tu precioso culo por delante de mis ojos. —me dice casi babeando el muy asqueroso, mirándome otra vez las tetas.

¡Juro por Dios, que tengo que hacer acopio de toda mi paz interior, para no arrearle en ese mismo momento un rodillazo los huevos, y librar así a futuras generaciones del mundo, de cualquier tipo de descendencia de semejante neandertal!

«Respirar y sonreír, respirar y sonreír», me repito mentalmente.

—Leo me ha comentado que prefiere que no sigas trabajando a su lado, por lo que a partir de ahora, César se encargará de su seguridad, y tú vigilaras el acceso norte del recinto. —Mi voz es tan fría, que la temperatura del gimnasio parece haber descendido a diez grados bajo cero en un momentito. Pero Diego, que por lo que se ve, todo el músculo lo tiene en los bíceps pero en la mollera debe de estar más bien escaso, no se da cuenta.

—Leo no tiene nada que decir. ¿Quién es él para decidir si yo debo o no debo trabajar a su lado? —pregunta con irritación.

—Efectivamente, Leo no es nadie para decidir eso. Pero es que no lo ha decidido él sino yo, y da la casualidad, de que yo soy tu jefa, o sea, la que manda... O sea, la que te paga la nómina. ¿Lo entiendes o te lo explico más despacito? —respondo, propinándole un golpecito en el pecho antes de darme la vuelta, para no darle opción a contestar. Estoy dirigiéndome hacia la salida, cuando lo escucho murmurar por lo bajo.

—El mierda ese siempre quiere quedar por encima de los demás, a saber qué te habrá hecho para convencerte.

Me paro en seco y aprieto los dientes tan fuerte, que me da miedo que alguno salga volando.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

—No he dicho nada que no sea una verdad a voces. ¡No te hagas la digna conmigo!

—¿Podrías, por favor, iluminarme con tu infinita sabiduría? —demando, rechinando los dientes.

—Tías como tú sois una vergüenza para el gremio. Vais de profesionales, y luego viene uno cualquiera, os hace dos carantoñas, y se os caen las bragas. Es ahí donde se demuestra lo que verdaderamente sois.

—¿Y qué es lo que verdaderamente somos? —pregunto, temblando por la rabia contenida. Me parece increíble lo que estoy escuchando. ¡Es que no doy crédito!

—Unas calentapollas que utilizáis el trabajo para conseguir que os den lo vuestro. —responde, acercando su cara a la mía.

Sin previo aviso, le quito la botella de agua fría que tiene en la mano, y tras

abrirla, se la vacío por la cabeza.

—Esto es para que veas que no solo sé calentar. Se me da muy, pero que muy bien enfriar. —afirmo, observando cómo aguanta la respiración al sentir el contacto del líquido helado sobre su cuerpo. Lo miro sin ocultar la satisfacción que siento ahora mismo—. Una cosa más. Deberías sentirte satisfecho, al final has conseguido proporcionarme más placer con una mísera botella de agua, del que hubieses conseguido darme en una cama. ¡¡Semental!! —Río, guiñándole un ojo.

Estoy a punto de salir del gimnasio, cuando por segunda vez lo escucho murmurar:

—Ese niño bonito y tú estáis acostumbrados a salir siempre con la vuestra. Pero algún día, alguien va a partirle esa preciosa cara que tiene.

—No te atrevas a volver a hablarme en esos términos, ni a discutir ninguna orden que salga de mi boca. Te recuerdo que de momento la que manda aquí soy yo; si tu ego se ve dañado o tienes algún problema con eso, ya sabes dónde está la puerta. Mientras estés aquí, a callar y a trabajar. ¿Queda claro? —pregunto, atravesándolo con la mirada.

—Cristalino. —contesta él, mirándome con odio.

Salgo del gimnasio y le escribo un mensaje a César para darle indicaciones y pedirle que vigile de cerca a Diego. Tengo que recordar hablar con Lena para que vuelva a comprobar sus referencias. Este tío no me gusta.

¡Pues nada!, que deporte no he hecho, pero me he quedado tan a gusto, que me cambio, me meto en la cama, y me duermo feliz.



Capítulo 10

LEO

Ha pasado casi una semana desde mi intento de cena con Camila. Tengo que reconocer, que pensé que después de nuestro intercambio de mensajes esa noche, la situación entre nosotros sería más cercana; pero nada más lejos de la realidad. Es cierto que ha dejado de asesinarme con la mirada cada vez que me mira, pero eso es básicamente porque no me mira.

Se muestra profesional y habla conmigo cada vez que el trabajo lo requiere, pero solo de cuestiones laborales. Cada vez que intento acortar un poco esa distancia que ella ha impuesto entre nosotros, se aleja todavía más. Lo peor es que tengo que reconocer, que cuanto más la veo, más me atrae, y no solo por su imponente físico. Empiezan a salir a la luz algunas de esas cualidades que yo conocía de antes y que parecían enterradas en algún profundo lugar.

Camila es seria, intransigente y fría cuando trabaja. Pero también es brutalmente inteligente, cariñosa (con casi todo el mundo menos conmigo, claro), leal y preciosa.

Lo único bueno de esta semana ha sido que Cami ha cumplido su parte del trato y por fin me he quitado de encima al petardo ese de Diego, quien por cierto, parece haber perdido también el favor de su jefa, ya que me he fijado en que no se acerca a ella más de lo imprescindible. En su lugar, he ganado a César, un tío encantador con el que da gusto estar. Al principio, me dio la impresión de que miraba a Camila con oscuras intenciones, pero ahora tengo que reconocer que todo estaba en mi cabeza; son simplemente buenos amigos.

Hoy es el día del ensayo general y todo está prácticamente a punto para el concierto de mañana.

Estamos llegando al Wizink Center para el último ensayo, y siento cómo el cosquilleo que me recorre el cuerpo antes de cada concierto, es cada vez más intenso.

Dejamos a un lado la parte delantera del edificio, donde desde hace días se han apostado con tiendas de campaña muchos fans para conseguir entrar los primeros cuando se abran las puertas, y accedemos por la parte posterior.

—¿Nervioso? —pregunta César, observándome por el espejo, desde el asiento delantero del coche.

—Expectante, más bien. Quiero que todo salga perfecto. —respondo,

mirando por la ventanilla.

—Tranquilo. Estando Cami al cargo, ningún detalle va a quedar al azar. Tú solo preocúpate del micrófono y la guitarra. El resto es cosa nuestra. —Sonríe un relajado César, guiñándome un ojo.

Asiento con la cabeza mientras él se baja del coche y me abre la puerta.

Entro a mi camerino, donde ya está todo preparado. La ropa que voy a utilizar en el concierto del día siguiente, mis guitarras... Todo está dónde y como tiene que estar. Escucho la voz de Rubén, mi manager, y me doy la vuelta para verlo con una rubia despampanante colgada del brazo.

—¿Qué tal te encuentras? ¿Preparado para hacer olvidar al público el fiasco del último concierto? —me pregunta, contemplando las tetas de su acompañante en lugar de mirarme a mí. La mujer, en respuesta se pega más a él, pero me mira a mí de arriba a abajo, pasando la lengua por sus labios.

Miro a Rubén frunciendo el ceño. ¿Cuándo aprenderá a pensar con la cabeza lo que va a decir, en vez de hacerlo con otra parte de su cuerpo?

—Sí, Rubén, muy preparado. Aunque te recuerdo que el fiasco del último concierto como tú dices, no fue precisamente por mi culpa. —reprocho molesto, tanto porque me haya recordado ese momento, como por el poco interés que parece tener en mirarme mientras habla conmigo.

Él abre la boca para decir algo, pero una voz llama nuestra atención, y los dos volvemos la cabeza hacia la puerta.

—Disculpad. ¿Se puede? —Camila se apoya en la entrada, mirándonos a ambos.

—Por supuesto que se puede —responde Rubén, quien soltando a la rubia, se acerca rápidamente a Camila—. ¿En qué puedo ayudarte, preciosa? —pregunta apoyando una mano en su cintura, mientras la recorre con los ojos de arriba a abajo y se aproxima más a ella, para darle dos besos. Camila lo mira con desagrado, para a continuación dirigir sus preciosos ojos a mí.

—Rubén, llevas una semana entera con nosotros, con que te vayas pronto me doy por ayudada.

¡Zasca! ¡Esa es mi Camila! Tengo que aguantar la risa.

Si hace tan solo un momento, la presencia de Rubén me incomodaba, ahora no es que me incomode; ahora me está tocando los huevos, ¡y de qué manera!

¡Como se acerque un solo milímetro más a Camila, juro que va a perder una preciada parte de su cuerpo porque se la voy a cortar!

Camila avanza hasta situarse al lado de la rubia, que, cruzada de brazos, la mira con mala cara, y se dirige a Rubén y a mí:.

—Quería explicaros cómo va a ser el plan de seguridad para mañana. — comienza a hablar ella, de manera fría y profesional. Nos relata cuáles son las medidas de seguridad tomadas para el concierto y cómo van a proceder, tanto con el público asistente, como con el equipo de sonido, músicos y, por supuesto, conmigo.

Yo la escucho detallarlo todo mientras la miro embelesado. Lleva unos vaqueros ajustados y una camisa amarilla. Su larga melena la recoge en una coleta informal y su rostro reluce natural, sin una gota de maquillaje, a excepción de un poco de brillo de labios y la raya de ojos que la acompaña desde que la recuerdo de adolescente. ¡Está preciosa!

Sé que las comparaciones son odiosas, pero no puedo evitar compararla con la recauchutada y artificial mujer que, a su lado, la mira con ganas de estranglarla por haberle quitado el protagonismo. Reconozco que por mi cama han pasado muchas mujeres así, artificiales en todos los sentidos de la palabra. Ahora, mirando a Camila me cuesta entender cómo podían despertar algo en mí.

—Leo, Leo, ¿me estás escuchando? —Camila me mira con un deje de preocupación—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. —respondo sonriéndole.

Lo que en realidad me haría estar perfectamente, es agarrarla, tumbarla en el sofá que tengo detrás, arrancarle la ropa y... ¡No puede ser! Solo de pensarlo, todo mi cuerpo se ha excitado. Y cuando digo todo, me refiero principalmente a una parte, así que para disimular, me doy la vuelta, y de espaldas a ellos, camino hasta la mesa para coger la botella de agua fría que reposa encima, y darle un buen trago.

—¿Necesitas algo más, Camila? —pregunto, intentando que mi voz suene lo más normal posible.

—No, nada más. Sube cuando puedas para empezar el ensayo; te están esperando todos. Ya están preparados. César está en la puerta; él te acompañara al escenario.

—¿Seguro que no necesitas que yo te ayude de alguna otra forma, preciosa?

Digo, a parte de lo de irme —Escucho preguntar a Rubén. Aprieto la botella de plástico con tanta fuerza, que me da miedo que reviente y el tapón salga volando.

—Con que intentes molestar lo menos posible, me doy por ayudada. Gracias. —responde Camila, con fingida inocencia, soltándole otro *zasca* más grande que el Santiago Bernabeu.

Me rio por lo bajo al escuchar su respuesta. Rubén resopla, y agarrando otra vez a la rubia por la cintura, sale del camerino sin decir ni *mu*.

Camila se dirige otra vez a mí.

—Te esperamos arriba. —dice antes alejarse y dejarme solo.

Me paseo por la habitación y me bebo de un trago, media botella de agua, intentando calmarme y quitarme el calentón de encima. ¡No tengo tiempo para una ducha fría, me están esperando! Finalmente, cuando unos minutos después, consigo recuperar el “tamaño normal” de mi entrepierna, cojo la guitarra que quiero utilizar para el ensayo y me dirijo al escenario, seguido en todo momento por César, quien algo debe de notar, porque no dice ni una palabra.

En cuanto piso el escenario y miro a mis músicos preparados, incluso sin público, la adrenalina empieza a recorrerme el cuerpo. Busco a Camila y nuestras miradas se encuentran. Está apoyada en un lateral del escenario. Sus ojos sostienen los míos, y por un instante, siento que me falta el aire, engullido por ese océano. Ella me sonrío y mi cuerpo se relaja. Me acerco al micrófono y empiezo a tocar cada una de las canciones que componen el repertorio del concierto.

La acústica es perfecta, la iluminación también. La banda, tan emocionada como yo, lo está clavando hoy. Está siendo un ensayo de diez.

Estamos tocando la que va a ser la canción de cierre de todos los conciertos de la gira. Llevamos algo más de tres horas de ensayo, ya que he preferido repetir la mayoría de las canciones dos veces para pulir pequeños detalles y que mañana todo esté perfecto. Estoy empapado en sudor y agotado, pero feliz. Cierro los ojos dejándome llevar por la música, cuando, de repente, un grito desgarrador me paraliza. Mis dedos se quedan clavados en las cuerdas de la guitarra.

Abro los ojos justo a tiempo de ver cómo Camila se lanza sobre mí, empujándome. Los dos caemos contra el suelo. Un par de milésimas de segundo después, uno de los enormes focos que cuelga en la parte de arriba del escenario, se desploma a nuestro lado, con un estruendo demoledor, mientras cientos de

trozos de cristal vuelan por los aires, saliendo disparados en todas las direcciones.

Instintivamente, cubro la cabeza de Camila con mis brazos para protegerla. Ella está apoyada encima de mi pecho, agarrando con fuerza mi camiseta. Sus pupilas dilatadas por el susto, recorren mi cuerpo para comprobar que estoy bien. Nos miramos fijamente el uno al otro sin pronunciar palabra, hasta que César se acerca corriendo.

—Camila, Leo, ¿estáis bien?

Camila parpadea un par de veces antes de mirarlo e intentar incorporarse.

—Sí, estamos bien. —asegura Camila, mirando el caos en que se ha convertido el escenario ahora mismo. Me levanto y la imito.

—Cami, menos mal que te has dado cuenta de que ese foco iba a caerse justo donde Leo estaba tocando. Si no llegas a empujarlo y eso le cae encima, ahora estaría muerto —Escucho a un horrorizado César.

Miro el foco y lo que veo confirma sus palabras. Solo la estructura metálica del inmenso aparato debe de pesar cerca de unos setenta kilos, eso sin contar el cristal. ¡Si no llega a ser por Camila, yo no estaría aquí de pie! La observo nuevamente, y ella posa su angustiada mirada en mí.

—Leo, ¿seguro que estás bien? —pregunta, intentando que no se note el temblor de su voz.

Me acerco y la abrazo.

—Estoy bien gracias a ti. ¡No puedo creer que te tirases así para salvarme! ¡El foco podía haberte caído a ti encima, Cami! —le susurro al oído, y un escalofrío me recorre entero solo con pensar lo que eso podría haber significado.

Ella me devuelve el abrazo aferrándose a mi espalda. La sensación me reconforta. Camila inspira profundamente un par de veces y se separa de mí, mirándome a los ojos.

—Lo importante es que está todo bien. —Me repasa con la mirada y la veo fruncir el ceño—. Tienes una pequeña brecha encima de la ceja, algún cristal ha debido de cortarte al caer. Necesitas una cura.

Efectivamente, mi camiseta está manchada de sangre, pero me parece demasiada para una pequeña brecha en la cara.

—¡Camila! —Escucho gritar a César—. ¡Tu brazo!

Los tres dirigimos la vista hacia donde él señala, y vemos un profundo corte del codo hacia la muñeca, que sangra profusamente. Veo la sangre brotar y un nudo me oprime el estómago. Ella lo mira sin darle demasiada importancia.

—César, dile a alguien que llame a alguno de los auxiliares que están en las ambulancias de la entrada del recinto. Dile que vengan a mi camerino, van a tener que darme puntos. Después, quiero una reunión urgente con todo el personal para saber qué es lo que ha pasado. Tú acompaña a Leo a su camerino y quédate en la puerta. No te muevas de ahí, ¿está claro? —Ordena una calmadísima Camila, apretándose el brazo.

—Por supuesto, jefa, puedes estar tranquila. —César llama a toda prisa a un chico pelirrojo y le da las órdenes pertinentes.

Paseo la mirada por el escenario y observo a mi amigo «El coletas», apoyado con los brazos cruzados, medio oculto entre bastidores. ¡El muy desgraciado está sonriendo! Por un instante, me sostiene la mirada, y un momento después, desaparece por la parte de atrás del escenario.

—Te acompaño. —le digo a Camila.

—No —Está seria, pero sus ojos me miran con calidez—. Tú vas a hacer lo que he dicho; vas a ir con César y te vas a quedar en tu camerino. Date una ducha y hazte una cura en esa herida, mientras me dan los puntos y tengo la reunión con mi equipo. Después iré a verte.

—No me convence la idea —objeto poniendo mala cara.

—No tiene que convencerte, es mi trabajo, yo mando. Déjame hacerlo. — Camila se muestra firme, sé que no voy a hacerla cambiar de idea.

—Está bien. Pero no tardes mucho, voy a estar preocupado. —Salgo del escenario y me dirijo hacia mi camerino, seguido por César a pocos pasos.



CAMILA

Camino por el pasillo de los camerinos, todavía con la adrenalina disparada. El mero recuerdo del inmenso foco a punto de caer sobre Leo en el escenario, es suficiente para hacer que mi corazón se salte un par de latidos, cada vez que lo pienso. Llego a la puerta y saludo a César.

—Hola, César, gracias por esperar. Ya puedes marcharte, yo me encargo.

—De nada, jefa. Para eso estamos.

Voy a tocar con los nudillos la puerta, cuando César posa una mano en mi brazo.

—¿Cami? —Me mira dudoso.

—¿Sí? —pregunto nerviosa. César es más que un trabajador, es un amigo, pero ahora mismo necesito comprobar por mí misma que Leo se encuentra bien.

—Es que no sé qué ha podido pasar. Revisamos toda la instalación media hora antes de comenzar el ensayo. Es imposible que esos cables se hayan soltado así como así. Me preguntaba si te parecería bien que revisase ese foco una vez más. —Me mira esperando mi respuesta, y por su cara deduzco que le extraña no verme más sorprendida.

Analizo la situación, valorando hasta dónde puedo compartir mis sospechas con él.

—Yo tampoco creo que haya sido una casualidad, comprueba ese foco, pero si encuentras algo raro no lo comentes con nadie. Ven a hablar directamente conmigo, ¿de acuerdo? Una cosa más, habla con alguien del equipo y que te ponga al día de lo que hemos concretado en la reunión.

César asiente preocupado, y se va a toda velocidad por el pasillo.

Respiro profundamente y dudo antes de tocar la puerta con los nudillos. Es el mismo sentimiento que siempre me hace dudar cuando se trata de Leo. Una parte de mí quiere acercarse a él. La otra, la parte sensata, quiere que ponga un océano entre nosotros dos. Golpeo suavemente.

—Adelante.

Abro la puerta y busco, ansiosa, a Leo por la habitación. Necesito comprobar una vez más que está bien, que todo ha quedado una vez más en un susto. Lo

encuentro sentado en el sillón con una guitarra entre las manos. Debe de haberse duchado porque todavía tiene el pelo húmedo. Viste unos vaqueros gastados y no lleva camiseta. Sin poder evitarlo, mis ojos se pasean por su cuerpo. Está musculado, tiene un cuerpo trabajado, esculpido pero en su justa medida, nada exagerado. Mis dedos hormiguean por las ganas de pasearse por su piel. Siento un latigazo en el bajo vientre cuando aparta la vista de su guitarra para posarla sobre mí. Sus ojos recorren mi cuerpo con ansiedad, al igual que hace un momento los míos lo recorrían a él. Fija su vista en el enorme apósito que me cubre el antebrazo izquierdo.

—¿Vas a quedarte ahí? —pregunta, aclarándose la voz, sin apartar los ojos de mi brazo.

Avanzo un par de pasos con cautela, como la presa que sabe estar adentrándose en la cueva del lobo. Leo levanta su mirada y la fija en mis ojos. Sonríe y se me seca la boca. Reparo en su herida. No es tan grande como la mía pero necesita una cura y, conociendo a Leo, estoy casi segura de que ni siquiera se ha molestado en desinfectarla como Dios manda.

—¿Te has desinfectado la herida?

—No es nada. —Le quita importancia él, encogiéndose de hombros—. ¿Por qué has tardado tanto? Estaba preocupado, ya se ha ido casi todo el mundo. Menos el pobre César, que está detrás de la puerta como un perchero. —Señala el lugar con un movimiento de cabeza.

—César acaba de irse. Ya he hablado con él, va a ir a comprobar el foco. —explico mientras entro en el baño para coger el botiquín.

Leo se ha levantado del sillón, y observa cómo busco el agua oxigenada y las gasas para hacerle la cura.

—Siéntate —indico, señalando la mesa que está apoyada en la pared.

Leo obedece y se sienta con las piernas abiertas. Me coloco delante de él, rezando para que no perciba lo nerviosa que estoy, y no se fije en el temblor de mis dedos. Presiono con suavidad la gasa empapada en agua oxigenada, en el corte. Su cara se contrae por el contacto, y siento cómo aguanta la respiración durante unos segundos. Después, exhala el aire lentamente. Estamos tan cerca, que siento el calor que desprende su cuerpo. Aspiro, y su aroma, ese aroma que tan bien conozco, actúa como una droga impidiéndome pensar con claridad. Pongo, con sumo cuidado, un apósito encima del corte ya limpio, obligándome a mí misma a centrar toda mi atención, exclusivamente en la herida. Acabo de

pegar el adhesivo y voy a retirar la mano, cuando la suya me detiene.

—Camila —Su voz suena más profunda de lo normal. Lo miro a los ojos y veo que se han oscurecido. Me mira fijamente. Mi nombre suena diferente cuando lo pronuncia él. Un calor intenso me recorre por dentro—. Tienes que prometerme que nunca, nunca, vas a volver a arriesgarte así. No me perdonaría que te pasase algo. Sé que es tu trabajo, pero me muero de miedo solo de pensar que podía haberte perdido. —confiesa con voz ronca, mientras una sombra de dolor le atraviesa el rostro. Sostiene mi mano con delicadeza entre la suya, y la coloca encima de su pecho desnudo, a la altura del corazón. El calor de su piel me atraviesa y una corriente eléctrica me recorre de los pies a la cabeza—. Todavía tengo el pulso disparado, no vuelvas a ponerte en peligro por mi culpa nunca. ¡Prométemelo! —me pide, acariciando dulcemente mi rostro con su mano libre.

Cierro los ojos, apoyo la cara en su mano, y me doy cuenta de que este es el momento exacto en el que termina mi guerra interna. He dejado de luchar.

Trago saliva y abro los ojos para volver a mirarlo fijamente.

—Yo también he pasado miedo al ver que el foco se te iba a caer encima. —confieso temblando, al recordar de nuevo ese momento.

—Cami. —pronuncia Leo, casi en un susurro, mientras suelta mi mano para agarrar mi cintura.

Sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos, recorre los centímetros que nos separan, y roza mis labios con los suyos. Primero es tan solo eso, un roce ligero, casi imperceptible. Pero poco a poco se va intensificando, los dos nos tentamos, nos demandamos y nos ofrecemos, dejándonos llevar. Su lengua se abre paso en mi boca, y cuando la mía le sale al paso, un jadeo de placer escapa de mi garganta. Clavo las uñas en su espalda, y en respuesta, él me pega más a su cuerpo. Siento el imponente bulto que ya no disimula su pantalón. Nos devoramos como si llevásemos toda la vida hambrientos, buscándonos. Su mano se cuela bajo mi camiseta, y acaricia la piel de mi espalda con posesión. Jadeantes, nos separamos unos milímetros para mirarnos a los ojos. Leo apoya su frente en la mía mientras los dos luchamos por recuperar el aliento.

—Tenemos, tenemos que irnos —balbuceo, sin estar segura de poder dar ni un solo paso. Mis piernas parecen hechas con gelatina.

—No vas a hacer como si esto no hubiese pasado, ¿verdad? —Leo me mira con fiereza, sin soltarme.

—No, pero dame tiempo. —le pido.

—Todo el que necesites, pero no estoy dispuesto a permitir que vuelvas a alejarte de mí. —Me abraza y me agarro a él con fuerza, deseando y rezando para que sus palabras sean ciertas.

Sonrío, no sé si de miedo o de alegría. Puede que un poco de ambas, porque mi corazón vuelve a despertarse diez años después de haberse dormido.



Capítulo 11

LEO

La alarma del móvil me despierta, y a pesar de no haber pegado ojo, la apago y me levanto de un salto de la cama. La noche ha sido larga e intensa.

Además de los nervios propios que me asaltan siempre antes del primer concierto de una gira, en este caso, aumentados por el desastre de mi concierto anterior y de no poder parar de darle vueltas al dichoso tema del foco; tengo que admitir, que traerme como compañero de habitación, un calentón más grande que el horno donde se calientan los bollitos del desayuno, después de lo sucedido con Camila en el camerino, tampoco me ayudó precisamente a conciliar el sueño. Sonríó al recordar el beso y me toco los labios instintivamente. Jamás en toda mi vida, un beso había conseguido llevarme a tal estado, y he dado muuuchos besos. Pero este fue diferente. Camila es diferente. Ella no va a ser un rollo de una noche, no va a ser algo pasajero. Algo en mi interior lo supo, quizás desde el momento en que la volví a ver. Dice que necesita tiempo; perfecto, estoy dispuesto a ser el hombre del tiempo, si es necesario. Pero hablaba en serio cuando le dije que no estoy dispuesto a permitir que vuelva a alejarse de mí. ¡Antes la ato a la pata de la cama!

Otra cosa va a ser, contarle a Yago que me he pasado por los huevos sus advertencias y he hecho justo lo contrario de lo que me pidió. Pero bueno, cada problema a su tiempo. Hoy solo quiero centrarme en Camila y en el concierto de esta noche.

Entro en el baño cantando, me ducho a toda prisa, y después de secarme y ponerme unos vaqueros y una camiseta gris, cojo el móvil y le mando un mensaje a Camila.

Yo: ¿Estás despierta?

Espero unos instantes y veo que Camila está escribiendo.

Camila: Sí. Hace rato que me he levantado. ¿Qué tal has dormido? ¿Has descansado?

Una sonrisa traviesa asoma a mis labios mientras tecleo.

Yo: Dormí poco porque una pelirroja de imponentes ojos azules no se me iba de la cabeza. Si la hubiese tenido conmigo en la cama, hubiese descansado menos... Pero habría estado más a gusto.

Le doy a enviar esperando no haberme pasado. Estoy acostumbrado a ser directo, y con Cami me cuesta todavía más no serlo. No sé si esto entra dentro del tiempo que ella quiere. Estoy empezando a rayarme, cuando me llega su mensaje.

Camila: ¡Será bruja la pelirroja esa! ¿Cómo se atreve a tenerte en vela toda la noche? Espero que por lo menos la muy desgraciada, tampoco haya dormido nada pensando en ti.

Me río de su respuesta. ¡Camila es única! Ya no recordaba su sentido del humor. Ya de niña tenía salidas para todo.

Leo: ¿Tú crees que ella también ha estado despierta por mi culpa?

Camila: ¿Cómo quieres que lo sepa, Leo? ¡Ni que yo supiese lo que piensa tu pelirroja!

Leo: Vale, por lo menos, ya estamos de acuerdo en algo importante.

Camila: ¿En qué?

Leo: Los dos tenemos claro que es «Mi pelirroja».

Camila: Lo peor es que en el fondo, creo que la pelirroja siempre ha sido un poco tuya, Leo.

Sus palabras me producen un calor extraño y placentero en el pecho. ¿Será cierto lo que dice Camila? Yo la siento mía. Nunca había tenido antes este sentimiento de posesión hacia nadie. Esta necesidad. Me muero por hacerla mía de verdad. Por verla retorcerse de placer conmigo, por verla susurrar mi nombre.

Leo: ¿Puedo ir a tu habitación, Cami?

Espero impaciente su respuesta, aunque mucho me temo que la sé de antemano.

Camila: No, Leo, todavía no. Pero si quieres, nos vemos en la cafetería para desayunar en media hora. Déjame darme una ducha, que ayer me dieron las cuatro de la mañana hablando con Lena para ponerla al día, y tengo una cara horrible.

¡Pues nada, va a ser que voy a necesitar otra ducha fría! Al ritmo de duchas frías que llevo, voy a tener la piel más tersa que el culito de un bebé.

Leo: Vale, nos vemos en la cafetería del hotel en media hora. Un beso, Camila.

Camila: Ese beso prefiero que me lo des tú en persona.

Leo: Camiii, no me tientes, no me tientes.

Camila: (carita de angelito)

Dejo el móvil y me dispongo a darme la segunda ducha fría de las últimas doce horas.



Estoy sentado en la mesa de la cafetería, escribiendo en una servilleta unos acordes que se me han ocurrido para una canción nueva. He pedido un desayuno continental para dos. Levanto la cabeza y veo acercarse a Camila. Como siempre, está preciosa. Lleva un vestido por encima de la rodilla de color azul claro y unas botas que tienen tanto pelo que parecen haberse comido a un oso, en color marrón claro. Camila sonrío y acelera el paso en cuanto me ve. Me levanto y la estrecho entre mis brazos, besándola con ansia. Ella me devuelve el beso agarrándose a mis hombros. Paro un momento, y Camila me mira un tanto desconcertada.

—O subimos a la habitación a terminar esto, o tenemos que parar ahora, de lo contrario voy a tener un problema difícil de ocultar, pequeñaja. —susurro en su oído, y los dos desviamos la mirada a mi entrepierna. Ella contiene la risa, me da un casto beso en los labios, y se sienta.

La imito y miro a nuestro alrededor. Un par de mesas atrás, mi amigo «El coletas» nos mira con cara de fastidio, sin perderse un solo detalle. Y sí señor, por qué no decirlo: ¡Disfruto este instante como si fuese un enano! ¡Vamos, que si por mí fuese, me subiría encima de su mesa y me pondría a bailar claqué! Camila sigue mi mirada y al ver a quién conduce, la baja nuevamente a su plato con cara de fastidio.

—No parece muy contento —afirmo feliz, untándome una tostada.

—Digamos, que el otro día cuando lo cambié de puesto, tuvimos algo más que palabras. —Camila intenta contarlo como si no tuviese importancia, pero está incómoda y se remueve en su asiento. Eso me pone alerta inmediatamente.

—Explícate. —exijo, volviendo a mirar sin disimulo alguno, a la mesa de nuestro amigo. Pero él ya no está. Camila, que se da cuenta igual que yo, frunce el ceño, pero enseguida se relaja.

—No tengo nada que explicarte. No le gustó el cambio, intentó algo conmigo y tuve que aclararle un par de puntos.

—¿Cómo dices? ¿Que intento qué? ¡Yo lo mato! —Unos celos abrasadores que no había sentido nunca por una mujer, me queman el pecho y levanto demasiado la voz, sin apenas darme cuenta. Me atraganto con el trozo de tostada que estoy masticando, y empiezo a toser como un maníaco, golpeándome el pecho con la mano. Camila me mira entre preocupada, avergonzada y cabreada; no sabría especificar cuál de los sentimientos predomina. Por la cara que veo cuando consigo volver a respirar con normalidad, y la tostada, que sigue el camino de su curso natural, tengo claro que de preocupación ya, *na de na*. La dama de hielo ha vuelto.

—Vamos a ver, guapito de cara. —susurra mirándome fijamente—. Te voy a aclarar unos cuantos puntos a ti también, y no pienso volver a hacerlo en el tiempo que dure esta gira. Punto número uno: no me gustan nada, pero nada de nada, las escenitas en público. Por lo tanto, la próxima vez, antes de gritar te muerdes la lengua. Punto número dos: ni se te ocurra jamás de los jamases, interferir en mi trabajo. Y por último y más importante, punto número tres: No soy ninguna princesita desvalida que necesite que vengan a salvarla, ni tú ni nadie. Sé cuidarme solita perfectamente; de hecho, te recuerdo que mi trabajo es protegerte yo a ti. ¡Así que haz el favor de comportarte como una persona normal, y no me pongas en más situaciones comprometidas, que nos está mirando todo el mundo por culpa de tus gritos! —me acusa enfadada, mirándome con gesto duro.

—No seas exagerada, nos miran por quienes somos, por nada más. —respondo, molesto por el discursito que acabo de escuchar.

—¡Venga hombre, pero si hace un momento gritabas como un loco mientras te dabas golpes en el pecho! ¡Que solo te faltaba decir: «Yo, Tarzán; tú, Jane»! —replica, tensa.

Intento desviar el tema y dejarlo correr. Ahora que he conseguido avanzar algo con ella y hacer que se relaje un poco conmigo, por nada del mundo quiero volver atrás.

—¿Conoces al coletas desde hace mucho?

—¿A Diego? No, la verdad es que no. Llegó al pueblo poco después que tú. Pero comprobamos sus referencias y te aseguro que como profesional, no se le puede cuestionar nada. —Me mira y veo cómo el hielo de sus ojos se va derritiendo, y de nuevo se vuelven cálidos—. —Lo contratamos porque debido a lo que tú y yo sabemos, necesitábamos reforzar el personal para esta gira, y parte de nuestra plantilla estaba ya comprometida para otros eventos. Tenemos un personal fijo, pero después, según las necesidades, contratamos gente que colabora con nosotras, a veces, de manera temporal. César es nuestro trabajador más antiguo, nuestra mano derecha y un gran amigo también, sobre todo de Lena. —explica ella, con una sonrisa. La expresión de cariño que aparece en su rostro al nombrar a su socia no me pasa desapercibida. ¡Vamos, no me pasa desapercibida ni a mí, ni al vendedor del cupón de la once! Es evidente que es alguien muy importante para ella.

—La quieres mucho, ¿verdad?

—¿A Lena? —pregunta, levantando las cejas—. Por supuesto que sí. Adoro a mis padres y reconozco que soy afortunada por los amigos que tengo, pero junto con Yago, Lena es la persona más importante de mi vida. Ella siempre ha estado a mi lado, siempre hemos estado juntas, en las buenas y en las malas. Me conoce mejor que nadie, y yo haría cualquier cosa por ella. —confiesa, sonriendo.

Asiento con la cabeza.

—Amigos de verdad hay pocos, ¿sabes? Durante muchos años pasé casi las veinticuatro horas del día con mis compañeros de los Black Dragons. Y sí, son importantes para mí, los quiero, pero nunca llegué a tener con ellos el nivel de amistad ni de complicidad que tengo con tu hermano.

—La amistad que tenéis Yago y tú es especial también.

—¿Sabes que amenazó con cortarme los huevos si me acercaba a ti? —reconozco de mala gana, arrastrando las palabras, y esperando a ver su reacción.

Para mi sorpresa, ella se echa a reír a carcajada limpia.

—No lo sabía, pero no me sorprende en absoluto. Déjame decirte que, o eres muy valiente, o no le tienes demasiado cariño a cierta zona que escondes ahí abajo, porque como Yago se entere de que ayer intentaste seducir a su pobre y dulce hermanita, vas a quedarte sin ella. —deja caer Camila, inclinándose por encima de la mesa y mirándome fijamente.

Yo la imito, y nuestras caras quedan a escasos centímetros la una de la otra.

—Merece la pena correr el riesgo, ¿no crees? —pregunto con voz ronca, mirando sus labios, hipnotizado.

Su móvil suena y ella, al ver el número de la pantalla, me hace una señal para que entienda que debe contestar la llamada. Habla durante unos minutos, y después cuelga y suelta un suspiro.

—Lo siento, pero tengo que irme al auditorio. Me necesitan allí.

—Te acompaño. —me ofrezco al instante, empezando a levantarme.

—No, no es necesario. Quédate en el hotel y descansa. Hoy es el concierto, intenta relajarte. César se quedará por aquí; si necesitas salir o cualquier otra cosa, díselo a él. ¡Pero no salgas solo! La entrada del hotel está atestada de periodistas y de fans locas. ¡No entiendo cómo puedes vivir así! —añade, molesta.

—Acabas acostumbrándote. —Me encojo de hombros con aire resignado—. ¿Comemos juntos?—pregunto, esperanzado.

—Si te portas bien, puede. Pero no puedo prometerte nada. Después de lo del foco de ayer, tengo al personal un poco revolucionado, y hoy es el concierto. Todo tiene que estar perfecto, y para ello, he de coordinar a mi gente.

—Tienes por lo menos cuarenta personas controlándolo todo. Relájate. Todo va a salir perfecto. —Intento quitarle hierro al asunto, pero ya he descubierto, que en lo que a trabajo se refiere, Camila es más cuidadosa y metódica de lo normal.

—Cuarenta y cinco. Tengo cuarenta y cinco personas trabajando para que todo salga perfecto; y esas cuarenta y cinco personas, ahora mismo me necesitan, por lo que he de marcharme ya. —Se levanta de la silla, y antes de que dé un solo paso, atrapo su brazo y la freno.

Me pongo de pie yo también y me acerco a ella. La miro fijamente, ella me devuelve la mirada y se humedece el labio inferior con la lengua, en un gesto involuntario, pero que a mí me pone como una moto. Me inclino despacio hacia ella. Quiero que sea consciente de cada uno de mis movimientos, y lo es.

Se sonroja, y unos instantes antes de que mis labios rocen los suyos para darle un beso rápido, siento cómo aguanta la respiración y la veo cerrar los ojos.

Con trabajo, me aparto de su boca y apoyo mi frente en la suya.

—Ten cuidado y ven a comer conmigo, pequeña. —susurro. Ella abre los

ojos. Está sonrojada. Asiente, y sin decir nada más, se da la vuelta y la veo alejarse a toda velocidad.



Son las tres de la tarde y estoy esperando a Camila en la entrada del restaurante del hotel. Me mandó un mensaje hace un rato diciéndome que había conseguido escaparse un rato para comer con unos compañeros, pero que podía unirme a ellos. No es la comida que yo había previsto para nosotros, pero menos da una piedra. Así que, aquí estoy, paseándome de un lado a otro, como un adolescente nervioso, que espera para tener su primera cita. Patético.

«Si me hubiesen dicho hace un par de meses, que iba a estar así por una tía, me hubiese descojonado», pienso, mirando el reflejo de mi imagen, que se proyecta en el cristal de la puerta del restaurante. Pero es que ella no es una tía. Ella es Camila.

Escucho una carcajada alegre que reconocería en cualquier lugar, y al girarme la veo dirigirse hacia mí, riendo de algo que un chico rubio, que reconozco como el que vino a recogerme al aeropuerto con «El coletas» el día que llegué, le está diciendo. Camila apoya su mano en el antebrazo del chico con confianza (demasiada para mi gusto) mientras continúa sonriendo, y les dice algo a este y a César, que también va a su lado.

Avanzo un par de pasos hacia ellos, y sin ningún disimulo, me quedo mirando la mano de ella con mala cara. Pero Camila, lejos de amilanarse por mi gesto, me dice con una sonrisa de oreja a oreja:

—Leo, este es Erik. Te acordarás de él porque fue a buscarte con Diego al aeropuerto el día que llegaste. Él va a encargarse, junto con César, de escoltarte en todo momento, tanto antes como después del concierto.

Le estrecho la mano a Erik que, sonriente, me tiende la suya.

—Tío, yo era un gran fan de los Black Dragons. Una pena que os separaseis.
—me dice el rubio, sonriendo a modo de presentación.

—La vida requiere cambios a veces. —Quizás he sido demasiado seco.

Los cuatro nos dirigimos a una mesa del restaurante. No me gusta la familiaridad con la que mira a Camila; me hace sentir incómodo.

Nos sentamos y en cuanto tomamos asiento, una camarera se acerca a nosotros.

—Buenas tardes. ¿Van a querer comer? —pregunta, mirándome únicamente a mí, mientras me pone ojitos.

Es muy atractiva: una rubia de pelo largo, preciosos ojos castaños y medidas de escándalo. Hace un par de meses me la habría tirado sin pensarlo dos veces pero ahora... Ahora sentir cómo la mujer me devora, dispuesta a abrirse de piernas encima de la mesa en cuanto yo chasquee los dedos, me disgusta profundamente. No puedo evitar pensar en qué se le estará pasando a Camila por la cabeza en estos momentos.

—Sí, vamos a comer. —responde Cami—. ¿Puedes traernos la carta, por favor? —pregunta educadamente.

La buena mujer, la ignora completamente de forma poco profesional, y continúa mirándome mientras sonrío tanto, que no me extrañaría que se le saltase algún empaste.

—Eoeeeeooo . —Camila empieza a cabrearse al ver que ni siquiera, haciendo gestos exagerados con los brazos para captar su atención, lo consigue, ya que la camarera la ignora deliberadamente—. Disculpa, ¿eres bizca o necesitas gafas? —pregunta finalmente, con una voz más afilada que la espada de un Samurai.

Ella, desvía molesta su mirada, para centrarse en Camila.

—¡Por supuesto que no! Veo perfectamente. —La pregunta la ha indignado y pone mala cara.

—Entonces, ¿me puedes explicar por qué razón, si soy yo la que te estoy hablando lo miras a él? —insiste Camila en tono mordaz.

—Lo miro a él por si le apetece tomar algo que no esté en la carta. Viendo que a su alrededor solamente tiene el menú del día, creo que igual le apetece catar algo más... exclusivo —contesta mirando a Camila de arriba a abajo con chulería, mientras de nuevo se dirige hacia mí y me guiña un ojo. Yo arqueo las cejas sorprendido por el atrevimiento de la mujer. No es que no esté acostumbrado a que las mujeres se me insinúen, que lo estoy. De hecho, esta me ha parecido bastante sutil, en comparación con algunas de las proposiciones que me han llegado a hacer. Lo que me sorprende, es que tenga las narices de hacerlo

delante de Camila, y más viendo cómo la expresión de su cara ha ido transformándose poco a poco, hasta dejar a la dama de hielo a la que a mí me tiene acostumbrado, a la altura de una simple aficionadilla. Y mira que pensé que eso era imposible, pero oye, va a ser que estaba equivocado.

Si la camarera en cuestión conociese mínimamente a Camila, hace tiempo ya que habría salido por patas; pero como no la conoce, ahí está, plantada delante de nosotros, más fresca que una lechuga, y sacando pecho orgullosa de sí misma. ¡Esta no sabe lo que se le viene encima!

—Mira bonita, si no quieres que llame al encargado y me encargue de que pongan tu exclusivo culo fuera de este hotel en menos de cinco minutos, te sugiero que utilices esas dos maravillosas piernas que Dios te ha dado, para algo más que para abrirlas delante del primer tío con un poco de dinero que se te pone a tiro, y nos traigas inmediatamente las cartas.

La cara de la chica va pasando por toda la gama de colores del arco iris, hasta que se da la vuelta sin decir ni pío para marcharse. Cuando lo hace, Camila da el toque de gracia.

—Una cosa más. Siento ser yo quien te diga esto, pero que sepas, reina, que cuando ofreces algo a todo tío que se te pone por delante, eso deja de ser «exclusivo», como tú dices, para convertirse en vulgar, trillado, y poco apetecible. Al fin y al cabo, ¿quién querría llevarse a la boca un solomillo, si este ha sido masticado primero por todo el restaurante? —Todos observamos a Camila, y ella mira a la pobre camarera, la cual en estos momentos me da hasta pena, con una sonrisa tan envenenada, que podría matar a un elefante solo con morderlo.

—Guau. —suelto en cuanto la mujer se va—. ¿Dónde ha quedado la Camila tímida y frágil que yo conocía?

—¿Tímida y frágil dices? —pregunta César con voz socarrona—. ¿Nuestra Camila? ¿La misma Camila que de una patada en el culo, metió a un tío en un armario y lo dejó encerrado dos horas por tocarle una teta? —César y Erik se parten de risa, y yo miro sorprendido a Camila, cruzándome de brazos.

Ella pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—¡Pero mira que sois exagerados! Hay pocas cosas que no soporto en esta vida, pero sin ninguna duda, una de las que más me jode, es la gente que se cree superior y piensa que tiene el derecho o el santo deber de tratar mal o ridiculizar a los demás. Puede que en el pasado lo permitiese, ahora ni de coña. —La dureza

que veo en sus ojos hace que mi mente retroceda años atrás en el tiempo.

Sé que cuando estaba en el instituto, Camila no era precisamente popular, y también sé que lo pasó mal en esa época. Ahora tengo claro, después de la confesión que Yago me hizo sobre Cora, que debió de ser un momento terrible para ella. Me parte el alma pensar que no hice nada por ayudarla en aquella época. Es cierto que no sentía por ella lo que ahora siento, pero Camila siempre fue especial para mí. Siempre la quise, aunque antes fuese de otra manera más fraternal, por decirlo de algún modo. De haber sabido lo que estaba pasando, hubiese estado ahí para ella. ¡No hubiese permitido que nadie la tratase mal!

—Nunca me di cuenta de que lo permitías en el pasado. —susurro casi más para mí mismo que para ella.

—Es fácil no darnos cuenta de las cosas cuando no queremos hacerlo. —Sonríe ella amargamente.

El ambiente se ha cargado de tensión, y los dos nos miramos fijamente. César carraspea, removiéndose en su silla.

—Pero recuerdas la cara del tío del armario cuando lo sacaron de allí, ¿verdad, Cami? —César sonrío, intentando volver al ambiente distendido de antes.

—Aquel tío se merecía la patada en el culo que recibió, y vosotros dos lo sabéis. —se justifica ella, recuperando la sonrisa, y señalando a Erik y a César—. Era un baboso al que avisé por lo menos diez veces. Al final, como las palabras no las entendía, decidí probar con otra cosa para ver si le quedaba claro.

—Y le quedó, le quedó. ¡Vaya si le quedó! —Ríe Erik con ganas—. ¡Estaba lívido cuando salió del armario! —Los tres se echan a reír a gusto. La tensión del momento ha pasado, pero yo, escocado todavía por las palabras de Camila, me siento incapaz de participar en la conversación.

La camarera ha sido lo suficientemente lista como para poner pies en polvorosa, y ha mandado a una compañera a atendernos, que seguramente, alertada por la primera, trata a Camila con exquisita educación.

El resto de la comida transcurre entre anécdotas, y el buen rollo fluye de manera que, al cabo de un rato, vuelvo a sentirme a gusto y a participar de la charla. Estamos terminando el postre cuando de repente, Camila se queda mirando fijamente la puerta del restaurante, y su expresión muta del asombro a la alegría, y después a la preocupación. ¡Es increíble lo fácil que me resulta leer las emociones de esta mujer! Dirijo la vista hacia el mismo sitio y veo a Lena y a

Yago, dirigiéndose hacia nosotros, con una sonrisa, que en el caso de Lena no lo sé, pero en el de Yago es más falsa que un billete de quince euros.



Capítulo 12

CAMILA

Me coloco en la oreja el minúsculo pinganillo que me permite estar conectada con todo mi equipo, y me sitúo en el espacio que hemos habilitado entre el escenario y las vallas, para poder controlarlo todo. Faltan cinco minutos para que dé comienzo el concierto, y diecisiete mil cuatrocientas cincuenta y tres personas abarrotan el auditorio. No cabe ni un alfiler. El público que está a pie de escenario, se agolpa contra las vallas, delante de las cuales, además de mí, está situado parte de mi equipo.

Miro el escenario con nerviosismo, rezando mentalmente para que todo salga bien. No solo Leo se juega mucho esta noche; también nosotras estamos poniendo en riesgo la reputación, hasta ahora impoluta, de nuestra empresa. Me retuerzo las manos con nerviosismo y vuelvo a mirar al escenario, que está en la oscuridad más absoluta.

—¿Todo controlado en la entrada principal?

—Todo perfecto. —me responde una voz a través del pinganillo.

—¿Accesos laterales?

—Todo ok, jefa.

—¿Accesos a las gradas y gradas?

—Controladas.

—Los que estáis a pie de escenario, os quiero con los cinco sentidos al cien por cien.

—Eso está hecho.

—¿*Back Stage*?

—Por aquí todo controlado, ya falta poco para que Leo salga al escenario.

Inspiro profundamente e intento calmarme. ¡Creo que ni en mi primer trabajo estaba tan nerviosa como hoy!

—César y Erik, ¿todo controlado por ahí?

—Todo perfecto, Camila. Puedes estar tranquila. —La voz de César suena segura y confiada.

Lena llega a mi lado.

—Acabo de comprobar la parte posterior del escenario. Está todo perfecto.
—Sonríe. Yo asiento y me dirijo otra vez a mi equipo, a través del pinganillo.

—Chicos, tengo plena confianza en todos vosotros y sé que hoy vuestro trabajo va a ser impecable, como siempre. Os quiero concentrados al máximo, hoy menos que nunca podemos permitirnos ni un solo fallo.

Apago el micro, de manera que yo pueda escuchar a mi equipo, pero ellos no oigan nada de lo que yo hablo con Lena.

—Camila, intenta tranquilizarte. —me aconseja mi amiga, agarrándome por los hombros para conseguir que deje de pasear la vista por todos lados y la pose en ella.

—Eso es fácil decirlo, prácticamente te obligué a aceptar este trabajo, Lena. Hoy nos jugamos mucho, si algo sale mal...

—Nada va a salir mal, ni una sola hormiga podría dar un paso hoy en este recinto, sin que nosotros la detectásemos, Cami.

—Lo sé. —asiento, mordiéndome el labio inferior—. Pero...

—Pero estás segura de que, igual que lo del coche, lo del foco de ayer no fue un accidente, y temes que alguien intente sabotear el concierto o hacer daño a Leo.

La miro con el ceño fruncido y es entonces, que estudio su cara más al detalle, cuando me fijo en que su rostro está más pálido de lo normal. Unas ojeras pronunciadas dan a su preciosa cara aspecto cansado, y su mirada siempre brillante y alegre, ahora se ve apagada. ¡Algo no va bien!, pero este no es el lugar ni el momento para hablar, así que no digo nada.

—Tú también lo piensas, Lena, de lo contrario no estarías aquí.

—*Touche*. —Me guiña un ojo sonriendo, pero su preciosa sonrisa no llega a su mirada cansada.

—Es cierto, pero también ha tenido mucho que ver, que tu hermano se pusiese como loco al enterarse de lo del foco. No me atreví a dejarlo venir solo, por lo que se pudiese encontrar aquí... Con vosotros dos, quiero decir.

—¡Tenías que haberlo convencido para que se quedase en casa!

—¡Sí, claro, a seiscientos kilómetros de distancia qué fácil es decirlo! — replica molesta.

—¡Da igual! Me alegro de tenerte aquí. —Sonriendo, la abrazo por los

hombros, justo en el momento en que se apagan todas las luces del recinto. El público se queda en el más absoluto silencio. Conecto un momento el micrófono y me dirijo otra vez a ellos—: Atentos todos, está a punto de comenzar. César y Erik, no quiero que perdáis de vista a Leo ni a lo que lo rodea ni un solo segundo. —Apago otra vez el micro y miro fijamente al escenario.

La voz de Leo suena grave y sexy por los altavoces.

—Un... dos... tres...

De repente, todos los focos iluminan el escenario, y Leo aparece en el centro, vestido con un vaquero negro y una camisa del mismo color abierta y remangada hasta los codos, que deja ver debajo una camiseta ajustada también negra. Es la imagen más sensual que he visto en mi vida. Mis ojos se clavan en él, ni siquiera parpadeo por miedo a que la visión que tengo delante se desvanezca. Cuando soy consciente de que me busca para dedicarme su mirada *quemabragas*, junto con la sonrisa más sexy que he visto nunca, mi mandíbula cae hasta el suelo. Leo me guiña un ojo y sus dedos comienzan a acariciar las cuerdas de su guitarra.

¡Diossssss, quién fuese cuerda ahora mismo!

—Ya puedes apretar bien las piernas, o de un momento a otro se te van a caer las bragas al suelo. —susurra Lena, sin intentar siquiera contener la risa—. ¿Eres capaz de cerrar la boca tú solita, o necesitas ayuda? —continúa cachondeándose mi amiga. Y no me extraña, mi cara debe de ser todo un poema.

Leo toca la guitarra casi con devoción, mientras su voz intensa y poderosa entona la letra de su canción. Se crece ante su público, y la gente grita enloquecida y totalmente entregada a él. No ha necesitado más que abrir la boca; con eso y su simple presencia, ha conseguido meterse a todo el auditorio en el bolsillo. Leo me mira otra vez, y yo parpadeo varias veces, ante la fuerza y la intensidad que su mirada adquiere en el escenario. Él cierra los ojos, y soy consciente del momento exacto en que se abandona a su música, dejándose llevar por ella. Es mágico.

Dos horas y media después, muchos sujetadores en el escenario, gritos de «quiero un hijo tuyo», varios desmayos, y he perdido la cuenta de cuántas proposiciones decentes, indecentes y de todo tipo; el concierto está a punto de terminar. Leo, después de presentar a todos sus músicos y de dar las gracias, coge su guitarra acústica y, sentándose por primera vez en toda la noche, se acerca al micrófono.

—Esta canción, la última que voy a tocar esta noche, es una canción que

compuse hace muchos años en el garaje de un amigo. Allí, unos preciosos ojos azules me observaban mientras la cantaba. Hoy por primera vez en mucho tiempo, esos ojos que me roban el aliento están observándome otra vez. Esta canción es para ti, Camila. —declara Leo, mirándome fijamente. Es tanto lo que descubro en esa mirada, que necesito agarrarme al brazo de Lena para no dejarme caer al suelo. Leo comienza a tocar una balada que recuerdo demasiado bien, con voz dulce y calmada.

Es la primera balada que compuso, la canción que estaba tocando cuando aquel día, al entrar en el garaje de mi casa y verlo, todo cambió. Después de ese momento, se la escuché cantar miles de veces, pero hace más de diez años que no lo hacía.

Mi corazón, a estas alturas no sabe si seguir latiendo o pararse directamente. La garganta se me seca. Mis ojos se clavan en sus dedos, que acarician esas cuerdas como si de un valioso tesoro se tratasen. Siento la mirada de Lena clavada en mí, pero no puedo apartar la vista de Leo. Me quedo clavada en el suelo, sin poder reaccionar; esa canción que tantos recuerdos me trae, me transporta y me deja devastada como si un huracán hubiese arrasado mi interior. Solo cuando la música deja de sonar, y Leo abandona el escenario, soy capaz de parpadear.

Lena, viéndome en estado de shock, toma el mando y, tras abrir el micro de su pinganillo, da las últimas instrucciones a nuestro equipo. Después, me abraza con cariño.

—¿Recuerdas nuestra conversación por teléfono, cuando te dije que tenías que decidir si arriesgarte a tener algo con Leo u olvidarlo para siempre?

Yo asiento con la cabeza, incapaz todavía de articular palabra.

—Vale, pues siento decirte que ya no tienes nada que decidir, tu corazón ha decidido por ti. Si no os dais una oportunidad, nunca vas a poder ser feliz.

—Lo sé, ya lo tenía claro pero, ¿y si me equivoco?, ¿y si vuelve a destrozarme en mil pedazos?

—Por lo menos habrás tenido la oportunidad de intentarlo. No todo el mundo la tiene. —Por su tono de voz, tengo la extraña sensación de que no solo se refiere a mí—. Y si eso pasa, yo estaré aquí contigo, como siempre, para ayudarte a recoger los pedazos rotos, y pegarlos con pegamento extra fuerte. Pero si no lo intentas, nunca vas a poder avanzar. El primer paso ya lo has dado, por fin has reconocido que tu corazón tiene dueño y su nombre es Leo Lago.

La abrazo con fuerza.

—Te quiero Lena, no sé qué haría sin ti. —Ella me abraza también y sonrío, pero nuevamente su sonrisa es triste.

—Tú y yo tenemos que hablar. —La miro preocupada—. ¿Vas a contarme ya qué es lo que te pasa? Nunca hemos tenido secretos la una con la otra. No entiendo por qué ahora eso tiene que cambiar.

Ella niega con la cabeza y con voz llorosa responde:

—No puedo, todavía no estoy preparada. Pero serás la primera persona con la que hable cuando lo esté.

Asiento con la cabeza, sin apartar la vista de su cara compungida. No me convence para nada este acuerdo, pero conozco a Lena lo suficiente como para saber que forzándola solo voy a conseguir que se cierre más en sí misma. Por eso, decido dejarlo estar de momento.

—Está bien. —acepto—. Vamos a comprobar que todo está en orden y podremos irnos a cenar algo al hotel.

Una hora después, el auditorio se ha vaciado por completo y hemos mandado a todo nuestro equipo a descansar, después de felicitarlos por el trabajo bien hecho. Incluso Erik y César se han marchado ya, puesto que Lena y yo nos vamos a encargar de llevar a Leo de regreso al hotel.

—Bueno, creo que hoy todo ha salido de maravilla. No hemos tenido ni un solo contratiempo. —anuncia Lena, sonriéndome.

—Vamos a ver dónde se han metido Leo y Yago para poder irnos.

Las dos nos dirigimos por el pasillo que comunica la parte de atrás del escenario con los camerinos de los músicos y de Leo. Caminamos apenas diez pasos, cuando empezamos a escuchar gritos. Las dos nos miramos alarmadas, y echamos a correr; llegamos a la puerta del camerino de Leo y la abrimos de golpe. La escena que nos encontramos nos deja, cuanto menos, con la boca abierta.

Leo, sin camiseta, vestido únicamente con unos pantalones vaqueros y con el pelo todavía mojado, está sujeto contra la pared por mi hermano, que le grita fuera de sí.

—¡Te dije que no te acercases a ella, Leo! ¡Mi hermana no es una de esas fulanas que se abren de piernas cada vez que pasas delante de ellas! ¡Te dije que

como intentases algo te iba a cortar los huevos en rodajitas! —Yago tiene la cara tan roja, que me da miedo que explote de un momento a otro. Mi hermano es pacífico por naturaleza, nunca en mi vida lo había visto tan alterado hasta ahora —. ¿Y tú qué haces? ¿Dedicarle cancioncitas? ¿Intentar tirártela como a todas? ¡Vete a la mierda, Leo! —continúa gritando Yago.

Yo lo miro sin saber cómo reaccionar. Lena apoya la espalda en la puerta, tan alucinada como yo; la miro y noto que ha palidecido. Leo intenta calmarlo, sin oponer resistencia a cada empujón, pero mi hermano no atiende a razones.

—¿¡Qué cojones quieres!?!¿¡Follártela y después pasar de ella como haces con todas!?! ¿¡Dejarla otra vez tan hecha polvo que se vuelva a ir durante años!?!

Escuchar esas palabras me hace reaccionar. Un inmenso cabreo va subiéndome por el cuerpo a la velocidad del rayo. Entiendo que quiera protegerme, de verdad que lo entiendo. ¿¡Pero qué necesidad tenía de decirle a Leo que estuve hecha una mierda por él!?! Ahí se ha pasado. Voy a intervenir, cuando veo horrorizada cómo Yago le asesta un derechazo al estómago, digno del oro en unas olimpiadas. Leo se encoje de dolor por el impacto, pero no hace nada para defenderse o detenerlo.

Lena y yo corremos a separarlos.

—¡Yago!, ¿te has vuelto loco o qué te pasa?

Él me mira jadeando. Está furioso. Después, vuelve de nuevo la vista hacia Leo, que todavía sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, intenta recuperarse del golpe.

Mi hermano parece reaccionar ante lo que le digo y comienza a pasearse nervioso por la habitación. Una expresión de culpabilidad cruza su cara al ver cómo Lena, que lo mira disgustada, palidece más todavía.

—¡Sé lo dije, joder! ¡Se lo dejé claro antes de que Camila aceptase el trabajo! ¡Pensé que la amistad que tenemos significaba algo para él, y que aunque solo fuese por eso, por una vez intentaría tener la polla dentro de los pantalones!

—¡Yago, ya basta! ¡No tienes derecho a pedirme explicaciones de nada a no ser que yo quiera dártelas y mucho menos a pegar a Leo! —grito, enfadada, empezando a perder la poca paciencia que me queda. ¡Esto me parece totalmente surrealista!

Leo, que ya se ha levantado del suelo, camina hasta quedar delante de mi

hermano, pasando por delante de mí sin mirarme siquiera, como si yo fuese una estatua o una piedra. Cruzándose de brazos, mira a mi hermano directamente a la cara, y mortalmente serio, comienza a hablar con voz calmada:

—Es cierto que te prometí no tocarle un pelo a Camila. Lo siento, esa es una promesa que nunca debí hacer porque desde el momento en que volví a verla en la agencia, no he podido dejar de pensar en ella ni un solo segundo. Sabía desde el principio que era una promesa imposible de cumplir.

Mi hermano bufa enfadado y va a contestarle, pero Leo se adelanta y continúa hablando:

—Lo que para nada es cierto, es que Camila sea una más, o una cualquiera. Así como tampoco lo es, que nuestra amistad no signifique nada para mí. Eres mi mejor amigo, probablemente uno de los pocos amigos de verdad que tengo, y te juro que solo por esa amistad, intenté sacármela de la cabeza.

El gesto de Yago parece más relajado y Leo aprovecha para seguir.

—Yo no sabía que Camila lo había pasado mal por mi culpa en el pasado hasta que hablé contigo, Yago. Claro que eso explica por qué ha sido tan bruja conmigo algunas veces durante este tiempo. —continúa, pensativo.

—¿Perdona? —intervengo yo—. Sabéis que seguimos aquí, ¿verdad?

Pero los dos me ignoran y Leo sigue hablándole a Yago, como si Lena y yo fuésemos parte del atrezo de la habitación.

—De haber sabido que estaba pasándolo mal por mi culpa, hubiese intentado evitarlo y lo sabes. Es cierto que antes no sentía lo que siento ahora por ella, pero de alguna manera siempre ha sido importante para mí. Siempre la he querido y nunca tuve intención de lastimarla. Solo es que, al igual que tú y que la mayoría, a esa edad pensaba con la cabeza de otra parte de mi cuerpo, en lugar de hacerlo con la que tengo encima de los hombros, y no me daba cuenta de lo que pasaba a mi alrededor. No sé lo que pasará en el futuro, pero te juro que lo que tu hermana despierta en mí, lo que me hace sentir cada vez que la veo o pienso en ella, es algo que nunca antes había sentido. Es intenso, es especial y es verdadero. Y si finalmente, tengo la suerte de convencerla para que de verdad me dé una oportunidad, te aseguro que voy a dejarme la piel para conseguir hacerla feliz y compensar cualquier daño que pueda haberle hecho en el pasado.

Una sensación cálida inunda mi cuerpo al escuchar las palabras de Leo. Con los ojos llorosos y el corazón a mil por hora, miro a Lena, que se ha acercado a mí y apoya su mano en mi brazo.

Todos nos quedamos en silencio esperando la reacción de Yago.

—Está bien. Podéis estar juntos. Pero voy a estar vigilándote, Leo. Mucho cuidado.

Vale, debo de ser bipolar o algo por el estilo, porque toda la calidez y el amor que Leo ha despertado en mí hace tan solo un segundo, da paso a un cabreo de tamaño monumental al escuchar las palabras de Yago.

Miro a Lena indignada, y esta, conteniendo la risa, se encoge de hombros. Me adelanto y me pongo delante de Leo, a medio palmo de mi hermano.

—Perdona, ¿puedes repetir lo que acabas de decir, Yaguito de mi corazón? —pregunto con una sonrisa forzada, haciendo esfuerzos para no pegarle tres guantazos y quitarle la tontería de golpe.

Yago me mira tan sorprendido como si delante de él tuviese un monstruo de tres cabezas.

—¿Lo de que podéis estar juntos? —El pobre parece desconcertado por mi reacción.

—Sí, eso mismo. —asiento, concentrándome en quitarle una pelusilla de la camiseta, mientras continúo preguntando con voz falsamente calmada—: ¿Ahora puedes recordarme cuándo te he pedido yo a ti permiso o aprobación, por favor? ¡Porque chico, o estoy mucho, pero que mucho peor de lo que pensaba, o la verdad es que no recuerdo haberlo hecho en ningún momento!

Y ahora sí, Yago por fin se ha dado cuenta de la que se le viene encima e intenta recular; pero ya es tarde, ya ha despertado mi mala leche y va a tener que escucharme.

—Vamos a ver, bonito. ¿Te pregunto yo con quién sales tú o dejas de salir? No, ¿¡verdad!?! ¡Pues eso! ¡Que si yo no te lo pregunto, tú a mi tampoco! ¡A ver si te crees que porque seas tío, puedes hacer lo que te salga de ahí abajo, y yo voy a tener que darte cuentas! —espeto, a punto de echar fuego por los ojos y humo por la nariz.

—No es eso, yo solo... —intenta arreglarlo, pero como ya sé lo que va a decir, se lo ahorro.

—Mira, Yago, te quiero con locura y lo sabes, pero ni te he pedido, ni te pienso pedir permiso para salir con Leo ni con cualquier otro. Te agradezco que intentes protegerme, pero si quiero tener algo con Leo, lo voy a tener, te parezca a ti bien o no.

—Yo solo quiero que seas feliz. Igual me he excedido un pelín. —admite finalmente, suspirando con resignación.

—Un pelín quizás. —acepto sonriendo, ya más relajada.

Yago me abraza y se lo devuelvo gustosa. Es mi hermano y, aunque a veces sea un poco bocazas, lo adoro.

—Una cosa más —digo, separándome unos centímetros de él y mirándolo a la cara.

—¿Sí? —pregunta él con cautela.

—Sé lo importante que es Leo para ti. Quiero que me prometas que pase lo que pase entre nosotros, eso no interferirá en vuestra amistad.

Yago mira a Leo y después me mira a mí.

—Te lo prometo. —accede con una sonrisa—. A veces se me olvida que ya no eres mi hermanita, la chiquilla asustadiza e indefensa de antaño.

Lena se adelanta un paso y, guiñándome un ojo, le dice a Yago:

—Creo que nosotros podemos irnos ya. Camila puede hacerse cargo perfectamente de llevar a Leo al hotel.

—¿Hasta cuándo vais a quedaros con nosotros? —pregunta Leo.

—Nuestro avión sale a las doce del mediodía. —contesta Yago.

—¿No podéis quedaros un poco más? —Mi voz suena esperanzada.

—No, imposible. He podido descansar estos días, pero mañana por la tarde tengo que empezar el turno. —explica mi hermano.

—Yo tampoco puedo. —añade Lena, dirigiéndose a mí—. Tenemos varios trabajos importantes este mes y al estar tú aquí, no puedo dejar la agencia sola demasiado tiempo.

—Por lo menos podemos desayunar juntos. —propongo—. Quedamos a las ocho en mi habitación y tomamos el desayuno allí para estar más tranquilos. ¿Os parece?

—Me parece perfecto. —aprueba Yago, sonriendo.

Lena asiente con la cabeza. Nos despedimos y los dos se van. Me quedo mirando cómo cierran la puerta a su paso, sin saber qué decir ni qué hacer. Ahora que se han ido y nos hemos quedado solos, toda mi seguridad parece

haberse esfumado con ellos.

Siento la presencia de Leo pegada a mi espalda. Me tenso y contengo el aire en mis pulmones. Siento su aliento en mi oído y me estremezco.

—Creo que nosotros tenemos que hablar, Camila.

Dejo salir el aire que estaba reteniendo muy lentamente. La manera en que mi nombre suena en su boca, me parece lo más sensual del mundo. Tomo aire profundamente para infundirme valor, y me giro para enfrentarlo. Leo me mira fijamente. Se acerca un paso más a mí. Nuestros cuerpos prácticamente se rozan. Mis ojos traicioneros se clavan en su pecho desnudo, que sube y baja aceleradamente. Leo levanta una mano y me acaricia suavemente la mejilla. Cierro los ojos, disfrutando de la sensación, y cuando vuelvo a abrirlos, su mirada se ha oscurecido.

—Leo, para. —ordeno, aunque creo que suena más como una súplica—. Necesito saber si lo que le has dicho a mi hermano es cierto, o si solo lo has dicho para salir del paso.

—Camila. —pronuncia mi nombre con una dulzura que me abruma—. Me conoces lo suficiente como para saber que yo nunca digo las cosas para salir del paso. Lo que he dicho es la verdad. No sé lo que me pasa contigo, pero desde que te vi y me echaste encima a esa mujer en la clase de defensa personal, no puedo dejar de pensar en ti. No es solo porque me muera de ganas de acostarme contigo, lo cual también cierto; es que cuanto más descubro de ti, o más estoy contigo, menos quiero alejarme de tu lado. ¡Eres como una droga de laboratorio creada especialmente para volverme loco! ¡Pero si me pone a cien hasta tu mala leche! Sé... siento... que a ti también te pasa algo conmigo, pero necesito que tú me lo digas. Necesito que me mires y me digas que me deseas tanto como yo te deseo a ti. —pide, devorándome con los ojos. Me quedo callada y Leo agarra mi cara con sus manos, y pega su frente a la mía.

—Yo también te deseo. —Mi voz apenas es perceptible, pero soy consciente de que Leo no pierde detalle, porque ahora es él quien contiene el aliento.

Me separo y me alejo unos pasos, dándole la espalda. Cruzo los brazos sobre el pecho para intentar parar el temblor que se apodera de mí, por lo que estoy a punto de revelar:

—Siempre te he deseado. —susurro, en un hilo de voz—. Desde que era una adolescente y te veía con Yago paseándote por mi casa. Siempre he sentido algo por ti. —admito finalmente. Me quedo callada. No me giro para mirarle la cara.

Me aterra enfrentarlo. Lo escucho acercarse un par de pasos.

—Cami, hay algo que necesito saber. Si eso que dices es cierto, si sentías algo por mí entonces, ¿por qué nunca me dijiste nada?

Me doy la vuelta ofuscada, ¿necesito sacar todo lo que llevo dentro o voy a explotar!

—Estás de broma, ¿verdad? —El miedo que sentía hace solo unos segundos se transforma en rabia—. ¿En serio me estás preguntando eso, Leo? ¿Recuerdas algo de aquella época? —pregunto, entre sorprendida e indignada. Me tiemblan tanto las manos, que ya ni con los brazos cruzados consigo disimularlo—. Leo, en aquella época tú eras popular, eras el amigo de mi hermano mayor, te liabas cada día de la semana con una chica diferente, a veces incluso en mi casa, si mal no recuerdo. Yo era tímida, desgarbada, y el antónimo personificado de la popularidad. No fue una buena época para mí. No estaba a gusto conmigo misma, ¡y para nada me sentía segura como para decirte a ti lo que sentía! ¡Tenía pánico de que te rieses de mí!

Su cuerpo se echa hacia atrás un instante, como si hubiese recibido un golpe, pero enseguida reacciona. Su cara denota la confusión que siente ahora mismo.

—¿De verdad pensaste por un instante siquiera, que me iba a reír de ti? ¿Cómo se te pudo pasar eso por la cabeza? —Su incredulidad es máxima. Camina hasta el sofá y se deja caer en él—. Quiero decir... Es cierto que en ese momento yo no sentía por ti lo mismo que tú por mí, pero éramos amigos y eras importante para mí. Siempre lo has sido. ¿De verdad pensabas que era tan insensible como para reírme de ti? —pregunta molesto y sorprendido.

—No era un buen momento para mí, Leo. Estaba sufriendo acoso en el instituto por parte de algunos compañeros y eso me hacía todavía más insegura. —Me justifico, suspirando con tristeza—. Tú tenías a todas las chicas que querías y yo me conformaba con verte en mi casa pasando el rato con Yago. ¿Para qué iba a arriesgarme a querer más, cuando sabía que era imposible?

Su cara muta por un momento y su expresión se vuelve horrorizada.

—Entonces, ¿es cierto que te fuiste a Washington para no verme?, ¿por mi culpa? —Veo pánico en sus ojos y no me atrevo a contestar.

Avanzo hasta el sillón donde él está, y me siento a su lado. Cierro los ojos y me transporto al pasado por un momento.

—Verte con una chica diferente cada día era doloroso. Sin embargo, sabía

que lo mío era un amor totalmente platónico, e incluso tenía la esperanza de que a base de verte cada día con una, se me fuese pasando. —Río con amargura, negando con la cabeza—. Pero un día, llegué a casa y te encontré tirándote a Cora en mi sillón. ¡Estabas en mi propia casa, acostándote con la persona que más odiaba en el mundo! La que me amargaba la vida cada día, me humillaba e incluso me pegaba. Ver su sonrisa de satisfacción cuando os descubrí fue demasiado para mí. Fue un punto de inflexión. Decidí que la única forma de olvidarte era odiarte. Y lo intenté, vaya si lo intenté. Empecé a pasar menos tiempo en casa para no verte, pensaba en todos tus defectos por lo menos veinte veces al día. Pero saber que estabas a tan solo unos metros me lo ponía muy difícil. Finalmente, entendí que mi única opción era poner tierra de por medio y Lena, que es una bendita, lo dejó todo para venirse conmigo. Iba a ser solo un año, pero aquello nos gustó tanto que decidimos quedarnos. Fin de la historia. —Abro los ojos y lo miro. Su expresión me resulta indescifrable.

—¿Por eso me odiabas tanto cuando volvimos a encontrarnos? —pregunta, acercándose a mí.

—No te odiaba. —confieso en voz baja—. Solo necesitaba pensar que lo hacia para no bajar la guardia contigo, Leo. No quería arriesgarme a volver a sufrir.

—¿Y ahora? ¿Qué ha cambiado ahora, Camila? —me pregunta, acercando su cara a la mía.

—Puede que todo, o tal vez nada. —admito, perdiéndome en sus ojos—. Creo que, finalmente, he entendido que escapándome de lo que siento para no sufrir, también me escapo de la oportunidad de ser feliz.

Leo se acerca despacio a mí, dándome la oportunidad de apartarme. Cuando ve que no lo hago, posa sus labios suavemente sobre los míos. Una corriente eléctrica me atraviesa de los pies a la cabeza. Él separa su boca de la mía, y todavía con los ojos cerrados, susurra:

—Si hubiese sabido lo que Cora te hacía, ni siquiera la habría mirado.

—Lo sé. —afirmo.

—He cambiado mucho.

—Lo sé. —repito, susurrando.

—Ahora sé que en el pasado te hice daño. Pero quiero, necesito más bien que sepas, que nunca, nunca te haría daño de nuevo.

—También lo sé. —Sonrío, y esta vez soy yo la que poso mis labios temblorosos sobre los suyos. Leo me devuelve el beso, que se va intensificando poco a poco. Su lengua pide paso en mi boca y se lo soy gustosa. La siento acariciar la mía y un latigazo de placer me sacude.

Con esfuerzo, Leo separa un momento su boca de la mía, y jadeando, lo escucho susurrar sobre mis labios:

—Necesito saber que empezamos de cero, que vas a olvidar el pasado y que confías en mí. Por favor, Camila, dime que confías en mí. En nosotros. Dime que nos vas a dar una oportunidad. —me pide. Yo lo miro a los ojos y respondo:

—Confío en nosotros, Leo, confío en ti y quiero estar contigo. No sé lo que nos espera mañana, pero quiero descubrirlo a tu lado. —Le doy un suave beso en los labios y me dirijo hacia la salida. Lo siento caminar detrás de mí. Justo cuando agarro la manilla y voy a abrir, Leo posa su mano sobre la puerta y me lo impide.

Me giro y veo sus ojos oscurecidos por el deseo contenido. Sonríe y se acerca más a mí, pegando su cuerpo al mío. Me siento acorralada por él y me excita. No puedo dejar de mirarlo. Su sonrisa tiene un efecto hipnótico sobre mí. Leo acaricia mi cara y me aparta un mechón de pelo, colocándomelo tras la oreja. Acerca su boca a mi cuello y va esparciendo pequeños mordiscos por él hasta llegar a la clavícula. De nuevo contengo el aliento inconscientemente. Él se separa unos milímetros de mi cuerpo, y con sus dedos acaricia mi pecho por encima de la tela. Mis pezones reaccionan al momento, bajo sus caricias. Un gemido involuntario escapa de mi garganta y cierro los ojos.

—Abre los ojos, Camila, no quiero que dejes de mirarme. No sabes las ganas que tenía de tenerte así. —sisea con voz sensual y profunda, mientras me muerde el lóbulo de la oreja. Vuelve a pegar su cuerpo al mío y siento su abultada erección contra mi cintura. Un dolor placentero que me muero por calmar, se apodera de todo mi ser. Leo ataca mi boca con desesperación, y colocando una pierna entre las mías, me incita a separarlas. Su mano sube suavemente por mi muslo; es una caricia casi efímera pero que me hace enloquecer. Mi clítoris abultado y dolorido, palpita esperando ser atendido. Enreda sus dedos en la goma de mi tanga, pero se resiste a tocarme donde yo ansío ser acariciada. Gimo de anticipación. Deslizo una mano hacia su pantalón y lo acaricio por encima de la tela. Su respiración se vuelve entrecortada. Por fin, con un dedo acaricia el fino encaje donde yo lo necesito y deseo. Leo jadea excitado.

—Joder, Cami, estás empapada.

Su pene empuja la tela luchando por salir y comienzo a desabrocharle los botones, despacio, de uno en uno.

Su mano se coloca sobre la mía.

—Para. Joder, nena, estoy a punto de reventar el pantalón. No sabes lo que me está costando controlarme para no follarte contra esta pared. —confiesa, con voz agónica, apretando un poco mi mano.

—No te controles. —exijo, mordiéndome el labio inferior.

Sin hacerse de rogar, baja la cabeza y toma uno de mis pezones entre sus dientes, acariciándolo con la lengua. Siento la humedad y el calor a través de la ropa, mientras con la otra mano me pellizca suavemente el otro. Echo la cabeza hacia atrás deseando más.

Gimo de placer mientras desabrocho los botones que restan de su pantalón, con mis temblorosos dedos.

—No tengo condones.

—Tomo la píldora. —confieso entre jadeos.

Leo agarra con sus manos mi cintura, y me levanta, apoyando mi espalda contra la pared. Yo, inmediatamente engancha mis piernas a su cintura.

Me mira a los ojos mientras aparta mi tanga y me acaricia el clítoris. Introduce dos dedos dentro de mí y deja escapar un gruñido. Con la respiración acelerada, siento cómo coloca su abultado miembro en mi entrada y empuja suavemente. Yo grito de placer al sentirlo llenarme por completo. Leo jadea y empieza a moverse con más fuerza y rapidez. Intento acompasarme a su movimiento. Me agarro a su espalda, clavándole las uñas. Cada embestida es más fuerte y profunda que la anterior. Un placer infinito me recorre, y llegando al orgasmo más intenso que he sentido en toda mi vida, me dejo ir gritando su nombre.

Leo, al escucharme acelera el ritmo, y en unas pocas embestidas más, siento cómo se contrae y se derrama en mi interior.

Los dos nos miramos jadeando, intentando recuperar el aliento, y cuando lo veo sonreír, siento que el pecho me va a explotar de felicidad.

Con lentitud, sale de mi interior y me apoya con cuidado en el suelo. No estoy segura de que las piernas vayan a sostenerme, así que continúo agarrada a él durante unos segundos. Leo me agarra por la cintura y me besa con dulzura.

—No es lo que tenía pensado para nuestra primera vez, pero prometo compensártelo. —susurra, sonriendo.

Ahora lo beso yo, pero mi beso, lejos de ser dulce y suave como el suyo, es intenso y demandante. Sin apartar la mirada de la suya, respondo:

—Quizás no es lo que tú tenías previsto, pero en lo que a mí respecta... Ha sido incluso mejor de lo que me imaginaba.

Me mira sonriendo, con esa chulería que me vuelve loca.

—¡No me dirás, que me imaginabas haciéndotelo contra la pared de mi camerino! —Su voz sensual hace que se me seque la boca mientras lo veo abrocharse los botones del pantalón y ponerse una camiseta.

—Entre otros muchos sitios. Sí. —Le guiño un ojo, después de haberme colocado bien el tanga y el vestido. Abro la puerta y salgo caminando despacio por el pasillo. Siento sus dedos entrelazándose con los míos y lo escucho murmurar:

—Será un placer descubrirlos todos.

Lo miro echándome a reír. Leo me sonrío feliz, y abandonamos el recinto, rumbo al hotel.



Capítulo 13

LEO

Me despierto y, con pereza, abro los ojos. Alargo la mano para coger el teléfono y ver qué hora es. Apenas hemos dormido un par de horas, pero me siento relajado y feliz. Me giro en la cama lentamente, y con la sonrisa en los labios, observo durante unos segundos a Camila, que duerme plácidamente a mi lado. Su melena rojiza esparcida sobre la blanca almohada y la expresión de serenidad de su rostro, casi parecen una visión. Sonrío al verla así, tan relajada, en mi cama. Estiro la mano, y con el dedo índice acaricio la suave piel de su brazo desnudo. El gesto la hace moverse.

—Déjame dormir un poquito más. —ronronea mimosa, revolviéndose en la cama. El movimiento de la sábana deja al descubierto uno de sus pechos. Miro su sonrosado pezón, y ese simple gesto basta para que una parte muy específica de mi cuerpo, se despierte también y se muestre alerta.

Me inclino sobre ella y paso mi lengua sobre la tersa piel, que me recibe endureciéndose al instante para mí. Dejo escapar un jadeo al escucharla gemir, todavía medio dormida.

—Leo. —pronuncia mi nombre con voz excitada. Introduzco un dedo dentro de ella, después dos. Joder, es increíble cómo me pone esta mujer.

—Ponte boca abajo. —demando, con voz ronca.

Ella accede y se da la vuelta. Yo, al momento cubro su cuerpo con el mío, intentando no dejar caer todo mi peso sobre ella.

—Abre las piernas —ordeno mientras froto mi erección contra su trasero.

Ella se agarra a la almohada con ambas manos y obedece. Con una mano, dirijo mi pene y lo froto varias veces contra su abultado clítoris. Cuando la escucho pronunciar mi nombre entre gemidos, la penetro profundamente con fuerza. Siento cómo se cierra a mi alrededor, y jadeo. Mis sentidos están embotados por el placer que me supone hacerla mía. Empiezo a penetrarla sin contemplaciones, con fuerza. Me cuesta un trabajo casi doloroso no dejarme ir. Pero me contengo. Introduzco una mano por debajo de su cuerpo, y con ella froto su clítoris, mientras continúo con mis fuertes embestidas.

—Más fuerte, Leo. —exige ella, entre gemidos, con voz entrecortada.

Escucharla decir eso me vuelve loco. La embisto todavía con más fuerza.

—Me voy a correr. —grita Camila, entre gemidos. Con un alarido, me dejo ir también, sintiendo cómo me vacío dentro de su cuerpo.

—Leo. —La escucho decir al cabo de unos segundos, sintiendo su cuerpo laxo bajo el mío.

—¿Qué? —pregunto, todavía con la voz tomada por el placer y el esfuerzo.

—Me estás aplastando. —protesta Camila, conteniendo la risa.

—Perdona —Le doy un beso en la cabeza mientras salgo de su interior, y acostándome boca arriba, tiro de ella para colocarla sobre mi torso.

Le acaricio suavemente el pelo mientras ella apoya sus manos en mi pecho, y la veo cerrar los ojos nuevamente.

—Pequeñaja. —digo entre susurros. Ella se remueve, pegándose más a mí, pero no responde—. No es que tenga especial interés en que salgamos de esta cama, pero creo que debería decirte, más que nada para evitar que me mates más tarde, que hace quince minutos que hemos quedado con tu hermano y con Lena en tu habitación para desayunar.

Con la misma rapidez que si le hubiesen metido un petardo por el culo, Camila se incorpora con los ojos como platos, y salta de la cama.

—¡Oh, Dios mío! Pero, ¿cómo no me lo has dicho antes? ¡Qué vergüenza, por favor, qué vergüenza! —continúa hablando sin parar, mientras corre al baño y se da una ducha de unos cuarenta segundos.

Juro que nunca había visto a nadie ducharse, enjabonarse, aclararse y secarse, en menos de un minuto. Ha batido un récord sin lugar a dudas. La miro con una sonrisa. Su desesperación me hace gracia. Ella sale del baño secándose con la toalla, y comienza a vestirse a toda prisa. Se pone el tanga saltando por la habitación para no caerse, y se coloca el vestido mientras continúa despotricando.

—¡A saber lo que pensarán que estamos haciendo! —protesta con voz lastimera.

Yo, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, observo el espectáculo riéndome a mandíbula partida.

—Pues mujer, ya te digo yo que no creo que piensen que estamos jugando al ajedrez. —dejo caer inocentemente.

Camila hace un puchero y después me mira con el ceño fruncido.

—¿Pero se puede saber qué haces todavía ahí acostado? ¡Haz el favor de levantarte ahora mismo y prepararte, por favor! ¡Además, esto es culpa tuya y solo tuya! —me acusa señalándome con el dedo, enfadada—. ¿A quién se le ocurre despertarme así? ¿Es que no has tenido bastante, después de la noche que hemos pasado? ¡Pero si prácticamente no hemos dormido! —exclama, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Es que tú nunca te sacias? —Me mira con incredulidad.

De un salto, me levanto y me acerco a ella. Le agarro la cara con ambas manos y mirándola a los ojos, le doy un beso suave en los labios.

—De ti no, nunca. —Ella me mira fijamente y veo cómo la tensión de su cuerpo se relaja—. —Además, no he visto que hace un rato protestases por mi forma de despertarte, y eso que has tenido la misma noche que yo —advierto mientras, riéndome, escapo corriendo al baño, justo a tiempo de esquivar el cojín que Camila me lanza, colorada como un tomate, pero sonriendo también.

—¡Serás...! —La escucho gritar mientras cierro la puerta del baño para evitar nuevos ataques de objetos voladores—. Te doy cinco minutos. Si no estás listo, ¡me voy sin ti! —resopla Camila.

—¡Ja! No cuele, ni de coña te vas a enfrentar tú sola a tu hermano. —respondo, burlón—. Pero tranquila que me sobran tres. —Me divierte verla tan apurada por lo que puedan pensar su hermano y Lena. La escucho bufar y suelto una carcajada.

Efectivamente, en dos minutos estoy duchado, vestido y calzándome.

—Listo, pequeñaja. Podemos irnos cuando quieras. —ofrezco mientras la veo revisar su teléfono.

—Mierda. —maldice, contrariada—. Tengo siete llamadas perdidas de Yago. —anuncia con cara de circunstancias. Intento contener la risa pero no lo consigo—. ¡No entiendo qué te hace tanta gracia! ¡De verdad que no lo entiendo! —me reprocha, negando con la cabeza. Yo me encojo de hombros mientras entrelazo sus dedos con los míos.

—Hoy todo me parece bien. Podría derrumbarse el edificio entero ahora mismo, que yo seguiría feliz. Simplemente eso. —Le guiño un ojo y ella vuelve a negar con la cabeza mientras sonrío.

—Eres un zalamero. —me acusa—. Anda, vamos, no los hagamos esperar

más—. Se pone en marcha finalmente, tirando de mí mientras salimos de la habitación.

La habitación de Camila está en el mismo pasillo que la mía, por lo que solo tenemos que andar unos cuantos pasos para ver a Yago apoyado en la puerta, con cara de pocos amigos, y a Lena sentada en el suelo esperando. En cuanto nos ven llegar, la mirada de ambos se dirige a nuestras manos entrelazadas. Lena sonríe abiertamente; Yago pone los ojos en blanco, resoplando.

—Siento mucho haberos hecho esperar. —se disculpa Camila en cuanto llegamos a su altura. La miro de reajo y veo que est a tan roja como si acabase de comerse un puñado de chiles habaneros.

—Tranquila, solo llevamos aqu ı unos minutos. —le resta importancia Lena, poniéndose en pie.

— ıUnos minutos dices!?  ıPero si llevamos aqu ı media hora! —protesta Yago, mirándola incrédulo.

—Ya he dicho que lo siento, Yago. No pretendas que me flagele por haber llegado un poco tarde. No es que t ı seas el culmen de la puntualidad, precisamente. —Camila lo mira con dureza.

—Venga, ahora que ya estamos todos, vamos a desayunar algo. —propongo, intentando deshacer algo la tensión del ambiente.

—S ı, eso, vamos a desayunar, que seguro que vosotros dos necesitáis reponer fuerzas. —afirma sonriente Lena, mientras le guiña un ojo a Camila, que la mira con cara de pocos amigos. Pero su colega parece que hoy est a animada, y no pierde la ocasión de conseguir que se ponga todav ıa mías colorada—. Camila, si quieres, mientras pedimos el desayuno puedes aprovechar para cambiarte de ropa... Lo digo porque como llevas la misma que ayer... —La mirada inocente de Lena no cuela, sobre todo cuando, al ver cómo, efectivamente, Camila se pone aun mías roja, se echa a reír.

Yo la imito y me rio con ganas. Yago vuelve a poner los ojos en blanco y Camila, molesta y deseando perdernos de vista, abre la puerta de su habitación para que los cuatro entremos. Voy directo al teléfono para pedir al servicio de habitaciones que nos suban un desayuno completo para cuatro. Mientras, miro de reajo cómo Camila coge algo de ropa del armario y entra al baño a cambiarse. Cuando terminan de tomarme nota y cuelgo, me dirijo a la mesa donde ellos ya est n sentados, y escucho atento a Camila, que parece preocupada.

—Lena, tienes muy mala cara.  ıTe encuentras bien? —pregunta, mirando

fijamente a su amiga. Camila intenta que la pregunta suene despreocupada, pero percibo un deje de ansiedad en su voz, que hace que me fije más en Lena.

Efectivamente, tiene razón, Lena tiene mal aspecto. Está más pálida de lo normal, y pese a que se ha maquillado, no ha conseguido disimular las más que pronunciadas ojeras que se marcan bajo sus ojos. Estos, a su vez, carecen de la vida y alegría que normalmente desprenden. Ahora se ven apagados, incluso tristes. Es evidente que algo le pasa.

Lena se mueve incómoda en su silla.

—Estoy perfectamente.

—Pues no lo parece. —insiste Camila, decidida a no dejarlo pasar.

—Es solo que he pasado mala noche. No he dormido bien. Sabes que la primera noche que duermo fuera de casa, siempre me cuesta conciliar el sueño. Nada más.

Llaman a la puerta y Lena se levanta, presurosa, a abrir, evitando así nuevas preguntas.

Un camarero coloca un apetitoso desayuno a base de zumo de naranja, café, tostadas y bollería varia, encima de la mesa y se va. En cuanto la puerta se cierra, Camila, que no piensa dejar ahí la cosa, vuelve a la carga.

—¿Por qué me mientes? ¡Es que no lo entiendo! Es evidente que algo te pasa, y no me vengas con la milonga de que has dormido mal porque no cuela, Lena. Nos conocemos demasiado bien como para que me trague eso.

Las dos se miran fijamente. Finalmente, Lena baja la mirada.

—Vale, me pasa algo. Pero no es algo que me apetezca compartir con nadie ahora mismo.

Camila se levanta de la silla, exasperada. Sus ojos reflejan una mezcla de sentimientos ahora mismo. Son tan transparentes para mí, que puedo leer perfectamente en ellos, exasperación, preocupación y tristeza. Tiro disimuladamente de su manga para que se siente y me fijo en Yago. No ha dicho ni una palabra, pero su expresión es tensa. Se le ve incómodo.

—¿Desde cuándo tú y yo hemos tenido secretos, Lena? ¿Cuántos años hace que estamos juntas y nos conocemos? ¡Es que no concibo que te suceda algo tan grave como para no poder contármelo! ¡Nunca nos hemos ocultado nada la una a la otra! ¡Yo siempre te lo he contado todo! ¡No entiendo que tú no puedas hacer

lo mismo conmigo!

—¡No es que no pueda contártelo, es que no quiero hacerlo, Camila! Necesito algo más de tiempo, necesito... —Pero Lena, incapaz de terminar la frase, se lleva una mano a la boca y echa a correr hacia el baño. Camila se levanta para ir tras ella, pero Yago la detiene.

—Voy yo, Camila. Quédate aquí.

Ella me mira sin saber qué hacer y la agarro de la mano, mientras escuchamos a Lena vomitando en el baño. Unos minutos después, con cara cansada, Lena vuelve a la mesa seguida de Yago.

Camila se levanta y, acercándose a su silla, se pone en cuclillas delante de ella.

—Lena, Lena, cariño, mírame. —le pide con ternura infinita, sujetando el mentón de su amiga para que esta la mire a la cara.

Lena dirige hacia ella su mirada llorosa y Camila continúa hablando:

—¿Estás enferma?, ¿qué es lo que te pasa? Sabes que pase lo que pase, vamos a afrontarlo juntas. Como siempre hemos hecho.

Lena cierra los ojos y una lágrima solitaria resbala por su mejilla. Observo la escena sin saber cómo reaccionar. Me gustaría levantarme y salir de la habitación para darles la intimidad que necesitan, pero no me atrevo a mover ni un músculo. Miro a Yago, y lo veo apretando la mandíbula con fuerza.

—No estoy enferma, Cami. —La escucho susurrar, con un hilo de voz—. Estoy embarazada —admite finalmente Lena, sin abrir los ojos.

Camila la mira sin dar crédito a lo que acaba de escuchar.

—¿Embarazada? —repite Camila, cuando al fin consigue que le salga la voz.

Lena asiente y abre los ojos para mirarla fijamente.

—¿Pero cómo ha podido pasar? —pregunta una confusa Camila, secándole una lágrima que corre por su mejilla.

—¿De verdad necesitas que te dé una clase de biología ahora mismo? —Lena sonríe con tristeza.

—No, claro que no, es solo que... Quiero decir, que no sabía que estuvieses con nadie, Lena.

—Es que no estoy con nadie. Fue solo una noche.

—¿Una noche?, ¿pero cuándo?

—Hace siete semanas exactamente.

Camila se pone de pie y empieza a pasearse por la habitación, como un león encerrado.

—¿El padre lo sabe? —pregunta sin dejar de pasear—. ¿Qué dice él de todo esto? No se desentenderá, ¿no? Bueno, y si se desentiende no pasa nada. ¡Aquí me tienes a mí para lo que haga falta! —Camila continúa hablando sola, mientras los demás la vemos desgastar el suelo.

—Cami, necesito tiempo para asimilarlo, para hacerme a la idea. Por eso no te dije nada antes.

—¿Vas a tenerlo? —pregunta, parándose de golpe durante un instante, con la mirada fija en su amiga.

—Sí. Ese fue uno de los motivos por los que no dije nada a nadie cuando me enteré. Necesitaba estar segura de decidir lo que quería hacer de verdad, sin influencias.

—¿De verdad no vas a decirme quién es el padre? —insiste Camila.

Lena suspira y niega con la cabeza. Es evidente que lo está pasando mal. A duras penas controla el temblor de su labio inferior. Traga saliva.

—No.

Miro a Camila, que se mueve nerviosa sin saber qué hacer. Para una persona como ella, acostumbrada a tener bajo control hasta el más mínimo detalle en todas las situaciones, esto debe de ser muy frustrante. Vuelvo la vista a Lena, y la desesperación que veo en sus ojos me conmueve.

—Camila, si ella no quiere decirlo, dale tiempo. Estoy seguro de que cuando se sienta preparada hablará contigo. —intento mediar. Por supuesto, Camila pone mala cara.

—Tú no lo entiendes. Entre Lena y yo no hay secretos, ¡nunca los ha habido! Por lo menos, no hasta ahora. —Camila dirige una mirada frustrada a Lena, que baja la vista a la magdalena que se esmera en desmigajar, para tener las manos ocupadas.

Me llevo el vaso de zumo a la boca y comienzo a beber.

—El padre soy yo. —Escucho a Yago pronunciar esas palabras, y escupo el zumo que tenía en la boca. Me atraganto y comienzo a toser como un loco. Lo

miro, estupefacto, sin ser capaz de articular palabra. Cami se deja caer en su silla y los mira a ambos alternativamente. Yago está rígido y su gesto es serio como no recuerdo haberlo visto nunca, pero aguanta estoicamente la fría mirada de su hermana, sin decir palabra.

Camila respira hondo varias veces, abriendo y cerrando la boca sin parar. Está pálida, tanto que me da miedo que se caiga redonda en cualquier momento.

—¡Pero, pero vamos a ver...! —grita, con la cara desencajada—. ¿Se puede saber desde cuándo vosotros dos...!? ¿Cómo se os ocurre!? —continúa gritando mientras se pone en pie. Ha recuperado la energía de golpe.

—No hay un nosotros. —responde Lena. Si la mirada de Camila es fría, la voz de Lena es puro hielo. Miro de reojo a Yago, y veo cómo este la mira frunciendo el ceño al escuchar sus palabras.

—¡Peor me lo pones! —Camila, alteradísima, se lleva las manos a la cabeza—. ¡No entiendo cómo habéis podido hacer algo así! —Está tan nerviosa, que no es consciente de lo mucho que se está pasando con su reacción, o de cómo Lena va palideciendo de nuevo, poco a poco. Camila sigue soltando gritos por esa boquita que Dios le ha dado, hasta que de repente, Lena se pone de pie, y lanza lo poco que queda de magdalena contra el suelo.

—¡Ya está bien! No pienso escuchar un solo grito ni reproche más. —sisea, mirando directamente a los ojos a Camila, que se queda callada de golpe—. Sé que no es la situación ideal y te aseguro que ninguno de los dos la ha buscado. Fue una noche, una sola, y el resultado es que estoy embarazada y voy a tener un bebé. Ha sido decisión mía seguir adelante con el embarazo y voy a hacerlo sin exigir nada a nadie. Te quiero, Camila, siempre he estado a tu lado, apoyándote, sin cuestionarte, ni gritarte, ni mucho menos juzgarte. Ahora te toca a ti decidir si quieres estar al mío o no. Yo respetaré tu decisión sea cual sea, pero bajo ningún concepto voy a permitir que me recrimines nada, porque creo que no me lo merezco. —Lena intenta contener las lágrimas, pero es incapaz y se las limpia casi con violencia.

Camila la ha escuchado en silencio y su rostro se ha ido transformando poco a poco. Avanza hasta su amiga y la abraza.

—Por supuesto que voy a estar a tu lado, Lena. Todo va a salir bien. Siento haberme puesto como una loca.

Lena sonrío mientras sorbe por la nariz. Las dos se sientan y Camila pregunta:

—¿Cómo vais a hacer con el bebé?

Yago va a responder, pero Lena se le adelanta:

—El bebé es cosa mía. No somos pareja ni lo vamos a ser. Yago puede estar tranquilo, no pienso exigirle nada con respecto a mi pequeño.

Yago frunce el ceño de nuevo y la mira enfadado. Va a contestar, pero unos golpes en la puerta se lo impiden. El pobre parece cada vez más enfadado.

Me levanto a abrir la puerta y me encuentro con César, que también trae cara de circunstancias.

—Leo, necesito hablar con Camila o con Lena. ¿Está aquí alguna de las dos?

—Las dos están aquí, pero me temo que no es un buen momento.

—Lo siento, pero esto no puede esperar. Mejor que mejor si están las dos. Necesito hablar con ellas sí o sí. —insiste.

Miro la mesa donde Lena, Yago y Camila, hablan ahora en voz baja.

—Está bien, pasa. —acepto finalmente. Se nota que está preocupado.

Camila nos mira a ambos con mala cara, pero yo me excuso:

—Lo siento, dice que es urgente.

Lena se levanta y César la abraza con cariño. Su gesto se relaja cuando la mira.

—¿Estás bien? —le pregunta en voz baja. Ella asiente, mirándolo con cariño.

Yago observa la escena, y por cómo atraviesa con la mirada al pobre César, sus ganas de arrancarle la cabeza me resultan más que evidentes. Me sitúo a su lado y apoyo mi mano en su hombro para que se calme. Él me mira, pero no relaja el gesto sino todo lo contrario, parece mosquearse más.

César le sostiene la mirada durante unos segundos; casi diría que está disfrutando viéndolo así. Sin inmutarse, lo ignora por completo y se dirige únicamente a Camila y a Lena, sin dejar de sostener por la cintura en ningún momento a esta última, que parece más tranquila desde que él ha llegado.

—Tengo una mala noticia, hemos estado revisando los cables de los focos después del accidente de ayer y hemos comprobado que fueron manipulados.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Camila, mirándome de reojo. Por su tono, estoy seguro de que, al igual que yo, ya conoce la respuesta.

—Alguien cortó los cables que sujetan ese foco.

Lena y Camila intercambian una mirada.

—Gracias César, puedes marcharte. Te avisaré si hay algún cambio sobre lo que estaba previsto. —El tono de voz de Camila es autoritario y firme, así que, aunque es obvio que a César no le hace gracia soltar a Lena, asiente con la cabeza, y tras darle un beso en la frente y despedirse de los demás con la mano, se encamina hacia la salida.

—Lena, avísame antes de irte, ¿quieres? —pide antes de salir.

—Claro. —responde ella, sonriéndole.

Una vez que la puerta se cierra, Camila comienza a hablar:

—Creo que sería buena idea reforzar la seguridad. —Lena asiente y yo las miro a las dos, negando con la cabeza.

—Ni de coña, olvidaros de eso. Ya me parece una exageración la cantidad de agentes de seguridad que nos acompañan a todos los lados. No pienso tener a nadie más pegado a mí —Las miro a ambas fijamente.

—Leo, alguien ha conseguido metérsela doblada y provocar un accidente justo antes del concierto. Un accidente que, gracias a Dios, no ha sido más que un susto, pero que podía haber sido algo muy grave. Por lo tanto, digas lo que digas, Lena y yo vamos a hacer todo lo necesario para desempeñar bien nuestro trabajo. Si eso implica añadir unos cuantos agentes más, así será.

—Camila tiene razón, Leo. —la apoya Lena—. Nos la han colado delante de nuestras narices. Necesitamos ser mucho más cuidadosos y traer refuerzos. No te preocupes, ni siquiera te darás cuenta.

Las miro con mala cara, pero finalmente asiento.

—Está bien, vosotras veréis. Al fin y al cabo, vosotras sois las expertas.

Seguimos hablando durante un rato más, esquivando el tema del embarazo de Lena. Las chicas están preocupadas por el fallo en la seguridad tras el percance del foco, y no las culpo. Alguien ha tenido que ser muy astuto, y tener mucho interés, para jugársela con la legión de seguridad que nos acompaña.

Una hora después, con el ambiente bastante más relajado, nos despedimos. Lena y Yago tienen que irse ya si no quieren perder el avión.

Camila abraza a Lena, y después de hacerle prometer que la va a llamar dos veces al día por lo menos para tenerla al tanto de todo lo que tenga que ver con

el embarazo, se despiden entre lágrimas. ¡Por Dios, qué exageradas, ni que se fuera al Himalaya! La gira solo dura algo más de dos meses, y en ese tiempo, seguro que alguna visita más nos harán. Pongo los ojos en blanco.

Lena nos asegura que se encargará de mandarnos los agentes extra en cuanto llegue a Aldán. Se despide para ir a coger la maleta a su habitación, y queda con Yago en verse con él en diez minutos, en recepción. Este asiente con gesto serio pero no dice ni *mu*.

En cuanto Lena sale por la puerta, Camila se gira hacia su hermano, increpándole: —Tienes cinco minutos para que consiga entender, por qué tengo la sensación de que Lena no quiere que tengas nada que ver en lo que a mi sobrino respecta.

Yago la mira fijamente. Lo conozco y sé que está pensando si debe hablar o no. Finalmente, se pasa una mano por la cabeza y cierra los ojos con fuerza.

—Lo nuestro fue una cosa de una noche. Quedó claro que no iba a ser nada más.

—Pues la cosa no ha salido exactamente como pensabais. —lo corta ella, cabreada.

—No me interrumpas, o aquí se termina la explicación. —Yago la mira con mala cara. Los dos se aguantan la mirada; es un duelo de titanes. Yo me siento torpe e incómodo, en medio de toda esta situación. Los miro a ambos, esperando a ver quién cede primero. Finalmente, Camila suspira y se sienta en una silla. Cruzándose de brazos, mira a su hermano con actitud desafiante.

—Puedes continuar, prometo no interrumpir. —añade, viendo que Yago vacila.

—El caso es que después de esa noche, Lena se puso en contacto conmigo varias veces, pero yo quería que le quedase claro que no iba a volver a suceder, que nosotros no íbamos a tener ningún tipo de relación... Que lo nuestro había sido solo eso, una noche. —Camila lo mira apretando la mandíbula—. Después de eso, dejé de llamarme. Nos vimos el día del accidente de Leo, y un par de días después de que tú te marchases, vino a verme para decirme que estaba embarazada.

—¿Y...? —pregunta Camila, molesta—. Yago, a mí no me la das. Conozco a Lena y sé que no tendría esa actitud solo porque no quisieses repetir un polvo de una noche. Tiene que haber algo más. —Camila achica los ojos, mirándolo desconfiada. Yago me mira a mí en busca de apoyo, pero yo me encojo de

hombros. Él comienza a caminar, nervioso, de un lado a otro, agarrándose la nuca con ambas manos.

—Digamos que no estoy especialmente orgulloso de mi reacción, cuando Lena me dijo que estaba embarazada. —Se para y nos mira a los dos alternativamente—. La verdad es que me pasé... me pasé cinco pueblos y parte de otro. —confiesa, con mirada angustiada.

—¿Qué hiciste? —pregunta Camila, con pavor.

Él aprieta la mandíbula antes de contestar. Juraría que puedo escuchar el sonido de sus dientes rechinando unos contra otros.

—Le propuse abortar. Cuando ella se negó y me dijo que iba a tener al niño, la acusé de querer tenerlo para pillarme. La acusé de que como no había querido tener más que una noche de sexo con ella, este embarazo le venía de perlas para echarme el lazo, y que iba apañada si pensaba que eso iba a pasar. —Camila se ha puesto blanca; tiene la boca tan abierta mientras niega con la cabeza, que temo que se le disloque la mandíbula. Aunque no la culpo, yo mismo necesito tomar asiento a su lado ante lo que Yago acaba de revelarnos.

—¡La madre que te parió, que es la misma que la mía! —grita Camila fuera de sí, cuando consigue recuperar el habla—. ¿¡Pero tú...!?! ¡Tú es que no sé si eres tonto, o practicas para serlo! ¿Cómo se te ocurre, ya no solo decir sino, simplemente pensar esa barbaridad? ¡Majadero, que eres un majadero! ¡Lena es la persona con menos maldad que conozco! Es transparente, lo que ves es lo que hay. Es honesta, es buena y tú... tú... pedazo de... ¡es que no sé ni cómo llamarte! ¿Tú vas y le dices eso?

Yago la mira cada vez más encogido, y Camila, que está fuera de sí, se pone de pie y camina hasta él. Yo me levanto y la sigo, situándome al lado de mi amigo.

—Es mi amiga, Yago. Mi mejor amiga. Sabes lo que Lena significa para mí. No me entra en la cabeza, que sabiéndolo, hayas tenido los huevazos de tratarla así. —reprocha Camila, con un hilo de voz y los ojos llenos de lágrimas.

—Lo sé, Camila. Basta ya. Fue un pronto. Obviamente, no pensaba nada de lo que le dije. Si pudiese dar marcha atrás, me cosería la boca con tal de no decir ninguna de esas barbaridades. ¿Qué piensas, que yo no lo siento? Es cierto que no quiero tener nada serio con Lena, los dos lo sabíamos esa noche y estábamos de acuerdo. Pero eso no quiere decir que no me preocupe por ella, que no le tenga cariño y por supuesto, que no quiera estar presente en el embarazo. ¡Es mi

hijo! —Levanta la voz, ofuscado—. No quiero que te metas, no puedes meterte. Déjame que yo solucione las cosas a mi manera.

Camila le dedica una sonrisa tan gélida, que incluso yo siento escalofríos.

—Voy a meterme donde me dé la gana, Yago. Sabes que te adoro, pero no estás en condiciones de exigirme nada. Si querías que me mantuviese al margen de tu vida privada, haberlo pensar antes de tirarte a mi mejor amiga.

—Camila, sinceramente, no creo que tú seas la más indicada para decirme eso. —espeta Yago, mirándome a mí.

—Puede ser, pero entre tú y yo hay una gran diferencia. —Ríe Camila, con amargura.

—¿Cuál? —Yago arquea las cejas, esperando una respuesta.

—Yo lo he pensado mucho, muchísimo, antes de tener algo con Leo. Y cuando digo pensar, me refiero con la cabeza que está encima de los hombros. ¡Tú con lo único que has pensado es con lo que tienes dentro de los pantalones! —le recrimina Camila.

Yago la mira fijamente.

—Cami, por el bien de todos, te repito que no te metas. Déjame a mí intentar solucionarlo. Por favor. —suplica Yago.

—Lena es mi amiga, no pienso abandonarla.

—Nadie te está pidiendo eso. Pero en lo que respecta a mí, en lo que en cuanto a nuestra relación se refiere, no te metas. —repite Yago—. Yo lo solucionaré. Confía en mí.

—¡Ja! Esas palabras ahora mismo te quedan un poco, qué digo un poco, ¡bastante grandes! Dudo mucho de tu capacidad para poder solucionar esto. Tú no conoces a Lena como yo. Hay muchas cosas de ella que no sabes. Esto no te lo va a perdonar en la vida. —afirma Camila, con dureza.

—Cami. —la llamo yo para que me mire—. Si Yago dice que lo va a arreglar, otórgale por lo menos el beneficio de la duda. Yo confío en él. —intento persuadirla, poniendo una mano en el hombro de su hermano. Yago me mira agradecido. Camila parece dudar.

—Está bien, tampoco es que tenga muchas opciones desde aquí. ¡Pero Yago, procura no cagarla más! Va a ser divertido ver la cara de mamá cuando se entere de esto. —Camila sonrío con maldad, imaginando ese momento, y la expresión

de Yago se contrae también ante ese pensamiento.

—Ni una palabra a mamá. —exige él.

—No, no, tranquilo. Por nada del mundo me perdería el momento en que tú se lo digas a mamá. —advierde de nuevo Camila con sorna, señalándolo—. Son capaces de volverse de Washintong solo para ejercer de abuelos. —Sonríe ella, al ver la expresión de horror de su hermano.

Los padres de Camila fueron a visitarla cuando ella y Lena estaban en Estados Unidos, y aquello les gustó tanto, que decidieron fijar allí su residencia cuando su padre se prejubuló. Cuando Camila y Lena decidieron volver, ellos se quedaron con su pisito de alquiler, y ahora solo vienen aquí en verano para ver a sus hijos.

—Tengo que irme ya, Lena debe de estar esperándome abajo. —Yago continúa incómodo y está deseando salir de aquí.

—¡No sé ni cómo ha accedido a venir contigo!

—No vino por mí, sino por ti. Estaba preocupada. —admite él.

—Lo sé. Eso es para que te des cuenta del tipo de persona que es Lena: con todo lo que tiene encima y vino contigo solo para asegurarse de que yo estoy bien. ¡Anda, mejor vete y sal de mi vista, porque te juro que no respondo!

Yago se acerca a su hermana y la abraza. Esta, aunque de mala gana, le devuelve el abrazo.

—Te quiero. —susurra él.

—Yo a ti también, aunque la verdad es que cada vez entiendo menos por qué. Por primera vez, Yago sonrío.

—Pues porque en el fondo sabes que soy más bueno que el pan.

—¡Sí, claro! Más bueno que el pan, pero que el pan duro y mohoso; ese que te olvidas dentro del armario, al fondo, y que lleva ahí más de quince días. —Ríe Camila, negando con la cabeza.

—En serio Cami, confía en mí. Voy a arreglarlo.

Camila lo mira con desconfianza, mientras Yago le da un abrazo y sale de la habitación.

—No confías en que vaya a arreglarlo, ¿verdad?

—No, ni una pizca. —Suspira.

—Dale un voto de confianza. —pido, abrazándola.

Camila apoya la cabeza en mi pecho; la noto rígida. Está debatiéndose entre decir o no decir algo.

—No se trata de confiar o no en Yago; estoy segura de que lo va a intentar. Pero en la vida de Lena han pasado cosas que Yago ni se imagina, y con todo eso que le ha dicho, estoy segura de que ha abierto una herida difícil de cerrar. No va a ser fácil que Lena lo perdona —susurra con pesar.

Le acaricio la espalda suavemente, mientras me quedo pensando en lo que acaba de decir.



Capítulo 14

Camila

Desde el primer concierto en Madrid, han habido muchos otros: Barcelona, Tarragona, Lérida, Zaragoza, Teruel, Navarra, Vizcaya, Cantabria, La Rioja, Santander, Oviedo, Gijón, León, Zamora, Valladolid, Ávila, Soria, Burgos, Palencia, Murcia, Albacete, Cuenca, Toledo y Sevilla. Llevamos más de mes y medio de gira, y en este tiempo Leo y yo hemos adquirido una cómoda rutina.

Llegamos a la ciudad donde se va a realizar el concierto al día siguiente, y él se va directamente al hotel, escoltado por César y Erik, que no se separan de él; son como su sombra. Yo me dirijo a revisar el emplazamiento donde va a tener lugar la actuación, junto con parte de mi equipo. Después, me reúno con Leo en su habitación. Cenamos, vemos pelis, hablamos, y bueno, dormir, lo que se dice dormir, lo hacemos más bien poco. Pero a ninguno de los dos parece afectarnos demasiado. Cada vez me resulta más fácil dejarme llevar cuando estoy con él. Cada vez me cuesta menos confiar. Las heridas del pasado parecen haberse curado.

He descubierto en Leo características que no conocía. Cuando estamos a solas, cuando deja de ser «Leo Lago» y pasa a ser simplemente «mi Leo», se convierte en un hombre atento, cariñoso y divertido. Lo de que es sexy a matar... Eso no es necesario ni mencionarlo.

Solo dos cosas empañan un poco nuestra recién estrenada felicidad. Por un lado, está el hecho de que aunque no ha vuelto a haber ningún “accidente”, tengo claro que quien está detrás, probablemente solo esté esperando el momento indicado para volver a actuar; y me aterra no llegar a tiempo esta vez o que algo se me escape. Por otro, el tema de los paparazzi. Si ya de por sí, el asedio al que tienen sometido a Leo es casi insoportable, este se ha visto incrementado desde que, después del concierto de Barcelona, salieran unas fotos nuestras besándonos en el aparcamiento del hotel. Leo lo lleva bien, dice que no piensa modificar su vida por miedo a que le saquen una foto; pero yo... A veces, cuando me veo rodeada de decenas de periodistas y los flases de las cámaras me ciegan, o me meten los micrófonos prácticamente en la boca, tengo que hacer de tripas corazón para ser profesional, y no mandarlos a la mierda. Porque a pesar de todo, sigo siendo la jefa de seguridad de la gira de Leo. Eso no puedo olvidarlo.

Hemos abandonado Sevilla rumbo a Valencia. En esta ciudad nos quedaremos tres días porque Leo va a actuar dos noches seguidas.

Hablo con Lena todos los días. Me mata no poder estar con ella en este momento. Ella intenta disimularlo, pero la noto apenada en cada llamada. Me preocupa que no se esté cuidando como debe, y no veo la hora de que la gira toque Galicia para poder verla.

—Tierra llamando a Camila...—Escucho la voz de Leo, que me mira, risueño, desde su asiento.

—Perdona, estaba distraída. —me disculpo—. ¿Qué me decías?

—Yo nada, pero la azafata acaba de pedir que nos abrochemos el cinturón de seguridad, estamos a punto de aterrizar. —me indica Leo, con gesto preocupado—. Estabas de nuevo pensando en Lena, ¿verdad?

—Sí y no. Me preocupa Lena, pero también me inquieta esta extraña calma. Me mosquea que no hayan intentado provocar algún nuevo “accidente” en todo este tiempo.

—Lo de Lena lo comprendo, por lo otro no te preocupes. Seguro que era algún desquiciado, que se ha dado cuenta de que contamos con un equipo de seguridad tremendo y se ha cansado de intentarlo. —responde Leo, sonriendo con picardía.

Me molesta que no se tome esto en serio. No es ninguna broma, y quiero que lo tenga tan claro como yo.

—Leo —susurro seria, mientras niego con la cabeza—. La avalancha del primer concierto, el accidente de coche, el problema con el foco... Ninguna de esas cosas son obra de un desquiciado, eso te lo garantizo. Más bien, me parecen actos de una persona metódica, que probablemente esté preparando meticulosamente su próxima jugada. El que se haya atrevido a hacer todo eso, no va a parar con tanta facilidad.

—Puede ser, pero soy feliz, espero que tú seas feliz, y no pienso darle el gusto de estropearnos eso. Tomaremos las medidas de seguridad necesarias, como hemos hecho hasta ahora. Pero no voy a amargarme pensando en cuál va a ser su próximo movimiento. No voy a darle esa satisfacción —Su voz firme me apabulla. No puedo más que asentir. Leo se inclina sobre mi asiento y posa sus labios sobre los míos. En el momento en que su lengua entra en mi boca, mis manos se enredan en su pelo y me olvido del avión, del concierto y hasta de mi nombre.

Leo finaliza el beso. Yo busco su boca demandando más, pero él me da un casto beso en los labios y se sienta derecho en su asiento.

—Como sigamos así, ni cinturón, ni aterrizaje, ni leches. Te meto en el baño del avión y no respondo. —sisea con voz peligrosa y los ojos empañados de deseo. Un intenso calor me recorre entera.

—Joder, tú es que no tienes remedio —afirmo, más molesta por las reacciones que provoca en mí su comentario, que por lo que ha dicho. ¡Estoy fatal! No es solo que me ponga como una moto cada vez que me toca, ¡es que me pongo como una moto solo con imaginar que lo hace!

Él me mira con esa sonrisa sexy que me vuelve loca, y acercando su boca a mi oreja, susurra mientras la acaricia con los dientes:

—¿Yo no tengo remedio?, ¿solo yo? ¿Estás segura de que, si ahora mismo toco tu braguita, no va a estar completamente empapada?

Dejo escapar un gemido e, inconscientemente, aprieto las piernas. Tiene razón, ¡estoy completamente excitada y no ha tenido que hacer nada para conseguirlo! ¡Él no tiene remedio, pero yo, desde que estamos juntos, estoy más caliente que el termómetro de un hospital!

Me sonrojo con solo imaginar lo que él acaba de decirme, y trago saliva con fuerza. Leo me mira con guasa.

—No aprietes tanto las piernas, sabes que voy a abrírtelas en cuanto pisemos la habitación del hotel. —Su voz ronca y cargada de promesas, me excita todavía más. Pero como no me sale de las narices que piense que me tiene rendida a sus pies (aunque sea verdad), lo miro y sonrío.

—Me temo que no va a poder ser, en cuanto te deje en el hotel con César, tengo que ir al Mestalla a supervisarlo todo. Si en un auditorio normal, ya es complicado controlar la seguridad, en un campo de fútbol la cosa se vuelve casi imposible. No se nos puede escapar nada.

Leo me mira con el ceño fruncido.

—No deberías barrenar tanto. —protesta en voz baja.

Ahora soy yo quien lo mira con guasa.

—Me pagan para eso, yo soy la que tengo que estar barrenando. Tú concéntrate en tocar. —Le guiño un ojo y él resopla, poniendo los ojos en blanco.

El avión toca suelo y nos preparamos para bajar. Poco a poco, el equipo va descendiendo y creamos un cordón de seguridad.

En cuanto atravesamos la puerta del aeropuerto, se desata la locura de todos los días. Cientos de fans gritan su nombre, alguna al borde de un ataque de histeria. Una chica morena que chilla como una posesa, se quita la camiseta y se la lanza a Leo, quedándose en sujetador en medio del aeropuerto. Ahora soy yo la que resoplo. Los paparazzi, rápidamente se abalanzan sobre nosotros; menos mal que mi equipo sabe lo que tiene que hacer, y a pesar de que caminamos a paso de tortuga, poco a poco conseguimos avanzar hacia la salida. Pero muchas de las preguntas van directas a matar, y tengo que morderme la lengua con tanta fuerza que casi puedo notar el sabor a sangre.

«¿Leo, es cierto que Camila y tú estáis juntos, o no es nada serio?»

«¿Es verdad que tú fuiste quién le dio los fondos para montar su empresa de seguridad?»

«Rumorean que tenéis una relación liberal y que ambos tenéis relaciones con otras personas. ¿Qué hay de verdad en eso?»

«¿Es verdad que Camila ha estado detrás de ti durante años hasta que ha conseguido acostarse contigo?»

Y así, una tras otra, con cada pregunta que llega a mis oídos, siento que me queda un poquito menos de aire en los pulmones. Leo representa su papel. Sonríe y saluda con la mano a las fans que se agolpan para verlo y sacarle fotos, sin contestar ni una sola pregunta. Yo camino con la mirada fija en la salida, aparentando no escuchar las voces que continúan disparando preguntas, como si de balas de una metralleta se tratasen.

Por fin conseguimos abandonar el aeropuerto y meternos en los coches.

—¿Estás bien? —Leo me mira preocupado, mientras acaricia mi mejilla.

Asiento con la cabeza, intentando parecer menos afectada de lo que realmente estoy; igual que hago cada día, en cada aeropuerto.

—Estoy bien, solo que... No sé cómo eres capaz de soportarlo.

—Es por la novedad, gira nueva, la foto del beso... Todo se ha juntado. Normalmente no es tan malo. —intenta infundirme ánimo con sus palabras, pero no cuela.

—Leo, no me mientas. Andan tras de ti, como si ellos fuesen pirañas y tú un trozo de jamón.

No consigo ocultar del todo mi enfado y él se da cuenta. Sostiene mi cara

entre sus manos y me pierdo en sus ojos. Su mirada es dulce, sus pupilas son como miel líquida, y todo me parece menos malo. Los periodistas, el acoso... Todo me importa menos cuando me mira así.

—Escucha, Camila. Necesito que no dejes que te afecte. Tienes que hacerlo por mí. No les des el poder de hacerte sentir mal, porque nada de lo que puedan decir o preguntar tiene importancia. Esto es lo único que realmente importa. —dice, señalándonos a los dos con una mano. Yo dejo la cara apoyada en la otra y cierro los ojos.

El coche llega al hotel. Leo sostiene otra vez mi cara entre sus manos y me besa con dulzura.

—Te estaré esperando. No tardes demasiado. —Sonríe, guiñándome un ojo, y esa sonrisa termina de fundirme por completo.

—Llegaré lo antes posible. —prometo, poniendo mis manos sobre las suyas. Le doy un beso rápido pero intenso, y sale del coche.

Al momento, César sale del coche que nos sigue y Erik del que va delante, y se unen a él. Juntos, los veo entrar en el hotel. El conductor vuelve a ponerse en marcha rumbo al Mestalla.



Miro el reloj y dejo escapar un suspiro de cansancio. Llevamos más de seis horas aquí, y todavía nos queda un rato, antes de poder volver al hotel. El estadio es impresionante. Se han habilitado dos de las cuatro gradas para el público, más el césped del campo para la gente que esté a pie de escenario. Las entradas han volado para los dos conciertos, por lo que esperamos el aforo completo. Unas treinta y cinco mil personas vibrarán mañana al son de Leo.

Sacando fuerzas de donde no las tengo me pongo en pie, dispuesta a terminar lo antes posible, para llegar a la habitación y darme un relajante, espumoso y largo baño de sales.

Media hora después, reúno a mi plantilla y me dirijo a ellos:

—Mañana no puede haber ni un solo fallo. Ni en el escenario, ni en los

accesos, ni entre el público. Si normalmente estamos con cuatro ojos, mañana os quiero con seis. Nos jugamos mucho. Todo tiene que salir perfecto. Todos sabéis cuál es vuestro puesto y qué tarea debéis desempeñar, ¿verdad?

Un coro de voces me contesta a la vez asintiendo.

—Los que tenéis asignado el escenario, una vez que el concierto dé comienzo, nadie, bajo ningún concepto, puede acceder dentro del perímetro de seguridad que hemos marcado, diga lo que diga. No me importa que traiga autorización, que os diga que es su abuela de Murcia, o que le va a dar el premio de los cuarenta principales. ¡Nadie pasa si yo no lo autorizo! —Me paseo delante de ellos con gesto autoritario. El tiempo y la experiencia me ha enseñado que en una profesión tan dura y difícil como esta, mostrarse firme es esencial para que tu equipo te respete.

—No nos cabe duda de que a Leo ya te encargarás tú de tenerlo vigilado, dentro y fuera del escenario. Es más, me extraña que te hayas molestado en acercarte aquí, en lugar de quedarte haciendo otro tipo de actividades en el hotel. —Diego, apoyado en una columna, me mira con malicia mientras se ríe. Yo lo observo sin alterar ni un solo músculo. Miro alrededor. La mayoría de mi equipo espera incómodo mi reacción. Un par de ellos, sin embargo, se ríen por lo bajo de la gracia de Diego.

—Tú no eres quién para opinar sobre el modo en que desempeño mi trabajo. Te agradecería que pusieses la misma energía que pones en tus comentarios, en hacer bien el tuyo.

—Yo solo digo en voz alta lo que todos pensamos. Aunque claro, entiendo que siendo mujer, a veces te resulte difícil... ¿cómo decirlo?... Tener tu cabeza ocupada en el trabajo.

La rabia me consume, pero me obligo a mí misma a contar hasta diez para que nadie note las ganas que tengo ahora mismo, de patearle la cabeza a este imbécil. Sonriendo, avanzo hasta él, y hablo en voz alta para que todo el mundo me escuche:

—Yo no te pago por pensar, te pago por trabajar. Al margen de eso, sinceramente, teniendo en cuenta que todas tus neuronas están concentradas en una parte de tu cuerpo que está a una distancia considerable de la cabeza, tu opinión me importa más bien poco. Tengo más profesionalidad en el dedo meñique de la que tú tendrás en toda tu vida, y esto me permite hacer lo que me dé la gana con mi vida privada, sin que ello afecte a mi trabajo. Prueba de ello, es que he conseguido levantar una empresa propia, que se ha ganado una

reputación intachable en este sector, y de la que por cierto, a partir de este momento tú ya no formas parte.

Un silencio sepulcral reina en el recinto. Los que hace unos segundos reían han dejado de hacerlo, y todos me miran con seriedad.

—Si alguno más tiene alguna queja sobre cómo llevo la empresa, o pretende opinar sobre cómo gestiono mi tiempo libre, ya puede ir tomando el mismo camino que Diego, porque no pienso permitir ni tolerar que nadie me cuestione. ¿Queda claro?

Los veo asentir mientras Diego, con el ceño fruncido y cara de muy mala leche, se acerca más a mí y me susurra:

—¡No puedes despedirme!

—Pues la verdad es que sí puedo, es lo que tiene ser la jefa. —replico con chulería, guiñándole un ojo.

—¡Esto no se va a quedar así! ¡Te vas a arrepentir! —grita como un poseso, soltando un escupitajo al suelo antes de salir.

—¡Le diré a Lena que arregle tus papeles! —alzo la voz yo también, pero ya no recibo respuesta—. Ahora, todos a descansar, mañana es un día complicado y tenemos que estar con todos los sentidos alerta. —recomiendo al resto de mi plantilla, que continúa sin moverse del sitio.

Poco a poco, todos van desalojando el estadio y subiendo a los autobuses que la discográfica ha habilitado para desplazarnos en Valencia, al igual que hace en cada ciudad. Yo me subo al último y me dirijo a la última fila de asientos, sin ganas de hablar con nadie.

Pero no voy a tener tanta suerte. Borja, uno de mis trabajadores de siempre, se sienta a mi lado y me sonrío.

—Has estado bien, jefa. Se lo merecía.

—No se trata de estar bien o no; se trata de hacerse respetar. Tanto Lena como yo, somos conscientes de que nos movemos en un sector, que aunque cada vez menos, sigue siendo mayoritariamente masculino. Hay gente que por el hecho de ver que somos mujeres, se cree con derecho a tratarnos de forma diferente. Cuando empezamos a trabajar en esto, tuvimos que tragar y aguantar muchas cosas: faltas de respeto, risas y comentarios por parte de compañeros. Había empresas que exponían explícitamente que no querían mujeres. Gracias a Dios, poco a poco la cosa fue cambiando, pero nos costó mucho trabajo, sudor y

algunas lágrimas, demostrar nuestra valía y ganarnos el respeto de los demás; un respeto que tuvimos que ganarnos solo por el hecho de ser mujeres. En este trabajo, una mujer nunca puede mostrarse vulnerable si no quiere que se la merienden. Ahora, con una reputación ganada y empresa propia, comprenderás que no pienso consentir que ningún chulo de playa con ínfulas de Terminator, se me suba a la chepa, porque lo bajo yo a guantazo limpio si hace falta. —Borja se echa a reír con ganas.

Frunzo el ceño sin entender qué bicho le ha picado.

—Perdona, perdona. —se disculpa, al ver mi expresión—. Pero es que eso de chulo de playa con ínfulas de Terminator me ha matado. No lo había escuchado nunca, jajajajaja.

Yo sonrío también.

—Pues en este trabajo, te aseguro que de esos los hay a montones.

Continuamos hablando hasta que el autobús frena delante de la puerta del hotel. Me despido de Borja, y entro deseando llegar a mi habitación. Bueno, a la nuestra, porque desde el concierto de Madrid, Leo y yo compartimos habitación en cada ciudad. Tengo que reconocer, que mi humor ha mejorado notablemente gracias a Borja. Pero aun así, estoy reventada y solo con imaginarme dentro de una bañera de agua calentita, me estremezco de puro placer.

Pido la tarjeta de la habitación, que está a nombre de Leo, y solicito la llave. Él ya ha dado aviso en recepción de que me la entreguen cuando llegue, así que una chica, que obviamente se muere de envidia y pone cara de querer matarme, me la entrega con una sonrisa más falsa que un pantalón *Nike* comprado en un chino.

Le doy las gracias con una sonrisa tan o más encantadora que la suya, y me dirijo al ascensor.

Llego a la última planta del hotel y me dirijo a nuestra habitación. Abro la puerta y, por un momento, me quedo paralizada. Todavía me cuesta asimilar el nivel de opulencia al que Leo está acostumbrado. La suite se compone de una salita (por llamarla de alguna forma, porque es bastante más grande que el salón de mi casa), una habitación inmensa, una terraza, y un cuarto de baño con bañera de hidromasaje y ducha.

—Leooo. —lo llamo alzando la voz.

Pero no está. No sé a dónde habrá ido, pero imagino que estará con César y

Erik, por lo que decido relajarme y disfrutar de ese baño que tanto me merezco.

Observo la inmensa bañera cuadrada. Digo bañera, por llamarla de alguna manera, ya que es excesivamente grande. Estoy segura de que hay piscinas de menor tamaño; caben por lo menos cuatro personas en ella, holgadamente. Al igual que la ducha, dispone de asientos y sistema de hidromasaje, pero no tengo pensado utilizarlo. Solo quiero darme un largo y relajante baño en ella. La pongo a llenar y echo en el agua sales de todos los colores junto con el jabón. Me recojo el pelo en un moño alto y me desvisto, mientras el vapor del agua caliente comienza a condensar el ambiente.

Introduzco un pie en el agua. Está caliente, me encanta. Me sumerjo en ella y apoyo la nuca en uno de los reposacabezas.

No tengo ni idea del tiempo que llevo así, cuando siento que el agua se mueve. Abro los ojos justo a tiempo de ver cómo Leo se sitúa a mi lado.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí dentro? El agua está fría. —Su mirada es hambrienta.

—No tengo ni idea. Estaba tan a gusto que creo que me he dormido. — respondo, con un bostezo perezoso, mientras lo observo con lujuria—. ¿Dónde te habías metido tú? No estabas en la habitación cuando llegué.

—Había bajado con César y Erik a una tienda de música que hay a un par de calles de aquí. La encontré por internet. Su especialidad son las guitarras eléctricas y me apetecía echar un vistazo. —se explica él.

Inmediatamente, mi cuerpo se pone rígido y envarado.

—Estás de coña, ¿no? —pregunto con voz dura, sentándome de golpe en la bañera. Adiós, relax; hola, cabreo monumental.

—¿De coña en qué sentido? —Leo parece confuso. Evidentemente, se ha dado cuenta de que ha metido la pata por mi tono de voz, pero por increíble que parezca, ¡no tiene ni idea de qué ha sido lo que me ha molestado! Eso me cabrea todavía más.

—Explícame una cosa... Yo me mato para intentar controlarlo todo al milímetro, intento que no se me escape ni un solo detalle para poder garantizar de algún modo tu seguridad, ¿y tú qué haces mientras!? En vez de quedarte tranquilo y relajado en el hotel, donde se supone que deberías estar, te dedicas a pasearte por ahí, así sin avisar, sin pedir más seguridad. ¡Hala, a la aventura! — le recrimino cabreada, golpeando el agua con las dos manos, de manera que

salpico todo el suelo del baño.

—¡No seas exagerada! No iba sin seguridad, iba con César y con Erik — Sonríe Leo, quitándole importancia. Pero al ver que yo continúo con cara de mala leche, su gesto se vuelve más afilado y sus ojos se achican observándome —. Camila, que debo tener seguridad lo entiendo y lo acepto. ¡Pero no pienses ni por un instante, que soy una especie de prisionero que va a pedirte permiso cada vez que quiera mover un pie, porque vas apañada si es eso lo que pretendes. — protesta, cada vez más cabreado.

Pero yo, que cuando me pongo tozuda no me bajo de la burra ni pinchándome el culo con un tenedor, no pienso dar mi brazo a torcer.

—Lo único que yo pretendo es que seas responsable y me dejes hacer mi trabajo.

—¿¡Y quién te lo impide!? —pregunta él, negando con la cabeza y mirándome como si estuviese hablando con una niña pequeña, incapaz de razonar. Ver que me mira así, con esa condescendencia, es la gota que colma el vaso.

—¡Tú! ¡Tú eres quien me lo impide, cabeza de alcornoque, cuando te comportas como un completo irresponsable! ¿Eres consciente de que han intentado matarte, no una, sino dos veces? —grito como una posesa, sin darme cuenta de mis palabras.

—¡Por supuesto que soy consciente! Te aseguro que no lo olvido, pero tampoco pienso permitir que eso condicione mi vida más de lo necesario. Y deja de gritar, si no quieres que sean conscientes también el resto de los huéspedes del hotel. —sisea Leo, acercando su cara a la mía.

Jadeando por el enfado, lo miro todavía cabreada y frustrada. ¡Lo entiendo, de verdad que sí! Entiendo que no quiera que su vida se vea dominada por el miedo, pero necesito que me deje hacer mi trabajo. ¡Me da pánico no ser capaz de protegerlo! La impotencia que siento es tal, que los ojos se me llenan de lágrimas. Intento disimularlas, pero el temblor de mi labio me delata. El gesto de Leo se suaviza, y mirándome con cariño, posa sus labios sobre los míos.

—Todo va a salir bien. Te lo prometo. —augura, con dulzura.

—Eso no puedes prometerlo. No lo sabes. —refuto, entre pucheros.

—Sí que lo sé. ¿Quieres saber por qué? —pregunta mientras me sonrío.

Asiento con la cabeza. El nudo que me aprisiona la garganta me impide

hablar.

—Lo sé, porque tengo un equipo de seguridad estupendo y su jefa, aunque un poco intransigente y bastante mandona, es la mejor, y no va a permitir que me pase nada malo. Tengo confianza ciega en ella, y espero que ella confíe en mí de la misma manera.

—Pues deberías intentar no ponerle las cosas tan difíciles a la pobre chica, no sé cómo no te manda a freír puñetas. —replico sonriendo, mientras sorbo por la nariz.

—No me manda a freír puñetas porque está loquita por mí. Se muere por cada uno de mis huesos y no soporta la idea de apartarme de su lado. —La voz de Leo suena ronca en mi oído.

Su mirada desciende por mi cuerpo hasta detenerse en mi pecho, y mis pezones, sintiéndose observados, reaccionan inmediatamente a su mirada. Siento tanto calor, que no me sorprendería que el agua de la bañera comenzase a hervir de golpe. Cada día me sorprende más el poder que Leo tiene sobre mi cuerpo. Me abre las piernas y se coloca entre ellas. Con sus dedos me acaricia a la vez ambos pechos, mientras me mira a la cara para observar mi reacción. Son roces leves, suaves, pero que consiguen que me retuerza de placer. Él, consciente de lo que me está provocando, sonrío satisfecho. Sus ojos, oscurecidos por la excitación, me observan con lujuria.

Veo cómo activa una tecla del mando de la bañera, y un chorro de agua sale directamente contra mi clítoris. Jadeo e, instintivamente, cierro las piernas.

—Abre las piernas. —Me ordena él, más excitado todavía por mi reacción.

Yo obedezco y, nuevamente, el agua golpea mi zona más sensible, haciéndome soltar un gemido de placer. Leo agarra uno de mis pechos con la mano y se lo lleva a la boca. Con su lengua, acaricia y tortura mi pezón. Después, cogiéndolo entre sus dientes, lo muerde mientras con la otra mano pellizca mi otro pecho. Un placer descontrolado me ahoga. Meto en el agua una de mis manos y acaricio con ella su miembro. Lo agarro con firmeza y empiezo a mover la mano lentamente, arriba y abajo. Leo echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Suelta mis pechos y aprieta los dientes con fuerza. Verlo así por mí, me hace sentir sensual y poderosa.

—Siéntate en el borde de la bañera. —pido, con la respiración entrecortada, tras parar, por un momento, el movimiento de mi mano.

Leo me sonrío y obedece. Acto seguido soy yo quien se coloca de rodillas

entre sus piernas, y agarrando con la mano su erección, la dirijo a mi boca. La acaricio con mis labios y después la recorro con la lengua, despacio, antes de introducírmela entera en la boca. Empiezo a moverme arriba y abajo, primero lentamente, luego con más rapidez. Leo me mira, hipnotizado, sin dejar de gemir. Enrolla su mano en mi pelo y, levantando un poco la cadera, embiste mi boca para alcanzar mayor profundidad.

—Para. —demanda de pronto—. Sal de la bañera, agárrate al lavabo e inclínate.

Completamente empapada, hago lo que me dice. Salgo de la bañera e inclinándome, me agarro con ambas manos al lavabo. Él se coloca detrás de mí, y con su pierna abre las mías. Me acaricia la espalda. Durante un intenso momento, pasea su glande por mi culo; después, con su mano lo dirige y acaricia mi abultado clítoris.

—Míranos, míranos en el espejo. —pide con voz ronca.

Yo alzo la vista y la clavo en el espejo que esta encima del lavabo. Leo dirige su mirada al mismo sitio, y cuando nuestros ojos se encuentran en el cristal, sin previo aviso, me penetra de golpe.

Abro la boca de la impresión. Lo veo apretar la mandíbula mientras suelta un gruñido. Un placer casi irresistible me recorre entera. Me fallan las piernas, pero Leo me sujeta con fuerza la cadera. Una vez que mi cuerpo se ha adaptado a él, comienza a moverse, primero lentamente, después más rápido. Agarro con tanta fuerza el mármol negro, que mis nudillos se vuelven completamente blancos, en contraste con la piedra. Cada vez que lo siento dentro de mi cuerpo, el placer se va haciendo más y más intenso, hasta que siento que me rompo en mil pedazos.

—Leo, me corro. —consigo murmurar, justo antes de que algo dentro de mi ser estalle.

Oleadas de placer llegan a todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo, dejándome agotada y completamente satisfecha. Leo gruñe, deja escapar un alarido, y lo siento tensarse dentro de mi cuerpo mientras un líquido cálido me inunda. Probablemente sea una tontería, pero, esa sensación, sentirlo así, piel con piel, derramándose en mi interior... Esa intimidad me hace sentir plena y satisfecha, pero a la vez, terriblemente vulnerable. En mis anteriores relaciones siempre había usado preservativo; empecé a tomar la píldora tan solo hace unos meses, aconsejada por mi ginecólogo, con la finalidad de intentar calmar los terribles dolores menstruales que me asedian en cada período. Por lo tanto, nunca antes había hecho el amor de este modo: piel con piel. No lo diré en voz

alta, pero me alegro de que Leo haya sido el primero. El primero, y en el fondo sé que para mí, también el único. No soy tonta ni pretendo engañarme. Sé, que pese a que intenté olvidarlo e incluso odiarlo, esa inquina solo camuflaba unos sentimientos a los que, si bien antes conseguía quitar importancia, ahora tengo que aceptar que son más intensos y fuertes que nunca. ¡Vamos, que estoy enamorada hasta las trancas, y como esto salga mal, me voy a llevar tal hostia, que no van a reconocer mis restos ni los arqueólogos!

—¿Qué piensas, que estás tan callada? —pregunta Leo, con voz calmada, observándome con dulzura.

Niego con la cabeza.

—Nada. —miento—. Solo que no estoy segura de que las piernas vayan a responderme.

—Sé perfectamente cuándo no dices la verdad. Sin darte cuenta, haces un gesto muy gracioso con la nariz cuando mientes.

Leo sonrío y sale de mi interior. Con una ternura infinita y mirándome fijamente a los ojos, me coge en brazos y se dirige conmigo a la bañera, donde va entrando despacio, sin soltarme. Ya dentro del agua, me sienta y lo miro con seriedad, debatiéndome entre si decir o no lo que estoy pensando. Finalmente suspiro.

—Estaba pensando que esto es muy especial para mí. Nunca lo había hecho a pelo con nadie antes de estar contigo. Sé que desde el principio lo hemos hecho así, pero no sé... —Me encojo de hombros—. Hoy me ha dado por pensar que me alegro de que haya sido contigo. —confieso, sintiendo cómo me ruborizo.

Leo se acerca a mí y me acaricia la mejilla, sin apartar sus ojos de los míos. Me sujeta el mentón con delicadeza para que no se rompa el contacto de nuestra mirada.

—Yo no te voy a mentir. Para mí no ha sido ni la primera vez, ni la segunda, ni la décima... Pero también ha sido muy especial. Cada vez que lo hacemos, es maravilloso porque es contigo, y tú eres única. Necesito que lo sepas. Nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Nunca me había sentido con nadie como me siento contigo. Me crees, ¿verdad?

Con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas, tras escuchar de sus labios más de lo que nunca me hubiese atrevido a soñar, respondo con un hilo de voz:

—Te creo, pero también creo que si me haces daño, me vas a destrozar. —
admito.

—Yo nunca te haría daño ni voy a permitir que nadie te lo haga. Solo quiero
que confíes en mí sin reservas, sin miedos. ¿Podrás hacerlo?

—Lo estoy haciendo. Espero no arrepentirme. —susurro.

—No lo harás. Lo prometo. —Sonríe antes de besarme en los labios con
devoción.



Capítulo 15

Leo

Me despierto sintiendo sus cálidos labios.

—Lo siento, solo quería avisarte. Tengo que irme. —susurra Camila.

La miro con los ojos entrecerrados, todavía somnoliento. Está tan bonita con su cascada pelirroja enmarcando esa piel clara, y sus imponentes ojos azules mirándome mientras sonrío, que por un momento, dudo de si es real o si es tan solo un sueño.

—¿Qué hora es? —pregunto, intentando alcanzar el móvil.

—Las ocho de la mañana. Descansa. Tengo una reunión con el equipo para ultimar algunos detalles sobre el concierto de esta noche. Después iremos hacia el estadio. Te veré en el concierto. Erik Y César serán tu sombra, como siempre. ¡Por favor, no te separes de ellos! Pórtate bien y quizás te lo recompense esta noche. —Me sonrío con picardía, y guiñándome un ojo, se dirige hacia la puerta. Sale de la habitación y me quedo solo. A mi cabeza vuelan imágenes de la noche anterior, y sonrío como un imbécil.

Después del baño, pedimos la cena en la habitación. Camila me explicó el encontronazo que había tenido con Diego, y su decisión de despedirlo me alegró profundamente. Mantuve el tipo pero, por dentro, estaba dando volteretas y saltos mortales. ¡Ese tipo nunca me ha gustado nada! Después, nos fuimos a la cama “a dormir”. Juro que no pretendía hacer nada más que eso, dormir abrazado a ella; pero Camila no tenía las mismas intenciones y yo... qué le voy a hacer, soy fácil de convencer. Así que una cosa llevó a la otra, y al final, terminamos durmiéndonos cerca de las cuatro de la madrugada. Debería estar cansado, pero lo cierto es que no lo estoy; todo lo contrario. Me siento exultante de felicidad y lleno de energía. No mentía ayer cuando le confesé a Camila que nunca me había sentido así por una mujer, y aunque esta sensación es nueva, ¡no podría encontrarme mejor!

Me levanto de un salto y, apartando la cortina un poquito, miro por la ventana. ¡Hace sol y la vida es maravillosa! ¡Ni siquiera ver las decenas de *paparazzi* agolpados en las puertas del hotel, me molesta hoy!

Paso el día relajado, jugando a la *Play Station* con César y con Erik. Tener guardaespaldas no me gusta, pero este par me caen bien. Hemos hecho buenas migas y no me resulta tan molesto pasar tiempo con ellos, como en un principio

pensé.

Tres horas antes del concierto, salimos del hotel. Un coche nos espera a unos diez metros de la entrada, pero por lo que tardamos en recorrerlos, parece más bien que sean diez kilómetros. Pensé que una vez la gira llevase un tiempo, se calmaría la cosa; pero nada, que no se cansan. ¡A ver si sale algún escándalo más jugoso que yo por ahí, y me dejan respirar! Erik y César consiguen abrirme paso, eficientemente, entre los periodistas, que hablan todos a la vez, apuntándome con sus micrófonos como si de fusiles *kalasnikov* se tratase. Pongo mi mejor sonrisa, y les doy las gracias a todos por estar aquí. Por fin, César abre la puerta del coche y, prácticamente, salto dentro. En cuanto los tres estamos sentados y nos abrochamos el cinturón, el coche arranca en dirección al estadio.

Cuando llegamos al Mestalla, lo rodeamos para acceder por la puerta que han habilitado para nosotros. Veo las inmensas colas de gente esperando para poder acceder al interior del estadio, y un nudo me oprime el estómago. Es el mismo que siento horas antes de cada concierto. La anticipación, las ganas, la adrenalina... Todo se junta en ese nudo.

Entramos, y me dirijo al escenario para comprobar que todo está controlado. Me sitúo en el centro del mismo y observo a mi alrededor. Desde aquí veo a Camila. Está en el césped explicando algo a un par de hombres, que la miran casi con devoción. Va vestida con unas deportivas, vaqueros y una camisa verde, todo muy informal. Pero incluso así, desprende seguridad y profesionalidad por cada poro de su piel. Pienso en ir a saludarla, pero sé que no le gusta que la interrumpen cuando está trabajando y que no está siendo una gira fácil para ella; por lo que doy media vuelta y salgo del escenario con Erik y César pisándome los talones.



—¡Gracias, Valenciaaaa! —grito, cansado pero feliz—. Han sido dos noches mágicas las que he pasado con vosotros. ¡Espero que muy pronto nos volvamos a encontrar! Hasta entonces, me gustaría despedirme con una canción muy especial para mí. —digo, micrófono en mano.

Busco a Camila con la mirada, delante de las vallas, como en cada concierto

cuando llega este momento, y me dispongo a cerrar la actuación con la canción que le dediqué en la primera función de Madrid, y que se ha convertido en un símbolo para nosotros. Es la que utilizo para cerrar cada concierto, pese a que al principio, ni la compañía ni mi manager estaban demasiado conformes, al no estar dentro del disco. Pero me dio y me sigue dando exactamente igual lo que digan o dejen de decir. En mi fuero interno, sé que algo cambió en Camila cuando la escuchó, y por eso es por lo que desde ese día, hago lo mismo en cada una de mis actuaciones.

Camila me sonrío con dulzura, y mis dedos acarician las cuerdas de mi guitarra, sin apartar los ojos de ella.

Termina el concierto y esperamos a que el estadio se vacíe, por precaución, antes de abandonarlo nosotros. Cuando ya no queda nadie, salimos acompañados de César y Erik.

En el coche que nos lleva al hotel, hablamos de estos dos días. Han sido los últimos conciertos, después de dos meses intensos de gira, antes de regresar a Galicia. Ahora queda lo más especial para mí: tocar cerca de casa, en mi tierra. Si adoro cantar en cualquier sitio, hacerlo en casa es siempre más especial. Primero serán Coruña, Santiago, Lugo y Orense. Después, tendremos unos días de descanso; y por último, el cierre final de la gira será en el Auditorio de Castrelos, en Vigo.

Nos despedimos de Erik y de César en el *hall* del hotel, y cogidos de la mano, entramos en el ascensor. Camila apoya la espalda contra la pared y cierra los ojos.

—¿Muy cansada? —pregunto, arqueando una ceja—. Quizás esta noche necesites descansar. —Sonrío maliciosamente.

—No estoy tan cansada, pero si ves que tú lo necesitas... —Ella me mira con ojos hambrientos.

Me acerco a sus labios y los beso con pasión. Camila se agarra a mi cuello y gime complacida.

De repente, el ascensor se abre y nos separamos con rapidez. Un señor mayor entra apoyándose en un bastón. Nos mira de reojo y aguanta la risa. Le sonrío abiertamente. Camila, cortadísima, cada segundo que pasa se ruboriza más, y procura centrar toda su atención en mirar cómo van cambiando los números que marcan las plantas del ascensor.

—Disculpe, usted es ese cantante tan famoso que sale en todas las revistas,

¿verdad? —El hombre me mira con curiosidad.

—Culpable. Pero por favor, no me trate de usted. Me hace mayor. — respondo sonriéndole. Me ha caído en gracia en cuanto ha pisado el ascensor.

—Pues déjame decirte algo. —Habla emocionado—. Mi mujer está como loca contigo. Incluso fuimos ayer al concierto que diste aquí, en el Mestalla. ¿Te puedes creer que la muy sin vergüenza, había comprado las entradas sin decirme nada y me lio para venir? —El hombre niega con la cabeza, haciéndose el ofendido, pero el brillo y el humor que veo en sus ojos, me deja claro que está encantado.

Me echo a reír con ganas al imaginar a la septuagenaria mujer liándolo para ir a uno de mis conciertos.

—¡No me diga! ¿Y qué le pareció el concierto? —pregunto, sonriéndole.

—Pues no estuvo mal. La verdad es que pensé que iba a ser peor.

Yo me echo a reír de nuevo con ganas.

El hombre posa la mirada un momento en Camila, y un brillo malicioso asoma a sus expresivos y vivaces ojos.

—Ahora que te he conocido, ya puedo decirle a mi mujer que los dos tenemos algo en común —añade, divertido.

—¿Ah, sí? —Me sorprendo.

—Sí. —afirma él—. Los dos tenemos muy buen gusto con las mujeres.

Ahora sí que me río a mandíbula partida, sobre todo al ver a Camila, que nos mira como si estuviésemos locos de remate. La pobre está muerta de la vergüenza y no sabe dónde meterse.

—No tengo el gusto de conocer a su mujer, pero estoy seguro de que lo que dice es cierto. Si es tan amable de acompañarnos a nuestra habitación un momento, estaré encantado de darle un disco firmado para que se lo regale a su esposa de mi parte. —ofrezco sonriendo.

Él hombre me mira con ojos brillantes de emoción, y acercándose a mí un poco, dice, creyendo que habla lo suficientemente bajo como para que Camila no lo escuche:

—Muchísimas gracias, seguro que con eso esta noche triunfo.

Camila, que no da crédito a lo que escucha, no sabe qué decir ni hacer ante lo

surrealista de la situación. En cuanto las puertas del ascensor se abren en nuestra planta, sale como un flecha, y después de saludar a sus compañeros, que vigilan el acceso a las dos plantas que tenemos reservadas para que nadie se cuele, se mete escopeteada en la habitación. Yo les hago un gesto de que todo está bien cuando se quedan mirando a mi nuevo amigo. Llegamos a la puerta de la habitación, que Camila ha dejado abierta, y me dirijo rápidamente al armario, mientras el hombre me espera impaciente. Cojo un disco y lo dedico antes de dárselo.

—Espero que lo disfruten esta noche. —afirmo, entregándoselo. Miro sonriendo cómo lo coge y afirma:

—Te aseguro que si no fuese por la edad que tengo, de esta noche salían por lo menos trillizos.

Sonrío ante el comentario y me despido del hombre, que se dirige de nuevo al ascensor bajo la atenta mirada del equipo de seguridad, que lo observan asombrados.

Cierro y toco con los nudillos en la puerta del baño.

—Pequeñaja, ya puedes salir.

—¿Seguro? —pregunta Camila, asomando la cabeza.

Su exagerada reacción me hace sonreír.

—¡Por Dios, Camila, que es un pobre anciano muy enamorado de su mujer, mendigando algo de cariño! No sabía que fueses tan pudorosa —murmuro entre risas.

—¡Ja! Un pobre anciano, ¡y una leche! ¡Ese tiene más peligro que un mechero al lado de un bidón de gasolina! —exclama, con el rubor todavía cubriendo sus mejillas.

Negando con la cabeza, me dirijo al mini bar. Me muero por una Coca Cola fría. Abro la puerta pero no hay ninguna. Frunzo el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunta Camila al ver mi reacción.

—Nada, es que juraría que antes de irme había tres latas de Coca Cola y ahora solo hay una botella de agua fría, a parte de los botellines de alcohol.

Ella levanta los hombros y hace un gesto con la boca dándome a entender que no sabe nada al respecto.

—Habrás mirado mal. Ahora llamo al servicio de habitaciones para que te

suban una.

—No, tranquila, no hay problema. Me bebo el agua y listo. ¡Estoy seco! — Saco la botella de plástico y la abro. Me la llevo a los labios y le doy un buen trago. En cuanto el frío líquido me recorre la garganta, y al tragarla noto su sabor, soy consciente de que algo va mal.

—Camila —La llamo mientras me siento en la cama.

Ella debe de estar en el baño porque no me contesta.

—¡Camila! —grito esta vez.

Asoma la cabeza, alertada por la urgencia de mi voz.

—¿Qué pasa? —pregunta, acercándose a mí rápidamente—. Estás blanco, ¿te encuentras mal?

La miro intentando aparentar calma, pero creo que no estoy disimulando nada bien, a juzgar por su cara.

—Escúchame bien, llama a emergencias y explícales que estás con una persona en shock anafiláctico. Que vengan preparados. —susurro, agobiado.

Camila palidece ante mis palabras. Corre hasta su móvil y llama a emergencias. Después de explicarles la situación, cuelga y se acerca corriendo a mí.

—¿Qué te pasa? No entiendo nada. —pregunta con voz temblorosa.

—Soy alérgico a la nuez moscada. La botella de agua de la que he bebido la contenía; sabía a nuez.

—¿Que la botella contenía nuez? ¡Pero eso es imposible! ¿Estaba precintada?

Asiento con la cabeza; empiezo a encontrarme mal. Las plantas de los pies y las palmas de las manos me pican horrores, siento los labios entumecidos y la lengua pesada. Empieza a costarme respirar.

—Ayúdame a recostarme en la cama y levántame las piernas por encima de la altura del corazón. —le pido.

Camila, con ojos llorosos, se apresura a ayudarme. Me esfuerzo para intentar tomar aire, pero me cuesta muchísimo. Mi pecho sube y baja a toda velocidad. Estoy comenzando a marearme, me pesa todo el cuerpo. Siento que me arden los pulmones. Todo a mi alrededor comienza a volverse borroso. Escucho la lejana

voz de Camila gritando mi nombre. Ha soltado mis piernas y me acaricia la cara. La miro por última vez antes de desvanecerme. Intento decirle que todo va bien, pero no soy capaz de pronunciar ni una palabra más, antes de perder el conocimiento.



CAMILA

Leo cierra los ojos, ha perdido el conocimiento. Lo llamo pero no responde. Su pecho sube y baja cada vez con más dificultad. No sé qué hacer. Lloro desesperada y lo zarandeo, pero no reacciona. Corro a la puerta y, tras abrirla, empiezo a gritar:

—¡Ayuda, ayuda, por favor! ¡Necesito ayuda!

Me tiemblan tanto las piernas, que creo que de un momento a otro, yo también me voy a caer redonda. César y Erik llegan corriendo por el pasillo.

—¿Qué pasa, Camila? —me pregunta César asustado, al verme tan alterada. Él lleva muchos años con nosotras y sabe que yo no pierdo los nervios con facilidad, de ahí su preocupación al verme en este estado.

—Es Leo. Le ha dado una reacción alérgica. —explico como puedo, entre hipos y lágrimas.

Los dos entran corriendo en la habitación y van derechos a la cama. Me miran con expresión horrorizada cuando ven a Leo, y no es para menos. Tiene la cara empapada en sudor, los labios inflamados, y la piel roja como un tomate. Su pecho sube y baja pesadamente.

—¿Has llamado a emergencias? —pregunta César, preocupado.

—Sí, justo antes de que Leo empezase con los síntomas. Hará unos veinte minutos.

—Espero que no tarden. —murmura Cesar—. Está en shock anafiláctico. ¡Necesita que lo atiendan ya!

—¿No podemos hacer nada? —pregunto, mirándolo agobiada.

—No, no podemos. —responde él, con el ceño fruncido.

Cojo el teléfono de la habitación y marco el número de recepción. Con voz angustiada, explico que tenemos una emergencia médica de vida o muerte, y que en cuanto llegue la ambulancia, acompañen al equipo médico para que lleguen lo antes posible.

Camino por la estancia como una loca. Los nervios y la impotencia me consumen.

—Pero, ¿por qué tardan tanto? —grito, desesperada.

Erik y César se miran entre ellos sin saber qué decir. De repente, escuchamos el sonido de pasos que se acercan corriendo. Un médico, acompañado de dos auxiliares, entran en la suite como una tromba. El doctor, en cuanto ve el estado de Leo, se pone manos a la obra.

—Preparar una dosis de adrenalina intramuscular, ¡hay que pincharlo ya! — ordena a los auxiliares mientras él le coloca una vía en el brazo.

Le ponen una bolsa de suero. Yo lo veo trabajar y tiemblo como una hoja. Una vez le han pinchado y administrado todo lo necesario, se gira hacia mí.

—Le hemos administrado adrenalina, y por vía estamos introduciéndole suero con corticoides. ¿Cuánto tiempo hace que ha perdido el conocimiento?

—No... no lo sé seguro. Unos diez minutos. —respondo, más nerviosa de lo que he estado en toda mi vida.

—No es mucho tiempo, debería estabilizarse con esto. Vamos a llevarlo al hospital en la ambulancia; usted puede venir con nosotros si quiere.

—Gracias. —Únicamente puedo decir eso, me siento incapaz de pronunciar una sola palabra más.

Me giro hacia César y Erik. Los dos me miran preocupados.

—Nos vemos en el hospital, seguirnos con el coche. —consigo decir.

El médico y los auxiliares, una vez han colocado a Leo en la camilla, salen de la habitación. Yo pretendo seguirlos, pero César me agarra del brazo.

—Tranquila, todo va a ir bien. —intenta animarme, mirándome fijamente.

Miro a Erik, que se ha agachado a recoger la botella de agua que Leo dejó en el suelo.

—Dame esa botella.

—¿La botella? —Los dos me miran sorprendidos.

—Ya os lo explicaré, ahora tengo que irme.

Cojo la botella y salgo corriendo de la habitación, para alcanzar la camilla, que se dirige por el pasillo hacia el ascensor. Salimos del hotel y en cuanto entramos en la ambulancia, esta enciende las luces, la sirena, y sale a toda pastilla hacia el hospital.



Capítulo 16

LEO

Abro los ojos y miro a mi alrededor. Estoy en una habitación de hospital. Tengo una bolsa de suero por vía y la boca seca, pero ya no me cuesta respirar. En una silla junto a cama, sentada con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, veo a Camila.

—Camila —la llamo despacio.

Ella levanta la cabeza en cuanto escucha mi voz, y me mira fijamente. Tiene los ojos rojos y llorosos. Parpadea un par de veces, como si quisiese asegurarse de estar viendo bien, y una expresión de inmenso alivio asoma a su rostro.

—¿Cómo estás? —pregunta, levantándose de la silla para sentarse junto a mí, en la cama.

—Creo que debo de tener mejor cara que tú. —Intento sonreír para quitarle importancia.

—Menudo susto me has dado. No vuelvas a hacerlo en tu vida. —me regaña.

—Te prometo intentar no morirme nunca más. —contesto, sarcásticamente.

Ella bufanda y pone los ojos en blanco. Se abre la puerta y entra el médico.

—¿Qué tal se encuentra? —me pregunta, mientras observa los papeles que lleva en la mano.

—Tengo la sensación de haber corrido una maratón. Quitando eso, estoy bien.

—Ha tenido mucha suerte. Ha sufrido un shock anafiláctico importante. Unos minutos más, y no sé si el resultado hubiese sido el mismo. ¿Le ha pasado esto alguna vez?

—Sí, hace un par de años. Estaba de gira y me pasó lo mismo que hoy, o quizás no tan fuerte, pero tuve una reacción parecida. Fue cuando descubrí que soy alérgico a la nuez moscada.

—No entiendo por qué, si esto ya le ha pasado antes, no lleva consigo un kit de adrenalina auto inyectable.

—La verdad es que no pensé que me fuese a pasar más. Evito los frutos secos en general, y me aseguro de que nada lleve nuez moscada cuando como algo nuevo o diferente. Por eso nunca lo he considerado necesario.

—Pues se equivocaba. Cuando ya se ha sufrido un shock de este tipo, en el caso de sufrir uno posterior, suele ser más fuerte que el primero. Es imprescindible que a partir de ahora lleve consigo la adrenalina. Puede salvarle la vida.

—Pero yo no creo que... —Empiezo a objetar, pero Camila, con una mirada dura como el acero, me corta en seco.

Mira al doctor con carita de cordero degollado (igualita, igualita, que la que me pone a mí, que parece a punto de saltarme a la yugular).

—Por supuesto, haremos lo que usted nos recomiende. Si hay que llevar adrenalina, llevaremos adrenalina. —asegura al médico mientras me mira de reojo con el ceño fruncido.

El doctor disimula una sonrisa y se dirige exclusivamente a Camila, como si yo fuese un mueble más de la habitación.

—Perfecto. Lo dejaremos en reposo unas horas más por seguridad, para controlar que todo esté bien. Después, podrá irse. Y por favor, pasen por la farmacia antes de hacer cualquier otra cosa y háganse con el kit de adrenalina. —insiste el médico.

—Lo haremos. Gracias por todo. —Camila le dedica una sonrisa angelical. En cuanto el hombre sale de la habitación, me mira con gesto duro.

—Ni una palabra. ¡Vamos a comprar el puñetero kit y no quiero escucharte decir ni *mu*! —me advierte, señalándome con el dedo.

—*Mu*. —digo de broma.

—Ja ja ja, me parto y me mondo. —responde ella, poniendo una mueca muy graciosa—. Ahora en serio, Leo. —Camila vuelve a sentarse en la cama a mi lado, y me mira otra vez con gesto preocupado—. Ha estado cerca, y creo que los dos tenemos claro que la nuez moscada no estaba en el agua por casualidad.

—¿Cómo demonios podía estar dentro de la botella, si además de que no se veía nada raro, estaba precintada? Noté cómo el precinto se rompía cuando la abrí.

—Estoy casi segura de que debieron inyectarle a la botella esencia de nuez moscada o algo así. Lo que me preocupa es no saber quién lo ha hecho y cómo ha conseguido colarse en la habitación del hotel, Leo. Tenemos seguridad por todos lados, es casi imposible que alguien haya conseguido entrar sin ser visto.

—sentencia Camila, frustrada. Sus ojos se cargan de lágrimas y, agarrándole la mano, se la aprieta para llamar su atención.

—Estoy bien. No ha pasado nada. —susurro con voz dulce.

—Pero ha estado a punto de pasar, Leo. —Ella me mira mientras una lágrima resbala por su mejilla—. Hoy me he llevado uno de los sustos más grandes de toda mi vida. Cuando te vi ahí tirado, en esa cama, casi sin poder respirar, viendo que no podía hacer nada... No tienes idea de la impotencia que sentí. —Solloza ella, tapándose la cara con ambas manos.

—Ven aquí. —pido, atrayéndola contra mi cuerpo y acariciando suavemente su cabeza.

—Es que si te llega a pasar algo por mi culpa... —Continúa sollozando sin consuelo.

—Camila, mírame. —llamo su atención con voz seria. Cuando levanta la cabeza y me mira, la reprendo con suavidad—. No quiero escucharte decir eso nunca más. Nada, escúchame bien, nada de lo que pueda pasar es culpa tuya.

—Eso no es verdad, mi trabajo es protegerte, y tengo la sensación de que quienquiera que esté haciendo esto, va siempre un paso por delante de nosotros. Siempre nos lleva la delantera.

—Eso no es verdad. —niego preocupado. No me gusta que Camila se sienta responsable de nada de lo que pasa, pero entiendo lo que quiere decir. A veces, yo mismo siento que están jugando con nosotros al gato y al ratón.

—¿Cómo que no es verdad? Primero fue el accidente de coche, después el foco, ahora lo de la nuez moscada... Y todo eso sin contar con que a estas alturas estoy casi segura de que la avalancha del primer concierto, cuando te cancelaron la gira, tampoco fue un accidente. Él o la que está haciendo esto tiene que tenerte muchas ganas, tiene que ser una persona cercana a ti. Es imposible de otra manera que sepa que eres alérgico a la nuez moscada. ¡Ni siquiera yo lo sabía! Y además de eso, es muy inteligente. Cada vez que lleva a cabo un atentado, hace que parezca un accidente. —continúa pensando en voz alta Camila.

La escucho y me doy cuenta de que tiene razón. Poca gente sabe que soy alérgico a la nuez moscada, no recuerdo haberlo dicho nunca en una entrevista, y poca gente podía saber también que estaba en Aldán en el momento del accidente de coche. Pensar que alguien cercano a mí quiere verme muerto, hace que un escalofrío me recorra el cuerpo entero.

—Hay algo que tenemos a nuestro favor. —Ahora soy yo quien piensa en voz alta—. Nadie más, a parte de nosotros, sospecha que alguien intenta matarme. Que esa persona crea que pensamos que lo que está pasando son simples accidentes, nos pone un paso por delante.

—No sé. Yo ya no tengo nada claro. He pensado en hablar con César y contarle lo de la nuez para que esté alerta, está con la mosca tras la oreja después de lo de los focos. Igual es buena idea ponerlo al día de todo. —duda Camila.

—No, no lo hagas. —niego con la cabeza—. Cuanta menos gente sepa que estamos seguros de que todo lo ocurrido ha sido provocado, mejor. Es nuestra ventaja, quizás la única; no podemos perderla. —intento convencerla.

—Yo ya no estoy segura de nada. —responde una indecisa Camila.

—Anda, ven aquí. —La abrazo con fuerza y la acurruco contra mi pecho. Sé que hoy ha estado cerca, por un momento yo mismo pensé que esta vez no lo contaba.

Nos quedamos en el hospital toda la noche. Conseguimos dormir a duras penas. Camila insiste en separarse de mí para dejarme descansar, e irse ella a la cama de al lado, pero me niego a separarla de mi cuerpo. Hoy, cuando el aire me faltaba en los pulmones, lo último que me pasó por la cabeza fue que nunca más podría tenerla entre mis brazos. Ahora que puedo hacerlo, no pienso soltarla.

Por la mañana, el médico vuelve a pasar, acompañado de una enfermera.

—Bueno, ya que ha pasado la noche bien y no han habido más complicaciones, voy a darle el alta. No se olvide de conseguir la adrenalina. Es importante. —nos aconseja.

—Muchas gracias por todo, doctor. —Camila le sonrío y este, a pesar de ser un hombre de cincuenta y pico, entrado en canas, la mira embobado. Yo carraspeo para llamar su atención.

—Entonces, ¿podemos irnos ya? —me muestro impaciente. No me gustan los hospitales y últimamente los he visitado más de lo que quisiese.

—Sí, pero si antes de marcharse no le importase sacarse una foto con algunas enfermeras que andan medio desquiciadas por los pasillos desde que saben que está usted aquí, se lo agradecería mucho.

—Por supuesto, antes de irme pasaré por la sala de médicos y sacaremos todas las que quieran. —Sonrío feliz de poder salir ya del hospital. La enfermera que lo acompaña me devuelve la sonrisa encantada.

Me visto y, acompañado por Camila, Erik y César, que nos esperan fuera de la habitación, nos dirigimos a la sala de médicos. Después de estar quince minutos sacándome fotos y charlando con todo el que se acerca, por fin salimos del hospital.

Todavía no he puesto los dos pies en la calle, cuando estoy rodeado de cámaras y micrófonos por todas partes. Siento cómo Camila se tensa a mi lado, y entrelazo mis dedos con los suyos. Me paro sonriendo a los fotógrafos, que aprovechan para bombardearme a preguntas:

«¿Es cierto que casi te mueres, Leo?»

«Comentan que sufriste una sobredosis después del concierto de ayer y que por eso te han ingresado. ¿Qué hay de verdad en ello?»

«¿Estás ya fuera de peligro?»

«¿Es verdad que la discográfica va a exigir que te apuntes a un programa de desintoxicación?»

«¿Se va a cancelar de nuevo la gira?»

Con cada pregunta que escucho, mi paz interior va mermando peligrosamente. Me encantaría hacerle morder el micrófono a más de uno, pero en lugar de eso, muestro la mejor de mis sonrisas igual que siempre, y explico quitándole importancia:

—En ningún momento mi vida ha corrido peligro. Tan solo he sufrido una pequeña intolerancia alimenticia y los médicos han decidido dejarme en observación unas horas. Estoy perfectamente y la gira seguirá su curso, tal y como estaba previsto. El próximo concierto será en A Coruña. Muchas gracias a todos por vuestra preocupación y por estar aquí.

Continúo sonriendo mientras avanzo, ayudado por César Y Erik, que se afanan en abrirnos paso entre los periodistas. Camila me aprieta la mano con tanta fuerza, que parece que me la va a romper. Está tensa, seria, y visiblemente disgustada.



CAMILA

En cuanto ponemos un pie en el aeropuerto de Santiago, siento como si de repente mis pulmones hubiesen aumentado dos veces de tamaño, y me costase menos respirar. A pesar de que, al igual que en cada ciudad a la que llegamos, decenas de periodistas nos esperan para acosarnos con preguntas; aquí, cerca de casa, la losa que siento sobre mi espalda cada vez que veo un micrófono cerca de mi cara, parece más llevadera. Incluso sonrío cuando una periodista nos pregunta si es verdad que vamos a aprovechar estar cerca de casa para casarnos. ¡Casarnos, ni más ni menos! Leo, al igual que hace cada día, pone su sonrisa sexy, esa que hace juego con su mirada y que yo he bautizado como sonrisa *quemabragas*, y contesta con evasivas a cada pregunta que le hacen. Tenemos que desplazarnos hasta A Coruña, primera ciudad de Galicia donde Leo actuará dos días seguidos. A estos conciertos, les seguirán los de Santiago, Lugo y Orense. Después, por fin podremos tener un merecido descanso y regresar a casa unos días, antes de los dos conciertos que darán por finalizada la gira, en Vigo.

Estoy disfrutando mucho con Leo; cada día que pasa soy más consciente de que estoy enamorada de él hasta las trancas. Lo quiero con cada centímetro de mi cuerpo. Pero cada día que pasa, también me cuesta más respirar cuando los micrófonos me rodean, o los focos de los periodistas me ciegan. ¡No entiendo cómo él puede vivir así!

Todo el equipo, a excepción de Erik, César y nosotros, se desplaza en autobuses que la discográfica ha contratado; nosotros vamos en coche. Los autobuses abren la comitiva, César conduce el coche en el que vamos nosotros, y Erik nos cubre las espaldas en otro vehículo.

Cuando por fin conseguimos sentarnos en el coche y César arranca, la voz de Leo me saca de mis pensamientos.

—¿No te parece que esta vez te has pasado un pelín con las medidas de seguridad? —pregunta, mirando hacia atrás y señalando el coche en el que Erik nos sigue.

Yo frunzo el ceño. La bienvenida de los periodistas me ha puesto de mal humor.

—Estás de coña, ¿no? —pregunto entre susurros, con voz enfadada.

Él niega, encogiéndose de hombros.

—A ver cómo te lo explico... Después de que alguien entrase en nuestra habitación y pinchase dentro de una botella de agua, esencia de nuez moscada para intentar matarte, me parece que todas las precauciones son pocas. ¡Me parece increíble que me digas eso! —le reprocho, alzando la voz.

César se revuelve, incómodo, en su asiento. Intenta disimularlo pero, obviamente, está enterándose de toda nuestra discusión.

—A veces parece que estoy cuidando de un niño pequeño y no de un adulto. —continúo rezongando en voz baja, mientras ojeo por la ventanilla para evitar mirarlo a él.

Sé de sobra que mi reacción es totalmente desproporcionada, pero no puedo evitarlo. Los nervios del día anterior, el susto al creer que esta vez de verdad Leo se moría, y la angustia de verme como cada día, rodeada de micrófonos, está empezando a hacer mella en mí.

Me quedo callada esperando una respuesta por su parte, pero no dice ni una palabra. Miro de reojo y lo veo serio, mirando por su ventanilla.

Suspiro y cierro los ojos durante un instante, intentando enviar toda la adrenalina que se me acumula en las venas a dar un paseíto al polo norte, pero nada, que no hay forma; no consigo calmarme.

Llegamos al hotel y de nuevo, encontramos otra marea de periodistas en la puerta, asediándonos con sus micrófonos. Y no solo le interrogan a Leo; ahora que somos pareja, tienen repertorio para los dos: le preguntan a él, me preguntan a mí, y no le preguntan a mi vecina de arriba porque no la tienen delante, ¡que si no también lo harían!

Después de lo que me parece una eternidad, por fin entramos en nuestra habitación, y Leo cierra la puerta tras de sí.

Yo, lanzo mi bolso al suelo y me tumbo en la cama boca arriba, con los ojos cerrados; inspiro profundamente para intentar calmarme, pero no lo consigo. Un nudo me oprime el pecho impidiéndome respirar. Toda la angustia contenida hasta ese momento, sale por cada poro de mi piel. Empiezo a temblar y aprieto los ojos con fuerza, intentando contener las lágrimas, pero es imposible. Estas resbalan libremente por mis mejillas, dejando un reguero salado por mi cuello, hasta morir en la cama. Intento contenerme pero no soy capaz. Todavía con los ojos cerrados y los dientes apretados para intentar contener el llanto y la angustia, siento cómo Leo se acuesta a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos. Con su pulgar, acaricia suavemente mi muñeca.

—Estoy bien. —me susurra tiernamente en el oído.

Escuchar su voz, lejos de calmarme, hace que mi cuerpo se tense todavía más.

—Camila, mírame. —ruega, incorporándose sobre su codo y secando mis lágrimas con su mano.

Abro los ojos y me fundo en su mirada de miel líquida, que recorre mi rostro con intensidad y dulzura.

—Estoy bien. —susurra de nuevo, acariciando mi mejilla.

Entre hipos y temblores, niego con la cabeza.

—Ha estado demasiado cerca esta vez. —consigo pronunciar, con voz temblorosa—. Cuando te vi tumbado, sin reaccionar, fueron los minutos más largos de toda mi vida. ¡Pensé que te perdía, Leo! ¡Creí que no ibas a despertar! —Rompo de nuevo en llanto.

Él se sienta contra la cabecera de la cama y atrae mi cuerpo hacia el suyo. Me acurruca entre sus brazos y comienza a acariciarme suavemente la espalda.

—¡Ahora que por fin te tengo loquita por mis huesos, no creas que vas a librarte de mí tan fácilmente! Va a costarle bastante deshacerse de mí, a quien sea que lo esté intentando.

—No bromees, Leo. ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo de no poder evitar que te pase algo!—confieso finalmente.

Leo besa suavemente mis labios.

—Somos un equipo. Todo va a salir bien. Dentro de poco, terminaremos la gira y podremos descansar de micrófonos y focos. Todo se calmará, te lo prometo.

Lo miro a los ojos deseando poder creer lo que dice, pero en el fondo, muy en el fondo, tengo el presentimiento de que lejos de acabar, esto todavía está empezando, y un pánico irracional y atroz a perderlo, me oprime el corazón.

—Vamos a dormir algo; después de la nocecita de ayer, los dos lo necesitamos. —propone Leo, soltándome un momento.

En cuanto su cuerpo se separa del mío, me siento desamparada. Esta sensación de dependencia y necesidad, no la había sentido nunca por nadie, y no sé si me gusta o me disgusta. Leo se quita las zapatillas y me descalza a mí también.

Separa la colcha de la cama, y en cuanto nos metemos dentro, nos cubre a ambos con ella. Me atrae de nuevo contra su cuerpo, y en cuanto apoyo la cabeza en su pecho y siento su calor envolviéndome, me siento en casa. Dejo escapar un suspiro y, cerrando los ojos con fuerza, me duermo entre sus brazos.



Me despierto sobresaltada, no sé cuánto tiempo he dormido. Palpo la cama a mi lado, está fría. Leo debe de hacer rato que se ha levantado. Me siento y me froto los ojos. Todavía entra luz por la puerta del balcón de la habitación. Recojo mi bolso del suelo y busco dentro mi móvil. Son las cuatro de la tarde. He dormido tres horas. Tengo ocho llamadas perdidas: cinco son de Lena, y tres de mi hermano. Los llamaré en cuanto despierte del todo. Primero necesito coger fuerzas; a saber qué leches les habrá pasado ahora a estos dos. Hoy es día de descanso; no tenemos que desplazarnos hasta mañana por la tarde, ya que el primer concierto es pasado mañana.

Marco el número de Leo, pero tiene el teléfono apagado. ¡Estoy muerta de hambre! Desenvuelvo una chocolatina de propaganda del hotel y me la llevo a la boca. Anoche no cenamos, y hoy solo me he tomado un café antes de salir del hospital. ¡Podría comerme un elefante a bocados ahora mismo! Cojo el mando de la tele y la enciendo. Voy pasando los canales con pereza, hasta que, en uno donde están emitiendo el programa de cotilleo de sobremesa de todos los días, una foto de Leo me saluda. Al lado de su cara, aparece la de una mujer guapísima. Una morena de ojazos azules.

Algo dentro de mí se revuelve, y me quedo paralizada escuchando a los comentaristas. ¡Están diciendo que Leo tiene un hijo con esa mujer! Vuelvo a marcar con la mano temblorosa el teléfono de Leo, pero nada, continúa apagado.

Las siguientes dos horas, soy algo así como un espectro, sentada en la cama, sin poder soltar el mando de la tele e incapaz de apartar los ojos de la pantalla, pero igualmente incapaz de procesar todo lo que mis oídos están escuchando. Niego con la cabeza como una posesa, mientras me tiembla la mandíbula. Todo esto carece de sentido para mí. ¡No puede ser cierto!



Capítulo 17

LEO

Rabia, confusión e impotencia.

Cuando hace cuatro horas, recibí la llamada de mi manager, creí que era una simple llamada de cortesía para preocuparse por mi estado de salud, tras saltar la noticia de mi ingreso en el hospital. ¡Nada más lejos de la realidad! Conforme sus enfurecidas palabras iban saliendo de su boca, esas tres sensaciones: rabia, confusión e impotencia; iban poseyendo todo mi ser. En cuanto colgué el teléfono, llamé a mi abogado y, este, cogió el primer vuelo disponible. Le reservé una habitación en el hotel y lo esperé durante tres horas, hasta que por fin llegó. Va a quedarse unos días con nosotros, hasta que decidamos qué hacer y después... Después ya se verá. «¡Todo esto es una pesadilla!», maldigo en voz alta, y me obligo a calmarme antes de entrar en la habitación, donde he dejado a Camila durmiendo.

Abro la puerta y entro llamándola.

—¡Camila!

No hay contestación.

—Camila, ¿estás aquí? —Alzo la voz, avanzando por la pequeña sala que la suite tiene antes del dormitorio.

Llego al marco que separa las dos estancias y la veo. El alma se me cae a los pies en cuanto fijo los ojos en ella. Maldigo de nuevo, esta vez para mis adentros. Me mata verla así.

Está sentada en la cama, y en su mano izquierda sostiene su móvil. Tiene la vista fija en la pantalla de la televisión. Está pálida y sus preciosos ojos azules, se ven enrojecidos por haber estado llorando.

—Cami, ya estoy aquí. —susurro, sentándome a su lado. Camila parpadea un par de veces, y gira la cabeza hacia mí.

Me observa con la mirada perdida y aprieta un poco más el teléfono. ¡Quiero, necesito estrecharla entre mis brazos y decirle que todo va a salir bien!, pero parece tan frágil ahora mismo, que no me atrevo siquiera a respirar. Si antes me sentía como el culo, eso no era nada comparado a la opresión que siento en el pecho al ver cómo Camila me mira incrédula y dolida.

—Cami, dime algo, por favor. —suplico, sin desviar la mirada de su cara.

Ella parece reaccionar.

—Te estaba llamando, pero no lo cogías. —afirma, con un hilo de voz.

—Lo siento, estaba reunido con mi abogado, que ha venido desde Madrid. —me disculpo, y con sumo cuidado, le acaricio la mejilla. Ella cierra los ojos ante el contacto de mis dedos, y una lágrima resbala por su mejilla.

—Estaban diciendo unas cosas horribles. —balbucea—. Decían que dejaste embarazada a una chica y que después la amenazaste para que no tuviese el niño. ¡Dice que tuvo que escapar del país durante su embarazo por miedo a que tomases represalias contra ella! El niño tiene cinco años. Ella dice que nunca quisiste saber nada de él. ¡Que ni siquiera te preocupaste por saber si había llegado a nacer! ¿¡Por qué dicen esas cosas, Leo!?! ¡No entiendo cómo alguien puede decir todas esas mentiras y quedarse así, tan ancho! —Solloza ella, clavando su mirada en mis ojos.

—Escúchame bien, Camila. —le pido, agarrando su cara entre mis manos y apoyando mi frente en la suya—. Es cierto que por esa época, cuando el grupo despuntó, hubo un momento en el que los excesos estaban a la orden del día en mi vida. Copiosas fiestas, alcohol y muchas mujeres. —Ve el dolor que le provocan mis palabras, pero necesito seguir hablando, necesito que sepa la verdad, así que continúo—: No estoy especialmente orgulloso de mí mismo. No puedo garantizar que no me haya acostado con esa mujer ni que el niño no sea hijo mío, porque probablemente aunque fuera verdad, no la recordaría. Pero sí puedo asegurarte que nunca, jamás en mi vida, la he amenazado a ella ni a nadie.. Si es cierto que se quedó embarazada de mí, nunca me lo dijo; pero te juro que yo nunca me desentendería de algo así. Por favor, necesito que me creas.

Ella acerca su boca a la mía y deposita un suave beso en mis labios.

—Te creo.

Esas dos únicas palabras consiguen que mi corazón vuelva a latir. Por primera vez en más de cinco horas, siento algo de tranquilidad en mi interior.

—Entonces, ¿puede ser cierto que tiene un hijo tuyo? —pregunta Camila. Intenta disimularlo, pero distingo una nota de temor en su voz. Aun así, no voy a mentirle.

—Podría ser. —admito finalmente—. Siempre tomaba precauciones, pero como ya te he dicho, en esa época los excesos, las fiestas y las mujeres, eran habituales en nuestro día a día. Yo no la recuerdo. No me suena de nada, pero

teniendo en cuenta la cantidad de mujeres con las que me acostaba y la cantidad de whisky que llevaba en el cuerpo la mayor parte de las veces que lo hacía... Que no la recuerde no garantiza nada.

—¿Estás seguro de que nunca se acerco a ti para decirte que estaba embarazada o que había tenido un hijo tuyo?

—Estoy completamente seguro de que nunca me dijo nada.

Camila se pone de pie y comienza a pasearse nerviosa por la habitación.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Quiero decir... Si esa mujer no se ha puesto en contacto contigo en cinco años. ¿Por qué ahora sale en televisión contando algo así? ¡No lo entiendo! —levanta la voz, frustrada.

—Imagino que necesitaré dinero. —Pienso en voz alta.

—No me cuadra, Leo. —niega Camila con la cabeza—. Si realmente es una cuestión de dinero, lo más lógico es que se hubiese puesto en contacto contigo y que te lo hubiese pedido. Siempre le habría quedado la opción de la televisión si tú te hubieses negado, pero no ha dado opción. ¡Se ha ido directamente a hablar con ellos! Y no es solo eso, ¡es que te acusa de haberla amenazado! Dice que se vio sola en el extranjero porque no tenía familia que la apoyase, ni dinero; que tuvo que huir porque tenía miedo por el niño y por ella misma. ¿Por qué miente? ¿Qué gana con eso? De verdad que no lo entiendo, se me escapa. ¡Tal y como te ha pintado, Jack el destripador casi parece un angelito comparado contigo! —bufa, indignada—. Y vale, —continúa hablando Camila, mientras gesticula con los brazos, acelerada—, es cierto que en esa época eras un cretino, egocéntrico e irresponsable, que se creía el rey del mundo, pero eso no le da derecho a tratarte como si fueses la peste negra.

Pese a la gravedad de la situación, el comentario me hace gracia y sonrío.

—No le veo la gracia, la verdad. —Camila se para de golpe y me fulmina con la mirada.

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco entiendo nada. —Mi sonrisa se torna amarga—. Y no, tienes razón, no tiene ninguna gracia porque sé que, aunque esto se aclare, la duda ya está sembrada; siempre habrá quien me vea como el tipo que amenazó y abandonó a su suerte a una chica. ¡Dios! —grito con furia, llevándome las manos a la cabeza.

Camila se acerca y se pone de cuclillas delante de mí.

—Leo. —pronuncia mi nombre con extremada delicadeza—. Leo. —repite,

al ver que no la miro. Posa sus manos sobre las mías y me obliga a levantar la mirada—. No estás solo, estamos juntos en esto.

—No es justo que esto te salpique, Camila, tú siempre has sido una buena chica. No es justo que estés aquí, pasando por todo esto por mi culpa. —susurro—. Si antes, el acoso de la prensa ya era incómodo, ahora va a ser imposible dar un paso sin tenerlos encima. Va a ser un acoso y derribo todos los días, a todas horas. Si decides que no quieres o no puedes estar aquí, enfrentándote a esto, lo entenderé. —admito, con el corazón encogido.

—Estoy justo dónde y con quien quiero estar. No pienso ir a ningún lado si no es contigo, Leo. Solucionaremos esto juntos.

Camila se sienta a mi lado y la abrazo con fuerza. Me anclo a ella como si estuviese luchando contra una tempestad, y ella fuese mi único salvavidas. Permanecemos así durante unos minutos, hasta que, mirándola fijamente, dejo salir todo lo que llevo dentro resumido en dos palabras:

—Te quiero, Camila, te quiero muchísimo.

Ella sonrío y me mira fijamente, con los ojos brillantes.

—Yo también te quiero, Leo. Siempre te he querido. —admite al fin.

—¿Aunque sea un cretino, egocéntrico e irresponsable, que se cree el rey del mundo?

Camila me besa con ternura.

—Incluso así.

—Cami. —pronuncio su nombre con la voz tomada por la emoción.

—¿Qué?

—Tú eres el único mundo en el que quiero reinar.

Ella me acaricia la mejilla.

—Vamos a solucionar esto, Leo, te lo prometo.

—Eso espero. Por ahora, lo único que podemos hacer es comer algo; llevamos sin tomar una comida decente desde ayer. —Me levanto para llamar al servicio de habitaciones y pedir la cena—. La *tata* dice que con el estómago lleno se piensa mejor. —añado sonriendo con cariño, al recordar a mi abuela.

—La *tata* es una mujer sabia. —Camila sonrío también—. Una mujer sabia con la que tienes que hablar en cuanto terminemos de cenar. Seguro que tanto

ella como tu madre se habrán enterado de todo. No puedes demorarlo más, Leo.

Pongo una mueca de disgusto al pensar en mi abuela y en mi madre; menuda decepción deben de sentir si han visto la tele hoy.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que no se hayan enterado? —pregunto, sabiendo de antemano la respuesta.

—Sí. —responde, ella mirándome con el ceño fruncido.

—¿En serio? —Alzo las cejas, incrédulo.

—Sí. —repite ella—. Si de repente, se han quedado ciegas y sordas, hay una pequeña, pequeñísima posibilidad. ¡Leo, por Dios, claro que no hay ninguna posibilidad! —niega Camila, poniendo los ojos en blanco—. ¡Si es cierto que hay vida en otros planetas del universo, incluso ahí se habrán enterado! Tienes que hablar con ellas, y tienes que hacerlo ya. —me amenaza con el dedo—. Yo tengo que llamar a Lena y a mi hermano, tengo tropecientos llamadas tuyas, así que este es el plan: cenamos algo y después cogemos al toro por los cuernos, o lo que es lo mismo, llamamos por teléfono. —dice resignada, fingiendo un escalofrío que me hace sonreír.



CAMILA

Media hora después, llaman a la puerta y corro a abrir. El hambre se me fue en el momento en que encendí la televisión, pero tenemos que comer.

Abro la puerta y me quedo paralizada.

—Hola, Camila, ¿vas a invitarme a entrar, o prefieres que me quede en el pasillo toda la noche?

—¡Lena! —La abrazo con fuerza. Ella me devuelve el abrazo y me susurra al oído:

—Tranquila, ya estoy aquí. Todo va a salir bien. —No soy consciente de cuánto la necesitaba hasta este momento. Me aparto para que entre en la habitación. Solo lleva una maleta de mano, que yo recojo del suelo y meto dentro.

—Lena, ¿qué haces aquí? —pregunta Leo sorprendido, cuando sale del baño y nos encuentra a las dos en la habitación.

—Pues veamos, así, a modo de resumen... Estaba ayer en mi casa tranquilamente, cuando de repente veo por televisión que estáis en el hospital, y por si eso fuese poco, a las pocas horas, una arpía sale por la tele hablando de ti como si fueses poco menos que un psicópata. Digamos que después de llamar a Camila unas veinte veces, y de que no me cogiese el teléfono, decidí acercarme a A Coruña a dar un paseíto, más que nada para ver si la torre de Hércules sigue en el mismo sitio. —responde ella, molesta, cruzándose de brazos—. ¿¡Qué demonios creéis que hago aquí!? ¡Estábamos preocupadísimos! Camila, llama ya a tu hermano porque está como loco; si yo te he llamado veinte veces él debe de haber superado las cuarenta. Os libráis porque está trabajando y no ha podido escaparse... Pero yo que tú lo llamaría ya.

Conozco a Lena y sé, que ni está exagerando, ni está bromeando. Cojo el teléfono y llamo a mi hermano. Me descuelga al primer tono.

—¡Hombre, por fin, ya era hora!

—Lo siento, Yago, no te enfades.

—¡Qué no me enfade dice! ¿¡Pero tú sabes lo preocupado que estaba!? — Está gritando como si se hubiese vuelto loco; tengo que separar el teléfono de la oreja para evitar que me rompa el tímpano.

—En serio, Yago, no estoy de humor para regañinas ni reproches; o te calmas o te cuelgo. —Mi voz, falsamente calmada, debe de ser suficiente señal de alarma para mi hermano. Lena, que me conoce y sabe que estoy a punto de explotar, arquea las cejas. Leo me mira preocupado.

Escucho cómo Yago inspira profundamente un par de veces.

—Vale. Quiero saber si todo eso que han dicho es cierto o no —exige, intentando mantener la calma.

—Hay una parte que no es cierta, la otra no lo sabemos con seguridad. —admito, con tristeza. Me siento en la cama esperando que mi hermano vuelva a poner el grito en el cielo, pero no lo hace.

—¿Qué parte es mentira?

—Leo no amenazó a esa chica, ni le pidió que no tuviese al bebé, ni la obligó a irse a ningún sitio. Él no sabía que estaba embarazada. Se acaba de enterar hoy.

—Entonces, ¿es cierto que el niño es suyo? —insiste Yago.

Me quedo callada durante unos segundos.

—No lo sabemos con seguridad, pero es posible. —pronuncio lentamente, arrastrando las palabras como si estas pesasen una tonelada.

—¿Qué vais a hacer?

—Cenar. —respondo automáticamente.

—¡Camila, no estoy de broma! ¿Qué vais a hacer? —Mi hermano está angustiado y preocupado, y lo entiendo, pero ahora mismo no soy precisamente la reina de la sutileza.

—Yo tampoco estoy de broma, Yago. Vamos a cenar. Lena acaba de llegar y vamos a comer algo. Mañana será otro día.

Él se queda callado unos instantes.

—Te quiero, Camila, y también a Leo. Solo quiero que estéis bien.

—Lo sé, Yago. Yo también te quiero.

Cuelgo el teléfono y observo a Lena y a Leo, que me miran fijamente, uno al lado del otro.

El servicio de habitaciones no tarda en traernos la cena. Comemos en silencio, y una hora después, Lena se marcha a su habitación y nosotros nos

dormimos abrazados, con la esperanza de que al despertar, todo haya pasado y solo haya sido un mal sueño.



Capítulo 18

Me despiertan unos golpes en la puerta. Miro el reloj del móvil. Son las seis de la mañana. ¿Quién leches puede ser a esta hora? Me levanto con cuidado para no despertar a Leo; anoche le costó conciliar el sueño. Me asomo a la puerta y pregunto en voz baja antes de abrir.

—¿Quién es?

—Soy yo, abre. —Escucho la voz de Lena entre susurros.

Abro la puerta inmediatamente.

—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas? ¿Te encuentras bien? —La miro de arriba a abajo. Va vestida con ropa deportiva. Se nota que ha perdido peso.

—Vístete, nos vamos a pasear por la playa.

—¿Ahora? —La miro con escepticismo.

—Noooo, mañana, pero vengo a avisarte con tiempo. ¿¡Quieres dejar de preguntar tonterías y vestirte de una vez!? —me pide, impacientándose.

Su gesto me hace sonreír.

—Dame dos minutos, enseguida salgo.

Me pongo unos leggins, una camiseta de manga corta, y una sudadera larga. Me recojo el pelo en una coleta alta y me lavo la cara en el baño, a toda velocidad. Cuando salgo al pasillo, Lena me espera con la espalda apoyada en la pared. Nos dirigimos al ascensor y saludamos a Erik, que acaba de empezar su turno de vigilancia en nuestra planta.

El hotel queda delante del paseo de Riazor, por lo que solo necesitamos cruzar la calle para bajar las escaleritas del paseo que nos lleva directas a la arena.

Ambas nos descalzamos y, sosteniendo las zapatillas en la mano, empezamos

a caminar.

La playa está desierta, el sonido de las olas rompiendo en la orilla es lo único que interrumpe nuestro silencio. El viento, todavía frío a estas horas, nos enrojece las mejillas. Me paro un instante y, cerrando los ojos, respiro el olor a mar, ese que tan bien conozco y que tantos recuerdos me trae.

La voz de Lena interrumpe el silencio que nos envuelve.

—No hacíamos esto desde que volvimos de Washintong.

—Es cierto. —Rememoro los tiempos en que cada día hacíamos esto mismo, cuando vivíamos en Estados Unidos—. Lo necesitaba. —reconozco, girando la cabeza hacia Lena y abriendo los ojos para mirarla—. Gracias por traerme.

—De nada. —responde ella, enganchándose de mi brazo y comenzando a andar de nuevo.

—¿Qué vais a hacer ahora, Camila? Esto es serio.

—Lo sé. —suspiro con resignación—. No sé lo que vamos a hacer; dentro de unas horas tenemos una reunión con el abogado. Después he de desplazarme al estadio para prepararlo todo para el concierto.

—Despreocúpate hoy de eso, yo estoy aquí. Yo me encargo.

—Gracias Lena, no sé qué haría sin ti.

—Solo quiero que estés bien. No te voy a preguntar si quieres a Leo porque sé de sobra que siempre le has querido, pero sí creo que deberías plantearte si esto, si todo esto, es lo que quieres para tu vida.

Me paro de golpe, mirándola fijamente. Ella me sostiene la mirada.

—¿Qué quieres decir? —Mi voz se ha vuelto más fría que el agua del mar que se estrella contra la arena, a unos metros de nuestros pies.

—No me digas que nunca lo has pensado, Cami. Puedes engañar al resto, pero no a mí. Te conozco como si te hubiese parido y sé, que por mucho que quieras a Leo, por mucho que quieras estar con él, todo eso de la prensa, el acoso mediático, la falta de privacidad... Todo eso te consume. Puedes intentar engañarte a ti misma, pero a mí no me engañas. —advierte, cruzándose de brazos.

Desvío la mirada de sus expectantes ojos, y comienzo a caminar. Lo pienso durante unos minutos, antes de responderle:

—No te voy a mentir. Es cierto que la prensa me agobia, y mucho. Las fans gritando como locas cada vez que lo ven... ¡Me agota todo eso! Pero cuando la otra noche lo vi acostado en la cama, casi sin poder respirar... ¡Creí que se moría, Lena! ¡Creí que lo perdía para siempre! —confieso, con voz temblorosa—. Y cualquier duda que me pudiese quedar, se disipó en ese momento porque el terror de pensar que no iba a volver a verlo, que no iba a poder sentirlo nunca más, me paralizó. Me di cuenta de que no me imagino la vida sin él. No quiero imaginarla.

Lena me mira fijamente y me abraza.

—Yo solo digo, que va a llegar un momento en el que no solo será la prensa. Leo es quien es, y llegará el punto en el que tendrás que elegir entre tener una vida propia, o que él sea toda tu vida. Tú vas a ser la que va a tener que renunciar a todo, él simplemente seguirá viviendo su vida contigo a su lado, y en ese momento, Camila... En ese momento espero que el amor sea suficiente.

—Eso no pasará. Ese momento no va a llegar. Encontraremos un término medio. Los dos podremos complementarnos y vivir nuestra vida juntos. Ninguno tiene por qué renunciar a la suya —Me muestro confiada porque realmente creo que así va a ser. Leo nunca me pediría que renunciase a mi vida.

—Eso espero, pero sabes que pase lo que pase, yo estaré a tu lado.

La miro agradecida, sé que es cierto. Pase lo que pase, Lena siempre estará ahí; es mi anclaje, mi punto de apoyo.

—¿Tú qué tal estás? —La miro preocupada—. Todavía no hemos hablado sobre tu embarazo, y sabes que es un tema que tenemos pendiente.

—Estoy bien.

—No lo parece, has perdido peso. —la contradigo.

—Tu sobrina es bastante peleona, me está dando un inicio de embarazo movidito. —Se mira la barriga mientras se la acaricia con cariño.

—¿Mi sobrina? —Aguanto la risa.

—Va a ser una niña. —responde Lena con seguridad.

—¿Y eso lo sabes por...?

—Eso lo sé porque soy su madre y lo presiento. —La miro preocupada y Lena suspira con resignación—. En serio, Camila, no te preocupes. Aparte de que vomito un montón, estoy perfectamente.

—¿Has vuelto a hablar con mi hermano?

—Desde que estuvimos con vosotros en Madrid, me ha llamado unas cuantas veces para preguntarme qué tal me encuentro, o si necesito algo. Quitando eso, solo hablamos ayer, antes de que me marchase. Me llamó para saber si sabía algo de ti porque te estaba llamando y tampoco le cogías a él el teléfono.

—Lena, sé que mi hermano no se ha portado demasiado bien, pero...

Ella se para en seco de nuevo, y me mira fijamente. Su mirada me deja helada, y nunca mejor dicho. Nunca había visto a Lena con una mirada tan fría. Esa normalmente soy yo. Ella es dulce, tímida y cariñosa; todo lo contrario a lo que yo soy. Por eso, verla así, con ese gesto duro en su bonito rostro, hace que me recorra un escalofrío. Presiento que debe de haber sufrido más de lo que yo pensaba, y yo, tan metida en mi mundo como estoy, no he sido tan buena amiga como debería. No he estado con ella. Maldigo para mis adentros: «¡Maldita sea!».

—Camila, te quiero; eres mi mejor amiga y te adoro, lo sabes. Pero no pienso hablar contigo de tu hermano. No es fácil para mí porque es eso, tu hermano. Sé que tú lo quieres con locura. Eso lo entiendo y lo respeto. Pero yo no lo estoy pasando bien y no me siento cómoda hablando contigo de él. Te pido que tú también lo respetes.

Muero de pena al verla así, pero sé que lo que me pide es justo.

—Lo respeto, pero sabes que estoy aquí. Sé que últimamente no he estado muy presente, pero en cuanto la gira termine, no pienso separarme de ti ni de mi sobrinita. Voy a malcriaros a las dos. No pienso perderme ni una sola ecografía.

Lena se echa a reír, y su mirada vuelve a ser la de la dulce chica de siempre.

—¿Eso es una promesa o una amenaza? —pregunta, sonriente.

—Un poco de cada.

—¿Sabes? Hace unas semanas escuché el latido del corazón de mi niña. — Lena me mira con los ojos llenos de emoción—. Desde ese momento, todo ha ido mejor.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Pues porque no estabas, te hubieses sentido mal por no poder venir conmigo, y no quería que estuvieses preocupada por mí. Pero, ¿sabes qué? No me arrepiento; ese momento fue mío y de mi lencejita. Fue mágico. En el

momento en que escuché su corazón latiendo a toda velocidad, todo cobró sentido.

Asiento con la cabeza, emocionada, pero no puedo evitar sentirme disgustada al imaginarla pasar sola ese momento.

Está amaneciendo. Las dos nos sentamos en la arena durante unos minutos, a observar cómo el sol se va apoderando del firmamento.

—Deberíamos volver, Leo va a preocuparse.

—Sí. Además, tengo frío. Empiezo a no sentir los dedos de las manos, y eso no es demasiado saludable para una embarazada. —Sonríe Lena. Me levanto y le doy la mano para ayudarla a ponerse en pie. Paseando, regresamos al hotel.



LEO

Escucho a alguien golpear la puerta de la habitación. Me revuelvo perezoso en la cama, y alargo la mano para tocar a Camila, pero no está. Abro los ojos de golpe y enciendo la luz, para buscarla por la suite. Miro en el baño, pero no hay ni rastro de ella.

Vuelven a golpear la puerta insistentemente, y sonrío pensando que es Camila, que ha salido a por algo y se ha dejado la tarjeta dentro. No me molesto siquiera en ponerme un pantalón. En *boxers*, me dirijo a abrirle.

—¿Se puede saber a dónde has ido a estas horas? —pregunto sonriendo, mientras abro la puerta de par en par. Pero, al otro lado, no me encuentro a Camila sino a un Erik, que me mira con cara de circunstancias, y visiblemente incómodo.

—¿Qué le ha pasado a Camila?, ¿dónde está? —pregunto automáticamente, relacionando la falta de mi novia en la habitación, con la preocupación que veo en el guardaespaldas.

—No te preocupes, Camila está bien. Salió hace un par de horas con Lena.

Aliviado, me alejo de la puerta para ponerme un pantalón y una camiseta. Miro la hora en el móvil que tengo sobre la mesilla. Son las ocho de la mañana.

—¿Qué sucede entonces? —Ahora me siento mucho más tranquilo. Sabiendo que Camila está bien, no puede ser algo tan malo.

—Siento haberte despertado, dudaba sobre si venir ahora o esperar un poco y hablar directamente con Camila. —se disculpa Erik, incómodo—. Pero creo que debes ver esto.

Me tiende un sobre grande, en el que yo no había reparado. Lo cojo sin entender a qué viene todo esto.

El sobre es blanco y abultado. En él, solamente aparece mi nombre impreso en tinta. Está cerrado.

—¿No lo has abierto? —pregunto a Erik, alzando la vista.

—No, pero me parece todo muy extraño. Poco después de irse Camila y Lena, el ascensor volvió a subir a nuestra planta. Me pareció raro que ellas volviesen tan pronto, y como nadie más del equipo había abandonado las

habitaciones desde que yo empecé mi guardia... Teniendo en cuenta que esta planta solo la ocupamos nosotros... En fin, que me extrañó ver detenerse el ascensor aquí. Cuando las puertas se abrieron, no había nadie dentro, pero este sobre estaba en el suelo. César está ahora en recepción intentando averiguar quién ha entrado en el hotel durante las dos últimas horas.

Miro el sobre por un lado y por el otro, y finalmente lo abro. Lo que veo dentro me deja de piedra. Me siento palidecer. Erik se acerca a mí al ver mi reacción, para ver el contenido.

Dentro hay un montón de fotos de mi madre y de la *tata*, todas ellas fechadas. Las fechas comienzan el día de mi primer concierto en Madrid. En ellas, se ve a la *tata* con su silla de ruedas tomando el aire delante de la puerta de casa, a mi madre yendo a la compra, hablando con un par de señoras en el paseo de la playa... ¡Hay incluso una foto de la *tata* dentro del salón de casa viendo la televisión! Una furia ciega me invade.

—¿¡Pero cómo puede ser posible esto!?! —grito enfadado, frustrado y preocupado. La voz de Camila me hace desviar la vista de las fotos.

—¿Qué pasa? —pregunta, con gesto preocupado.

—¿¡Qué pasa!?! ¡Esto es lo que pasa! —grito mientras le tiendo las fotos y empiezo a pasear por la habitación como un león enjaulado. Me echo las manos a la cabeza y vuelvo a gritar—: ¡Joderrrr! ¿Es que esto no va a acabar nunca? ¿¡Pero se puede saber qué he hecho yo!?!

Camila y Lena observan las fotos y sus caras parecen un poema; se miran entre ellas y vuelven a revisarlas, alucinando.

—¿De dónde han salido, Erik? —pregunta Lena.

Erik les explica lo que me ha relatado a mí hace unos minutos: que la puerta del ascensor se abrió, y el sobre estaba en el suelo, a mi nombre.

—Alguien ha tenido que ver algo, el hotel tiene cámaras; han tenido que captar la imagen de la persona que ha dejado el sobre en el ascensor. —opina Camila, mientras vuelve a mirar las fotos—. No te preocupes, nos vamos a encargar de esto. —añade, mirándome a mí.

Me paro en seco.

—¿¡Que no me preocupe!?! ¿¡Cómo demonios pretendes que no me preocupe!?! ¡Hay una foto tomada desde el interior de mi casa, Camila! ¡Quien está haciendo esto, ha entrado en mi casa cuando mi abuela estaba viendo la tele,

y le ha sacado una foto! ¡Imagínate, que en lugar de ponerse a hacerle fotos, le hubiese dado por hacerle algo! ¡Y todo por mi culpa! —continúo gritando sin poder contenerme. Camila le da las fotos a Lena y se acerca a mí. Coloca ambas manos en mis brazos, obligándome a quedarme quieto, y me mira fijamente.

—Primero, nada de lo que haga esa persona es culpa tuya. Y segundo, no quería hacerle nada a ellas; a juzgar por esas fotos, le han sobrado oportunidades para hacerlo de haber querido. Lo único que pretende es asustarte y agobiarte, así que no le des ese gusto.

La escucho e intento creerla, pero la imagen de la *tata* en el salón, viendo la tele mientras alguien la acecha sacándole fotos, no se me va de la cabeza.

—Leo. —Camila pronuncia mi nombre con dulzura y me abraza—. Todo va a salir bien. Te prometo que no les va a pasar nada. —susurra en mi oído—. Voy a hablar ahora mismo con un par de nuestros agentes para que las tengan controladas, y mañana, cuando vuelva, me encargaré yo misma de hacerlo.

Lena se acerca a nosotros y posa su mano en mi brazo.

—Camila tiene razón, todo va a salir bien. Recuerda que tienes el mejor equipo de seguridad del mundo —Me guiña un ojo sonriéndome.

Suspiro con resignación y me separo un poco de Camila, para mirarlas a ambas alternativamente.

—Que no se den cuenta de que las tenéis vigiladas. Sed discretas, por favor.

—Creo que sería mejor informarlas para que pudiesen estar alerta. —objeta Lena, mirando a Camila.

—¡No! Ni se os ocurra decir nada de esto. Por lo menos, no hasta que los conciertos en el resto de Galicia se acaben y podamos volver a casa. Yo mismo hablaré con ellas entonces, si es necesario. Pero no antes.

—Pero... —Va a oponerse Lena, frunciendo el ceño, pero la interrumpo:

—¡Pero nada, Lena! Mi madre está ya lo suficientemente disgustada con la historia del embarazo, como para añadir algo más. ¡No quiero que se enteren de esto y no pienso ceder esta vez!

—Está bien. Faltan un par de semanas para que tengamos unos días libres antes de los dos conciertos en Vigo que darán por terminada la gira; nos tomaremos esas dos semanas de plazo, para decidir si les decimos algo o no. —cede Camila, y con ello se gana una mirada enfadada por parte de su compañera,

que se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—Vale, lo haremos como queráis. Pero Camila, esto no es profesional, y tú siempre has sido una gran profesional. Creo que lo que hay entre vosotros, no debería influirte para tomar decisiones en lo que al trabajo se refiere. Sabes de sobra que un error puede pagarse muy caro.

—Lo sé, Lena, tienes toda la razón. Pero este caso es... distinto. Confío en ti para que las tengas protegidas sin que se enteren de nada. ¡Por favor! — ruega Camila, poniéndose delante de su amiga y haciendo pucheritos.

—Voy a intentarlo, pero quiero que los dos tengáis claro, que si la cosa se complica y considero que su vida puede correr peligro real en algún momento, no voy a dudar en hablar con ellas. Os guste o no. —termina aceptando Lena, de mala gana.

—Me parece justo. Gracias, Lena, eres la mejor. —La abraza Camila con cariño.

—Ya, ya, ya. —responde Lena, poniendo los ojos en blanco—. No me hagas la pelota, que nos conocemos. Me voy ya hacia Riazor, para que vosotros podáis ir a hablar con el abogado con calma. Prepararé todo lo necesario para el concierto de esta noche.

—Gracias, Lena, de verdad. Aprecio mucho todo lo que estás haciendo por mí. Eres un cielo. —Me acerco a abrazarla. Ella me devuelve el abrazo, pero se separa y me mira fijamente a los ojos, con una intensidad que pocas veces he visto en ella.

—No te confundas, Leo. Puedo ser un cielo, pero también puedo ser un cielo muuuuy negro. Si le haces daño a mi amiga, soy muy capaz de cortarte los huevos y hacerme unos pompones con ellos con mis propias manos. Camila es una de las pocas personas que siempre ha estado a mi lado; no quiero y no pienso permitir que nadie la lastime. ¿Me he explicado con claridad, o necesitas que te lo cante para que me entiendas? —pregunta poniendo una sonrisa dulce, que bien podría ser un arma mortal.

—Perfectamente. —asiento, todavía sorprendido por su arranque. Si de alguien no me esperaba una salida así, era de Lena. La tímida y dulce Lena.

—Eso pensaba. —murmura mientras se dirige hacia la puerta.

—Lena —la llamo antes de que salga de la habitación.

—¿Sí?

—Camila es afortunada de tenerte.

—Tú también puedes ser afortunado de tenerme, Leo. Puedo ser tu mejor amiga o tu peor dolor de cabeza... Tú, simplemente, intenta no cagarla.

Miro a Camila, que nos observa a ambos intentando contener la risa, y abro la boca de par en par, alucinado.

De repente, unos golpes en la puerta nos distraen tanto a nosotros como a Erik, que está tan alucinado como yo, con la escena que acaba de presenciar.

Lena abre la puerta, y un contrariado César la abraza antes de entrar.

—Lena, Erik me dijo que llegaste ayer. —La abraza con cariño—. ¿Cómo estás? —se interesa, mirándola preocupado.

El gesto de Lena se suaviza mientras se acaricia la barriga con la mano.

—Las dos estamos muy bien, no te preocupes.

Él asiente.

—Tenemos que hablar antes de que te vayas. —La voz de César suena casi como una amenaza.

—Después. —acepta ella—. ¿Has encontrado algo en las cámaras de seguridad?

—Nada que nos valga.

—Explícate. —pide Camila, avanzando unos pasos para situarse al lado de Lena.

—En las cámaras de seguridad se ve entrar en el hotel a un hombre con cazadora de piel negra. Va de espaldas, lleva el cuello subido, gafas de sol y un gorro de lana. Sabe lo que hace; se las ingenia para que las cámaras en ningún momento le graben la cara. Se le ve dirigiéndose hacia el ascensor. Después, la cámara de la zona de ascensores lo graba depositando el sobre en el suelo y pulsando el número de esta planta, pero no se le ve la cara, ni siquiera un poco. Es imposible distinguir ningún rasgo en él que pueda ayudarnos.

—¿Estás seguro? ¿Has revisado bien todas las grabaciones? —Camila parece decepcionada.

—Segurísimo. Complexión media, cazadora negra de cuero, gorro negro y gafas de sol. Nada más.

—¿Le has preguntado a la recepcionista si se fijó en él?, ¿en algún detalle?

—insiste Lena, a quien también se la ve frustrada.

—Yo le pregunté antes. —responde Erik, que hasta ese momento ha estado escuchando—. Estaban haciendo el *chek in* de un grupo de japoneses en ese momento, y no apreciaron nada extraño, por lo que no le prestaron atención. Ni siquiera lo vieron salir del hotel.

—¿Cabe la posibilidad de que no haya salido y siga aquí? —Veo dudar a Camila.

—Sí ha salido. Las cámaras lo grabaronn abandonando el hotel tres minutos después de haber entrado. —confirma César.

Camila y Lena se miran durante un instante, hasta que finalmente Lena toma la palabra:

—César y Erik, os venís conmigo al estadio, junto con los demás, para prepararlo todo. Sé que no es necesario que os lo diga, pero ahora más que nunca, tenemos que tenerlo todo bajo control. ¡No quiero ni un solo fallo! Cuando sea el momento de que Leo se desplace al concierto, vendréis a buscarlo. —Empieza a organizarlos Lena.

—En ese momento, César, tú conducirás el coche en el que nos desplazaremos Leo y yo. Tú, Erik, nos cubrirás las espaldas en otro coche. La policía nos abrirá camino como en todas las demás ciudades, por supuesto. —continúa explicando Camila—. Tenemos que tenerlo todo bajo control, pero no quiero darle a ese individuo la impresión de que nos está poniendo nerviosos. No vamos a darle esa satisfacción.

Después de concretar un par de detalles más, los tres salen de la habitación y nos quedamos solos. Camila se dirige hacia la mesa en donde he dejado las fotografías y el sobre. Mete las fotos y guarda el sobre en el armario.

Me siento en la cama y la observo en silencio. Ella, sube a la cama y se acerca por detrás.

—Tranquilo, todo va a salir bien. —me dice al oído en voz baja, mientras me abraza.

Me giro y la miro, atormentado.

—¿Qué? Sabes que puedes decirme lo que quieras, Leo. No te lo calles.

—Es todo esto. —digo, señalando a nuestro alrededor.— Todavía no sabemos cómo lidiar con el tema de mi supuesta paternidad, y surge el asunto de

las fotos. Es como si siempre fuésemos un paso por detrás.

—A veces es mejor ir detrás, para ver las cosas con perspectiva, Leo. Todo se va a arreglar. —me consuela ella, besándome en los labios con dulzura.

Lo que comienza como un beso dulce, se vuelve intenso y apasionado. Camila me muerde el labio, todo mi cuerpo se tensa, y el deseo brutal que siento por ella cada vez que la toco, se entremezcla con la intensidad y la adrenalina que recorren mi cuerpo en este momento. Introduzco una mano por dentro de la sudadera que lleva puesta, y saco un pecho fuera del sujetador, para pellizcarle el pezón que se endurece contra mis dedos.

Camila ahoga un gemido en mis labios, y ese sonido me parece lo más excitante y erótico que he escuchado nunca. Poso mis dedos encima de su pantalón de deporte, y acaricio por encima de la tela, su zona más sensible.

—Quiero que te acaricies como yo lo estoy haciendo. —ordeno con la voz entrecortada, frotando su pezón con la palma de mi mano.

Camila me mira a los ojos y se muerde el labio inferior, mete su mano por dentro de su sudadera y comienza a pellizcarse el pezón, mientras yo continúo friccionando su clítoris por encima de la tela del pantalón.

Me estoy volviendo loco viéndola gemir mientras se acaricia. La empujo suavemente para que caiga acostada sobre la cama, y le bajo el pantalón. Me quito de un solo movimiento el mío, junto con los *boxers*, y me posiciono encima de ella. Froto mi dolorida erección contra el encaje de su tanga, y la sensación me enloquece. ¡Necesito entrar en ella ya, y no quiero hacerlo de forma delicada!

Poso mis dedos encima del tanga y, automáticamente, ella abre las piernas. Compruebo que está mojada. Paso suavemente mi dedo índice un par de veces por encima de la delicada tela, y la escucho jadear. Con una mano, aparto la tela del tanga hacia un lado y, mirándola a los ojos, me introduzco hasta el fondo de una sola estocada. Siento cómo me aprieta y se cierra a mi alrededor, mientras grita mi nombre y me vuelvo loco.

—No voy a ser delicado.

—No quiero que lo seas. —jadea ella, agarrando la almohada con ambas manos y arqueando su cuerpo contra mí.

Comienzo a moverme fuerte, penetrándola intensamente en cada envite. Camila se une a mí pero, tras incorporarme, me siento sobre sus piernas y agarro

sus caderas para que no se mueva.

Ella gime y se retuerce, y yo estoy a punto de explotar. Me obligo a contenerme, y solo cuando siento cómo ella se contrae con fuerza y el espasmo de un orgasmo brutal la invade, me dejo ir y nos corremos juntos.

Me dejo caer sobre su cuerpo, agotado pero satisfecho, intentando recuperar la respiración. Salgo de su interior y ruedo para tumbarme a su lado. La atraigo hacia mí y ella apoya la cabeza sobre mi pecho. La beso y acaricio su pelo con ternura.

—¿Estás bien? —pregunto con suavidad.

—Mejor que bien. —responde ella, con una sonrisa lánguida iluminando ese precioso rostro que me vuelve loco.

—Siento no haber sido muy delicado.

—La delicadeza está sobrevalorada. —Camila, juguetona, me guiña un ojo y me acaricia el pecho.

Me echo a reír. ¡Es increíble, que incluso en momentos como estos, esta mujer consiga hacerme reír!

—Anda, vamos a prepararnos, que en un rato tenemos que estar con tu abogado —Camila salta de la cama y se dirige al baño, dejándome tumbado mientras pienso que, a pesar de todo, soy muy afortunado por tenerla a mi lado. Pero también pienso en el miedo que me produce, que todo lo que nos está pasando sea demasiado para ella. Demasiado para nuestra relación. Sé que me quiere, sé que apuesta por mí; pero me da pánico que el tema del niño consiga separarnos. Me veo capaz de lidiar con cualquier cosa; con cualquiera, menos con la posibilidad de perderla. ¡No puedo perderla! Camila ha conseguido en poco tiempo, lo que nadie había conseguido nunca: instalarse dentro de mi corazón. Mucho me temo que, si algún día decide dejarlo, este va a quedar totalmente inservible, inhabitable e irrecuperable.



Capítulo 19

CAMILA

Escucho lo que el abogado nos dice. Me parece todo surrealista, y cada vez lo entiendo menos, la verdad. El abogado de Leo es un hombre ya entrado en años, de hecho, debe de faltarle poco para jubilarse, y por lo que sé, es muy, muy bueno. Estamos los tres sentados en una mesa de madera redonda, en la habitación del hotel que Leo ha mandado habilitar para él, en nuestra misma planta. Encima de la mesa, hay un maletín del que el abogado no deja de sacar papeles y más papeles. ¡Parece el bolso de Mary Poppins! ¡Es como si no tuviese fondo! Con cada papel que le veo sacar, un escalofrío me recorre la espalda.

—Ayer conseguí todos los datos de esa mujer. —nos explica, acercándonos uno de los papeles que ha depositado anteriormente sobre la mesa.

Leo coge el papel, y empezamos a leer los datos que allí aparecen.

Se llama Yolanda Martínez Pérez. Nació en el año 1989. Tiene una hermana menor que vive en México D.F., junto con su madre. Su padre falleció cuando tenía dieciséis años. Comenzó la carrera de magisterio, pero la abandonó a los dos años. Actualmente vive en Madrid y trabaja como dependienta en una droguería. En la hoja, además viene su dirección, teléfono móvil, y un montón de datos más que carecen de importancia.

Estoy alucinada de que haya podido conseguir toda esa información en apenas unas horas. ¡Ni el mismísimo Sherlock Holmes se hubiese dado tanta prisa!

—Estos son los datos del niño. —continúa hablando el abogado, mientras nos entrega otra hoja, cuando nosotros todavía no hemos terminado de asimilar lo leído en la primera.

Se llama Ángel Martínez Pérez. Tiene cinco años y está escolarizado en el Liceo Europeo, de Madrid. En la hoja aparece una fotografía del niño.

—No se parece a ti. —comento en voz baja, mirando fijamente el rostro sonriente del niño que nos observa desde la foto.

—Es cierto. Sin embargo, me resulta familiar. —responde Leo, frotándose la cara mientras observa la carita pecosa del chiquillo—. ¿Qué es lo que nos recomienda hacer? —pregunta Leo al abogado, levantando la vista de la foto.

— Anoche llamé por teléfono a la madre y le ofrecí reunirme con ella para

intentar llegar a un acuerdo. Por supuesto, lo primero que hay que hacer, es realizar una prueba de paternidad. Si esta sale positiva, después habrá que llegar a un acuerdo económico con la madre.

—Si la prueba de paternidad sale positiva, si ese niño es mi hijo, quiero tener pleno derecho sobre él. Quiero que el niño lleve mi apellido y quiero el mismo régimen de visitas que tendría cualquier padre. —exige Leo, enfadado.

—Eso no es tan fácil. Vamos a tener que ir poco a poco. —intenta calmarlo el abogado.

—¿Cómo que vamos a tener que ir poco a poco? —pregunta exasperado.

Yo los miro a uno y a otro, como quien ve un partido de tenis. Es un tema tan delicado que no me atrevo a abrir la boca.

—Estamos hablando de un niño de cinco años que no te ha visto nunca. Es más, probablemente ni siquiera sepa que existes o que tú eres su padre. —explica con paciencia el hombre.

—¡Eso es porque su madre nunca me dijo que iba a tener un hijo mío! —grita Leo, frustrado, levantándose de golpe de la silla y dando un manotazo en la mesa. Yo lo agarro del brazo y le sonrío.

—Leo, cálmate. Siéntate y vamos a escucharle, por favor. —le pido, intentando que conserve la calma. Él me mira fijamente, y finalmente se sienta de nuevo. El abogado continúa hablando:

—Está claro que es imposible culparte de no ejercer de padre cuando no sabías que tenías un hijo, pero tienes que pensar, que esa no es la versión que la madre está dando. Ella afirma que sí lo sabías; es más, afirma que la amenazaste para que se deshiciera del niño y que por tu culpa huyó asustada. Según su versión, tú te desentendiste totalmente de ambos, y aunque consiguiésemos demostrar que miente y que, efectivamente, no sabías nada de la existencia del niño, ningún juez en su sano juicio obligaría a un menor a irse fines de semana alternos con alguien a quien no conoce. ¡Es cuestión de sentido común! —El hombre nos va aclarando la situación, ignorando la cara de mala leche que se le va poniendo a Leo.

Yo pongo una mano sobre su pierna y la aprieto suavemente, como advertencia para indicarle que se relaje. Leo me mira y asiente con la cabeza.

—Si finalmente, la prueba de paternidad demostrase que eres el padre del niño, tendríamos que exigir visitas reguladas para que os conozcáis. Después,

por supuesto, solicitaremos un régimen de visitas, y que todos y cada uno de tus derechos como padre se cumplan. —Sus palabras finalmente parecen dejar a Leo más tranquilo.

—¿Cuándo podemos hacer esa prueba de paternidad? —pregunta Leo, impaciente.

Miro al abogado y, por su gesto, enseguida me doy cuenta de que lo que va a decir no nos va a gustar ni una pizca.

—Hay un problema. La madre no está de acuerdo en hacer la prueba de paternidad; por lo tanto, tendremos que exigirla por vía judicial, y ese proceso puede alargarse mucho.

—¿¡Pero cómo no va a estar de acuerdo!? ¡No tiene sentido! ¡Es ella la que dice que soy el padre del niño, lo está gritando a los cuatro vientos en todas las televisiones del país! ¿¡Qué sentido tiene que se niegue a hacer la prueba de paternidad!? —levanta de nuevo la voz Leo, que no da crédito a lo que escucha.

—Muy fácil. —respondo con amargura—. Si consiente hacer la prueba de paternidad y sale negativa, se le acabó el chollo. Sin embargo, si se niega y tenemos que solicitarla al juzgado, eso le da a ella tiempo suficiente como para hartarse de ir a platós de televisión y de hacer exclusivas. ¿Cuánto crees que le pagan cada vez que pisa uno? —Estoy enfadada y frustrada.

—Exacto. —corroborra el abogado—. Ayer, cuando me puse en contacto con ella, le solicité la prueba de paternidad. Le dije que estabas dispuesto a llevarla a cabo esta misma semana, a cambio de que ella cesase las declaraciones, por lo menos mientras el resultado de la prueba no fuese oficial. Pero se negó a llegar a cualquier tipo de acuerdo, a menos que...

—¿A menos qué? —pregunta un impaciente Leo.

—Solicita un millón de euros por permitirnos realizar la prueba de paternidad por la vía amistosa, y parar las exclusivas hasta obtener el resultado.

—¡Ni hablar! ¡Eso es un chantaje! Si ese niño es mío, tendrá todo lo que sea necesario y más, pero de ninguna de las maneras pienso ceder al chantaje de una mujer avariciosa, que lo único que quiere es lucrarse a mi costa —Leo está fuera de sí.

—Hay algo que no entiendo. —digo en voz alta el pensamiento que llevo rumiando desde hace un rato.

Los dos se giran hacia mí y me miran fijamente.

—Estamos hablando de una mujer que no tiene familia aquí, y que trabaja de cajera en una droguería. ¿Cómo narices puede permitirse, sin nadie que la ayude y con el sueldo de dependienta, que su hijo lleve tres años estudiando en el Liceo Europeo de Madrid? —Cojo de nuevo la hoja y la leo otra vez—. El niño lleva escolarizado desde los dos años; estamos hablando de una cuota mensual de cerca de setecientos euros, “solo” el colegio. ¿Cómo puede pagar eso y vivir con su sueldo? Lleva tres años manteniendo ese ritmo y no ha dado ninguna entrevista hasta ahora. ¿De dónde sale ese dinero?

Los dos se quedan callados mirándome.

—A mí también me huele raro. No es por evitar mis responsabilidades, ese no es mi estilo y no es lo que pretendo; pero hay algo en todo esto que no me cuadra. Si tenemos que ir por la vía legal y aguantar el chaparrón mientras tanto, lo haremos, pero no pienso ceder a un chantaje. ¿Estás de acuerdo, Camila? Porque al final, tú vas a verte casi tan involucrada en esto como yo. —Leo me mira fijamente esperando mi respuesta. No tengo ninguna duda a la hora de contestar. Entrelazo mis dedos con los suyos y lo miro a los ojos.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, así lo haremos entonces. Presentaré en el juzgado la demanda por la prueba de paternidad e intentaré apurarla lo máximo posible. Mientras, os recomiendo que no os pronunciéis públicamente sobre toda esta historia. Cuanta menos carnaza tengan, mejor. —nos aconseja el abogado antes de despedirse.

Salimos de la habitación en silencio, no decimos ni media palabra hasta que llegamos a la nuestra.

—¿Qué piensas? —me pregunta Leo.

—No sé... Algo me huele raro, pero no sé lo que es.

—Yo creo que lo único que quiere esa mujer es dinero.

—Puede ser, pero yo pienso que hay algo más que eso, sus declaraciones son para hacer daño, Leo. No creo que solo se trate de dinero, sospecho que hay algo más; quizás despecho, no lo sé. Tampoco tiene sentido que salga ahora en lugar de haberlo hecho hace años. No sé, es todo muy extraño. —niego con la cabeza, encogiéndome de hombros.

Leo se sienta en la cama y se tapa la cara con las manos.

—¡Es todo una pesadilla!

Me siento a su lado y lo abrazo.

—¿Por qué no llamas a tu madre a ver qué tal están? —sugiero.

—Ayer estaba bastante disgustada.

—Normal, Leo. Esto no es plato de buen gusto para nadie. Están diciendo cosas desagradables de su hijo a todas horas por televisión, ¿cómo quieres que esté?

Leo asiente con la cabeza, coge el teléfono y marca el número de su madre. En cuanto suena el primer tono, conecta el manos libres.

—Hola, Leo.

—Hola, mamá. Estoy con Camila. He puesto el manos libres.

La voz de su madre se dulcifica al instante al dirigirse a mí.

—Hola, Camila, preciosa. ¿Qué tal estás tú con todo esto? —Suena preocupada. Sé que la madre de Leo me tiene cariño y que se llevó una inmensa alegría al enterarse de que estamos juntos.

—Lo vamos llevando, intentando solucionarlo de la mejor manera posible para todos. —explico.

—No dejan de decir cosas horribles por televisión. —lamenta ella, con voz angustiada—. ¡Deberías haber tenido más cabeza, Leo! Sabes que siempre te voy a apoyar, pero ni tu padre ni yo te educamos para que fueses así.

—¡Déjate de decir tremendo montón de tonterías! —Escuchamos la voz de la *tata* de fondo; la mujer parece tener más energía que la batería del móvil recién cargada.

—¿*Tata*? —pregunta Leo, entre asombrado y preocupado—. Siento mucho que tengas que estar viendo todas estas cosas, *tata*.

—¡No digas tonterías! —espeta ella—. Ese niño no es hijo tuyo. Lo tuve claro en cuanto ayer, la *pelandrusca* de su madre enseñó una foto por televisión. ¡Esa, esa que no se acerque a mí, porque soy capaz de pasarle con la silla de ruedas por encima de los pies, y de asegurarme de que no sea capaz de andar en, por lo menos, una semana! ¡Y los ineptos esos de los periodistas, diciendo que el niño es clavadito a ti! ¡Y una leche! Yo te he criado y ese niño no se parece a ti ni en las uñas de los pies —vocea la *tata*, toda sulfurada. Sus palabras nos arrancan una sonrisa, esta mujer es única.

—Tómalo con calma, *tata*. Cabe la posibilidad de que el niño sí sea hijo

mío. ¿No te haría ilusión tener un bisnieto? —pregunta Leo.

Escucharlo decir eso hace que el estómago se me revuelva y sienta angustia. Sé que no debería, conozco la situación desde el primer momento y tengo claro que es una posibilidad, pero imaginarme que es verdad..., imaginarlo teniendo un hijo con otra mujer... ¡Duele! ¡Y vaya, cómo duele! La voz de la *tata* me devuelve a la realidad:

—Sí, hijo, claro que sí. Me encantaría tener un bisnieto, pero uno que me deis tú y Camila, que también, ¡mira que te ha costado decidirte, ¿eh?! ¡Porque te ha llevado unos añitos! Pero yo siempre he sabido que iba a ser ella, y de la misma manera, ¡estoy segura de que ese niño no es hijo tuyo!

—Mamá, relájate y no adelantes acontecimientos. —Escuchamos que la regaña, con cariño, la madre de Leo.

Los dos nos miramos.

—Mamá, *tata*, cuidaros las dos. En un par de semanas estaremos por ahí. Un beso, os quiero. —se despide Leo.

—Hijo, cuídate tú también. Y cuida a Camila, esa chica vale su peso en oro. —se despide su madre.

—Lo haré, descuida. —afirma él, guiñándome un ojo.

Cuelga el teléfono y se acerca a mí, para darme un beso en los labios.

—Todavía tenemos unas horas antes de tener que ir al estadio... —Le devuelvo el beso y me separo un poco de él—, pero creo que será mejor que me vaya ya para allí. Llamaré a Erik y a César para que me reemplacen y te lleven ellos cuando llegue el momento.

—¿Estás bien? —Me mira extrañado.

—Sí. Es solo que prefiero irme ya con Lena para tenerlo todo controlado; después de lo ocurrido estos días, no quiero sorpresas de última hora. —Miento, sin mirarlo a los ojos.

—Está bien. —acepta Leo, aunque no parece muy convencido.

En veinte minutos, Erik y César me relevan y salgo del hotel. A pesar de salir con el coche directamente desde el garaje, los periodistas rodean el vehículo en cuanto me ven. Están por todas partes, Leo tiene razón: si antes eran muchos, ahora el coche ni siquiera es capaz de avanzar. Me tiemblan tanto las manos, que me cuesta sujetar el volante. Los flashes no cesan de dispararse y las preguntas

resuenan, una tras otra en mi cabeza, como si de un martillo golpeándome se tratase.

«¿Conocías el oscuro pasado de Leo?»

«Dicen que tiene más hijos con otras mujeres en la misma situación, y que ahora se van a animar a denunciarlo, ¿es cierto?»

«¿Es verdad que Leo le ha ofrecido dinero a Yolanda para que deje correr el asunto?»

«Dicen que tenéis una relación abierta y que Leo se acuesta con otras mujeres. ¿Tú también te acuestas con otros hombres?»

«¿Cómo va a afectar esto a vuestra relación?»

Esta última pregunta en concreto, resuena en mi cabeza una y otra vez, cuando con mucho esfuerzo, consigo esquivar a los periodistas e incorporarme al carril. Sé, que por mucho que yo quiera lograr que esto no nos afecte, que no se interponga entre nosotros, no estoy segura de poder conseguirlo, y la duda me devora por dentro. Un mar de lágrimas brotan de mis ojos y las seco enfadada. Ahora no es momento de llorar. Tenemos un concierto que preparar.

El resto del día no tengo tiempo para pensar en nada, y la verdad es que lo agradezco. Junto con Lena y el resto del equipo, revisamos, preparamos, organizamos, y nos encargamos de que todo esté perfecto para el primer concierto de la gira de Leo en Galicia. La mayor parte de nuestro equipo es de la tierra, y todos estamos encantados de estar tan cerca de casa, así que el ambiente es genial.

—Ya está todo preparado. ¿Ha llegado Leo? —pregunta Lena, colocándose a mi lado después de revisar por última vez, que todo el personal esté en sus respectivas posiciones.

—Están ya en los coches. Me ha dicho César que no tardarán más de cinco minutos. —Mi voz suena más seria de lo que me gustaría.

Lena está al tanto de todo lo hablado con el abogado, y también sabe, aunque yo no se lo haya dicho, que esta situación me está afectando más de lo que quiero reconocer.

—Esta noche, en cuanto acabe el concierto tengo que volver a casa, tenemos mucho trabajo y no me puedo quedar más. Pero te voy a dar un consejo antes de irme.

La miro intrigada, Lena no suele dar consejos. Ella es más de escuchar y apoyar, que de aconsejar, pero cuando lo hace, suele clavarlo.

—Deja de preocuparte tanto por cómo te sentirás en el futuro y disfruta de cómo te sientes ahora. Tienes miedo de que todo este lío del hijo de Leo os afecte como pareja en el futuro. Vale, te duele pensar que tiene un hijo con otra. ¡Es normal hasta cierto punto!, ¡te has enterado de golpe y porrazo! Pero a día de hoy, estáis juntos y lo quieréis, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Pues entonces, deja de preocuparte de lo que pueda pasaros más adelante, y disfruta lo que tenéis en este momento. ¡Vívelo, Camila! Con sus cosas buenas y sus cosas malas, pero vívelo intensamente, al cien por cien. Que si el día de mañana no estáis juntos, no te quede la sensación de que lo viviste a medias. No hay nada peor que no vivir el presente por miedo al futuro. —Me guiña un ojo y conecta su pinganillo—. Todo listo chicos, Leo está a punto de acceder al recinto, os quiero a todos con mil ojos. No puede haber ni un fallo.

¡Si por cada vez que Lena y yo decimos esa frase últimamente, nos diesen un euro, tendríamos más dinero que el mismísimo Leo!

Conecto mi pinganillo mientras la observo; estoy sin palabras, después de lo que me acaba de decir. Decido que tiene razón. No sé qué nos deparará el futuro, pero sí sé que voy a disfrutar de mi presente con Leo, como si el mañana no existiese, cueste lo que cueste.



LEO

Han sido dos semanas agotadoras, pero tremendamente satisfactorias. Hemos hecho conciertos en A Coruña, Santiago, Lugo y Orense. Aforo completo en todas las ciudades. Sin embargo, fuera del panorama musical, las cosas no van tan bien. Yolanda se dedica a dar exclusivas día sí y día también, en cualquier programa o medio que se preste. Que se preste, y que pague una buena suma, claro.

Los periodistas nos acosan cada vez que ponemos un pie fuera de los hoteles, no nos dejan respirar y no solo a mí, hace tiempo que también acosan a Camila. Ella es increíble. Estaba muy preocupado por cómo pudiese afectarnos esto, pero si bien es cierto que a veces, aunque intente disimularlo, la noto agobiada y preocupada; cada día estamos más unidos, cada día me enamoro más de ella (si eso es posible, porque lo cierto es, que ya no concibo mi vida sin ella). Todo este tema de mi supuesta paternidad me ha hecho pensar mucho; no es que me planteé ser padre ahora mismo, pero tengo claro que ella es la persona con la que quiero compartir mi vida y formar una familia, y estoy dispuesto a decírselo en cuanto acabe esta gira.

—¿Qué piensas? —me pregunta, mirándome intrigada.

—Nada importante. —miento, sonriéndole—. Tengo ganas de llegar a casa. —Cierro los ojos y me apoyo en el reposacabezas.

—Yo también, ya no falta nada. —Suspira ella—. Media horita, solo media horita más, y tendremos a nuestra disposición, una semana entera de vacaciones, antes de empezar a preparar los dos últimos conciertos de la gira.

—Estos dos son especiales, es la primera vez que voy a tocar en casa desde que me separé de los Black Dragons.

—Y en un sitio único: Castrelos tiene magia por la noche. —añade Camila, con voz soñadora—. Me encanta.

La escucho y me traslado mentalmente al increíble auditorio natural de Vigo, donde actuaré, dándole el broche final a mi gira.

—¿Has visto las declaraciones que hizo Yolanda ayer por la noche? — Camila parece molesta.

—No, ni las he visto ni las quiero ver. Mientras el tema de la prueba de

paternidad no se resuelva, cuanto menos sepa del asunto, mejor. —Me fijo en cómo ella se revuelve incómoda en su asiento. A veces, creo que todo esto le afecta más de lo que quiere hacerme ver.

Entrelazo mis dedos con los suyos, y con el pulgar le acaricio suavemente la muñeca. Ese gesto siempre la calma. Ella me mira y sonrío.

Al cabo de un rato, llegamos a Aldán. Insisto en que venga a mi casa, pero Camila quiere ir a su piso para ver a Lena, y también desea pasar un rato con su hermano, por lo que no me queda más remedio que dejarla delante del portal de su casa.

La acompaño hasta la puerta y, agarrándola por la cintura, la atraigo hacia mí.

—Te voy a echar de menos. —susurro en su oído.

—Solo va a ser un día. Mañana por la noche iré a cenar a tu casa para ver a tu madre y a la *tata*. —responde ella melosa, echándome los brazos al cuello.

—No estoy acostumbrado a no tenerte en mi cama por la noche. —gruño mientras le muerdo cariñosamente el cuello.

—Bueno, quizás dormir una noche más de cinco horas, no nos venga mal a ninguno de los dos. —Sonrío.

Yo hago un puchero y Camila me besa con pasión; un beso que me quita el sentido y me deja con ganas de más. Me muerde el labio y tira delicadamente de él.

—Yo también te voy a echar de menos. —confiesa, mirándome fijamente.

—Eres mala. —niego con la cabeza.

—No sabes bien cuánto. —Me mira coqueta, mientras abre la puerta del patio—. Pero esta noche vas a quedarte con las ganas de saber lo mala que puedo llegar a ser. —Me guiña un ojo y me cierra la puerta en las narices.

Yo me quedo como un imbécil, mirando cómo se aleja el portal adentro, y más caliente que si acabase de salir de un baño turco. ¡Esta mujer cada día me sorprende más! Me río yo solo y vuelvo al coche, que me lleva hasta casa.

En cuanto entro en mi casa, el sonido de la voz de mi madre me hace sonreír.

—¿Leo, eres tú? —pregunta, ansiosa.

—No, no soy Leo, soy un amigo suyo, pero él me ha dicho que va a llegar en

un ratito. —respondo de cachondeo.

La *tata* asoma por la puerta del salón con su silla de ruedas, riéndose de mi ocurrencia.

—Ven a darle un abrazo a tu abuela. —me reclama, abriendo los brazos.

Me dirijo a su lado y, agachándome, la abrazo con ganas.

—Te he echado de menos, abuela. —le digo mientras beso su pelo blanco.

—Más te vale. —responde, haciéndose la digna—. Yo a ti también, cariño —añade con dulzura, dándome una palmadita en la cara, igual que hacía cuando era niño.

Mi madre sale de la cocina y me golpea con el paño que lleva en la mano.

—¡Leo, eres un payaso! —me regaña, de buen humor.

—Bueno, igual es una opción —Suelto a mi abuela y la abrazo a ella también.

—¿Dónde está Camila? —pregunta mi madre, extrañada al no verla conmigo.

—En su casa, quería ver a Lena y a Yago. Los ha echado de menos.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Hace bien. Lena no está en su mejor momento ahora mismo, es lógico que quiera estar a su lado.

—Dudo yo mucho que tú le hayas dejado tiempo para echar de menos a nadie. —susurra la *tata* en voz baja, con un brillo picarón en los ojos.

—¡Abuela! —exclamo riendo, mientras mi madre abre los ojos como platos.

—¿Quéee? ¡No me miréis así! Soy vieja pero de momento todavía no estoy muerta. —nos dice ella como si fuese lo más evidente del mundo, mientras da la vuelta para volver al salón.

Mi madre y yo la vemos irse y nos miramos intentando contener la risa. Qué bien sienta estar en casa, con todo lo que ha pasado lo necesitaba tanto. Dejo las maletas en mi habitación, y bajo a la cocina para disponerme a pasar el resto del día entre mi madre, mi abuela, y la tarta de manzana.



Capítulo 20

CAMILA

Después de pasar toda la tarde en casa con Lena, salgo con energía hacia el pequeño bar del puerto, donde he quedado con mi hermano. La temperatura es agradable, pese a que todavía estemos en invierno, no hace demasiado frío. El sol se está poniendo sobre el mar y lo contemplo extasiada, mientras camino por el paseo de madera que bordea la playa. Inspiro el aire con olor a mar, profundamente, mientras cierro los ojos. Me encanta estar con Leo, lo quiero a morir, pero ¡Dios, cómo echaba de menos esto! Charlar con Lena, pasear por la orilla del mar, salir de casa sin que una marea de periodistas me ataquen con sus cámaras y micrófonos... Lo que antes era lo más normal del mundo, ahora, tenerlo me parece todo un lujo.

En cuanto abro la puerta del bar, la música que inunda el ambiente me embriaga. Echo un vistazo por el interior y veo a mi hermano delante de una cerveza, sentado en una mesa al fondo del local. Me dirijo hacia él a toda prisa.

—¡Pero mira a quién tenemos aquí! —Sonríe de oreja a oreja en cuanto me ve—. Ahora que eres famosa, pensaba que ya no querrías saber nada más de tu hermano el plebeyo. —se burla el muy cretino.

Le saco la lengua, como solía hacer de pequeña, y él suelta una carcajada.

—Anda, ven aquí y dame un abrazo. —dice, levantándose y estrujándome entre sus brazos.

—Sería un detalle que me dejases respirar. —consigo pronunciar a duras penas.

Él vuelve a reírse y se sienta. Yo lo imito. Me mira fijamente durante unos segundos. Y señoras y señores, ahí va... cinco, cuatro, tres, dos...

—¿Cómo llevas todo esto del hijo secreto, la prensa y demás? —Se pone serio de repente, mirándome fijamente a los ojos. ¡Vaya, esta vez ha ido directo al grano! Ni siquiera me ha dado tiempo de acabar la cuenta atrás desde cinco, antes de que soltase la pregunta. Conozco a mi hermano, y sé de sobra que la diplomacia y la sutileza no son lo suyo cuando algo le preocupa. Igual que él me conoce a mí, y sabe que puede preguntarme lo que quiera directamente y que le contestaré la verdad. Sin embargo, esta vez me cuesta hablar del tema con él. Puede que sea porque Leo es su amigo, puede que sea porque tengo miedo de escuchar de su boca algo que no deseo oír... El caso es que no me apetece hablar

con él de eso.

—Lo llevo. —respondo escuetamente, jugando con su botellín—. ¿Aquí nadie toma nota? —cambio de tema buscando a la camarera con la mirada, para intentar desviar su atención. Mi hermano hace un gesto impaciente con la mano y una chica se acerca al momento.

—Una caña, por favor. —pide él por mí—. ¿Sigues tomando cañas, o ahora que eres de la *jet set* prefieres otro tipo de bebidas? —me pica, levantando las cejas.

—¿Sigues tomando cañas, o ahora que eres de la *jet set* prefieres otro tipo de bebidas? —lo imito yo poniendo voz de pito—. Eres un imbécil, Yago. —espeto de mala gana, y le pego el primer trago a la caña que la camarera acaba de depositar delante de mí.

—Vale, entonces volvamos a la pregunta anterior. ¿Qué quiere decir exactamente eso de que lo llevas? Suspiro con frustración. Sé que no va a dejar el temita mientras no le dé una respuesta más extensa.

—Quiere decir que no es la situación ideal, no hay que ser un genio para darse cuenta de ello. ¡Es una putada! Y no solo porque me muera de celos cada vez que pienso que Leo puede tener un hijo con alguien que no soy yo, que también; sino porque él también está sufriendo mucho con todo esto. Se siente impotente, entre la espada y la pared, y no me gusta verlo así. Pero pese a todo, pese a lo que te acabo de decir, y pese al acoso de la prensa, ¿sabes qué? Que merece la pena. Merece la pena porque pase lo que pase a lo largo del día, al llegar la noche, cuando estamos solos lo miro a los ojos y siento que todo va a salir bien. Y merece la pena porque cada mañana cuando me despierto, él está ahí conmigo, y en ese momento me siento capaz de enfrentarme a lo que sea con tal de que lo hagamos juntos.

—Guau. —Mi hermano suelta un silbido mirando fijamente su botellín—. Eso que has dicho, Camila... Es una pasada. Te admiro. Eres una valiente, capaz de enfrentarte a lo que sea con tal de ser fiel a ti misma. Nunca pierdas eso. Ser fiel a lo que quieres es lo único que te va a permitir ser feliz de verdad.

Asiento, emocionada por sus palabras.

—¿Qué hay de ti?

—No creo que yo pueda contarte nada que no te haya contado ya Lena. —Su tensión es evidente.

—Lena no me ha contado nada. No quiere hablar de ti conmigo y yo la respeto, es una situación complicada. Es más, si no fuese porque eres mi hermano, yo misma te habría hecho una castración química por lo que le hiciste.

Yago levanta la vista y me mira a los ojos; parece triste y enfadado a la vez.

—Pero como tú bien dices, soy tu hermano y me adoras, por lo que deberías estar de mi parte.

—Te adoro, pero quiero a Lena tanto como a ti. Ella es más buena que el arroz con leche y lleva en su vientre a mi sobrinita. Tú, por el contrario, has sido un cabronazo al que repito, mi primer instinto es castrar por lo que le ha hecho a mi amiga. —Coloco las manos imitando una balanza—. Conclusión: creo que deberías sentirte afortunado de que Lena me haya pedido que me mantenga más neutral que Suiza en este tema, porque créeme, de lo contrario saldrías claramente perdiendo. —confirmo, enfadada.

—He intentado arreglarlo, Camila, te lo juro que sí. He intentado hablar con ella, pero me ha dejado claro que, aunque me permita participar como padre de la criatura, no quiere que me acerque a ella ni le hable de nada que no sea el bebé.

—¿Te sorprendes? Después de lo que hiciste, ¿de veras te sorprendes, Yago? ¡Venga, eso no te lo crees ni tú!

—No me sorprendo, sé que no me porté bien con ella. Pero he intentado arreglarlo y no me deja.

—Ni te deja ni te va a dejar. —afirmo con rotundidad—. Mira Yago, te voy a ser muy sincera. Tú sabes que Lena no cuenta con el apoyo de nadie de su familia. También sabes que pese a tenerlo todo, ha tenido una vida difícil. Es una chica tímida, dulce, cariñosa y tremendamente leal. Si confía en ti te lo da todo, se entrega sin reservas; pero si rompes esa confianza, si le haces daño, entonces te elimina de su vida para siempre. No te va a permitir volver a lastimarla.

La mirada angustiada de mi hermano me da a entender, que detrás de todo esto, hay algo más; no creo que solo esté preocupado por el niño.

—¿Tú la quieres?

—¡Es que no lo sé! ¿Me preguntas si me gusta Lena? Obviamente, por eso me acosté con ella. Es una chica preciosa, inteligente y dulce. ¿Que si estoy enamorado de ella o si la quiero? Eso son palabras mayores, Camila. No lo sé. No creo que estemos en ese punto. ¡Lo nuestro fue un calentón de una noche y

todo se precipitó, todo se fue a la mierda! Estoy confundido y no sé qué hacer.

Llegados a este punto, tengo que contenerme para no darle una patada en la espinilla al imbécil de mi hermano, por debajo de la mesa.

—Punto número uno: si vuelves a dirigirte al embarazo de mi amiga como «todo se fue a la mierda», te juro que te hago lavarte la lengua con jabón. Y punto número dos: te recomiendo que antes de intentar arreglar las cosas con Lena, te aclares tú.

—¡No me he referido al embarazo de Lena como si eso fuese una mierda, no tergiverses mis palabras! Simplemente, quería decir que la situación se complicó entre ella y yo desde que supimos lo de su embarazo.

—La situación no se complicó, la complicaste tú solito. —le contradigo, señalándolo con el dedo.

—Lo sé, pero quiero arreglarlo. Voy a arreglarlo cueste lo que cueste.

—Pues te deseo suerte, porque te va a hacer falta. —respondo, cruzándome de brazos con una sonrisa malévolamente en el rostro.

Él pone cara de circunstancias y le da un sorbo a su cerveza.

—¿No vas a ver a Leo hoy?

—No, iré mañana por la noche a cenar a su casa.

—A mí también me ha dicho que vaya. No nos vemos desde que estuvimos juntos en Madrid y bueno, nuestro último encuentro fue algo tenso.

—¡Genial, me va a encantar ver la cara de Carmen y de la *tata* cuando sepan lo del embarazo de Lena. —Me río entre dientes al imaginar la reacción de las dos mujeres, y Yago, que está pensando lo mismo que yo, traga saliva con fuerza.

Después de pasar un par de horas más con mi hermano, cuando por fin llego a casa, me pongo el pijama y me meto en la cama. No paro de darle vueltas y más vueltas a todo lo acontecido durante estos meses. Parece como si hiciera un siglo que empezamos la gira y me fui con Leo, y sin embargo, apenas han pasado tres meses. ¡Pero tres meses muy intensos, eso sí! Toco el lado de la cama que ahora se siente vacía sin él, y lo extraño. Lo echo de menos. No soy una persona muy apegada, me fui de casa con Lena siendo muy joven y pasamos largas temporadas sin tener a nadie a nuestro lado; solo nos teníamos la una a la otra. Por eso, a excepción de Lena, no suelo tener sensación de dependencia o

apego con nadie. Por supuesto, quiero a muchas personas y me gusta estar con ellas, pero no me supone una necesidad. Con Leo, sin embargo, es diferente. Lo necesito, lo echo de menos. Me imagino abrazándolo, teniéndolo a mi lado. ¡Con Leo todo se magnifica! Me siento sola y vacía sin él.

Unos golpes suenan en la puerta de mi habitación. Lena la entreabre y asoma la cabeza.

—Creo que acabo de vomitar hasta la primera papilla que me dieron mis padres. —susurra con gesto cansado. Separo las mantas de la cama y ella corre a meterse dentro.

—Hoy he estado con Yago —comento cuando las dos estamos de lado, mirándonos a la cara como cuando éramos niñas, y en las largas noches de fiestas de pijamas nos contábamos mil y un secretos.

—Lo sé, pero no quiero que me hables de él. —responde Lena, secamente.

Asiento con la cabeza y poco después, las dos nos quedamos profundamente dormidas.



Llamo por segunda vez al timbre de la casa de Leo, pero no me contesta nadie. Espero unos segundos y miro impaciente el reloj. Son las siete, es un poco pronto, pero como supuse que estarían en casa y me muero de ganas de verlo, decidí matar dos pájaros de un tiro y venir un poco antes para ayudar a Carmen con la cena, y de paso, darle a Leo un beso de esos que quita el sentido, la memoria y hasta la consciencia. Cuando estoy a punto de darme la vuelta e irme a dar un paseo, escucho la voz de la *tata* al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Camila. —respondo con una sonrisa.

La mujer abre y me recibe sonriente, con un brillo de satisfacción en los ojos.

—¡Camila, hija, qué alegría que hayas venido! ¡Ven a darle un abrazo a esta vieja! —me apremia la mujer, echando su silla de ruedas hacia atrás para permitirme entrar. Yo cierro la puerta tras de mí, y abrazo con cariño a esa mujer

que, pese a los años, conserva el brillo de su mirada, la lucidez y la picardía que ha tenido durante toda su vida.

—Vieja dice, ¡ya quisieran muchos de los que trabajan conmigo tener la energía que tiene usted!

Ella se ríe entre dientes, y las arrugas que surcan su rostro se acentúan todavía más.

—Niña, no me trates de usted. Te conozco desde que tomabas la teta de tu madre, que ahora compartas cama con mi nieto no va a hacer que eso cambie.

La miro entre avergonzada y divertida. No sé qué responderle, así que opto por no decir nada.

—Vamos al salón, estaba viendo la tele. Leo y su madre han salido a hacer unos recados, pero seguro que llegan en un ratito. ¡Mi nieto está como loco por verte! —suelta como quien no quiere la cosa, mirándome de reojo.

Yo me sonrojo todavía más y la sigo al salón. Ella, coloca su silla de ruedas al lado de uno de los dos enormes sillones que hay frente al televisor, y me siento a su lado. Observo las fotos de la estantería. Hay varias de Leo en su niñez y de su adolescencia. También hay una de su primer concierto, un par de la *tata*, y una de los padres de Leo, en la que se miran enamorados. Me quedo abstraída mirando esa foto, se ve tanto amor en sus miradas...

—Se querían muchísimo. Estaban locos el uno por el otro. —La voz de la *tata* me devuelve a la realidad.

—Fue una desgracia. —afirmo en voz baja, recordando el accidente en el que murió el padre de Leo, hace unos años.

—Hace un par de años le pregunté a mi hija por qué no pensaba en rehacer su vida. ¿Sabes qué me contestó? —me pregunta la anciana, mirándome fijamente.

Niego con la cabeza esperando su respuesta.

—Me contestó que una vez que conoces el amor verdadero, no puedes conformarte con menos; que ella había recibido tanto del amor de su vida durante los años que estuvo con él, que tenía suficiente dentro de su corazón como para vivir no una, sino cinco vidas enteras. —La mujer se queda callada un segundo, echando la vista atrás en el tiempo—. Creo que esa fue la única vez en toda mi vida, que me quedé sin palabras y no supe qué contestar. —admite, mirándome a los ojos de nuevo—. Mi hija me dio una gran lección ese día. El

suyo era un amor intenso y puro, como el que yo sé que tú sientes por mi nieto.

Ahora sí que estoy roja como un tomate; no doy crédito a lo que estoy escuchando. ¿Es que todo el pueblo sabía que yo estaba loca por Leo? ¿Tan transparente soy?

—No me mires así, soy vieja y observadora. Te conozco desde que naciste y cuando huiste del pueblo, supe desde el primer momento por qué lo hacías. Mi nieto también te miraba de forma diferente, eras especial para él; se notaba por cómo hablaba de ti, por el cariño con el que te trataba. Aunque en ese momento, él todavía no era consciente de ello y pensaba en ti únicamente como en la hermana de su amigo. Pero en el fondo de vuestro corazón, siempre habéis estado destinados a ser mucho más que eso. Solo necesitabais tiempo. Solo necesitabais vuestro momento.

La voz de una comentarista hablando de Leo, hace que las dos giremos la cabeza hacia la televisión.

La periodista está diciendo un montón de burradas sin sentido sobre Leo y la supuesta madre de su hijo, pero eso no es lo que llama mi atención. En las imágenes, se ve a Yolanda saliendo del portal de su casa, negándose a responder preguntas. Camina unos pasos más, y cuando piensa que ya no la graban, un hombre se une a ella. Lo reconozco al instante.

—¿Qué hace esa mala mujer con el amigo de Leo?

—Ese hombre no es amigo de Leo, *tata*. —la corrijo, pensando que se está confundiendo. Hace mucho que no se ven.

—No, no, de eso nada. Ese hombre es amigo de Leo, vino preguntando por él la última vez que pasó unos días en el pueblo, antes de que os fueseis de gira.

De repente, todas las piezas hacen *click* en mi cabeza y comienzan a encajar. Me levanto del sofá como si tuviese un resorte pegado al culo, me acuclillo delante de ella, y le cojo las dos manos con las mías.

—*Tata*, escúchame bien, porque esto es importante. —le hablo despacio a la mujer.

Ella asiente con la cabeza, mirándome como si de repente se me hubiese caído un tornillo.

—¿Estás completamente segura de que ese hombre que acabamos de ver en la televisión, es el mismo que estuvo aquí preguntando por Leo, la última vez que él estuvo en casa, antes de empezar la gira?

—¡Por supuesto que estoy segura! Veo perfectamente, y a un hombre tan guapo una no lo olvida fácilmente, ni siquiera con mi edad. —me responde, mostrándose algo ofendida—. Incluso le dije a mi nieto que su amigo había estado aquí preguntando por él.

—Madre mía, madre mía... —empiezo a decir en voz alta, mientras me paseo por delante de la silla de ruedas como una posesa, sin dejar de mover las manos. Mi cabeza va a toda velocidad. Me arrodillo delante de la pobre mujer, que me mira seguramente pensando que estoy desquiciada, y sostengo de nuevo sus manos entre las mías.

—*Tata*, escúchame bien —comienzo a hablar. Ella me interrumpe ofendida:

—¡Deja ya de decirme que te escuche bien, que ni soy tonta ni estoy sorda!, ¡te oigo perfectamente!

Yo continúo hablando; estoy tan excitada y nerviosa, que me tiemblan las manos.

—*Tata*, necesito que confíes en mí. Es importante. —pido, mirándola a los ojos—. No le digas a nadie que he estado aquí, ni que hemos tenido esta conversación. Yo no he venido hoy por aquí, ¿de acuerdo?

Ella asiente seria, como si intuyese la gravedad del asunto.

—Puedes confiar en mí. —responde, al fin.

La beso en la mejilla y gritando un «Gracias **tata**», salgo de la casa a toda pastilla.

En cuanto entro en mi coche, lo arranco y me alejo para que nadie me vea. Cuando he tomado la suficiente distancia, aparco de nuevo y llamo a Lena.

—Hola, ¿tú no estabas cenando en casa de Leo? —pregunta, extrañada al escuchar mi voz.

—Lena, necesito que me cubras. —demando, y sin más dilación, le cuento lo que acabo de descubrir y le explico lo que tengo pensado hacer.

—Voy contigo. —se ofrece al instante.

—Ni de coña, Lena, tú tienes que quedarte. Necesito que estés aquí y te encargues de tenerlos protegidos, por si algo no sale como espero.

Ella suspira sabiendo que tengo razón.

—Avisa a nuestros contactos de la policía para que estén alerta en Madrid.

Ahora mismo voy a Vigo para coger el primer vuelo que salga hacia allí. A Leo y a mi hermano les voy a decir que no puedo ir a la cena porque tú no te encuentras bien y me he quedado contigo.

—Camila, por favor, ten cuidado —me pide Lena, intranquila—. Estás demasiado implicada en este caso.

—Tranquila, todo va a salir bien. Tú solo cúbreme y cuídalos.

—Me pondré en contacto con la policía, avísame de cada paso que des.

—Eso está hecho.

Cuelgo y hago una última llamada:

—¿Manu? —pregunto al escuchar su voz, al otro lado del teléfono.

—El mismo.

—Manu, soy Camila, necesito que me hagas un favor. —pido, antes de poner rumbo al aeropuerto de Vigo.



LEO

Entro en casa cargado de bolsas, seguido por mi madre y por Yago, que nos ha alcanzado justo cuando llegábamos. Se nos ha hecho tarde, Camila debe de estar esperándome desde hace un rato.

—*Tata*, Camila, ¿estáis ahí?

No me contesta nadie. Dejo las bolsas en la cocina y me asomo al salón. Mi abuela está absorta, viendo la televisión.

—Hola *tata*. Te estaba llamando.

—Lo siento, cariño, no te he escuchado. —dice ella, con cara de no haber roto un plato en su vida. *Uuuuyyy*, malo, malo. La *tata* tiene muchas virtudes, pero cuando intenta disimular, la huelo a distancia, y por la cara que pone, algo está tramando.

—¿No ha venido Camila todavía? —Me extraña que no haya llegado.

—¿Camila? —pregunta ella, demasiado sorprendida—. ¿Iba a venir Camila? —Me mira haciéndose la despistada.

—Sí, *tata*, te lo dije esta mañana, que hoy venían a cenar Camila y Yago. —Me cruzo de brazos intentando averiguar qué trama.

—Ay, hijo, tienes que perdonar esta cabeza mía; a veces ya se me olvida hasta que la tengo encima de los hombros. —se disculpa inocentemente, mientras se toca la cabeza con los nudillos—. ¡Qué memoria, qué memoria la mía! ¡Es lo que tiene llegar a viejo!

—Ya... —acepto extrañado, antes de dejarla con la tele e irme a la cocina, donde Yago ayuda a mi madre a sacar las cosas de las bolsas.

—¿Por qué traes esa cara? —Me mira mi amigo, asombrado.

—Tu hermana no ha llegado y la *tata* está traginando algo. —explico, poniendo cara de circunstancias.

—¡Anda, anda! No me seas peliculero, que lo tuyo es la música. —Se ríe mi madre—. ¿Qué va a traginar la abuela, si no ha salido de casa en todo el día? ¡Déjate de historias y ayúdanos a guardar todo esto para poder preparar la cena!

No me convence para nada; saco el móvil del bolsillo y llamo a Camila. El teléfono está apagado. Estoy empezando a ponerme nervioso. Sé que puedo

parecer un paranoico, pero tengo un mal presentimiento. Me pongo a guardar la compra, de mala gana.

Llevamos un rato preparando la cena, cuando mi móvil vibra. Lo cojo a toda velocidad. Es un Whatsapp de Camila.

«Lo siento, pero no voy a poder ir a cenar hoy. Discúlpame con tu madre y con la tata, pero Lena no se encuentra bien y prefiero quedarme por si necesita algo. Te echo de menos y tengo muchas ganas de verte. Te quiero».

Lo leo tres veces, y cada vez que lo hago aumenta mi mal humor. La *tata* ha venido a la cocina para estar con nosotros, y viendo mi cara, me pregunta:

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada, es Camila. Dice que Lena no se encuentra bien y que prefiere quedarse con ella esta noche. —explico, malhumorado.

—Bueno, bueno, deja a la chica que haga lo que tenga que hacer. —dice mi abuela, intentando demostrar indiferencia. Pero a mí no me la cuela. Esta mujer está maquinando algo. Yago me mira preocupado.

—¿Te ha dicho que Lena se encuentra mal? —pregunta, frunciendo el ceño.

—Sí, eso me ha dicho. —respondo, sin demasiadas contemplaciones. Quiero a mi amigo como si fuese de mi familia, y por eso mismo, lo que ha hecho con Lena no me gusta nada—. Pero vamos, imagino que serán cosas típicas del embarazo.

¡Y ahí está! Suelto la bomba, totalmente consciente de lo que acabo de desencadenar. Yago me mira con cara de querer matarme, pero ahora mismo tiene problemas más grandes a los que enfrentarse y tienen nombre propio: Carmen y la *tata*. Río para mis adentros sin sentir ni la más mínima compasión por él.

—¿Lena está embarazada? Pero, ¿cómo? —Mi madre tiene los ojos abiertos como platos por la sorpresa—. No sabía que Lena tuviese pareja, aunque no me extraña, esa chica es un amor.

—Pues madre, pareja que yo sepa no tiene. En cuanto al cómo... hombre, creo que es bastante evidente cómo ha sido, pero vamos, que si necesitas más detalles, seguro que Yago puede darte todos los que quieras, teniendo en cuenta que él contribuyó activamente a la fabricación de la criatura. ¿Verdad, amigo? —pregunto, recuperando de golpe mi buen humor. Menuda bronca va a caerle al pobre.

—Cállate, judas —replica él, entre dientes.

Lo dejo muy ocupado en la cocina dando explicaciones a mi madre y a mi abuela, y me dirijo al salón, para llamar de nuevo a Camila. Su teléfono sigue apagado. Marco el número de Lena, pero no lo coge.

Salgo fuera unos minutos. Necesito que me dé el aire. Vuelvo a llamar a Lena, y de repente, escucho su teléfono sonar cerca de mi casa. Me fijo bien y veo su coche aparcado a unos metros de la entrada, detrás de un contenedor. Me dirijo hacia él y toco con los nudillos en el cristal de la ventanilla.

Ella me mira mordiéndose el labio.

—Creo que va a ser mejor que entres conmigo en casa para que podamos hablar, Lena. —le sugiero, muy enfadado.

Ella asiente y se baja del coche. Entramos en casa y nos dirigimos directamente a la cocina, donde un cabizbajo Yago (está tan acobardado el pobre, que si no fuese por lo enfadado y preocupado que estoy ahora mismo, incluso me daría pena), continúa recibiendo la bronca por parte de mi abuela y de mi madre. ¡Vamos, la *tata* está tan enfadada, que a puntito está la mujer de salir por patas de la silla de ruedas, y darle una patada en el culo a mi amigo!

—Mirad todos a quién me he encontrado, con el coche aparcado a escasos metros de casa.

Todos dejan de hablar y giran la cabeza hacia nosotros. Mi madre y la *tata* dejan de golpe a un aliviado Yago, para ir a abrazar a Lena, que con tal de retrasar unos minutos lo que sabe que se le viene encima, se deja querer.

—Pero no sabéis lo más curioso... Camila, mi novia, la que se había quedado hoy cuidando a Lena porque se encontraba mal, no está con ella. Entonces, la pregunta es: ¿¡Dónde leches está Camila!?! —Alzo la voz mirando a Lena.

Yago, que se ha levantado del taburete y se ha acercado a nosotros, me toca el hombro.

—No grites, Leo, no es necesario.

—¿¡Que no es necesario!?! ¡Te recuerdo que la persona que no sabemos dónde está, no solo es mi novia, también es tu hermana! —le grito a él.

—Yo no tengo ni idea de dónde puede estar. —declara la *tata*, poniendo una cara inocente que es más falsa que los pendientes de oro de las ferias, y ahora sí

tengo claro que mi abuela está metida en el ajo hasta el fondo.

—¡Que alguien me explique ya qué leches está pasando! —exijo cada vez más nervioso.

—Leo, ya basta. —La voz firme y segura de Lena inunda el aire—. Es cierto, Camila no está conmigo, pero no puedo decirte dónde está. Ella ha querido hacerlo así y yo voy a respetarlo.

—¡Pero es mi novia! —grito, sin creer lo que estoy escuchando.

—Lo sé, todos lo sabemos, ella incluida. Quizás por eso está donde está. Pero aparte de ser tu novia, es mi socia y mi mejor amiga; mi hermana si me apuras. Y si ella me pide que no diga nada, yo no voy a decir nada.

—¡Y yo tampoco! —dice la *tata*, levantando el puño en alto. ¡Solo le falta gritar «a las barricadas», a la muy condenada!

Yo me echo las manos a la cabeza medio desquiciado, sin saber qué hacer.

—Leo. —me llama Lena con voz dulce y firme, apoyando la mano en mi brazo—. Sé que estás preocupado, pero nos va a tocar confiar en ella. Es lo único que podemos hacer. Dame un día. Mañana, prometo explicártelo todo si ella no ha vuelto después de comer.

La miro y, a regañadientes, asiento con la cabeza. ¡No me gusta, y por supuesto no estoy de acuerdo! Pero no me queda otra. ¿Qué otra cosa puedo hacer?



Capítulo 21

CAMILA

Estoy nerviosa como pocas veces en mi vida, con la espalda apoyada en la puerta del patio, preparada para entrar en cuanto me den el aviso.

—¿Cuánto pueden tardar en comparar unas huellas? ¡Por Dios bendito! — mascullo en voz alta.

Una señora que pasa por la calle, me mira como si estuviese loca. Normal, son las dos de la madrugada y estoy histérica y hablando sola en mitad de la calle.

De repente, siento vibrar mi teléfono; me tiemblan tanto las manos, que por poco se me cae al suelo.

—Lena. —prácticamente grito su nombre—. ¡Dime, por favor, que tengo razón y han encontrado algo!

—No solo han encontrado las huellas en los tornillos del coche, sino que los astros se han puesto de nuestro lado, y cuando nuestro contacto de la policía ha ido a comprobar su base de datos, resulta que tenían unas huellas registradas que coinciden con las tomadas del coche. ¿A que no te imaginas de quién son? — pregunta Lena, casi tan excitada como yo.

—¡Entonces tenía razón! —grito, histérica—. Ahora solo hay que conseguir demostrarlo. No se nos puede escapar.

—La policía de Vigo está dando parte a la de Madrid, para que se pongan manos a la obra. Les voy a dar tu dirección para que pasen por ahí a buscarte, antes de hacer nada.

—¡No, que no vengan! Primero voy a hablar con Yolanda. Tengo que conseguir que nos ayude a pillar a ese cabronazo. Pero para eso, él no puede sospechar que la policía está al tanto de todo. Pásame el nombre del contacto y la dirección de la comisaria, y yo iré allí en un par de horas.

—Como quieras. —accede Lena, no muy convencida—. Por cierto, Leo y tu hermano saben que no estás conmigo. Me pillaron haciendo guardia delante de su casa.

—Pero no les has dicho nada, ¿verdad? —pregunto, aguantando la respiración.

—No. Les he dicho que tienen que confiar en ti, pero les he prometido que mañana se lo explicaré todo. ¡Tenías que ver a la *tata*, lo de disimular no es lo suyo, pero aguantó como una campeona! —Lena se ríe entre dientes, y yo sonrío también al imaginar la escena.

—Gracias por no decir nada, Lena. Imagínate que a Leo le da por hacer algo y lo estropea; o, peor todavía, ¡imagina que se pone en peligro! —Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando lo pienso.

—Ya. Sabes que te apoyo, pero ten cuidado, Camila. Este tío puede parecer inofensivo, pero ha intentado matar a Leo en varias ocasiones, así que no creo que le tiemble la mano si se ve acorralado o descubierto.

—Tranquila, lo haré. Además, recuerda: somos las mejores. —afirmo intentando ocultar la angustia que yo misma siento. Es cierto que, por nuestro trabajo, nos hemos enfrentado a muchas situaciones complicadas, sobre todo cuando estábamos en Estados Unidos; pero en ninguna estaba tan implicada a nivel personal como en esta.

—Mantenme informada. —me pide Lena.

—Hecho. —le aseguro, antes de colgar.

Me guardo el teléfono en el bolsillo de la cazadora y timbro en el quinto piso.

—¿Sí? —me responde una voz somnolienta. Normal, son las dos de la madrugada.

—Disculpe, soy la vecina del tercero. Me he olvidado la llave en casa, ¿podría abrirme, por favor? —pido, amablemente.

Nadie contesta, pero al cabo de unos segundos, escucho un pitido y la puerta se abre. Me dirijo hacia las escaleras y las subo de tres en tres, hasta llegar al quinto piso. Me coloco delante de la puerta, y antes de tocar el timbre, respiro profundamente.

No escucho ningún sonido, así que vuelvo a insistir.

«Vamos, vamos», pienso, mordiéndome el labio inferior. Escucho unos pasos arrastrándose por el suelo, y una adormilada Yolanda en camisón y bata, me abre la puerta.

En cuanto me ve, sus ojos se abren como platos e intenta cerrarme la puerta en las narices, pero yo soy más rápida y, lanzándome contra ella, consigo

mantenerla entreabierta.

—Créeme, no te conviene hacer eso —recomiendo con voz fría—. Puedes elegir hablar conmigo o con la policía, que se personará aquí en menos de cinco minutos con solo una llamada mía. —La amenazo.

Ella duda durante un instante, pero finalmente abre la puerta y se hace a un lado para que pueda pasar.

Entro en el piso, no parece muy grande. La entrada da directamente al salón. Un par de sofás, una mesa rectangular de comedor con cuatro sillas, el mueble de la tele y un montón de juguetes de niño tirados por el suelo, ocupan la estancia.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella con desprecio. Está visiblemente enfadada.

Yo la miro con dureza antes de responder.

—Darte la oportunidad de explicarme por qué no debería ir ahora mismo a la policía y acusarte de cómplice de intento de asesinato. —contesto con sequedad, mirándola fijamente para ver su reacción.

Tal y como esperaba, ella palidece. Abre tanto la boca que me da miedo que se le desencaje la mandíbula. Camina un par de pasos hacia atrás, hasta que se deja caer en un sillón.

—¿Intento de asesinato!? —pregunta, llevándose una mano al pecho mientras, con dificultad, consigue pronunciar unas palabras—: ¡Yo no he hecho nada!

—Vale, perfecto. Entonces, tienes dos opciones: convencerme de que lo que dices es cierto, contándome la verdad desde el principio; o ver cómo a tu hijo se lo llevan los servicios sociales. Porque aquí no tienes familia que se haga cargo de él, ¿verdad? Por lo tanto, cuando tú vayas a la cárcel, él...

—¿Cárcel?, ¿pero qué dices? —pregunta, cada vez más agobiada. Está empezando a hiperventilar.

—Yo solo te explico lo que va a pasar, a no ser que me des una explicación convincente de qué tiene que ver Hugo, el antiguo compañero de Leo en los Black Dragons, con las acusaciones que has estado haciendo por televisión. ¡Y no intentes negar que lo conoces, porque os grabaron juntos hace unos días! Os he visto hace unas horas por televisión. —le aclaro con repugnancia.

Los ojos se le llenan de lágrimas y, nerviosa, empieza a mover las manos mientras mira al suelo. Suspira, cierra los ojos y comienza a hablar:

—Hace seis años, una amiga y yo conseguimos colarnos en una de las épicas fiestas que los Black Dragons daban en su hotel, después del concierto. Yo quería acostarme con Leo, y mi amiga quería hacerlo con David. Estuvimos un rato rodeadas de los músicos; había alcohol, sexo y drogas. Pero los chicos del grupo no aparecían, por lo que mi amiga decidió irse. Yo quise quedarme un poco más. Cuando estaba a punto de desistir, llegaron ellos. Leo era todavía más guapo de cerca y me moría de ganas de acostarme con él. Pero ese día, él no estaba de humor y pasó de mí. El que si parecía dispuesto a pasar un buen rato era Hugo.

—Entonces, te acostaste con Hugo. —la interrumpo.

Ella se encoge de hombros y me mira, mientras una lágrima se desliza por su mejilla antes de seguir hablando.

—A falta de pan... El caso es que mi intención no era quedarme embarazada ni mucho menos, pero los dos íbamos borrachos como cubas y no usamos protección. A la mañana siguiente, me encontré sola en la cama del hotel. Recogí mi ropa, me vestí y me fui. Un mes después supe que estaba embarazada. Por aquel entonces yo ya no tenía familia aquí, ni a nadie que pudiese ayudarme económicamente, por lo que decidí recurrir a Hugo. Le dije que estaba embarazada, que iba a ser papá. Él me amenazó y, por miedo, me fui al extranjero para tener a mi bebé.

«Después de dar a luz, volví y hablé otra vez con él. Era la época dorada de los Black Dragons. Lo amenacé con empezar a dar exclusivas en todas las televisiones y llegamos a un acuerdo. Él accedió a pasarme una pensión mensual para el niño, a cambio de que nunca más nos acercásemos a él, ni mi hijo ni yo, y de que nadie se enterase nunca de que él era el padre de mi bebé».

—¿Te ofreció dinero a cambio de no decir que tenías un hijo con él? —pregunto, atónita.

—Era como si me pasase la pensión del niño, a cambio de que su nombre no se viese implicado. Total, con todo el dinero que ganaban, los dos mil quinientos euros que me pasaba a mí cada mes eran bastante menos de lo que se gastaban en bebida en cada fiesta que daban. Para él no suponía nada, para mí la posibilidad de darle a mi hijo una buena vida.

—Pero aun así, ¿tú buscaste trabajo? —pregunto, confundida.

—Nunca gasté ni un solo euro del dinero que Hugo me ingresaba cada mes en mí. Todo era para mi niño. Colegio, ropa, actividades, y una cartilla de ahorro para su futuro. No había podido darle un padre, pero intentaría que nunca le faltase nada más. —explica Yolanda, afligida.

No quiero sentir lástima por ella, no después de lo que ha hecho; pero una parte de mí se compadece.

—El caso es que así estuvimos durante cinco años, hasta que hace un mes, Hugo se puso en contacto conmigo. Me dijo que Leo le había destrozado la vida, que por su culpa lo había perdido todo y que, por supuesto, sus ingresos habían mermado considerablemente. Yo le dije que aunque no ganase ni un euro más en lo que le restaba de vida, tenía dinero suficiente para vivir a cuerpo de rey cinco vidas más... Pero me amenazó diciéndome que si quería seguir cobrando la pensión del niño, tenía que salir en televisión acusando a Leo de ser el padre y bueno... de todo lo demás.

—Vamos, que quería que acusases a Leo de haber hecho exactamente lo que él hizo.

—Pensé en negarme, pero la droguería donde trabajo está recortando personal y me dio miedo quedarme sin una cosa y sin la otra a la vez. Fui una cobarde, pero no pude. —confiesa, mirándose arrepentida.

—¿Pero qué quería conseguir? Obviamente, lo primero que Leo haría es pedir una prueba de paternidad, y se sabría la verdad en cuanto saliese el resultado. ¿Qué sentido tiene entonces todo ese circo que habéis montado?

—Hugo estaba seguro de que Leo pediría una prueba de paternidad, pero el daño ya estaría hecho: los rumores, la duda sembrada; su carrera recién lanzada se vería resentida y con un poco de suerte, incluso tú lo dejarías. En resumen, solo quería hacerle daño. Darle donde más le duele.

—¿Y cómo pensabas pagar la demanda por injurias que Leo presentaría contra ti cuando se supiese que todo era falso, si no tenías ni un euro?

—Hugo me dijo que él se encargaría de pagarla. —afirma Yolanda, secándose con el dorso de la mano las lágrimas de sus mejillas, y sorbiendo por la nariz—. Pero te juro que yo no he tenido que ver en nada más. Desde hace cinco años, no había vuelto a ver a Hugo, hasta hace un mes. No tengo ni idea de lo que haya estado haciendo él hasta ese momento.

La miro fijamente, analizando mis opciones. Estoy segura de que la chica dice la verdad, aunque eso no hace que me caiga mejor. Pero al menos, ahora sé

que ella no está implicada en los intentos de asesinato.

—Voy a ser muy sincera contigo y a intentar resumirte la historia —digo finalmente, con la voz más fría que el hielo—. Reconozco que al principio estaba totalmente desorientada, pero cuando esta tarde os he visto juntos en televisión, y la abuela de Leo me ha asegurado que Hugo es el hombre que el día antes del accidente estuvo en su casa preguntando por él, y no mi hermano, como Leo pensó en un principio... Todo ha tomado sentido en mi cabeza.

Ella me mira asustada.

—Leo deja el grupo y los Black Dragons se disuelven. En vez de intentar salir a flote por sus propios medios, Hugo se dedica a regodearse en su desgracia, y cuando se entera de que Leo sí va a seguir con su carrera, decide acabar con ella a toda costa. Lo primero que intenta es provocarle un accidente de coche. En este punto, reconozco que fue muy astuto porque lo hizo de tal manera, que era muy difícil, casi imposible diría yo, advertir que el accidente había sido provocado. Eso manda a Leo al hospital, pero como no consigue ni matarlo ni apartarlo de los escenarios, vuelve a la carga cortando los cables del foco que se desprendió justo donde Leo estaba tocando en el ensayo general. Pero tampoco esta vez tiene éxito, por lo que empieza a ponerse nervioso y decide utilizar algo en contra de Leo que muy poca gente conoce: su alergia a la nuez. —continúo explicando, mientras camino de lado a lado del salón, sin dejar de mirarla a los ojos. Su cara es un poema, parece a punto de desmayarse—. Cómo consiguió infiltrarse en nuestra habitación e inyectar la sustancia en la botella, es un misterio para mí, pero esa vez estuvo cerca. Me llevé el susto de mi vida. Por un momento, creí que lo perdía. —Guardo silencio recordando ese momento, y un escalofrío me recorre la columna vertebral. Lo ignoro y continúo hablando—: Pero, por suerte, todo quedó en eso: un susto. Para intentar poner nervioso a Leo, se metió en su casa y fotografió a su madre y a su abuela. Ya desesperado, al ver que nada daba resultado, decide tomar una medida desesperada: destrozar su imagen pública, desacreditarlo y hundirlo. Es ahí cuando recurre a ti y te ordena lo que ya sabemos. El resto de la historia ya lo conocemos. —concluyo, parándome delante de ella.

Yolanda me mira sin pestañear, tiene los nudillos blancos de la fuerza con la que se está agarrando al sillón, y abre y cierra la boca, desesperada, sin conseguir articular palabra.

—Te... te... ju... ju... juro que yo no... no sabía nada de... de todo eso. —balbucea la mujer, a punto de caer redonda al suelo de la impresión.

—Lo sé, y por eso te propongo un trato. —le ofrezco, acuclillándome delante de ella para quedar a su altura.

Ella me mira extrañada.

—Quiero que salgas en televisión explicando que te viste sometida a un chantaje y que por eso culpaste a Leo de todas esas cosas. Tienes que dejar claro que él no es el padre de tu hijo y tienes que limpiar su nombre de cualquier duda o acusación.

—Eso está hecho —me asegura de inmediato.

—Hay algo más —añado—. Quiero que me ayudes a conseguir una confesión de Hugo. Si lo haces, te prometo que olvidaremos todo esto y Leo no te denunciará por difamación. Podrás seguir con tu vida. Se lo debes y lo sabes.

Ella me mira fijamente.

—Está bien —acepta—. Lo que sea con tal de terminar con esta pesadilla.

Pedimos un taxi, y después de dejar al hijo de Yolanda en casa de la vecina, nos dirigimos a la comisaria que Lena me indicó en su mensaje. En cuanto entro y digo quién soy, me dirigen a un despacho donde me están esperando el comisario y tres agentes más.

Después de explicarles con pelos y señales lo que ya les han contado los policías de Vigo que están al tanto de todo, de más de dos horas analizando pros y contras, y debatiendo la mejor manera de proceder; finalmente, los policías acceden a lo que les propongo: ponernos un micro para conseguir grabar una confesión de Hugo. Ellos nos esperarán en una furgoneta camuflados al lado del portal, para intervenir en caso de que sea necesario, y para detenerlo llegado el momento.

Yolanda está como ida.

—¿Está usted segura de que quiere hacer esto, señora? —le pregunta el policía, viendo el estado en el que se encuentra—. Recuerde que nadie puede obligarla, no sabemos lo peligroso que puede llegar a resultar esto. —le advierte el comisario, con cara de pocos amigos. A continuación, me mira a mí con dureza, pero yo no me inmuta—. Esta forma de proceder no es la habitual; accedemos porque conocemos su trayectoria profesional, y porque los compañeros de Vigo han intercedido por usted... Pero si esta mujer no está segura, no vamos a hacer nada. —asevera, a punto de fulminarme con la mirada.

—La decisión es de ella. Nadie la está obligando a hacer nada. Simplemente

está valorando sus opciones. —sostengo, sin achicarme. Él es perro viejo, pero yo en este mundillo voy de vuelta y media, y no me achanto con facilidad.

—Estoy segura. —nos interrumpe Yolanda—. Solo estoy nerviosa, pero estoy segura.

—Que estés nerviosa nos viene bien para lo que vamos a hacer, así parecerá todo más real. No te preocupes, saldrá bien. Hugo tiene un ego tan grande, que ni se plantea la posibilidad de que lo cacemos. —aseguro, poniendo una mueca de asco.

El comisario mira el reloj de su muñeca.

—Son las cinco y media de la mañana, salimos a las seis en punto. Que os preparen y os pongan el micrófono. ¿Quién de las dos va a llevarlo?

—Yo lo llevo. —contesto al instante.

—¿Has llevado micro oculto alguna vez? —me pregunta uno de los agentes, acercándose a mí.

—Sí. Varias veces cuando vivía en Washington. —confirmo.

Él sonrío y asiente.

—De acuerdo, pues sígueme para colocarlo.

Me dan el micrófono y lo coloco cuidadosamente debajo del sujetador. Hacemos varias pruebas para comprobar que se escucha perfectamente, y a las seis en punto salimos de la comisaria. Nosotras vamos en un taxi, seguidas de cerca por la furgoneta en la que tres agentes seguirán todo el operativo.

Llegamos al portal de Hugo, cuya dirección no nos ha costado nada conseguir desde comisaria, y Yolanda llama al timbre, con la mano temblorosa. Como no contesta nadie, vuelve a llamar, insegura. Nada, que el niño debe de estar durmiendo la mona; pero a este lo despierto yo, como que me llamo Camila. Pego el dedo al timbre y no lo despego; o me contesta o lo fundo, una de dos. Por fin, se ilumina el video portero, y una voz que denota muy mala hostia, nos contesta.

—¿¡Se puede saber qué cojones haces tú en mi casa a las seis y media de la mañana, y acompañada de la guarra esa!?! —grita Hugo, nada contento de vernos.

—Tenemos que hablar. —le dice Yolanda, con voz temblorosa.

—Yo no tengo nada que hablar contigo. —rechaza él, de malas formas.

—¿¡Cómo es eso de que no tienes nada que hablar con la madre de tu hijo, pedazo de basura!?! —grito yo a propósito, para que se cabree todavía más.

En cuanto acabo de pronunciar la frase, la puerta del portal se abre. Está claro que nuestro amigo no quiere presumir de paternidad en público. Dudo que gane el título al padre del año, el muy asqueroso.

Nos subimos al ascensor y agarro a una temblorosa Yolanda por los brazos, para que fije sus ojos en mí.

—Recuerda, tienes que llevarlo al límite, tiene que enfadarse hasta tal punto, que esté medio desquiciado. Después, yo me encargaré de que confiese.

Ella asiente, intentando controlar el temblor de su labio.

En cuanto llegamos a la puerta de su casa, Hugo, que está esperándonos, agarra a una atemorizada Yolanda por los brazos y la arrastra dentro; casi tengo que correr para entrar en el piso, antes de que cierre la puerta de un empujón.

Una vez dentro, la empuja contra la pared y, agarrándola del cuello, le pega una bofetada en la cara, dejándole los dedos marcados en la mejilla. Yo me lanzo contra el muy animal, para separarlo de ella. Pesa mucho más que yo y es más corpulento, pero con mi nivel de artes marciales, no me cuesta nada retorcerle un brazo y hacerlo caer de rodillas al suelo.

—Como vuelvas a intentar ponerle una mano encima, te rompo el brazo de tal forma que no te lo reconstruyen ni haciendo un puzle, hijo de puta. —siseo, con desprecio.

Lo suelto y me mira con ira, pero no hace nada. Se vuelve hacia Yolanda, que parece haber recuperado algo de aplomo y seguridad al verme doblegarlo, y le espeta:

—¿¡Por qué cojones sabe esta que el pequeño bastardo es hijo mío? Tú y yo teníamos un trato —brama enloquecido. Por cómo huele su aliento, ha debido de beberse una whiskería entera.

—Sí, teníamos un trato que tú incumpliste cuando me amenazaste para que saliese mintiendo en televisión. —le reprocha ella.

—Solo tenías que hacer una cosa, solo una. Pero eres tan imbécil que ni eso eres capaz de hacer.

—¡Me mentiste, me dijiste que querías desprestigiarlo, en ningún momento

me dijiste que ibas a intentar matarlo! —grita Yolanda y, o es una actriz de Óscar, o ahora es ella la que está fuera de sí.

La cara de Hugo es digna de ver, pasa por varios estados en cuestión de décimas de segundo: primero sorpresa, después enfado, y finalmente se echa a reír como un descosido.

—¿¡Pero qué te has metido!?! —grita, riéndose—. Yo no he intentado matar a nadie. —se defiende, pero la forma en como mueve los ojos me demuestra que está más nervioso de lo que quiere aparentar. Lo estamos consiguiendo.

—¿Recuerdas el accidente de coche de Leo? ¿Cómo conseguiste aflojar todos los tornillos para que se perdiese el líquido de frenos, sin que nadie te viese? —pregunto pensativa.

—¡Tú estás loca! Estaba fuera del país cuando Leo tuvo ese accidente.

—Primer error. La *tata*, una mujer encantadora, me ha confesado que estuviste preguntando por Leo en su casa la tarde antes del accidente. Seguramente pensaste, que dado que es mayor y no te ve nunca, no se acordaría de ti, pero esa mujer tiene más memoria que cien elefantes juntos, y solo le hizo falta ver una imagen tuya en la televisión, para cantar como un pajarito. Aunque según dices, el día del accidente estuvieses en otro país, tuviste tiempo suficiente para aflojar los tornillos la tarde anterior; Leo no cogió el coche hasta el día siguiente.

—¡Eso no demuestra nada, esa maldita vieja está confundida!

—En serio, Hugo, ni te molestes en intentarlo, de verdad. Vamos a ahorrarnos el paripé, que esta noche no he dormido y no tengo ganas de teatro. Tenemos tus huellas en el coche. Ese fue tu segundo error: no utilizar guantes para manipular los tornillos.

Hugo se ve cada vez más acorralado y empieza a respirar a toda velocidad.

—¡Por supuesto que fui yo! —vocifera como si estuviese poseído—. Quería matarlo, quería quitarle su vida igual que él me quito la mía. ¡Lo teníamos todo! ¡Teníamos todo lo que cualquier grupo puede desear y más! ¡Pero al señorito no le bastaba, nooooo, él tenía que tenerlo todo para él! Me destrozó la vida, y cuando vi que él iba a retomar su carrera como si nada, que seguía teniendo a todo el público a sus pies, pero nadie se acordaba de David ni de mí... No me dio la gana permitir que se fuera de rositas. ¡Él destrozo mi vida y yo quería destrozar la suya! —escupe las palabras con amargura, lentamente, mirándome a los ojos—. Yo le quería, era mi amigo y me traicionó... Y las traiciones se

pagan. —dice, mirando ahora a Yolanda. Esta traga saliva, pero no se deja intimidar.

—El resto de los intentos, el del foco, la nuez moscada en el agua, ¿también fuiste tú? —pregunta ella, envalentonada.

—¿Cómo sabes eso? —Se ríe él, satisfecho de sí mismo.

Avanzo unos pasos con los brazos en las caderas, y a escasos centímetros de su cara, siseo, con toda la sangre fría de la que dispongo:

—Se lo dije yo, ¿algún problema?

—Ninguno. Igual que yo no tuve ningún problema cuando lo vi salir en la ambulancia hacia el hospital, medio muerto, después de beber de esa botella de agua. —Me sonrío con petulancia y yo le devuelvo la sonrisa.

—Ya que nos estamos sincerando, contéstame a una cosa: ¿Cómo fuiste capaz de entrar en nuestra habitación?

Él se ríe más fuerte todavía y me mira con odio. Se levanta y comienza a pasear por la estancia.

—Te crees un perro guardián y no llegas ni a chucho de compañía. Siempre he estado dentro. Tanto que presumíais de vuestra trayectoria, de vuestra empresa, de vuestro equipo, y yo siempre he tenido dentro unas manos y unos ojos. ¡Y no contenta con tener un infiltrado dentro de tu equipo y no darte ni cuenta, vas tú y lo asignas directamente a Leo! —Sonrío con maldad—. Ni en mis mejores sueños hubiese imaginado que me lo ibais a poner tan fácil. ¡Tú, la súper guardaespaldas, y te faltó poco para servírmelo en bandeja de plata!

Eso sí que me toma por sorpresa.

—Erik. —pronuncio en voz baja. Pondría mi brazo derecho en el fuego por César, por lo tanto, ha tenido que ser Erik—. Era Erik.

—Enhorabuena genio, te ha costado pero parece que por fin lo has pillado, ¿eh? —me felicita con desprecio—. ¿Sabes lo mejor de todo, guapa? Que nunca vais a poder demostrar nada. Yo manipulé el coche, sí; yo entré en el recinto con la ayuda de Erik y corté los cables; yo le di la jeringuilla que él después se encargó de pinchar en la botella del agua; y yo me colé en su casa para sacarle fotos a su dulce abuelita. ¿Y sabes qué más? Yo provoqué la avalancha que hizo suspender su gira antes de contratarte a ti. ¡Fue tan sencillo! ¿Y a que no sabes lo

mejor de todo? Que digas lo que digas, nunca te van a creer, porque no tienes pruebas que demuestren nada. ¿Unas huellas? Nadie me va a condenar por eso. Digas lo que digas, no tienes “na da”. —pronuncia lentamente, acercándose a mí.

—Tienes razón, lo cierto es que no voy a decir “na da”, porque no es necesario; ya lo has dicho todo tú. Y teniendo en cuenta, que llevo un micro y que todo lo que has dicho lo ha grabado la policía, me parece que el que no tiene “na da” que hacer para salvarse, eres tú.

Su cara cambia de golpe al escucharme pronunciar estas palabras. Con los ojos rojos de furia, hace un movimiento rápido que no me espero, y coge un cuchillo de encima del mueble de la televisión, que no había visto antes. Se abalanza con él sobre mí y consigo tirarme al suelo.

—Puede que yo vaya a la cárcel, pero a ese hijo de puta voy a quitarle lo que más quiere. ¡A ti! —grita, atacándome con el cuchillo a la garganta. Yo, pese a que estoy en el suelo, inmovilizada bajo su peso, consigo protegerme el cuello con el brazo.

Siento la hoja de metal atravesar mi carne y la sangre cálida recorrerme el brazo. Como puedo, consigo esquivar un segundo ataque con el cuchillo, y agarrando su muñeca, lo obligo a soltar el arma y le retuerzo el brazo. Hugo grita del dolor y aprovecho para, de un golpe, sacármelo de encima. Me impulso con las piernas y lo lanzo contra el suelo, donde cae boca abajo. Justo en el momento en el que estoy colocando mi rodilla en su espalda para impedir que se mueva, entra en el piso la policía.

Al ver que tengo la situación bajo control, dos agentes se acercan a mí sonriendo, mientras el otro va a comprobar que Yolanda esté bien.

—Buen trabajo, lo tenemos todo grabado. Este va a tener una larga temporada a la sombra para escribir canciones.

Yo, todavía jadeando por el esfuerzo, asiento y me aparto de él mientras lo cogen, lo ponen en pie y uno lo esposa, mientras el otro le lee sus derechos. Lo sacan del piso y yo me giro hacia Yolanda, que está aterrada pero más entera de lo que cabría esperar.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Ella asiente, todavía impactada por lo que acaba de pasar.

—Eso si que no parece estar nada bien. Voy a llevarte al hospital, necesitas

puntos. —Escucho al policía, que me mira señalando mi brazo. Lo miro y confirmo que tiene razón. Tengo una buena brecha y por cómo sale la sangre del corte, parece profunda.

Yolanda, todavía blanca como el papel, entra en el baño y sale con una toalla.

—Presiona esto contra el brazo. —me dice.

—Gracias. —respondo, con un gesto de dolor al apretar la herida con la tela. Ella se da la vuelta para dirigirse hacia la puerta, seguida por el policía, pero yo la llamo—: Yolanda. —Me mira y asiento—. Estamos en paz. Gracias. —Ella asiente también y sale del piso. El policía me mira esperando a que yo también lo haga, y cuando paso por su lado, sale detrás de nosotras.

Nos subimos en un coche patrulla y arrancamos rumbo al hospital.



LEO

Me paseo arriba y abajo por mi salón, desesperado. Son las tres de la tarde y no sé nada ni de Camila ni de Lena, quien por cierto, había prometido contarme qué leches está pasando si Camila no había vuelto a mediodía, y de eso hace ya un rato. ¡Pero aquí sigo, ni la una ha vuelto, ni la otra ha soltado prenda, y la *tata* ahí la está, como si tal cosa, sentada en su silla de ruedas sin despeinarse ni un pelo! A puntito, pero a puntito estoy, de utilizar el chantaje con ella. ¡Yo qué sé! Podría llevarla a un *boy* o algo de eso. ¡Seguro que si le ofrezco algo así, canta hasta la Traviata!

Me da repelús solo pensarlo. Me acerco a ella y agarro sus manos con las mías.

—*Tata, tatita* mía, ¿no ves que estoy sufriendo? ¡No he dormido en toda la noche!

—No te preocupes, hijo mío. Sufrir un poco de vez en cuando no es malo, te ayuda a apreciar los momentos felices de la vida. —me responde ella, con sonrisa angelical.

Cojo el móvil y llamo por novena vez a Lena. Por supuesto, como las otras ocho veces, me salta el buzón. Yago y mi madre, que están sentados al lado de la *tata*, me miran con comprensión.

—¡No sé cómo puedes estar tan tranquilo! ¡Es tu hermana! —le grito a mi amigo, cada vez más agobiado.

—Pues precisamente porque es mi hermana y la conozco. Si hubiese pasado algo ya lo sabríamos. Si cada vez que mi hermana está trabajando me pusiese así, ni viviría yo ni la dejaría vivir a ella. Estoy acostumbrado a su trabajo, Leo.

No doy crédito a lo que escucho. Voy a replicarle cuando, de pronto, escucho el sonido de un coche aparcando delante de casa.

Me asomo a la ventana del salón y veo a Lena bajándose de su coche. Me dirijo a toda velocidad a abrirla la puerta, y todavía no ha puesto los dos pies dentro de casa, cuando ya le estoy gritando:

—¡Hace dos horas que tenías que estar aquí, te he llamado mil veces! —mascullo, enfadado.

Ella entra en el salón y, tras quitarse la cazadora, se vuelve hacia mí:

—Ehhhh, vete bajando el tonito, que no he dormido en toda la noche y no estoy para aguantar tonterías. —me increpa.

—¿Estás bien? —pregunta Yago, preocupado tras reparar en sus ojeras.

—Solo cansada, ha sido una noche larga. —responde ella, escuetamente.

Besa a mi madre y a mi abuela, y se sienta al lado de ambas en el sofá. Después, coge el mando de la televisión, que está encima de la mesita, y pone el canal en el que están dando el telediario.

Yo no doy crédito a lo que veo. Me pongo delante de la tele y le pregunto indignado y atónito:

—¿De verdad vamos a ponernos a ver la tele? ¿Me estás vacilan...?

No puedo terminar la frase. Lo que dice la presentadora acapara toda mi atención, y me doy la vuelta como si acabasen de meterme un petardo por el culo.

«Esta madrugada se ha llevado a cabo en Madrid, la detención del antiguo componente de los Black Dragons, Hugo Millán Santoro, que ha sido conducido a dependencias policiales y, posteriormente, trasladado al juzgado donde se ha llevado a cabo su ingreso preventivo en el centro penitenciario Madrid V soto del Real, a la espera de ser juzgado por el Homicidio en grado de tentativa, del cantante Leo Lago, en reiteradas ocasiones, así como por agresión con arma blanca a la guardaespaldas Camila González Sánchez. Esta se encuentra ya fuera de peligro, si bien, presenta lesiones.

Asimismo, esta misma mañana, Yolanda Rey ha convocado una rueda de prensa, en la cual ha declarado que en ningún momento ha tenido ninguna relación, ni física ni afectiva con Leo Lago, que nunca ha recibido amenazas por parte de este, ni es él el padre de su hijo.»

Necesito sentarme para asimilar todo lo que estoy escuchando, así que me dejo caer en el sillón.

—¿Pero qué...?, ¿cómo...? —intento preguntar, sin conseguir articular palabra.

—¿Y mi hermana? —pregunta Yago, que ha palidecido.

Todos miramos a Lena, preocupados, y ella sonrío para tranquilizarnos.

—Primero que nada, tranquilos, Camila está bien. Hugo la atacó con un cuchillo y se lo clavó en el brazo, pero ella se defendió. Tuvo que ir al hospital y

le han dado unos puntos, pero nada más. Está acabando de arreglar el papeleo con la policía, y esta noche la tendremos aquí.

Una vez que Lena comprueba que nuestro semblante se ha relajado, continúa contándonos con pelos y señales, todo lo acontecido desde la tarde anterior.

Miro a mi abuela, que sonrío con orgullo cuando escucha a Lena decir que gracias a ella, que reconoció a Hugo al verlo en la televisión, porque fue él quien estuvo en casa la tarde antes del accidente, Camila ató cabos y se dio cuenta de todo.

¡La madre que parió a la *tata*!

Lena nos cuenta que no nos dijeron nada para que no interfiriésemos, por miedo a estropear el operativo o a que pudiésemos salir heridos. Nos explica uno por uno todos los pasos dados por Camila desde que ayer por la tarde abandono mi casa, y yo sigo sin poder cerrar la boca.

Se me pone la piel de gallina solo de imaginarlo.

—No doy crédito. ¡No me lo puedo creer! —afirmo, cuando al cabo de un rato Lena termina de explicárnoslo todo.

—Pues créetelo, Leo. Por fin todo ha terminado. —Lena me sonrío feliz.

—¿Y Erik? —pregunto, sintiéndome raro al saber que todo este tiempo hemos tenido al enemigo en casa.

—La policía lo ha detenido esta mañana.

—No me puedo creer que Camila se haya arriesgado tanto... —pienso en voz alta.

—Camila haría cualquier cosa por protegerte, Leo. Ella siempre va a cuidar de ti. Siempre intenta cuidarnos a todos. Ella es así.

Y sí. Ella es así. Y lo es todo para mí. Yo también quiero cuidar de ella.



Capítulo 22

CAMILA

Son casi las ocho de la tarde cuando llego a mi casa. Estoy tan cansada, que casi no atino a meter la llave en la cerradura. Entro, y en cuanto cierro la puerta, me encuentro con mi cara entre las manos de Leo, que me sonríe con ternura. No me da tiempo a decir nada.

—Nunca, nunca más en tu vida, vuelvas a darme un susto así, Camila. Nunca vuelvas a ocultarme cosas o a mentirme. Estoy dispuesto a resignarme a que en algunas ocasiones tendrás que ponerte en peligro o hacer cosas que no me hagan gracia por tu trabajo. Pero por favor, no vuelvas a ocultarme nada jamás. —pide, susurrándome mientras me acaricia las mejillas con los pulgares.

—No pretendía ocultarte nada, Leo, pero fui a tu casa y entonces... —intento justificarme.

Él posa su dedo sobre mis labios.

—No digas nada más, lo sé todo. —asiente, mirándome con una ternura infinita.

Yo cierro los ojos y asiento con la cabeza.

—¿Te duele mucho el brazo? —Frunce el ceño mientras con la cabeza, señala el apósito que cubre mi antebrazo.

—No, solo me han dado unos puntos, nada más.

—Solo de pensar lo que podía haberte pasado... —dice con voz trémula, negando con la cabeza.

Ahora soy yo la que no lo deja terminar:

—Pues no lo pienses. No ha pasado nada y todo ha terminado.

Observo su rostro con detenimiento; está más pálido de lo normal, y unas profundas ojeras se marcan bajo sus ojos.

—¿Tú qué tal estás? —pregunto, intentando averiguar yo misma, la respuesta en sus ojos.

—Asimilándolo. —responde al cabo de unos segundos. Me suelta y se separa un par de pasos de mí—. Durante muchos años, Hugo fue casi como mi hermano. Sé que se enfadó cuando dejé el grupo, pero siempre pensé que con el tiempo me comprendería y se le pasaría. Creía que volveríamos a ser amigos,

igual no como antes, pero amigos al fin y al cabo... Nunca se me hubiese pasado por la cabeza que él quería hacerme daño. ¡Ni a mí ni a nadie!

—Tengo que contarte algo —anuncio, preocupada—. Le prometí a Yolanda que no la denunciarías por difamación, ni tomarías ninguna medida contra ella.

Él me mira fijamente y finalmente asiente.

—Lo sé, Lena nos lo ha explicado todo. No te voy a decir que me parezca bien lo que hizo, pero creo que, al final, ella solo fue una víctima más. Tomó el camino equivocado al difamarme, pero no sé... quizás no vio otra salida. No voy a juzgarla. —razona él, con nobleza.

En este momento, siento que lo amo todavía más. Otra persona estaría deseando destruirla por todo lo que hizo, pero Leo no; él prefiere darle el beneficio de la duda.

—Por lo que yo sé, va a pedir una demanda de paternidad. Cuando el resultado salga positivo, Hugo tendrá que pasarle una pensión al niño.

Leo asiente y se acerca de nuevo a mí. Me mira fijamente a los ojos y me besa con dulzura. Yo correspondo al beso con ansias, pero él se separa de mí y apoya la cabeza en mi frente.

—Ya tendremos tiempo de eso después. Ahora necesitas dormir, pareces a punto de quedarte dormida de pie. —sentencia.

—Tú no tienes mejor cara que yo. —replico, sacándole la lengua.

—Digamos que tampoco he dormido demasiado esta noche. —admite él.

—Ve a meterte en la cama; voy a prepararte un vaso de leche y enseguida estoy contigo. Seguro que tampoco comiste nada. —Escucho a Leo, que ya se dirige hacia la cocina.

—Un sándwich en comisaria antes de salir hacia aquí. —grito a sus espaldas. Pero como sé que no me va a hacer caso, obedezco y voy a la habitación.

Cojo ropa interior limpia, me recojo el pelo en un moño alto y decido darme una ducha rápida. El agua caliente sobre mi cuerpo y el olor del jabón, ayudan a destensar un poco mis músculos después de todo lo sucedido. Suspiro con alivio cerrando los ojos.

Tan solo tardo unos minutos, pero cuando salgo, mi cuerpo está mucho más relajado. Cojo un apósito limpio del botiquín, y me lo cambio. Me seco rápidamente y me pongo un conjunto negro de encaje que, por cierto, es precioso

y sé que me queda de maravilla.

En cuanto entro en la habitación, veo a Leo sentado en la cama esperándome.

Me mira de arriba a abajo y sus ojos se oscurecen.

—¿Quieres torturarme? —Su voz suena ahogada. Ver cómo me mira, hace que se me seque la boca. Incluso muerta de cansancio como estoy, todos mis instintos se ponen alerta bajo el calor de su mirada.

Yo sonrío inocentemente y me meto en la cama. Cojo el vaso de leche que él, previamente ha dejado en mi mesilla, y me lo bebo de un trago. Me acuesto tapándome solamente hasta la cintura.

Leo, sin apartar sus ojos hambrientos de mí ni un solo segundo, se quita la camiseta y empieza a desabrochase el vaquero para meterse en la cama. Si hace un momento mi boca estaba seca, ahora parece papel de lijar.

Él, consciente del efecto que tiene sobre mí, sonrío con malicia, y tarda unos segundos más de lo necesario, en acabar de quitarse la ropa para meterse en la cama a mi lado. Cuando por fin se acurruca conmigo y me atrae contra su cuerpo, suspiro sintiéndome en la gloria.

—Lo que voy a hacer ahora, es quizás la prueba de amor más grande que voy a hacer en toda mi vida.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es? —pregunto, somnolienta. Estoy tan cansada y tan a gusto, que me cuesta horrores mantener los ojos abiertos.

—Dejarte dormir. —responde él, dándome un suave beso en la frente.

Yo asiento con los ojos ya cerrados, pegándome más a su cuerpo, y en milésimas de segundo, caigo profundamente dormida.



Me despierto descansada. No tengo ni idea de cuántas horas hemos dormido, pero han debido de ser muchas. En algún momento de la noche, nos hemos puesto de lado. Leo me sostiene por la cintura. A juzgar por lo que siento apretándose contra mi nalga, aunque él continúa dormido, una parte de su cuerpo

está muy, pero que muy despierta. Sonrío con malicia y me froto un poco contra él. Siento cómo su erección lucha contra la tela del bóxer por salir. Con cuidado de no despertarlo, me giro para quedar de cara a él. La habitación está completamente a oscuras, por lo que no le veo la cara. Poso un dedo en su pecho y lo deslizo suavemente por su piel, hasta llegar a la goma del bóxer. Entonces lo retiro. Me arrimo un poco más a su cuerpo, y me dispongo a agarrar su miembro con la mano, pero antes de llegar a tocarlo, siento cómo me agarra de la muñeca. De un solo movimiento, me pone boca arriba y se sienta encima de mis piernas.

—Creía que estabas dormido. —susurro.

Él se agacha y, mordiéndome el lóbulo de la oreja, responde con voz ronca en mi oído:

—Pues creíste mal. Llevo rato despierto y créeme, —añade con una voz tan sexy que me hace estremecer—, tenerte pegada a mí sin poder tocarte para dejarte dormir, ha sido poco menos que una tortura. Así que ahora me toca a mí hacerte sufrir. Solo un poquito.

Jadeo de anticipación ante la promesa o amenaza de sus palabras.

No se ve nada. Por eso, cuando siento el calor y la humedad de su lengua sobre el encaje que cubre mi pezón, no me lo espero y no puedo evitar un gemido de placer.

—Quiero que hagas algo por mí. —pide él, nuevamente en mi oído.

—¿Qué? —consigo preguntar.

—Mete las manos debajo de la almohada y no las saques de ahí. —indica Leo, mordisqueando mi cuello.

Hago lo que me dice, y él acaricia mis brazos para comprobar que, efectivamente, le he hecho caso.

—Así me gusta —afirma, descendiendo con su boca hasta mi hombro.

Atrapa el asa de mi sujetador y tira de ella con sus dientes. Sopla sobre el encaje mojado, y siento una sensación fría sobre mi pecho sensible, por las atenciones recibidas. Sin darme tiempo siquiera a respirar, pasa la palma de su mano por encima de mi otro seno y baja un poco la tela, de manera que sobresale por encima. Leo coloca una de sus piernas entre las mías y yo las abro inmediatamente. Todavía estoy con todos los sentidos puestos en la mano que se encarga de torturar mi pecho, cuando siento cómo con la otra, aparta un poco la tela de mi tanga. Suelta mi pezón y me abre un poco más las piernas. Con una

mano, agarra la fina tela del tanga y la frota contra mi dolorido clítoris. Gimo y me agarro con fuerza a la almohada. Lo escucho reír, mientras su respiración se acelera también. De repente, siento su lengua sobre ese mismo punto. Me tortura con ella, muerde y vuelve a chupar. Siento que estoy a punto de explotar cuando, de repente, introduce dos dedos dentro de mí, mientras sigue mordiendo y succionando mi abultado clítoris.

Jadeo, gimo, casi se me saltan las lágrimas. Siento todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo a punto de estallar. Él, consciente de ello, acelera un poco más el ritmo. Mi cuerpo se contrae y algo en mí explota. Me corro con su boca todavía devorándome y sus dedos moviéndose dentro de mí. Grito su nombre, incapaz siquiera de moverme.

Cuando por fin mi cuerpo se queda laxo bajo sus manos, Leo me saca el tanga con cuidado y se coloca sobre mi cuerpo. Alarga el brazo y enciende la luz de la lamparita de la mesilla de noche. La luz me hace cubrirme la cara con los brazos durante unos segundos. Cuando abro los ojos, veo a Leo con una sonrisa que me hipnotiza, mirándome con lujuria.

—Ahora quiero verte, Camila. Quiero que me mires. —pide él, entre jadeos.

Con su rodilla, me insta a abrir más las piernas, y siento cómo se coloca en mi entrada y empieza a introducirse dentro de mi cuerpo, poco a poco, sintiendo y disfrutando cada instante. Cuando, finalmente, me ha llenado por completo, lo veo apretar la mandíbula y me besa en los labios con pasión y dulzura.

—Eres preciosa, estoy loco por ti. —susurra, sin despegar sus ojos de los míos.

Comienza a moverse muy lentamente, disfrutando de cada embestida. Es una dulce tortura. Mi ritmo se acompasa al suyo, y en cada choque de caderas, cada vez que me siento llena de él, me dejo llevar un poco más. Finalmente, incapaces de mantener ese ritmo lento y tortuoso por mucho más tiempo, los dos comenzamos a movernos cada vez más rápido.

—Camila, cielo, no voy a aguantar mucho más. —confiesa Leo, con voz trémula, mirándome a los ojos. Con una mano, vuelve a pellizcarme el pecho, y sus embestidas se van volviendo cada vez más fuertes.

Cierro los ojos, pero él me insta a abrirlos.

—Mírame, Camila, quiero ver cómo te corres para mí. —exige, con pasión.

—No aguanto más. —aseguro entre jadeos, justo antes de sentir una

combustión que me arrasa y que deja mi cuerpo devastado. Siento cómo Leo se tensa dentro de mi cuerpo, y nos dejamos ir a la vez, mientras un brutal orgasmo nos destroza. Esta vez es él quien grita mi nombre, mientras, mirándonos a los ojos, siento cómo se derrama en mi interior. Un instante después, Leo se deja caer, jadeando sobre mi cuerpo, mientras luchamos por recuperar la respiración poco a poco. Leo me mira y me da un beso en los labios antes de salir de dentro de mí. Se levanta y me tiende la mano.

—¿Vienes? —me pregunta.

Me levanto y, dándole la mano, me dejo guiar hasta la ducha.

Leo abre el agua y, tras echar jabón sobre la esponja, se dedica a enjabonar cada parte de mi cuerpo, incluso mi pelo. Yo sigo su ejemplo, y después los dos nos quitamos el jabón entre risas. Salimos de la ducha envueltos en toallas y nos dirigimos a la habitación. Voy hasta mi armario para coger ropa limpia, y cuando me doy la vuelta, me encuentro a Leo sentado en la cama, mirándome con intensidad.

—Camila, lo que te dije antes iba en serio. Estoy loco por ti.

—Lo sé. —afirmo, guiñándole un ojo—. Es que soy irresistible. —añado, divertida.

Pero Leo no tiene cara de estar para guasas y, levantándose de la cama, se coloca la toalla en la cintura y se acerca a mí.

—No estoy de broma, Cami. Lo digo en serio. Estoy total y completamente enamorado de ti. Te amo como nunca pensé que se pudiese amar. —confiesa, agarrando mi mentón mientras me mira a los ojos.

—Yo también te amo, Leo. Creo que siempre he estado enamorada de ti.

—¿Incluso cuando eras la dama de hielo? —me pregunta él, con una sonrisa.

—¿La dama de qué? —pregunto yo, mirándolo asombrada.

—Así es como te apodé cuando volvimos a encontrarnos. —confiesa sonriendo.

Lo miro frunciendo el ceño, enfurruñada.

—Muy bonito, sí señor. Muy bonito. —protesto, haciéndome la ofendida.

—¡Venga, tienes que reconocer que cuando nos reencontramos parecías un tempano de hielo! —insiste, agarrándome por la cadera sonriendo.

—Necesitaba ser así para mantenerte alejado. ¡No podía sucumbir a tu encanto! Solo era una coraza.

—Lo sé. —admite, mirándome a los ojos—. Lo tuve claro desde el principio. Aunque creo que esa coraza no te ha servido de mucho.

—¡Engreído! —lo acuso, dándole un suave empujón en el hombro.

Los dos nos echamos a reír. Su móvil comienza a sonar y Leo se aparta para cogerlo.

—Es Rubén. —me informa, mirando la pantalla.

Cojo la ropa y entro en el baño para vestirme y secarme el pelo. Al cabo de un rato, cuando ya perfectamente seca, vestida, y arreglada, salgo del baño, veo que Leo continúa al teléfono.

Al verme, me guiña un ojo y lo escucho despedirse.

—De acuerdo, Rubén, concretaremos detalles estos días. Gracias.—Cuelga el teléfono y me dice, emocionado—: ¡Tengo algo que contarte, acaban de darme noticias increíbles!

Los ojos le brillan cuando se acerca a mí y me besa en los labios. Lo miro, dejándome contagiar por su entusiasmo.

—¿¡Qué pasa!? —pregunto sin poder contener la risa al verlo tan alterado.

—¡La discográfica acaba de ofrecerme empezar una gira internacional por Europa y Estados Unidos! Empezará una vez termine la gira nacional, con los dos conciertos que quedan de Castrelos.

Lo escucho hablar y siento que me falta la respiración.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —pregunto, intentando que no se note el temblor de mi voz.

—¡Eso es lo mejor! —exclama, eufórico. Está tan emocionado que no se ha percatado del cambio en mi expresión y en mi tono de voz—. La gira dura un año. ¡Estamos hablando de una oportunidad única! Pero es que lo más increíble, es que quieren que después de que termine la gira, nos traslademos a Miami para preparar y grabar allí mi siguiente álbum. Seguramente viviremos allí otro año. —anuncia, excitado—. ¡Es una oportunidad única! ¡No podemos rechazarla!

¡Dos años!, ¡dos años! La cabeza comienza a darme vueltas y las piernas me fallan. Me siento en la cama, incapaz de seguir manteniéndome en pie. Siento cómo todo mi mundo se derrumba a mi alrededor.



Capítulo 23

LEO

—Felicidades, Leo —La escucho decir lentamente, como si arrastrase las palabras.

La miro y me doy cuenta de que algo no va bien cuando, sentada en la cama, la veo regalándome una triste sonrisa.

—¿Qué pasa, Camila? —pregunto, sentándome a su lado.

Ella cierra los ojos y aprieta la mandíbula. Toma aire, y veo cómo su cara cambia a una mueca dolorosa, como si lo que fuese a decir le doliese.

Empiezo a sentir pánico; un pánico atroz que no recuerdo haber sentido jamás.

—¿Qué pasa, Camila? —repito, cada vez más tenso.

Ella abre los ojos y me mira fijamente. La tristeza y la firmeza que veo en ellos, es devastadora.

—Es una oportunidad irrechazable para ti, pero yo no voy a ir contigo. No puedo ir contigo. —sentencia ella, mientras una lágrima resbala por su mejilla.

Me pongo en pie de un salto y empiezo a pasear por la habitación, totalmente desconcertado.

—¿¡Pero qué dices!?! —pregunto nervioso, sin entender nada—. ¿Cómo que no vas a venir conmigo? ¡Si hace un momento me has dicho que me amas! —declaro, confuso—. Yo quiero hacer esto, Camila, pero quiero hacerlo contigo. ¡Vamos a ser muy felices! —intento hacerla entrar en razón.

Ella se pone en pie y se acerca a mí.

—Te dije que te amo porque es cierto, Leo. Te amo más de lo que te puedas imaginar. Estoy enamorada de ti desde siempre y lo sabes. —confiesa, conteniendo las lágrimas a duras penas—. Pero ya lo dejé todo por ti una vez, Leo; porque estaba enamorada de ti lo dejé todo y me fui.

—¡Pero eso no tiene nada que ver! —la interrumpo, desesperado al ver que no consigo convencerla—. Ahora estamos juntos. Nos vamos juntos. ¿Es que no lo entiendes? ¡Podemos ser muy felices!

—Es cierto, nos iríamos juntos, pero yo tendría que dejarlo todo de nuevo. Tendría que renunciar a todo: mi carrera, mi empresa... Todo lo que he

conseguido en estos años a base de esfuerzo y sacrificio. Y no solo eso, Leo; abandonaría a Lena, y yo quiero ver crecer a mi sobrina. Quiero estar aquí. La fama, los periodistas, los flashes... Todo eso es tu vida, pero no la mía. No puedo abandonarlo todo, renunciar a todo lo que he conseguido y a todo lo que soy, para seguirte a ti por todo el mundo. Porque sí, tú vas a seguir cumpliendo tu sueño, pero yo tendría que renunciar a todos los míos.

—¡Eso es que no me quieres tanto como dices! —grito enfadado, dándole la espalda.

—Tú también me quieres, Leo. ¿Renunciarías tú a la música por mí? ¿Serías capaz de renunciar a no tocar nunca más, a no sentir la música por mí? —me pregunta ella, y veo que tiene razón. La amo con locura, pero no sé si sería capaz de vivir sin que la música formase parte de mi vida—. Te quiero, Leo, haría casi cualquier cosa por ti, pero esto no puedo hacerlo. No puedo renunciar a vivir mi vida para vivir la tuya. Tú eres una de las personas más importantes de mi vida y siempre lo vas a ser. Pero no puedo permitir que seas lo único en mi vida. Si renuncio a todo lo que amo, dejaría de ser yo misma.

—Pero yo te quiero —Hago un último intento. Los ojos me escuecen y ni me molesto en evitar que las lágrimas se viertan por mi rostro.

—Yo a ti también, pero el amor no siempre es suficiente. —declara Camila, entre sollozos—. Después de los conciertos de la semana que viene, tú seguirás con tu vida y yo seguiré con la mía. No hay otra forma de hacerlo, Leo. No podemos hacer nada más. —dice ella mientras coge su bolso para, acto seguido, salir corriendo de su propio piso.

Y por segunda vez la pierdo. Por segunda vez, la veo alejarse de mí, pero ahora tengo la certeza de que es para siempre y de que no voy a poder recuperarla.



CAMILA

Estoy tumbada en el sillón del salón, tapada con una manta, viendo por cuarta vez en los últimos días, *La vida es bella*. Lena me observa, disimuladamente, desde la cocina, mientras corta verduras para la cena. ¡Por mí como si corta un bisonte para hacerlo a la cazuela! No tengo hambre, no pienso comer nada. Escucho que llaman a la puerta, y veo por el rabillo del ojo, cómo Lena le abre a mi hermano, que entra como un huracán.

Los dos se quedan en la entrada, sin tomarse siquiera la molestia de susurrar para que no me entere de que están hablando de mí.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Escucho que le pregunta Yago.

—Desde que dejó a Leo, hace cinco días. Al principio me pareció normal, pero ahora está empezando a preocuparme. —le responde Lena, con voz angustiada—. No come, no duerme. Tiene los ojos hinchados y rojos de tanto llorar cuando piensa que no la veo. Nunca la había visto así, Yago.

—¡Ehhhh, vosotros dos, que estoy aquí! ¡Os estoy escuchando! —grito molesta, tapándome la cabeza con un cojín.

Escucho pasos acercándose a mis dominios (o sea, al sillón), y destapo mi cabeza.

Los dos se sientan en el otro sofá, mirándome con compasión. ¡Dios, cómo odio esa mirada!

—¿Ves?, lleva cinco días así. —susurra Lena a mi hermano, sin apartar la vista de mí.

Yo bufo enfadada e, incorporándome un poco para estar a la misma altura que ellos, vuelvo a taparme con mi mantita.

—¿Ahora resulta que ya os habláis? —los acuso enfadada, cruzándome de brazos.

—Solo estamos preocupados por ti. No seas borde. —me regaña mi hermano.

—¿Por qué no te vas a hacerles una visitita a papá y a mamá, y me dejas unos días tranquila? —pregunto con la intención de molestarlo.

—No, gracias, prefiero estar aquí para tocarte a ti las narices, pero acepto la

sugerencia. —replica, guiñándome un ojo—. A ver, Camila, explícame una cosa. ¿Estás segura de la decisión que has tomado?

Los miro fijamente a ambos antes de contestar. No es fácil para mí hablar de esto, pero necesito que lo entiendan. Inspiro profundamente antes de responder:

—Estoy segura porque sé que es la única decisión posible, pero eso no lo hace más fácil.

—Siempre hay otra opción... —deja caer Lena—. Sé que esto que te voy a decir puede sonar egocéntrico, pero necesito hacerlo. No te quedas por mi culpa, ¿verdad? Quiero decir... —se explica ella enseguida, al ver mi cara de sorpresa—. Por mi embarazo, por la empresa... Para no dejarme sola.

La miro con cariño. Conozco a Lena y si esa idea ha estado rondándole la cabeza, ha tenido que estar pasándolo mal; ella no soporta que nadie sufra, menos que nadie yo, y menos todavía por su culpa.

—No, Lena, no es por eso. Estoy enamorada de Leo, creo que de alguna manera siempre lo he estado y siempre lo voy a estar, pero no puedo renunciar a mi vida para vivir la suya, y eso es exactamente lo que haría si me fuese con él.

Ellos me miran como si empezasen a entender y yo continúo hablando:

—Tendría que abandonarlo todo: la empresa, mi carrera, mis amigos, mi familia, y mi casa, para vivir su vida. Ni siquiera podría empezar de cero allí o montar otra empresa porque Leo no para de viajar, y no son viajes de una semana o dos. Hablamos de meses y meses de giras interminables. Cada día en una ciudad, con los periodistas acechando a cada momento. Al principio, seguramente lo iría sobrellevando con tal de estar con él. ¿Pero por cuánto tiempo?, ¿un mes?, ¿dos?, ¿quizás cinco? Después, en el momento en que me diese cuenta de que solo soy la pareja de Leo Lago, de que lo único que hago es sonreír a los fotógrafos, siempre a la espera de que él termine sus entrevistas, sus conciertos, sus ensayos, para estar un rato juntos... Al darme cuenta de que he renunciado a ser quien soy, sería infeliz, incluso estando con él.

—Lo entiendo. —se pronuncia mi hermano finalmente, después de escucharme.

—Yo quiero a Leo, lo quiero con todo mi corazón; pero no quiero ser solamente “la mujer” de Leo Lago, ni vivir su vida. Quiero ser yo misma, quiero ser Camila, y compartir una vida que sea de los dos... Pero eso es imposible.

—Tienes que reponerte, no puedes estar siempre así. —me dice Lena, con

tristeza.

—Y lo haré. —Sonrío con pesar—. Pero entiendo que durante unos meses he tenido al amor de mi vida y que lo he perdido; solo necesito un tiempo para auto compadecerme y lamerme las heridas.

Ellos se miran dudando si creer o no lo que les digo. Al final, mi hermano me mira y asiente.

—Está bien, tómate el tiempo que necesites, pero que sepas, que ni Lena ni yo vamos a despegarnos de este sillón, hasta que decidas levantar tu culo de él.

—Necesito un favor. —digo, mirando a Lena—. Sé que iba a encargarme yo, y que no es para nada profesional lo que te voy a pedir, pero...

—Tranquila, yo me haré cargo de los dos conciertos que quedan en Vigo. —me corta ella.

—Gracias, Lena, no sé qué haría sin ti. —musito con un hilo de voz, mientras de mis ojos comienzan a salir de nuevo, lágrimas a borbotones. No sé cuántas lágrimas más puedo llegar a derramar, pero las reservas de mi cuerpo deben de estar ya en números rojos.



LEO

Una tortura, una auténtica tortura. Así han sido los últimos días, desde que Camila me dejó. No he podido dormir más de tres horas seguidas desde entonces. No tengo hambre ni ganas de hacer nada. Ni siquiera tocar la guitarra, algo normalmente infalible en mí, consigue mantener mi mente ocupada.

Debería estar saltando de alegría por la gira que dentro de poco empezaré, pero imaginarme lejos de Camila, hace que me cueste mucho trabajo respirar. Estoy a punto de salir hacia Vigo, escoltado por César. Sé que en cuanto me suba al escenario, en cuanto sienta la energía del público, todo lo demás desaparecerá de mi mente; por lo menos durante las dos horas y media que dure el concierto.

Entro en la sala para despedirme de la *tata*.

—Abuela, ya me voy. —digo, antes de darle un beso en la sien.

—Vete tranquilo, cariño, tu madre llegará enseguida. —asiente ella.

—¿Estáis seguras de que no queréis venir? —pregunto por última vez.

—Yo ya estoy mayor para tanto ajetreo, solo me apetece descansar con los míos.

A diferencia de mi madre, que guardó silencio y no comentó nada; la *tata* no ha parado de lanzarme dardos envenenados desde que se enteró de que Camila me había dejado. ¡Ni que fuese culpa mía que ella no quisiese acompañarme! Niégome, molesto con la cabeza.

César llama a la puerta y le abro, seguido de la *tata*.

—Podemos irnos. —me informa él, con una sonrisa—. Lena y el resto del equipo llevan horas en el auditorio preparándolo todo.

—¿Lena? ¿Cómo que Lena? ¿No es Camila la que se encarga de la seguridad, como en el resto de los conciertos? —Siento una punzada de desilusión en el pecho.

César se queda callado unos instantes, sopesando qué decirme.

—No, hoy no. —responde, mirándome con tristeza—. De la seguridad de los dos últimos conciertos se va a encargar Lena. Camila no va a venir.

—Mejor así. Que la chica empiece a rehacer su vida cuanto antes. —Escucho susurrar a la *tata*.

Esto ya me parece demasiado y me giro hacia ella enfadado

—¡Tata, ¿cómo narices puedes decir eso? ¡Yo no tengo la culpa! ¡Yo quería compartirlo todo con ella!, ¡quería compartir mi vida con ella!

—¡No! ¡Tú no querías compartir una vida con ella, tú querías que ella viviese la tuya! Engañaate a ti mismo si quieres, pero no lo intentes conmigo; yo soy más mayor y por lo que parece, mucho más lista que tú. Por lo menos, yo siempre he sabido ver lo que realmente merecía la pena y lo que me hacía feliz de verdad.

Sus palabras me impactan más, que si me hubiese asestado un rechazazo. Parpadeo un par de veces y retrocedo unos pasos. Me quedo con la mirada clavada en sus vivaces ojos que, en este momento, brillan con furia.

Me doy la vuelta para irme, pero ella me llama:

—¡Leo! —Me giro y la miro—. Sé que amas la música y que siempre formará parte de tu vida, pero cuando los conciertos, la fama y el público se acaben... Cuando te canses de tomar aviones y de desayunar cada día en un hotel, ¿qué te quedará entonces? Piensa qué es lo que quieres encontrarte en tu vida cuando te levantes cada mañana y todo eso haya pasado. —concluye, afligida.

Yo no respondo; simplemente salgo de casa seguido de César.



Estoy en el centro del escenario, la banda está lista, las luces apagadas preparadas para encenderse en el momento exacto... El público grita mi nombre, enloquecido como en cada concierto. Me dan el aviso de que empezamos y, como en cada concierto de la gira, cierro un instante los ojos, y acercándome al micrófono, arranco:

—Un, dos tres, cuatro... ¡Buenas noches, Vigo! —grito, tocando los primeros acordes con mi guitarra.

Las luces se encienden, y veo el Auditorio de Castrelos repleto a más no poder; no cabe ni una aguja. La gente está entregada, corea mi nombre.

Comienzo a cantar mientras sus voces tararean mis letras. Y eso hago durante más de dos horas. Todo es perfecto, no podría ser mejor y, sin embargo, no siento nada. Por primera vez en toda mi vida, no estoy disfrutando la música. Ni la adrenalina que siento en cada concierto, ni la emoción, ni la felicidad... Nada de eso está. Solo siento un inmenso vacío en mi interior. Me siento terriblemente solo, pese a estar rodeado de miles y miles de personas. Miro a las vallas de seguridad, y veo a Lena supervisándolo todo. Y entonces lo sé. Lo tengo claro. En este momento, soy totalmente consciente de lo que tengo que hacer, y lo que es más importante, soy totalmente consciente de lo que quiero hacer. Entonces, siento que vuelvo a respirar, vuelvo a sentir la adrenalina y vuelvo a disfrutar de la música.

En cuanto acaba el concierto, entro en mi camerino y, tras coger mi móvil, hago la llamada que estaba deseando poder realizar.

—Necesito un favor. —digo, en cuanto descuelgan al otro lado.



CAMILA

¡Bueno, pues aquí estoy!, en el último concierto de la gira de Leo, al cual yo no deseaba ir. Lena tenía que encargarse hoy de supervisarlos todo, pero la pobre se ha levantado fatal por culpa del embarazo, y no he podido negarme cuando, con la cabeza metida dentro del wáter, me ha pedido que viniese yo.

La temperatura es perfecta y Castrelos, como siempre, no defrauda. Inmensos árboles rodean el auditorio natural, confiriéndole en la noche un aspecto mágico. El cielo está despejado y miles de estrellas iluminan las gradas de piedra, en las que no cabe ni un alfiler. Inspiro profundamente el olor dulce de las plantas que perfuman el ambiente, dándole un aire romántico y bucólico a la noche.

El concierto está a punto de empezar y las más de veinte mil personas que llenan el auditorio, gritan, emocionadas, cuando, con las luces apagadas, la voz de Leo saluda al público con entusiasmo.

Las luces se encienden y ahí está, en mitad del escenario, con más presencia y más guapo que nunca. No puedo apartar mis ojos de él ni un segundo. Un dolor intenso me recorre por dentro, y aprieto tanto la mandíbula para evitar ponerme a llorar, que creo que me voy a romper un diente.

Leo está totalmente entregado, busca con su mirada y cuando me encuentra, fija sus ojos en los míos y me sonrío. Creo que mis piernas se han convertido en gelatina, y me apoyo en la valla que tengo detrás, para evitar caerme de culo y hacer el ridículo. César se acerca a mí.

—¿Estás bien? —Parece preocupado.

—Sí, solo quiero que esto termine de una vez. —admito.

Y tal como había imaginado, el concierto es poco menos que una tortura para mí. Cada vez que veo a Leo sobre el escenario, me falta el aire y me duele un poco más el corazón. También, tengo que admitir, que verlo feliz como si acabase de ganar el *Euromillon* y la lotería a la vez, no ayuda demasiado.

No es que quisiese verlo arrastrándose por las esquinas, pero hombre, un poquito de sufrimiento al menos... ¡Que hemos roto hace nada, por lo menos, finge que te importa!

Miro la hora en el móvil. Por fin, después de dos horas y veinticinco minutos

de sufrimiento, esto está a punto de terminar. Entonces, Leo posa su guitarra sobre una silla y, cogiendo el micrófono, se acerca el borde del escenario.

—¡Buenas noches a todos! —grita y el público enloquece—. ¿Lo estáis pasando bien? —pregunta, y todo el mundo le grita un «sí» ensordecedor. Todo el mundo menos yo, claro está—. Este es un concierto muy especial —comienza a hablar, y el público se queda en silencio. Todos los focos del escenario lo enfocan y él prosigue—: Es especial por varios motivos. El primero, es que tocar en casa siempre es especial, y más si lo haces en un lugar tan mágico como este. —explica señalando el entorno que nos rodea con la mano—. El segundo motivo es incluso más importante para mí. —Se queda callado durante un instante, busca mis ojos, y cuando los encuentra, fija su mirada en ellos—. Hoy, aquí, en la que considero mi casa, quiero anunciaros que este es el último concierto de mi carrera en solitario. Y no hay placer más grande que finalizar mi carrera rodeado de mi gente, abrazado por la ciudad que me vio empezar. —Un murmullo generalizado acaba con el silencio anterior, pero yo no escucho nada. No reacciono, no soy capaz. Necesito salir de aquí, y necesito salir ya.

Corro hacia las escaleras que unen la parte posterior del escenario con los camerinos, y tras entrar en el de Leo, cierro la puerta y me siento en una silla, hiperventilando. Me cuesta respirar, me cuesta hasta enfocar la vista; creo que me va a dar algo de un momento a otro. No sé cuánto tiempo ha pasado hasta que Leo entra y se pone en cuclillas delante de mí.

—¿Pero qué has hecho? —pregunto, sin entender cómo he conseguido formar una frase coherente.

—Lo que deseaba hacer.

—¡Tú no querías hacer eso, la música es tu vida! —exclamo, llevándome la mano a la boca, con lágrimas en los ojos—. ¡No puedes renunciar a ella! —Niego con la cabeza.

—La música es parte de mi vida, y una parte muy importante a la que no pienso renunciar, pero no lo es todo. No quiero que lo sea.

Yo, que cada vez estoy más perdida, vuelvo a negar con la cabeza sin comprender nada.

—No entiendo nada, Leo —admito, con voz temblorosa a causa del llanto—. No quiero que renuncies a la música por mí.

—¡Ey, ey, ey! —sisea, con ternura, levantándome el mentón para que lo mire a los ojos—. No lo hago por ti, lo hago por mí. Me encanta la música y mi vida

siempre va a estar vinculada a ella, solo que de otra forma. Esta mañana he rescindido el contrato con la discográfica. Quiero compartir mi vida contigo, Camila, y quiero que los dos tengamos una vida que podamos compartir. Quiero disfrutar junto a ti, enfadarme contigo, superar obstáculos contigo... Lo quiero todo contigo. Quiero vivir aquí, al lado del mar, y poder salir a la calle sin que veinticinco fotógrafos nos persigan. Lo quiero todo, Camila, pero lo quiero todo contigo.

—¿Pero qué es lo que vas a hacer?

Él sonrío y me mira ilusionado.

—¡Voy a montar una academia de música! Una escuela que toque todos los palos, donde la gente que quiera llegar a vivir de la música, pueda labrarse un futuro. Y quiero hacerlo a tu lado, si todavía me quieres contigo.

—Pero no entiendo cómo...

—¿Cómo he cambiado de idea? No lo he hecho. Siempre he sabido lo que quería, solo que no sabía verlo. La *tata* tuvo que darme un pequeño tirón de orejas. Me preguntó qué era lo que deseaba tener en mi vida cada día, y lo tuve claro tanto en ese momento, como después. Nada, ni los conciertos, ni la fama, ni el dinero, ni siquiera la música... Nada tiene sentido si no te tengo a ti en mi vida cada día. No te digo que no vuelva a dar algún concierto de vez en cuando, alguno solidario, o por alguna buena causa; pero estoy muy ilusionado con el proyecto de la escuela y quiero compartir este nuevo sueño contigo.

Las lágrimas corren por mis mejillas. Me siento incapaz de moverme.

—Camila, dime qué piensas, por favor. Estoy dispuesto a lo que sea, pero no pienso renunciar a ti.

—¿Qué pienso? —pregunto, emocionada.

Él asiente con la cabeza.

—Pienso que estás loco, pero eres mi loco —respondo, lanzándome sobre él y besándolo con pasión.



Epílogo

CAMILA

—¿Puedo quitarme ya el foulard de los ojos? —pregunto, dejándome arrastrar por Leo.

—No seas impaciente, solo un minuto más. —responde él, entre risas.

De repente, deja de caminar y, situándose detrás de mí, destapa mis ojos.

—Ya puedes abrirlos. —susurra en mi oído, abrazándome por la cintura y pegándome contra su cuerpo.

Abro los ojos y observo a mi alrededor. Estamos en un terreno, a unos diez minutos en coche del pueblo. La maravillosa vista que se extiende ante mis ojos, me deja sin respiración. El azul intenso de la preciosa ría de Aldán, se extiende ante mis pies.

—Siempre me ha encantado esta vista. —susurro.

—Lo sé. ¿No sería maravilloso verla cada día al despertarnos?

—¿Qué quieres decir? —Lo miro, atónita.

—Acabo de comprar este terreno. Si te gusta la idea, aquí construiremos nuestra casa, y ahí —Señala con la mano—, estará la escuela de música.

Miro el extenso terreno que se extiende ante nosotros, y después miro a Leo, con la boca abierta.

—¿Lo has comprado? —repito, sin acabar de creerlo. Me pongo seria, con la intención de vacilarle.

—A ver, no me entiendas mal. Adoro a Lena, pero llevamos un mes viviendo los tres en vuestro apartamento y se nos queda un poco pequeño. Además, cuando nazca el niño... perdón, la niña....

Me rio y él me besa en los labios.

—¡Eres un bicho! —protesta entre risas—. Un bicho con el que estoy deseando compartir cada día de mi vida.

—¿Incluso cuando sea... «La dama de hielo»? —Sonrío con picardía, echándole los brazos al cuello.

Leo me dedica una de esas sonrisas capaces de hacer que deje de respirar.

—Puede que tú seas hielo, pero yo soy fuego. Tengo todo el tiempo del mundo para hacer que te derritas.

Y así, con la ría a nuestros pies como testigo, Leo me besa para sellar el primer momento de nuestra nueva vida, esa vida que vamos a compartir.

Biografía

Andrea López Saborido nació en Vigo en 1984, donde reside desde entonces. Ha estudiado administración y dirección de empresas y trabaja desde hace años en el sector de las artes gráficas.

“**No sin ti**” es su primera novela publicada.

Su segunda novela publicada se llama **Lo encontré en tus ojos**.



[Andrea López Saborido](#)



[@andrealosab](#)



[andrealopezsaborido](#)

Otros libros de la autora

[No sin ti](#)



[Lo encontré en tus ojos](#)

